Fernand Braudel

UNA LECCIÓN DE HISTORIA

DE FERNAND BRAUDEL

Traducción de

ENRIQUE LOMBERA PALLARES

FERNAND BRAUDEL

Una lección de historia de Fernand Braudel

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1986
Primera edición en español, 1989
Primera reimpresión, 1994

Título original *Une leçon d'histoire de Fernand Braudel Chateauvallon-octobre 1985*
© 1986, Les Éditions Arthaud, Paris
ISBN 2-7003-0557-4

D. R. © 1989, Fondo de Cultura Económica, S. A. de C. V.
Carretera Picacho-Ajusco 227, 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-3199-4

Impreso en México

El Centro de Encuentros de Châteauvallon (Tolón-Ollioules), fundado y dirigido por Henri Komatis y Gérard Paquet, organizó el 18, 19 y 20 de octubre de 1985 las Jornadas Fernand Braudel. La concepción y la dirección de este coloquio fueron obra de Marielle Paquet que, igualmente, con la ayuda de Véronique Christol y Gilbert Buti, ha trabajado en el presente texto, en el cual están reproducidas las comunicaciones y las discusiones de cada una de las tres jornadas.

El coloquio se ha realizado con la ayuda de:

Consejo Regional de Provence-Alpes-Côte d'Azur, del Ministerio de Investigación, del Ministerio de Cultura, del Ministerio de Educación Nacional, de la Secretaría de Estado de las Universidades, del Ministerio de Relaciones Exteriores, de la ciudad de Tolón y del Consejo General del Var.

Fotos: Elian Bacchini, salvo las núms. 19 y 20, que se deben a Anne-Sophie de Daruvar.

18 DE OCTUBRE:

EL MEDITERRÁNEO

Christine OCKRENT.—*Buenos días y gracias por estar con nosotros desde el principio de estas tres jornadas consagradas a Fernand Braudel y su obra, jornadas totalmente excepcionales, primero por la calidad de quienes intervienen, pero también por la presencia y la contribución de nuestro héroe; puesto que es raro que un coloquio se beneficie a la vez con tanta ciencia, tanto humor y tanta gentileza. Esta mañana está consagrada al Mediterráneo, cuna del pensamiento de Fernand Braudel. Unos especialistas eminentes van a intervenir sobre temas muy variados, pues la materia que nos reúne es muy vasta. Pero creo que todas sus intervenciones encontrarán su unidad alrededor del pensamiento, del método y de la aportación de Fernand Braudel, a quien dejo la palabra.*

Fernand BRAUDEL.—Doy las gracias a Christine Ockrent. Vosotros la habéis mirado, habéis tenido esta mañana el placer de verla, lo cual ya significa una ventaja. No es de *El Mediterráneo*, el libro que escribí y publiqué en 1949, de lo que van a tratar los debates, sino del Mediterráneo real, vivo, el de hoy, el de ayer y el de

antaño. ¡Podría yo decir que las especialidades de quienes están en esta mesa redonda deben imponernos respeto...!

Constituimos una orquesta, pero los instrumentos de ésta son muy diferentes unos de otros. El problema consiste en saber si estos debates desembocarán o no en una música de conjunto. Me gustaría tratar de prepararla.

El Mediterráneo es un *continuum* o, si lo preferís, una continuidad o, si también lo preferís, un conjunto. Por consiguiente, si abordo un aspecto cualquiera del Mediterráneo, ya sea geográficamente elegido, ya sea históricamente recuperado, es importante que la comprobación, la explicación, logren confundirse con otras explicaciones y otros espectáculos.

Los alemanes tienen la costumbre de decir que el Mediterráneo es un mundo en sí mismo, *ein Welt für sich*. Dicen también que es *ein Welttheater*, un teatro mundial o un teatro del mundo. Agregan incluso —y he encontrado aquí una expresión ya familiar para la enseñanza de la historia—, que es una *economía-mundo, ein Weltwirtschaft*, no una economía mundial sino la economía de una parte del globo que constituye un conjunto, y es muy difícil presentar este conjunto. Como lo ha dicho C. Ockrent, es un problema de método.

Durante mucho tiempo he viajado por el Mediterráneo preguntándome primero cómo podría verlo, comprenderlo y reconstituirlo. Comencé a trabajar sobre el Mediterráneo en 1922 —esto me rejuvenece mucho, pero a vosotros es posible que os rejuvenezca demasiado— y no terminé ese libro hasta 1947, 25 años más

tarde. Ahora bien, no conseguí captar de inmediato el Mediterráneo en su conjunto. Fue necesario que esperara hasta 1935, ¡13 años de espera! Tuve suerte entonces de llegar a Dubrovnik, es decir, a Ragusa. Sus archivos son maravillosos y fue la primera vez que tuve oportunidad de ver navíos de carga y veleros que iban hasta el mar del Norte, que llegaban más allá de Gibraltar, hasta Londres, Brujas o Amberes. Fue allí donde comencé a comprender el Mediterráneo. Pero comprender el Mediterráneo no basta. ¿Cómo presentarlo? Os voy hacer confidencias muy rápidas, espero que sean bastante claras. Tuve la mala suerte, o la buena suerte, de pasar un poco más de cinco años en prisión. Estaba en la línea Maginot. Tuve una suerte ingrata y la padecí largamente. Me encontraba en 1941 en la ciudadela de Maguncia, hoy felizmente desaparecida; era una prisión terrible en absoluto, pues no había espacio. Yo era uno de los raros prisioneros que no conociera perfectamente el alemán, sino que al menos supiera algo. Cuando se oía la radio alemana, resumía las informaciones a mis camaradas. Era uno de los pocos que leía atentamente la prensa alemana. El problema consistía en librarse de alguna manera de los acontecimientos que se oían a nuestro alrededor, diciéndonos: "No es tan importante." ¿No podíamos superar esos vaivenes, ese sube, ese baja, para ver algo completamente diferente? Es lo que llamé muy pronto "el punto de vista de Dios Padre". Para Dios Padre, un año no cuenta; un siglo es un parpadeo. Y, poco a poco, por abajo de la historia de las fluctuaciones, por debajo de la historia de los acontecí-

mientos, de la historia superficial, me interesé en la historia casi inmóvil, la historia que se mueve, pero que se mueve lentamente, la historia repetitiva.

En el Mediterráneo del siglo XV, del siglo XVI, cuando llega el invierno, todos los navíos regresan a puerto. No vuelven a recorrer los mares sino hasta los bellos días del mes de abril. Es así como todos los años, cualesquiera que sean los acontecimientos, las situaciones, las civilizaciones que están en torno al Mediterráneo, observáis ese movimiento. Encontráis un movimiento comparable en los rebaños que suben a las montañas y vuelven a descender a las planicies cálidas. Son movimientos que se repiten, que continúan, nada parece cambiar. Esta historia inmóvil, esta historia que he terminado por llamar la historia de larga duración, es la estructura de la historia, es la explicación de la historia. Es la explicación del propio Mediterráneo, la de un país como el nuestro.

Casi he terminado. Si hablo claro, me habréis comprendido; si no, estaría casi obligado a recomenzar. La historia de Francia, tal como la vemos ahora, tomada en sus crisis, en sus movimientos, sus impaciencias, sus querellas políticas —a la que amemos o no—, esta Francia que parece construir su destino, flota en realidad sobre una historia profunda, sobre una historia, no inmovil, pero casi inmóvil. Es la historia del mundo, es una historia que va en ciertas direcciones y cualquiera que sea nuestra agitación, cualesquiera que sean nuestra voluntad, nuestros deseos, nuestros fantasmas, somos arrastrados en ese movimiento de orden general. Es lo que he tratado de mostraros, de señalaros. Espero que

podamos poner en orden todas las grabaciones que vais a escuchar y, a la larga, tratar de compararlas, de darles toda su significación. He aquí lo que quería decir.

Christine OCKRENT.—*Vamos ahora a escuchar al arqueólogo Jean Guilaine, quien, según el método braudeliano, va a regresar a la infraestructura de la historia, o en todo caso, a sus orígenes.*

LA FORMACIÓN DE LAS CULTURAS MEDITERRÁNEAS

Jean GUILAINE.—El Mediterráneo que atrae mi atención es uno de los más viejos Mediterráneos, un Mediterráneo sobre el cual los datos son exclusivamente del dominio de la arqueología; no el Mediterráneo de los cazadores-recolectores, el más viejo, sino el de los primeros campesinos, aproximadamente de 8 000 a 2 000 años antes de nuestra era, es decir, el Mediterráneo del neolítico y de la primera Edad del Bronce.

¿Existió desde esas épocas antiguas cierta unidad del Mediterráneo? Si partimos de la hipótesis de que los primeros cultivos de cereales y de leguminosas han sido realizados en el sudoeste de Asia, por una parte, que la domesticación de los animales ha tenido como marco una zona que va de Anatolia a Zagros y a Palestina, por otra parte, y que, finalmente, según los botánicos y los paleontólogos, esas plantas y esos animales domésticos han sido transferidos a las riberas occidentales, podemos pensar que esta difusión de plantas, de animales y de técnicas ha podido garantizar, con motivo de la

aparición de las poblaciones sedentarias, cierta unidad cultural del Mediterráneo.

No tomemos, seguramente, datos muy lejanos: hacia el 8000 en Jericó se vive ya de la agricultura y se levantan poderosas murallas. En la misma época, en el Occidente, bandas de cazadores-recolectores viven de plantas silvestres y de la cacería del ciervo y el jabalí. Retengamos un periodo comprendido entre el 6000 y el 5000 a.c., el sexto milenio. Es un periodo interesante porque es el milenio durante el cual la economía de producción y las primeras comunidades campesinas ganan de hecho todo el espacio mediterráneo. Y, precisamente, no han faltado arqueólogos que evocaran una especie de civilización primitiva mediterránea, atribuible al más antiguo neolítico, que habría nacido en el Levante, es decir, en el sur de Turquía, en Siria, en el Líbano y que habría difundido de manera un poco mecanicista, las primeras aldeas, el cultivo del trigo y de la cebada, los primeros animales domésticos, la primera alfarería, en el conjunto de la cuenca mediterránea. Para hacerlo, estos prehistoriadores señalaban que un denominador común —la alfarería decorada con figuras— se encuentra frecuentemente en los más antiguos estratos neolíticos de los lugares mediterráneos; atribuían, pues, esta alfarería, a los primeros colonos, precursores, que habrían transmitido hasta el Occidente la economía de producción.

El poblamiento de la mayor parte de las islas que se realiza entonces, o que está en curso, demuestra que la navegación en alta mar estaba técnicamente asegurada. De hecho, el progreso de la investigación ha mos-

trado que existía, desde el neolítico más antiguo, una evidente división cultural. La neolitización del Mediterráneo parece, bastante más, resultado de un proceso de aculturación, es decir, de copia de técnicas por las poblaciones indígenas que simple producto de la colonización. En principio, desde las primeras culturas campesinas, se observan diferencias en las técnicas de construcción, en los materiales utilizados en la implantación de los hábitats y su duración, en los estilos cerámicos, en los utensilios de piedra, en las expresiones simbólicas. Se pueden distinguir dos áreas culturales: la Anatolia, el mundo egeo, el área apulo-dálmata, el mundo franco-ibérico, que separan unos filtros (uno, entre el Asia Menor y la península griega, el otro entre Grecia occidental, Albania y el sur de Italia y una tercera en el nivel del Tirreno). El primer Mediterráneo agrícola estaba ya fragmentado.

Los otros ejemplos serán tomados, en seguida, de periodos más recientes, el cuarto y el tercer milenios. Tenemos a la vista comunidades más numerosas, definitivamente asentadas y que a menudo construyen sepulturas colectivas y osarios. Curiosamente, a pesar de los progresos técnicos que debieron incidir en forma positiva en la navegación, las fragmentaciones persisten y a veces se acentúan. Tomemos los ejemplos del megalitismo, de los hipogeos, de la arquitectura de mampostería, de la metalurgia y del papel de las islas.

En primer lugar, el megalitismo. Terminó el tiempo en que la arqueología, obsesionada por la influencia de las civilizaciones orientales, pensaba que las primeras tumbas megalíticas habían sido erigidas en el Oriente

y luego en el Occidente. En efecto, el progreso de la cronología absoluta, del carbono 14 en particular, demuestra que en los dos extremos del Mediterráneo nace el megalitismo: en Palestina con monumentos construidos por poblaciones del cuarto milenio y ya en el estadio de la Edad del Cobre; después, en el otro lado, en Portugal y en Bretaña, vemos civilizaciones que ignoran totalmente la metalurgia y que comienzan a construir tumbas colectivas megalíticas.

Durante dos milenios, y a veces más, el Mediterráneo es la sede del florecimiento de una arquitectura variada, muy a menudo de extensión limitada y sin ningún nexo genético entre sí. Lo mismo podemos decir de las tumbas cavadas en la roca —o hipogeos— que constituyen otro rasgo cultural propio del dominio del Mediterráneo, desde Palestina y Chipre hasta Andalucía y Portugal. A partir de las más antiguas experiencias conocidas (los protohipogeos de Bonu Ighinu hacia el cuarto milenio, después los hipogeos de Ozieri en Cerdeña o de Serra d'Alto en el sureste de Italia hacia el 3500 antes de nuestra era, las cavidades artificiales del ghassouliense, en Palestina, por la misma época), veremos hacia el fin del cuarto milenio y a lo largo de todo el tercero, y aún más acá, una proliferación de las creaciones que parece difícil reducir a un solo hilo conductor.

Hay otro ejemplo en el cual se ha querido ver una pretendida unidad mediterránea, que es la arquitectura de piedras sin argamasa. Evocamos a veces, en efecto, una especie de prehelenización en el curso de la cual los traficantes egeos hubieran fundado en Occidente,

y sobre todo en la península ibérica, tempranas colonias (tercer milenio). Ciertos rasgos arquitectónicos comunes a las localidades mediterráneas (muros construidos de mampostería, presencia de recintos y de bastiones semicirculares), del Egeo (Chalandriani, Egina, Lerna) y de la península ibérica (Los Millares, Zambuyal), apoyan esta tesis. Es el tipo mismo del proceso de convergencia, tanto más cuanto que no existe ningún eslabón en la misma época, en el Mediterráneo central.

La aparición de la metalurgia muestra también cómo fue la fragmentación del Mediterráneo. Este siguió siendo poco propicio al avance de los calcolíticos tempranos de Anatolia (desde el quinto milenio) o de los Balcanes (en el cuarto milenio). El verdadero despegue de la metalurgia no se dará hasta el tercer milenio con producciones totalmente diversificadas en el Egeo, en la península itálica o en España. Sin llegar al extremo de afirmar que hubo invenciones independientes, todo sucedió como si cada área hubiera dado lugar, por la explotación de sus propias potencialidades mineras, a productos bien tipificados.

El papel exacto de las islas amerita ser dilucidado en cualquier ensayo de interpretación de los espacios culturales mediterráneos. Considerados durante mucho tiempo "trampolines de civilización", las islas son de hecho la sede de dos fenómenos contradictorios: fenómenos de conservación y refugio que desembocan en creaciones tardías y barrocas (las Tumbas de los Gigantes de Cerdeña, las Navetas de las Baleares); pero también de fenómenos de innovación, de aceleración,

que les hacen desempeñar un papel de pioneras: así, la aparición de centros protourbanos en las islas del noreste del Egeo (Poliochni, Thermi) o en las Cicladas (Phylakopi). Se comprueba, por otra parte, que el Egeo tuvo un desarrollo urbano más bien lineal a partir de esos primeros centros seguidos en el tiempo por los palacios cretenses y las aglomeraciones micénicas, mientras que el Occidente rechazará todavía por largo tiempo la ciudad.

Terminemos con el concepto mismo de espacio mediterráneo. Si se ha demostrado que se circuló mucho en el Egeo a partir del 2500 a.c. (es la época del primer comercio "internacional"), es más difícil examinar sobre bases científicas las relaciones con la Italia peninsular o con Sicilia. El filtro adriático aún tiene un papel importante. El comercio con el Mediterráneo central no se desarrollará sino a mediados de la Edad del Bronce del Occidente, que se nota por las importaciones de cerámicas micénicas en el sur de Italia, Sicilia, islas Eolias, Cerdeña, pues los documentos más antiguos no son muy anteriores a 1600 Sin duda, las condiciones de un verdadero mercado entre el Egeo e Italia no se han dado hasta el segundo milenio.

¿A qué conclusión se debe llegar? A que durante cinco milenios de protohistoria antigua, el Mediterráneo constituyó un formidable laboratorio de experiencias dando nacimiento a culturas notables, pero esas civilizaciones han irradiado poco. Los fenómenos de convergencia han sido numerosos y los contactos más bien limitados. El primer detonador de una ruptura en esos ámbitos limitados se da en el Egeo del tercer

milenio, pero será preciso esperar aún varios siglos para que un primer estímulo micénico irradie a la vez desde la costa de Asia, de Egipto y del Mediterráneo centro-occidental.

C. Ockrent.—*Doy las gracias a Jean Guilaine. Abordemos ahora otro aspecto de larga duración en el Mediterráneo con el doctor Grmek, que va a explicarnos cómo el Mediterráneo forma también un espacio-mundo biológico.*

El hombre biológico en el Mediterráneo

Mirko Drazen Grmek.—Acabamos de otorgar al profesor Braudel el título de héroe, de *pontifex*, de historiador ejemplar de la larga duración; amerita también el de doctor en medicina *honoris causa*. En efecto, la mirada que lanza sobre el Mediterráneo se parece extrañamente a la de un médico ante un cuerpo, las funciones y las acciones de sus pacientes. "Lo que se ha adquirido —escribió Fernand Braudel en su gran obra— es la unidad arquitectónica de ese espacio mediterráneo cuyas montañas constituyen el esqueleto, un esqueleto embarazoso, desmesurado, omnipresente, que atraviesa la piel por todas partes." Fernand Braudel observa esta piel para comprender lo que pasa en el corazón. De la observación de los síntomas externos, de los fenómenos superficiales, y de las convulsiones pasajeras de la historia, él concluye en unos procesos profundos, en impulsos ocultos, unas permanencias es-

tructurales y lentas evoluciones. Observando al Mediterráneo como organismo, Fernand Braudel subraya la unidad fundamental de cierto espacio. Pero dedica también un capítulo particular a la unidad humana. En el momento en que escribía su libro, no disponíamos aún de conocimientos biológicos sobre el polimorfismo genético de las poblaciones mediterráneas. Sabemos hoy que desde los tiempos prehistóricos ya había una mezcla extraordinaria. Me atrevería a utilizar —para ir aprisa— una fórmula impropia, abreviada, es decir, inexacta: los pueblos del Mediterráneo se han caracterizado por una particular "impureza racial". Encontramos una mezcla completamente extraordinaria de genes formados en el seno de poblaciones separadas en cierto momento de la historia. Las investigaciones de J. L. Angel sobre los esqueletos de la Grecia arcaica y clásica muestran que la variabilidad antropométrica es allí extrema. En el espacio mediterráneo, observamos no sólo una interpenetración de las civilizaciones (lo que los historiadores nos han enseñado desde hace largo tiempo) sino también una mezcla extraordinaria de factores genéticos. Es precisamente en los grandes centros culturales —la Grecia arcaica y clásica del VII hasta el IV siglo, Roma a principios de nuestra era, los países árabes en la Edad Media, la España del Renacimiento— donde se opera esa mezcla.

Otro fenómeno biológico, posiblemente mejor conocido, es la unificación microbiana del Mediterráneo que se ha realizado hacia los primeros siglos de nuestra era. Para el historiador de las epidemias, el capítulo que Fernand Braudel dedica a las comunicaciones, espe-

cialmente a la rapidez del correo, es muy esclarecedor. Los microbios viajan como las cartas. Las cartas las llevan seres humanos que también transportan microbios patógenos. Las líneas de comunicación que Braudel traza son iguales a las que siguen las enfermedades contagiosas. A la inversa, estudiando la propagación de las epidemias, encontramos la red de rutas comerciales.

Fernand Braudel ha escrito magníficos capítulos sobre el papel de las endemias: lo que es bastante singular, pues la mayor parte de los historiadores se ha interesado sobre todo en las grandes epidemias. Conocemos bastante bien la historia de la peste y del cólera, pero mucho menos la de la malaria o la de la turberculosis, "asesinas" formidables tanto más importantes cuanto que eran silenciosas.

El paludismo plantea un problema muy complejo que los historiadores no han podido comprender en verdad sino muy recientemente, gracias a los progresos de las investigaciones biológicas. Durante mucho tiempo no se disponía sino de una explicación etiológica relativamente sencilla: los pantanos y el aire viciado, pero no se trata de la "causa" en el sentido fuerte del término. Si no conocemos las propiedades biológicas del germen y del vector, e incluso las diferencias entre varios gérmenes y entre diversos vectores implicados, estamos desarmados ante la realidad epidemiológica.

Pongamos por ejemplo la famosa expedición de los atenienses a Sicilia. Disponemos de textos médicos de la época de Pericles. Sabemos que en el momento en que los atenienses organizan su expedición a Sicilia a finales del siglo v antes de nuestra era, no conocen

sino las terciana benignas. Cuando encuentran en Sicilia las terciana malignas, de las cuales ignoraban en absoluto su existencia, las consideran enfermedad inocua. Y porque los jefes militares y los médicos atenienses subestiman los efectos de una forma particularmente nociva del paludismo el cuerpo expedicionario cae en una trampa biológica.

El estudio de los vectores del paludismo es también muy esclarecedor para el historiador. Los mosquitos varian segun el terreno. Fernand Braudel muestra muy bien en su obra que los límites de las regiones paludicas no corresponden a las fronteras del país: las endemias se burlan de la política. Los límites se establecen más bien en sentido vertical. "La montaña alimenta la llanura", escribe Braudel, es decir, que el *Plasmodium* y ciertos microbios gastrointestinales no se desarrollan a grandes alturas.

Volvamos al factor humano que no ha sido estudiado sino hasta hace poco; es decir, las costumbres, la inmunidad debida al contacto prolongado y, sobre todo, a la influencia de la alimentacion. Esta última se había estudiado desde el punto de vista cuantitativo, no del cualitativo. Ahora bien, ciertas substancias son necesarias para la produccion de inmunoglobulinas específicas. Ciertas carencias particulares explican el desarrollo fulminante de enfermedades microbianas en el seno de poblaciones, que gozan aparentemente de buena alimentacion. Señalemos tambien la inmunidad hereditaria debida a las enfermedades que protegen del paludismo, por ejemplo la enfermedad "mediterranea" la talasemia. Es una enfermedad sobre todo grave, pero

que puede dar a una población oportunidad [illegible] pervivencia excepcional en una zona palúdica.

La mayoría de los historiadores consideraron [illegible] que la malaria incapacitaba a la gente para cultivar la tierra, lo que provocaba la degradación de la agricultura; o que las crisis políticas o los desarrollos [illegible] provocaban la degradación de la agricultura, [illegible] se traducía en la extensión de los pantanos [illegible] mismo, en el ascenso del paludismo. Fernand Braudel no ha caído en trampa semejante. Explica esta certeza que la malaria disminuye la capacidad del hombre para trabajar la tierra, pero también que [illegible] cuando el hombre abandona sus esfuerzos [illegible] una consecuencia y una causa. Existe, efectivamente, un círculo establecido en los dos sentidos, una especie de círculo vicioso, lo que hace muy difícil la identificación del factor inicial.

Por lo que se refiere a Italia y al mundo griego, observamos la degradación de la situación [illegible] hasta el siglo IV antes de nuestra era, y [illegible] siglo II o III, en cierto momento en la Alta Edad Media y también en el Renacimiento. ¿Por qué [illegible] en esos momentos determinados? No [illegible] la respuesta.

Tocamos aquí uno de los más graves [illegible] tantes problemas de toda la historia: el del [illegible] demográfico y el de la prolongación de la duración media de la vida humana. Este fenómeno condiciona casi todos los otros. ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo [illegible] to del factor biológico? Cuando el del [illegible] Alfred Perrenoud ha publicado su [illegible]

Annales un artículo sobre el papel de lo biológico y de lo humano en la declinación secular de la mortalidad. No da la respuesta, pero demuestra perfectamente bien que el movimiento demográfico de Europa —que se debe a la baja de la mortalidad— no puede ser explicado completamente por ninguna acción humana. Las acciones humanas no bastan como explicación, pues, por muy espectaculares que sean (como la vacuna jenneriana y la cloración del agua), no han intervenido sino cuando la morbilidad ya estaba descendiendo. Unos estudios demográficos muy profundos demuestran que, por ejemplo, la vacuna por medio del BCG se sitúa en el momento en que la tuberculosis comenzaba a ser combatida eficazmente por la cirugía y la aeroterapia, después por los antibióticos.

Sin embargo, si las acciones humanas no siempre han iniciado el movimiento, impiden actualmente el regreso de ciertas causas. No podremos dilucidar el papel respectivo de los factores biológicos y humanos, sino mediante una colaboración estrecha entre los historiadores y los biólogos, y con respeto absoluto hacia los hechos históricos.

En un estudio sobre las antiguas y las nuevas calamidades, Fernand Braudel se interroga sobre cuestiones muy pertinentes, cuestiones muy graves, a las que el historiador por sí solo no puede responder, a las cuales los biólogos no pueden aún aportar sino luces insuficientes y provisionales. En la investigación científica, hacer la pregunta adecuada es la condición indispensable del éxito.

C. Ocrrent.—*Gracias al doctor Grmeck por esta exposición particularmente concisa sobre un tema apasionante que con seguridad provocará muchísimas preguntas. Os propongo ahora dejar la palabra a Madame la rectora Ahrweiler, que ya ha hablarnos de la época bizantina en el mundo mediterráneo.*

La época bizantina en el mundo mediterráneo

Hélène Ahrweiler.—Querido amigo, se os ha tratado de héroe. ¿Podría yo trataros de *pontifex* puesto que hoy sois el puente entre nosotros? Seguramente estoy en un dominio que gracias a vos es conocido: el Mediterráneo; pero yo voy a presentar a una desconocida: Bizancio.

Habéis dicho a menudo que en la historia nada es preciso sino en general. Así pues, trataré de presentaros la larga duración de un Imperio que fue mediterráneo y europeo desde su nacimiento. Una primera observación: la delimitación de la época bizantina desborda con mucho los límites cronológicos de este Imperio (330-1453). ¿Por qué? Porque los fenómenos de mentalidad, de comportamiento y de aplicación de las técnicas que señalan este periodo hunden sus raíces en la Antigüedad. De igual manera, las realidades bizantinas, es decir, las realidades que nacen durante el milenio bizantino, prolongan el futuro bizantino más allá de 1453.

Demos algunos ejemplos: si son Ulises y Eneas quienes señalan simbólicamente la presencia de la Anti-

guedad en la época bizantina, son San Nicolás y la *Xenitea*, la nostalgia, la añoranza del país, los que prolongan en la imaginación colectiva la época bizantina mucho después de Bizancio.

La gran modernidad bizantina sigue siendo la aceptación del cristianismo, pero también el movimiento de grupos de hombres y de poblaciones en el espacio mediterráneo, y esto por razones que conciernen al mar, su comercio y su conquista.

Conquistar el Mediterráneo, ¿qué quiere decir? "Si ves en sueños el mar y las olas, di claramente que serás amo del mundo." He aquí lo que dice un escritor del siglo X en su *Tratado de interpretación de los sueños*. Un emperador de la misma época, Nicéforo Focas, que había reconquistado las islas de Creta, de Chipre e incluso una parte de Sicilia, antes dominadas por los árabes, declara al emisario del emperador germánico: "La navegación sobre los mares me pertenece", lo que es igual a decir: "El mundo es mío." ¿De qué mar se trata? Para los bizantinos, la totalidad del mar se identifica con alta mar, con el *pelagos* —es el término de la época—, con la *mesogeios*. El término *mesogeios* es inusitado, pero entraña una realidad absolutamente familiar a los bizantinos ¿Por qué? Porque el dominio marítimo que reclama Bizancio en nombre de la herencia greco-romana, o aún mejor, en nombre de su vocación universal, abarca toda la extensión del Mediterráneo, el Mediterráneo con su prolongación natural, el Ponto Euxino, convirtiéndose así Constantinopla en la clave del eje que une a Gibraltar con el Bósforo cimerio.

En este mar, antiguamente surcado de un extremo al otro por navíos de los emprendedores griegos, de los que Ulises representa la mejor ilustración, el que se convirtió con el tiempo en el centro de la piratería hasta que la fuerza de los romanos estableció la *pax romana*, la paz mediterránea, que Roma legó a su heredera. Bizancio consideró al Mediterráneo lago romano, es decir, lago bizantino. Pues Bizancio siempre fue llamada Roma y, como dijo Bury: "Bizancio nunca existió, Roma es la que murió en 1453." Paso por alto la exageración de estos términos.

El Imperio bizantino nació "grande y espeso", podría escribir Braudel. Bizancio, desde su nacimiento, consideró al Mediterráneo un mar interior que le permitía establecer justamente su control sobre un vasto territorio imperial que abarcaba en ese momento los tres continentes: Europa, Asia y África. La red de bases navales establecidas en el contorno del Mediterráneo da testimonio de la eficacia del control marítimo. Constantinopla es abastecida por el granero egipcio. Son los armadores comerciantes quienes transportan sus productos hasta la lejana Tule, según los textos, y los puertos bizantinos reciben las materias primas provenientes del Occidente o del Lejano Oriente. Estamos, con Justiniano, en la época en que el mundo mediterráneo se unifica bajo la égida de Constantinopla, las estelas imperiales son visibles desde Nubia y el Cáucaso hasta el mar Caspio y hasta Gibraltar. En el centro de este *oikoumene*, del mundo civilizado, pues, se encuentra el Mediterráneo que pertenece a Bizancio y que está bajo el dominio de Constantinopla, siendo el

Mediterráneo aún un lago cristiano. El Estado es el instrumento de Constantinopla, de su voluntad de control de este lago.

Con el tiempo, el Imperio se convierte —cito otra vez a Braudel— en una especie de "barricada constantinopolitana" y la Propóntida en conjunto sigue siendo antepuerto de la gran capital bizantina.

En el momento en que otra fuerza naval, marítima y mundial apareció en las aguas del Mediterráneo, se rompió todo el equilibrio. Pienso en la creación del Califato de Damasco, Califato de los Omeyas, que construyeron su flota, observemos bien, gracias a la ayuda de marinos bizantinos. Con esta primera flota, movida por tripulaciones griegas, los árabes lanzaron su ejército para conquistar y saquear las islas y el litoral. Antes de fines del siglo VII ya Constantinopla había sido sitiada por mar y tierra, mientras que en el otro extremo del Mediterráneo, en España, los árabes fundaban el Estado de Córdoba. Esto supone la conquista de toda el Africa bizantina y el reto a la talasocracia bizantina en el mar Egeo y en el mar Jónico. La zona de la "Media Luna" y la de la "Cruz" son de ahora en adelante dos zonas conflictivas y esta frontera marítima es enconadamente disputada. El resultado de esta disputa, de estos debates y conflictos, es la disminución de cualquier actividad de navegación y de comercio.

["Todo en la historia no es verdad sino en términos generales"; desde luego, hay excepciones dentro de este mar interior y como escribe López, de manera exagerada: "los ribereños del Mediterráneo no son sino campesinos que explotan las aguas."

Entre estos dos regímenes, el bizantino por un lado, el musulmán por el otro, se crea una especie de compromiso. Demos como ejemplo el dominio compartido que se estableció sobre la isla de Chipre. Es una fórmula absolutamente *sui generis* que merece ser examinada actualmente. Este dominio compartido precisaba que los impuestos de los chipriotas debían repartirse entre árabes y bizantinos: esta isla se volvía una especie de lugar de encuentro de los enemigos, ya entonces seculares. Repartimiento fiscal en Chipre, repartimiento de la autoridad *de facto* en el Mediterráneo. Estamos lejos de la época en que el Mediterráneo era lago bizantino.

La militarización del Mediterráneo, debida a la aparición de flotas árabes dispersas por todos los puertos del Sur, provocó incluso, del lado cristiano, un repliegue de cada uno sobre sí mismo y la división dentro de la cristiandad. Esta división sigue, esquemáticamente, la línea de demarcación que atraviesa el Adriático, teniendo al Este a los ortodoxos cristianos, al Oeste los católicos cristianos. El divorcio entre los dos surge desde fines del siglo IX, por no decir desde el principio, con la coronación de Carlomagno. Esta línea de división de la cristiandad dentro del Mediterráneo se confunde con la línea de división entre la "Media Luna" y la "Cruz". Serán las ciudades italianas las que tomarán, después de las cruzadas, el relevo de la guerra contra los infieles. Este es precisamente el momento en que el Imperio bizantino se convertía en una especie de barriada de Constantinopla, que siguió siendo libre hasta 1453.

Terminaré diciendo simplemente esto: cuando citamos las grandes capitales mediterráneas —Atenas, Roma, Jerusalén— no hay que olvidar en adelante a Constantinopla. Como nueva Roma, es cristiana; como nueva Jerusalén, es el compuesto de todas las metrópolis de nuestras civilizaciones europeas y mediterráneas. Desde el siglo IV, las riberas curasiáticas del Bósforo fueron en última instancia preferidas por Constantino I *el Grande* a la región de Troya, de Ilión, para la construcción de la capital del mundo renovado, es decir, del mundo cristiano. Eneas y Ulises, figuras centrales del mundo troyano y símbolos de la unidad greco-romana del Mediterráneo, cedieron el lugar a San Nicolás, santo de Mira y de Bari a la vez. La duración bizantina, al igual que la unidad mediterránea, está ilustrada por *El libro de los milagros* de San Nicolás, cuyo nombre, evocado con respeto incluso por los marinos musulmanes, es venerado en todas las riberas del Mediterráneo.

En resumen, terminaré con unas palabras de nuestro Maestro: "El tiempo pasado no es nunca totalmente pasado, y algunas veces el presente está más cerca del pasado que del porvenir."

C. Ocxrent.—*Gracias, Hélène Ahrweiler, por vuestra elocuencia y también por vuestra concisión. Os propongo ahora, después de Bizancio, de acuerdo con los dos principios de Braudel intensamente evocados por Hélène Ahrweiler —a saber: la noción de tiempo y de espacio-mundo—, que pasemos naturalmente con el profesor Mantran al Mediterráneo musulmán.*

Robert MANTRAN.—La continuación es natural, en efecto. Agradezco a Madame Arhweiler el haber mencionado varias veces al Islam, a justo título. También yo mencionaré a Bizancio, pues no olvido que fui bizantinista: y mi conversión no me impide manifestar mis sentimientos. Agradezco igualmente a nuestro maestro, Fernand Braudel, a quien mucho debo la prosecución de mis estudios sobre el Mediterráneo musulmán.

La expresión "Mediterráneo musulmán" designa comúnmente la dominación árabe en el Mediterráneo o, más tarde, la dominación otomana; hace también hincapié en el aspecto religioso. Hablamos del Mediterráneo romano, del Mediterráneo bizantino, del Mediterráneo de Carlos V, del Mediterráneo de los españoles, etcetera, pero decimos: "Mediterráneo musulmán." Esta expresión no es inocente. Esta visión del mundo mediterráneo por los occidentales, los europeos, los latinos, ha sobrevivido. Designa una tradición cultural que realmente marcó la duración mediterránea durante más de un milenio, desde el siglo VII hasta nuestros días; denota también una ignorancia, voluntaria o involuntaria, de los elementos que componen ese mundo considerado como un todo indisociable, definido únicamente por su religión. Ahora bien, ese mundo del Islam es muy variado y no representa una unidad total.

Consideremos la expansión musulmana del primer periodo, es decir, el periodo árabe que va desde el siglo VII al X hasta nuestros días, más o menos: comprobaremos que el movimiento de conquista iniciado

después de la muerte de Mahoma tuvo por objetivo esencial someter al Islam territorios de los infieles y no islamizar a los habitantes de esos territorios. No hay islamización, hay conquista de territorios no musulmanes: la voluntad del individuo es la que debe conducirlo al Islam, la manifestación del poder del Islam es lo que debe llevarlo a la conversión. Al principio, cuando menos, no hay deseo de someter a las poblaciones a una religión única. La conversión no ha sido, pues, el objetivo esencial de la conquista, y es probablemente la consecuencia de cierta identificación Islam-arabismo, que hacía de los árabes los únicos "titulares" de la fe revelada por Mahoma, los verdaderos "poseedores" de la religión.

La preeminencia de esta fe debía manifestarse por la sumisión de los no-musulmanes. En el Mediterráneo esta preeminencia se ejerció sobre las poblaciones de las orillas orientales del Cercano Oriente y de las orillas meridionales, es decir, todo el norte de Africa. Estas poblaciones en su mayoría no eran griegas; no se unieron al Islam sino poco a poco. La conversión de los últimos cristianos en el norte de Africa data de los siglos x y xi, así pues, de cuatro siglos después de la conquista. Los cristianos siguieron siendo cristianos en Sina, en el Líbano, en Palestina, en Egipto. Si algunas de esas poblaciones mediterráneas se convirtieron al Islam, fue posiblemente con la voluntad creciente de entrar en una sociedad triunfante, una sociedad victoriosa, de ser admitidos en ella sin reservas. En consecuencia, los musulmanes minoritarios en el Mediterráneo, con ocasión de la conquista a fin de cuentas

se vuelven mayoritarios en los territorios en que se asientan.

[Paralelamente a la expansión religiosa se realizan la expansión cultural.] La lengua árabe, vehículo de la religión, se convierte también en el de una nueva civilización original, que toma algo de las tradiciones culturales árabes, pero también de las tradiciones locales de las poblaciones ribereñas del Mediterráneo, pues no podemos olvidarnos de Bizancio, de la herencia romana, ni siquiera de la Antigüedad romana o griega. Los bizantinos transmitieron la filosofía griega a los árabes, quienes, a su vez, transmitieron su civilización al conjunto del mundo mediterráneo-árabe musulmán.

Indudablemente la conquista militar árabe contribuyó a modificar el paisaje humano y religioso del Mediterráneo; pero por su civilización el mundo musulmán ha representado un papel de primer rango con sus filósofos, sus sabios, sus médicos, sus mercaderes. Entre el siglo VIII y la mitad del XI, el Mediterráneo es cubierto por el comercio musulmán, realizado por los mercaderes musulmanes, sunnitas o chiitas. Desde las costas de España hasta el Cercano Oriente, e incluso más allá, están siempre, a lo largo del Mediterráneo, en país musulmán, en un mundo que comprenden y conocen. [Todos esos hombres que han participado en la expansión musulmana, en la supremacía musulmana sobre los mundos antiguo, bizantino, cristiano, medieval, han contribuido a difundir esta civilización a través de dos grandes regiones mediterráneas: España en primer lugar, Sicilia después.] Han permitido así, durante tres siglos, al mundo cristiano medieval, beneficiarse del

desarrollo intelectual y, en menor medida, del desarrollo artístico musulmán. Madame Ahrweiler hablaba de las grandes capitales mediterráneas; en este mundo musulmán mediterráneo existen también grandes capitales: Damasco, El Cairo, fundada a fines del siglo x, Fez, Kairuán, Córdoba y muchas más, que resultan de la creación original de una civilización que no podemos separar del mundo de la historia.

Entre los siglos xi y xv, el mundo musulmán mediterráneo se fragmenta. Ve surgir dinastías locales, no árabes esta vez, dinastías beréberes del lado del norte de África, dinastías turcas (selyúcidas, mamelucos u otros) del lado del Cercano Oriente.

Pero el dominio del Islam continúa sobre la orilla meridional y oriental del Mediterráneo y la islamización hace en ese tiempo notables progresos. Pues si los mercaderes occidentales de los cuales hablábamos, los venecianos, los genoveses, los amalfitanos y demás, ocupan un lugar creciente en el comercio transmediterráneo, ello no quiere decir que los mercaderes musulmanes hayan desaparecido. Aún ocupan firmemente los lugares de acceso al Mediterráneo, las costas sirias, Egipto, las costas del norte de África, el Maghreb. Han perdido gran parte de la iniciativa comercial, pero son aún los intermediarios indispensables.

Tomemos ahora el segundo gran periodo de la presencia musulmana en el Mediterráneo: el Imperio otomano. Se extiende desde el Asia Menor —la Anatolia y la Turquía actuales— hasta la Europa balcánica, que no había sido conquistada por los árabes. Por el contrario, no comprende ni a España, ni Provenza,

ni ningunas otras regiones mediterráneas, Sicilia, por ejemplo. Este periodo está marcado por el dominio de un gobierno centralizado, personalizado por el sultán y por su brazo derecho, el gran visir, pero también caracterizado por un sistema de administración territorial dividido en provincias. Algunos tienen bastante autonomía: Egipto, las regencias berberiscas (Argelia, Túnez, Tripolitania). Este poder otomano se apoya en un ejército, en una administración de primer orden. El descubrimiento de los archivos otomanos y sobre todo su utilización desde hace 40 años han permitido recordar ciertos conceptos y prejuicios contra los otomanos. No son santos, les falta mucho, y Madame Ahrweiler no me dejará mentir...

Sin embargo, si los problemas políticos contemporáneos ocultan esta realidad, no hubo en tiempo de los otomanos ni islamización ni otomanización de las poblaciones locales. Conservan sus características específicas, su religión, su lengua, muy a menudo su encuadre, su estatuto local, sus actividades económicas. Los otomanos exigían dinero, productos y hombres, pero no buscaron otomanizar a cualquier precio, turquificar a cada población, a cada grupo; cada región conservaba sus características propias, ello explica la aparición, en el siglo XVIII y sobre todo en el XIX, de nacionalismos de los cuales hablaremos, creo yo, dentro de un momento.

¿Cómo se manifestó en el mundo mediterráneo esta influencia del Islam durante este periodo otomano? Por la presencia de un poder fuerte, con un ejército, una marina nada despreciable completada muy a me-

nudo por griegos vueltos otomanos. Pues estos otomanos no son exclusivamente turcos, ya que hay bastantes árabes, armenios, griegos, serbios, egipcios, norafricanos. El Imperio otomano es un mundo un poco disperso, muy variado, pero que reconoce la supremacía de un poder central personificado por el sultán. El Islam se manifiesta por el poder, pero también por una colonización turca, especialmente en los Balcanes: en Bulgaria, país del cual se habla mucho en estos días, en ciertas regiones de Grecia y de la actual Yugoslavia: Bosnia, la región de Sarajevo. Se manifiesta sobre todo por la edificación de monumentos religiosos, sobre todo mezquitas. Hablamos aún de estilo arquitectónico otomano; en efecto, cuando entramos en esta región de Bosnia o cuando recorremos gran parte del mundo mediterráneo desde Siria y Egipto hasta Argel, en todo lo que fue dominio otomano, reconocemos un estilo verdaderamente imperial, marcado sobre todo por la construcción de grandes mezquitas. Esta arquitectura señala los límites geográficos del dominio que va de Yugoslavia a Argelia, pasando por el Oriente mediterráneo.

Como todos los imperios, después de haber disfrutado un gran periodo de prosperidad en el siglo XVI con Solimán II *el Magnífico*, periodo cantado por Fernand Braudel, el Imperio otomano pierde su importancia económica. El Mediterráneo fue abandonado por algunos mercaderes occidentales —y no de los más pequeños— atraídos por el océano Atlántico, por el océano Indico igualmente, y más lejos por el Pacífico. Desde entonces, es seguro que este Imperio vio desaparecer

parte de sus riquezas, disminuir una parte de lo que constituía su fuerza y, debilitado, se volvió objeto de las ambiciones de las grandes potencias. En el siglo XIX, estas últimas, por medio de una clientela a la vez política y religiosa, buscaron su desmembramiento y repartición. Es lo que se llamará más tarde "la cuestión del Oriente".]

C. Ockrent.—*Gracias, profesor Mantran. Maurice Aymard pasará precisamente a lo que acaba de evocar Robert Mantran, esa especie de flujo histórico de la Europa estrictamente mediterránea a la Europa atlántica, recordándonos así otro precepto braudeliano: la historia es geografía en primer término.*

El Mediterráneo, el Atlántico y Europa

Maurice Aymard.—Estamos aquí por motivos de placer, es decir, para estar en desacuerdo entre nosotros y aprovechar la presencia de Fernand Braudel para hacerle preguntas, zarandearlo un poco, con suavidad, desde luego. Él mismo nos invitó a ocuparnos del Mediterráneo actual, en el que viviremos, por mucho tiempo, espero, en el curso de los próximos decenios. A la luz misma de su libro, quisiera interrogarme sobre las relaciones del Mediterráneo con Europa.

[En efecto, su libro hace hincapié en la larga duración del Mediterráneo, en las continuidades, en las permanencias. Está menos interesado en las dinámicas en las cuales el Mediterráneo ha sido el actor o la

víctima; y las rupturas de éste son presentadas como fracturas internas, profundas, la de los tres mundos separados (cristiandad de Occidente, Bizancio e Islam) que lo componen todavía actualmente. Quisiera interrogar a Fernand Braudel sobre las rupturas y las relaciones tan ambiguas que se han establecido entre el Mediterráneo y la Europa atlántica, en primer lugar, y con toda Europa después. Me parece que la Europa en la cual vivimos fue construida por el propio Mediterráneo, con todo y sus divisiones profundas. Madame Ahrweiler recordaba hace un momento esta frontera entre Roma y Bizancio, que se ha prolongado hasta el Báltico —lo que no es exactamente una casualidad— y que dura hasta hoy. Regresemos a la larga duración y concedámonos un largo milenio desde fines del primero hasta fines del segundo. Esta Europa, me parece, alcanzó su autonomía con gran lentitud al principio, más enérgica y más violentamente después, se construye a través del Mediterráneo y por él, pero al mismo tiempo, en contra de él; es quizá la situación que vivimos hoy.

El Mediterráneo ha dado mucho a la Europa atlántica, cuyo centro europeo se sitúa en el noroeste de Europa, entre el Sena y el Rin, punto de partida de la reconquista europea, tanto en dirección del Este como del Sur. Finalmente, el Mediterráneo ha impuesto su modelo de vida. Ha dado a la Europa atlántica sus plantas cultivadas, en especial la viña, que llegó muy lejos por el Norte, donde cuesta trabajo creer que se hubiera podido producir un vino aceptable. Dio sus reglas de consumo, una religión monoteísta, una orga-

nización religiosa que Roma siguió dominando hasta la Reforma. Todavía más, el Mediterráneo ha dado a esta Europa romanizada el conjunto de sus técnicas, de sus instrumentos mentales y culturales, su lengua, el derecho, las instituciones del Estado y un urbanismo que afirmaba el peso y la autoridad de las ciudades sobre un territorio poblado por campesinos, o sea *pagani*, es decir, paganos. Le dio el prestigio de la escritura, con esa copia incansable de los manuscritos, con los monjes que copiaban y recopiaban hasta el infinito, tomando así el relevo de los escribas de la Antigüedad. Le dio los instrumentos de medición del tiempo, el cuadrante solar hasta el norte de Escocia, la clepsidra hasta en Holanda, donde se helaba durante una parte del invierno. Me gustaría, además, escribir una novela cuya primera frase fuese: "El agua se helaba en las clepsidras..."

Era verdaderamente un símbolo el que este Mediterráneo proyectaba hasta el norte de Europa. Si observamos cómo han evolucionado las cosas, veremos que la Europa atlántica, entre la Edad Media y los tiempos modernos, no ha renegado de la totalidad de esa herencia. Indudablemente, en muchos aspectos la ha conservado y reforzado, sin perder su propia autonomía. Ha inventado a su vez sus instrumentos técnicos cuya difusión ha dado el ritmo a la historia del Occidente medieval hasta nuestros días. En este aspecto, la Europa atlántica ha utilizado una especie de doble juego. Sin embargo, si las etapas de éste son relativamente perceptibles, saldríamos ganando si las visualizáramos en perspectiva.

En la más lejana Edad Media, observamos una revolución de la agricultura con rotaciones de cultivos diferentes, una revolución de los sistemas de transporte y de las obligaciones colectivas, una organización de las parcelas, de los arados con ruedas diferentes, el caballo y su arnés de tiro, la carreta, el timón de codaste. Los historiadores de las técnicas han insistido mucho en estas grandes invenciones de fines del primer milenio, que habían constituido la fuerza del noroeste de Europa. Después, Europa ha afirmado muy lentamente, en contra de la pretensión del latín al monopolio —de la enseñanza también—, la multiplicidad de lenguas locales, de lenguas vulgares, hasta el momento en que una lengua vulgar —el francés primero, y el inglés más tarde— desafió el monopolio de esta docta cultura.

La Europa atlántica inventó nuevas técnicas que asociaron a la madera una metalurgia más elaborada, que permitió utilizar más el hierro. También inventó nuevas máquinas, los molinos de agua, los relojes mecánicos que los flamencos construirían a su vez hasta en Sicilia, justo retorno de las clepsidras, fabricadas hasta Europa del Norte. La Europa atlántica inventó la artillería y la imprenta que trastornó las reglas de producción y difusión de la escritura. Finalmente, y sobre todo, la Europa atlántica impuso una doble y decisiva ruptura de la unidad. Afirmó, ya no la concepción de un Estado unitario con las dimensiones de un imperio sino de un Estado que se define por la autoridad de un príncipe en lugar de identificarse con una nación. Es en este mundo en el que vivimos actualmente, con-

siderado como el marco normal y necesario de la vida política, por tanto del equilibrio que hay que mantener o imponer a las fuerzas que se ejercen en sentido contrario.

La Europa atlántica se ha empeñado en imponer todas estas nuevas técnicas, no sin éxito, lo mismo al Sur que al Este, puesto que desde el noroeste de Europa se ha efectuado el gran empuje en dirección del Este, empuje evidentemente interrumpido por el plan político entre los siglos XVI y XVIII, pero que encontramos en los modelos generales de civilización, en el urbanismo y el funcionamiento mismo del Estado.

Fernand Braudel, a la luz de los trabajos que habéis consagrado al capitalismo y a Francia ¿no intentaríais ahora, si tuvieseis que reescribir la historia del Mediterráneo, integrar esta dinámica de larga duración, de todo un buen milenio, casi de un milenio y medio? Tranquilizaos, es una obligación que nadie os impondrá. ¿Pero volveríais hoy a escribir el mismo libro?

F. BRAUDEL.—Seguramente no.

C. OCKRENT.—*La respuesta fue breve pero tendremos probablemente una ampliación dentro de un momento. Puesto que estamos en las rupturas en este mundo del Mediterráneo que acaba de describir brillantemente Maurice Aymard, el profesor Godinho, historiador portugués, nos va a explicar precisamente el papel que los europeos del Atlántico han representado en el Mediterráneo.*

El Mediterráneo en el horizonte de los europeos del Atlántico

V. M. Godinho.—¿Cómo se presenta esta Europa que abarca el Mediterráneo y el mar del Norte? El Mediterráneo es un mundo con múltiples herencias, un espacio donde se interpenetran las civilizaciones, las economías, las técnicas, una zona de conflictos pero también de colaboración, con ciudades muy ricas, con campesinados diversos, de actividad comercial pujante apoyada en una navegación intensa y decisiva.

Del otro lado, el mar del Norte y el Báltico, muy activos y ya "industrializados" desde los siglos XI y XII como lo ha demostrado Michael Postam, no tienen los diferentes niveles de riqueza que encontramos en el Mediterráneo. Observemos más bien un comercio voluminoso y pesado (cereales, metales, pescados, sal) que se apoya sobre una navegación también diferente: buscaríamos aquí en vano las galeras del mar Interior.

Entre esos dos mundos, mercaderes y viajeros toman las rutas de tierra o las vías fluviales, van a las ferias y establecen muy pronto relaciones entre las regiones "industrializadas" como el norte de Italia y los Países Bajos. Gracias a esta circulación por vía terrestre, esas regiones forman un conjunto, una civilización se expande, civilización visible sobre el mapa de la arquitectura romana y de la arquitectura gótica.

Más allá del estrecho de Gibraltar, más acá de la Mancha ¿esta Europa atlántica sería una "periferia", un mundo dependiente? ¿Serían, pues, los mediterráneos los que habrían invertido allí, formando empresas, im-

poniendo técnicas y favoreciendo así un crecimiento que se consideró muy lento hasta fines del siglo XV? Pues los atlas históricos revelan que en general asimilamos este "Atlántico europeo" con una vía de paso entre el Mediterráneo y el mar del Norte. Coloquémonos en una perspectiva diferente. Este mundo atlántico en realidad se ha desarrollado muy pronto, desde los siglos XI y XII. Este desarrollo se ha efectuado en relaciones limitadas, con los otros dos complejos económicos y culturales de los cuales acabamos de hablar. Sin duda, ha heredado del Sur la aportación islámica, fundamental para la navegación, la organización del comercio, el impulso de las ciudades, pero también la aportación del Norte, en particular la de los normandos en las costas de Galicia. Pero esas aportaciones no bastan para explicar ese desarrollo que va desde Sevilla, Lisboa y Oporto hasta el fondo del golfo de Gascuña, bordea Bretaña, penetra en la Mancha, alcanza el sudoeste de Inglaterra y de Irlanda, desde Bristol hasta Galway.

Este mundo se construye alrededor de una producción propia, aceite, vino, cereales, maderas; los astilleros navales están aún muy activos y el hierro de Vizcaya —mucho más importante que la totalidad del hierro mediterráneo— permitirá el gran arranque, la entrada en la época moderna. Se inventan allí formas de navíos —las naves, las *coquas*, así se les llama en el Mediterráneo— con el timón de codaste que permite a los vizcaínos y a los portugueses alejarse de las costas y lanzarse a través del Atlántico.

Se instaura, pues, toda una red de comunicaciones:

las telas de Irlanda llegan a Portugal, los productos del Algarve van hacia el Norte. Desde fines del siglo XII, encontramos portugueses en el Mediterráneo oriental, en el Levante, pero también en Brujas; pescan en las aguas territoriales inglesas. Es un verdadero complejo económico el que se constituye en la Europa atlántica, por sí mismo; penetra por una parte en el mar del Norte, por otra, en el Mediterráneo. El pescado portugués llega regularmente a los puertos de Valencia o de Barcelona. Los vizcaínos frecuentan con regularidad el Mediterráneo occidental: son los transportistas del mar interior entre los puertos de Africa, del Maghreb, los puertos de Cataluña, de Valencia, de las Baleares y de las costas italianas, donde los portugueses penetran también en gran número: piratean, están al acecho de la carga que pueden encontrar en los diferentes puertos mediterráneos y finalmente penetran en el Norte. Hay, pues, una dinámica propia de este mundo atlántico, que no es resultado del efecto dinamizador de las economías mediterráneas o nórdicas. Es el primer punto que debemos recordar.

Ciertamente, los mediterráneos están presentes en este complejo atlántico, pero es más allá del Southampton donde la presencia italiana se vuelve verdaderamente importante, no en Bristol o en Galway ni en los puertos cantábricos; presencia en los puertos portugueses pero sin convertirse en el factor tan dinámico que será en parte en los puertos castellanos. Lo que ha permitido el desarrollo de este complejo atlántico es la unión, en 1200, de los señoríos de Vizcaya y de Asturias a la Corona de Castilla, la reconquista a partir de

las vías marítimas, y la conquista de Sevilla en 1148 por el rico mercader Bonifazio.*

Cierto, la creación de lo que llamo "complejo atlántico" se apoya en una convergencia de técnicas mediterráneas y atlánticas y no se puede negar la importancia que tuvo la presencia de los italianos en relación con la guerra naval, con sus galeras; pero ni la marina de Galicia, ni la marina cantábrica, ni la marina portuguesa existieron gracias a ellos. [Fueron las aportaciones culturales y no la presencia de los mercaderes italianos lo que marcó la influencia del Mediterráneo sobre el mundo atlántico.] Los italianos aportaron sus conocimientos, la brújula, los mapas —*la carta di navigare*— desde fines del siglo XIII. Este hecho es muy importante, pues esta cartografía produjo una evolución y una revolución culturales decisivas, vinculadas a los fenómenos económicos y sociales.

En primer lugar, se tenía una cartografía simbólica y mítica con una Tierra inscrita en un círculo o una elipse, un océano sembrado de islas (islas de la Felicidad, islas Afortunadas, o de la Desgracia), después la división en dos sistemas, sistema ternario y sistema cuaternario. Cuatro ríos descienden del paraíso y terminan en tres ramales: el Nilo, el Niger, el Senegal, y todo se construye —los puntos cardinales, los vientos, etcétera— según los dos sistemas combinados. [Es un mundo mítico que representa el destino del hombre y

* No sabemos a qué atribuir estas afirmaciones, pues sabido es que la plaza de Sevilla cayó en manos de los cristianos en noviembre de 1248 comandados por el almirante Ramón de Bonifaz, quien había ordenado atacarla por el Guadalquivir [R.]

el destino de la Tierra, y no una representación física de la Tierra] En cambio, *la carta di navigare*, basada en la rosa de los vientos, emplea la brújula, calcula el camino recorrido "a la estima" y permite hacer una representación eficiente: aquella de la cual tiene necesidad el navegante para regresar a su puerto de origen o volver a encontrar su destino. Esta carta "operacional" se desarrollará insertándose en la cartografía mítica. Encontramos ahí un centro realmente conocido, el Mediterráneo, y el mundo que lo rodea, el mundo simbólico.

Esta cartografía evolucionó hasta mediados del siglo XV y agotó todas sus virtualidades. La traducción de Tolomeo no le dio nada, pues Tolomeo había avanzado demasiado con su sistema de coordenadas, pero se hallaba muy atrasado con todas sus fantasías y sus ideas erróneas sobre el océano Índico cerrado, por ejemplo. Por eso desembocamos en un callejón sin salida. En ese momento, una nueva cartografía del complejo atlántico nació con Jaime de Mallorca, llegado en 1410 a Portugal para enseñar cartografía.

Esta nueva cartografía se apoyó, por una parte, en la náutica que utiliza la observación de las estrellas y del Sol; por otra parte, sobre el cálculo de las distancias establecidas con base en la diferencia de la altura de los astros y, finalmente, sobre el cálculo de las latitudes y por lo mismo sobre la escala de latitudes que permitirá una representación moderna. Cada vez más, el conocimiento preciso de las costas permite volver a colocar a este Mediterráneo en un conjunto real, si comparamos el mapamundi —llamado portugués— de 1502

con el atlas catalán de 1375-1381, la diferencia es evidente. ¡Es el mundo, en fin! ¡Es la posibilidad de pensar en los imperios! Es un nuevo instrumento político, pues sin cartografía no podemos pensar ni en términos de Estado nacional, ni en términos de política internacional. A pesar de esta modificación, el Mediterráneo sigue estando un poco aislado. Incluso los cartógrafos descuidan corregir la distorsión en latitud que hay en todas las cartas del Mediterráneo, que va del estrecho de Gibraltar al mar Negro. Los errores de importancia en latitud no fueron corregidos hasta 1527-1529. Esta modificación generalmente no fue incluida en la evolución de la cartografía. El Mediterráneo se conservó como un mundo semejante al concebido en el siglo XV, pero integrado en un conjunto mucho más vasto; ya no fue representado como tal, sino vinculado al Atlántico y al océano Índico.

A pesar del empuje de las economías oceánicas, a pesar de la oscilación entre los periodos de postración y los repuntes debidos a la industrialización y a los nuevos circuitos comerciales, a pesar de las crisis sucesivas (que no alcanzan sólo al Mediterráneo, crisis de los textiles ingleses, por ejemplo, o de la ruta del Cabo) este Mediterráneo no fue aniquilado por la expansión oceánica. Diría más bien que fue la red mundial de intercambio por las rutas oceánicas la que llevó esta economía mediterránea y creó nuevas oportunidades para los mercaderes y el Mediterráneo en general, a través del Atlántico y del océano Índico. Gracias a la expansión atlántica, pues, el Mediterráneo se ha conservado.

C. Ocxrent.—*Gracias, profesor Godinho. Sigamos todavía en el mundo de la navegación. Alain Guillerm, uno de los más prestigiosos especialistas de la historia marítima, va a hablarnos del papel de la galera; la que flota, desde luego.*

La galera, reina del Mediterráneo de Salamina a Lepanto

Alain Guillerm.—Lo que llama la atención de la galera, la primera cosa que es necesario comprender, es la belleza. Nunca ha existido una obra marítima tan bella como la galera. En segundo lugar, es la lógica. La belleza y la lógica son las dos definiciones de la galera, porque las limitaciones que impone, dado el número de remeros y las técnicas de fabricación, exigen un rigor extremo.

Es lo que quería decir inicialmente, antes de entrar en el tema braudeliano de la larga duración.

Citemos una frase de Agustín Jal, fechada en 1840: "La sutil galera del siglo XVIII es una traducción bastante fiel de la galera egipcia del siglo XV a.c. Esto no deja de tener valor a los ojos de los hombres de ciencia." Por el contrario, un siglo antes, Montesquieu escribió: "En ello podemos juzgar de la perfección de la marina de los antiguos, puesto que hemos abandonado una práctica en la cual teníamos tanta superioridad sobre ellos."

Estas dos frases resumen a mi entender la oposición entre la historia clásica —la de Montesquieu— y la

historia de la larga duración, la de Jal, que los arqueólogos han descubierto un siglo antes que los historiadores, después la han perdido, faltos de una visión intercientífica, como diría Fernand Braudel.

Estudiemos ahora la galera en tres puntos así expuestos: un pueblo, porque cada pueblo tenía la suya, un barco y una batalla decisiva.

Mi primer punto será: la galera es un regalo del Nilo. Los egipcios crearon la galera. Descendieron por el Nilo con el viento y en dirección de la corriente; vieron que era necesario remontarla e inventaron barcos más esbeltos. La más antigua galera conocida data de 2650 a.c. Fue contemporánea del faraón Keops, megalómano, es cierto, pues esta galera tenía ya 43 metros de largo y seis de manga. Era casi exactamente del tamaño que tuvo *La Réale* de Luis XIV.

Pasemos en seguida a una historia que podemos conocer mejor, la de los fenicios y de los griegos que están vinculados con la invención del birreme y del trirreme. Los fenicios —en principio gracias a la creación de la ciudad-Estado oligárquica y mercantil en la cual el rey ya no es un déspota sino simplemente un poder religioso— revolucionaron la propulsión agregando una segunda fila de remeros más bien que alargando el casco. Pues si se hubiera alargado el casco al extremo —con los cedros del Líbano hubiera sido posible, probablemente— no hubiera podido dar vuelta el barco, hubiera sido demasiado largo. Hay en esta revolución tecnológica navíos polirrémicos.

Luego, Aminocles en Corinto, en el siglo VII antes de nuestra era, cuando el birreme se había generali-

zado, inventó el trirreme. Ello produjo también un gran aumento del poder de propulsión. El trirreme de 170 remeros tiene cupo para 200 hombres. Es un barquito de 35 a 40 metros de largo y de 3.50 m de manga, sin contar los portalanchas. Este trirreme es una maravilla de belleza y finura ciertamente; con su espolón de bronce, posee también una eficacia decisiva.

La batalla ahora es Salamina. Cuando el rey de Persia, el rey de reyes, quiso invadir a Grecia en serio —no como en Maratón— con un verdadero ejército y una flota verdadera, la batalla decisiva tuvo lugar en Salamina, de acuerdo con una forma del todo clásica. Pero ¿a quién se iban a enfrentar los 380 barcos griegos? A los fenicios. La frase de Esquilo: "Doscientos cruceros ligeros reforzaban el ejército del mar" significa que había, a mi entender, 200 trirremes fenicios. Los griegos ganaron una batalla de la manera más sencilla. Un general al cual una dama le preguntaba cómo ganaba, respondió: "Penetro el centro y envuelvo a las alas." Fue así como se ganó la batalla de Salamina. Los fenicios fueron a la vez atacados con espolón y hundidos al abordaje.

Después, el navío clásico, el de las grandes conquistas de la Antigüedad, fue el quinquerreme. El problema del quinquerreme, es Roma frente a las potencias helénicas. El quinquerreme es un barco más grande, de 4.80 m de manga por 40 de longitud, mediante el cual finalmente fue encontrado el procedimiento tecnológico que lo hizo casi perfecto —porque no hay barco perfecto—: la primera fila está al ras del agua y tiene un remo corto, normal; el segundo, movido por dos

hombres y ya no uno solo, y la tercera fila, muy alta, ve su esfuerzo estorbado por la presencia del portalanchas. Los romanos, por otra parte, transformaron este portalanchas, que sobresale por ambos lados, en puente de combate, lo que permitió actuar a la infantería.

Así pues, duelo entre Roma y Cartago, primera guerra púnica que fue una guerra naval y victoria pónica, puesto que los romanos tenían marinos y no aliados marítimos. Cuando los romanos inventan un arma, la plancha de abordaje que permite a la legión maniobrar sobre el agua como en tierra, en ese momento Cartago quedó arruinada, perdida, los esfuerzos de Aníbal, como dice el almirante Mahan, fueron inútiles, pues no tuvieron apoyo. Pudo atravesar España, las Galias, Italia, pero no tuvo apoyo por mar.

Polibio dijo: "Sin el dominio de los mares, Roma no hubiera nunca conquistado a Cartago, Macedonia, ni vencido a los seléucidas, los herederos de Alejandro." Podemos agregar que tampoco hubiera podido conquistar el Egipto de los lagidas y de Antonio y Cleopatra. En la batalla de Accio, sabemos muy bien, por el libro del profesor Tarn en 1930, que por un lado había sólo barcos monstruosos y gigantes en manos de Marco Antonio y por otro lado pequeños barcos en manos de Octavio, el futuro Augusto. No hay más que leer a Virgilio en la *Eneida*: describe la batalla con mucha exactitud. Ignoramos si estuvo presente, pero en todo caso estaba informado. Describe barcos de tamaño idéntico que se enfrentan. Hay de cada lado una flota colosal de 400 quinquerremes. Lo que faltaba, posi-

blemente, era una buena reserva. La reserva la tenía Cleopatra; en lugar de servirse de ella, huyó y su amante fue incluso más cobarde que ella, puesto que la siguió.

Lo que hay allí de apasionante —pero ya os han hablado mejor que yo de Bizancio— es que Bizancio marca la resurrección de la marina polirrémica. El "dromón", es decir, el corredor, nos dice el cronista Jósimo, tiene una velocidad igual a la del quinquerreme, que no saben construirlo desde hace tiempo; es más rápido que las piraguas de los godos. El "dromón" recobra las características de la guerra antigua, que Bizancio no debió perder, como lo ha dicho Madame Ahrweiler. Tiene el espolón sumergido, y también dos velas latinas. Sabemos ahora que la vela latina era muy antigua —como puede leerse en el libro de Fernand Braudel sobre el capitalismo. El dromón tiene 200 remeros en dos niveles. Combina un puente de combate protegido, abajo (ese puente protege al mismo tiempo a los remeros), y un puente en lo alto, donde están remeros semiarmados ("a la ligera"), que pueden hacer los dos trabajos: remar y combatir.

Se puede decir que el dromón era una combinación armoniosa del trirreme y del quinquerreme. De cualquier manera, y gracias a él y al fuego griego, el sitio de Constantinopla en 717-718 y la victoria de León III *el Isáurico* salvaron a la civilización cristiana de la civilización árabe (sin hacer juicio de valor). Basta leer algunos títulos: "Se ha pretendido justamente que gracias a la resistencia de León *el Isáurico* se ha salvado no sólo Bizancio sino toda la civilización de Europa

occidental." "El año 718 es una fecha ecuménica, el mayor triunfo de la historia romana."

Después vinieron los venecianos y los genoveses a las aguas del mar Egeo. Al principio, Venecia no tenía más que una flota de 30 galeras, que constituían la escuadra del mar Adriático. Cuando las armadas turcas hicieron su aparición con 150 barcos, el arsenal de Venecia se convirtió en una inmensa fábrica moderna donde se prefabricó, o se montaron en serie galeras desde que se dio la alarma, desde que la flota turca abandonó el Bósforo.

Venecia abandonó la propulsión por remos en diferentes pisos. Conservó el trirreme —cada hombre en cada banco tenía un remo, y después, finalmente, un solo remo con tres remeros. El trirreme era ruinoso por completo para la república de Venecia: esos remeros eran hombres libres, croatas, y su salario era prohibitivo. Las galeras rusas que descendían al Adriático a lo largo de la costa veneciana, a lo largo de Croacia, para reclutar remeros, tropezaban siempre con el costo de su trabajo, al cual era necesario agregar el de los obreros de los arsenales. Por añadidura, los croatas remaban, por una parte para Venecia, pero en otros periodos se convertían en *uscocques* y piratas, lo que no era cómodo.

La hora de mayor gloria de Venecia llegó en Lepanto, no gracias a los venecianos sino, acaso, a su espíritu de conciliación, pero sobre todo gracias a don Juan de Austria. Este consiguió que los venecianos admitieran que el tercio español se embarcara en sus galeras. El hecho era casi inadmisible: la duplicidad de Felipe II

era tan grande que los venecianos no tenían sino un temor, o sea, que el tercio, una vez embarcado en las 70 galeras de Venecia, se apoderara de ellas. Sin embargo, la diplomacia de don Juan tuvo éxito al crear una infantería homogénea sobre el frente de batalla de alrededor de 200 galeras cristianas (estas cifras son controvertidas). ¿Qué tenían enfrente? Doscientas galeras turcas con la mejor infantería del mundo, los jenízaros. Las dos mejores infanterías del mundo iban a enfrentarse en esta batalla de galeras. Se ha creído durante mucho tiempo que había sido la artillería la que había triunfado. En realidad, fue la infantería "española". Se ha creído que los galeones venecianos hicieron pedazos a la flota turca; verdaderamente, no hundieron sino una sola galera y dañaron tres o cuatro más.

Dos conclusiones se imponen. El barco equipado con cañones, en la época posterior a Lepanto, era indispensable, como lo es en nuestros días la fuerza de disuasión nuclear. Sin embargo, citaré un ejemplo: en un mar interior —no fue en el Mediterráneo—, Mahan describe el último combate que fue particularmente sangriento para la época, en 1790, entre Suecia y los rusos, combate en el cual los rusos fueron destrozados, en el golfo de Finlandia, por la flota de remos del rey de Suecia. "Suecia, nuestra amiga, nuestra aliada, pero cuyo rey no acepta las revoluciones, hizo la paz inmediatamente, en lugar de socorrer a la República francesa."

Pero mi verdadera conclusión se refiere a Maurice Aymard: desde la desaparición de la galera, el Medi-

terráneo, surcado por flotas de guerra, ya no pertenece a los mediterráneos.

C. Ockrent.—*Gracias, Alain Guillerm, por esta evocación apasionada del remo. Volvamos a problemas más actuales con André Nouschi, que hablará del Mediterráneo en los siglos* xix *y* xx.

Problemas del Mediterráneo en los siglos xix y xx

André Nouschi.—Me interesaría, en primer término y antes que nada, en el Mediterráneo en sí. Pues Fernand Braudel lo recordaba hace un momento al retomar una expresión alemana: "El Mediterráneo es un mundo en sí." Deliberadamente, yo no evocaría, pues, sino lateral o marginalmente a los países mediterráneos. Con el fin del siglo xviii y sobre todo con el principio del siglo xix, la circulación económica en el Mediterráneo tuvo un movimiento excepcional y este movimiento creció de un decenio a otro a pesar de la guerra entre las grandes potencias. Una cifra permite medir la importancia de esta circulación: el tráfico de Marsella, primer puerto del Mediterráneo, se multiplicó por 25 entre 1834 y 1950.

Entre 1834 y 1914, el tráfico de Marsella se multiplicó por 16; el aumento más importante es el del periodo de 1870, puesto que el tráfico pasó de 4.5 M/T a 21 M/T. El primer puerto del Mediterráneo registró a su manera los movimientos de la situación internacional y francesa: durante las dos guerras mundiales

el Mediterráneo estuvo supeditado a los azares de los enfrentamientos entre beligerantes; de ahí, una disminución importante del tráfico, más marcada aún de 1939 a 1945 que de 1914 a 1918. La crisis de 1929 frenó sensiblemente el tráfico portuario, mientras que la segunda Guerra Mundial tuvo efectos radicales reduciendo, por así decirlo, a nada, a partir de 1943, el comercio marsellés.

El otro indicador del tráfico mediterráneo es el del canal de Suez, cuya evolución desde 1969 parece asemejarse al movimiento marsellés; la única diferencia que existe entre las dos curvas es que el repunte comenzó en Suez en 1942, así pues, antes que el de Marsella.

Este crecimiento extraordinario, excepcional, el más formidable que haya experimentado el tráfico marsellés, refleja bastante bien el conjunto del tráfico mediterráneo. Este fenómeno es más o menos del mismo orden en Nápoles y Génova.

Analicemos los componentes de este tráfico marítimo. Por principio de cuentas, se organiza y antes que nada entre los países de la Europa industrial y los países en vías de desarrollo —África y Asia esencialmente—, por un lado, de exportaciones de productos industriales manufacturados, y por el otro, importaciones de productos agrícolas y mineros, incluyendo petróleo.

En 1906, el historiador de Marsella, P. Masson, subrayó el papel y la importancia del comercio colonial que representaba aproximadamente la cuarta parte del valor del comercio portuario. Después de la segunda Guerra Mundial, el tráfico petrolero superó práctica-

mente a todos los demás y dio al actual comercio en el Mediterráneo este tamaño gigantesco.

En 1983, el comercio de Marsella superó los 86 M/T, de los cuales 63 M/T son de hidrocarburos (73.2%). Marsella es así el primer puerto petrolero francés, muy por arriba de El Havre. Es verdad que a Marsella llegan los productos petroleros destinados a varios socios europeos, a los cuales son conducidos por el oleoducto que une a Marsella con Karlsruhe.

Este comercio mediterráneo representa, pues, una parte muy importante del volumen mundial en conjunto. Si hay, por una parte, exportación de productos elaborados o manufacturados y, por la otra, importación de productos mineros o materias primas, consecuentemente, el cambio financiero entre la costa norte y la costa sur se desequilibra. Los países industriales —Francia, Italia, España, Gran Bretaña, Alemania y muy tardíamente los Balcanes— exportan trabajo pagado a gran precio: así pues, su balanza comercial tiene superávit. Por el contrario, los productos mineros, los productos agrícolas, las materias primas, siguen sujetos a los altibajos mundiales; su precio está a la baja. Estos fenómenos tienen un efecto evidente en el mundo mediterráneo, en la circulación en el Mediterráneo.

El Mediterráneo ¿es mar de desequilibrios financieros y comerciales? Sí, pero también mar por el que pasan las inversiones de los países industrializados —de los países ricos— hacia Africa y Asia. Encontramos una continuidad evidente entre el siglo XIX y el XX. Si analizamos las cifras de un decenio a otro, observaremos que, como subvenciones del Tesoro público, o sea, bajo

la forma de inversiones privadas, sea bajo la forma de inversiones industriales —Compañía Francesa de Petróleos, por ejemplo, u otras sociedades mineras y empresas industriales— sin ninguna duda posible se da allí un movimiento financiero importante de los países ricos hacia Africa y Asia. H. Feis y R. Cameron estimaron la importancia de estas inversiones financieras en los países mediterráneos. En 1914, la Gran Bretaña invirtió allí 125 500 000 libras esterlinas, Francia 18 400 millones de francos oro, Alemania 7 000 millones de marcos, o sea, para la primera un poco más de 3% del total de sus inversiones, para la segunda 40.6% de las suyas, y para la tercera 29.7% de las suyas.

Actualmente, estas inversiones se han alternado por préstamos otorgados por las grandes potencias; entre ellas, los Estados Unidos, la URSS, aparte de los países europeos tradicionalmente prestamistas. Podemos preguntarnos si los mecanismos no son en realidad idénticos y si no producen los mismos efectos: transferencia de ingresos de los países africanos o asiáticos a los países prestamistas industriales. Sabemos también que esos préstamos a veces dan lugar a muy vivas competencias; así, Egipto, donde los norteamericanos y los soviéticos libraron una competencia que desembocó en la crisis de Suez en 1956, que ha permitido a los soviéticos reforzar sus posiciones político-estratégicas en el Mediterráneo y en el mundo árabe.

Observaría, sin embargo, que los países petroleros del Cercano Oriente disponen de abundancia de capitales desde 1973, en tal cantidad que los transfieren a la Europa industrial o a los Estados Unidos y de esta

manera participan en la prosperidad de los países industriales; mientras que en Argelia, los ingresos obtenidos del petróleo y del gas son aplicados al presupuesto del Estado argelino y sirven para edificar la nueva estructura económica del país.

Debe subrayarse un tercer elemento, el de la transferencia del poder y el del movimiento de las poblaciones. El Mediterráneo en los dos últimos siglos ha sido la arteria de circulación de los hombres. A este respecto, será necesario volver a hablar un día en serio y sin pasión sobre la colonización. Es un fenómeno que supera ampliamente la ocupación y la administración territorial. Es una transferencia del poder y la instalación de un poder en un país, pero con todo lo que esto implica. En primer término —y esto es lo que nos interesa—, ello significa que varios cientos de miles de hombres han atravesado el mar. Recordemos la corriente de hombres de Europa hacia el Maghreb, que yo estimo por mi parte en 700 000 entre 1830 y 1950 (no olvidemos el crecimiento generado por el asentamiento de esos hombres y esas mujeres). Agreguemos los 400 000 europeos radicados en Palestina entre 1920 y 1940 —y que crearían el Estado de Israel—, y llegaremos a un total impresionante de 1 100 000 hombres. Los dos últimos siglos han visto, pues, el movimiento más importante de hombres que hayan atravesado el Mediterráneo en toda su historia; lo que implica contactos culturales y técnicos, transferencia de ideologías, de culturas, la creación de nuevas mentalidades; lo que modifica muy sensiblemente el paisaje humano del mundo mediterráneo.

El otro aspecto de este intercambio son las migraciones de trabajadores que vienen de Africa y de Asia. Es un hecho que conocemos bien en Francia, pero que existe también en Alemania y en cierto número de países europeos. Comúnmente se admite que estas transferencias de poblaciones alcanzan una cifra del orden de 2 o 3 000 000. Agreguemos a esta última cifra las transferencias intereuropeas —los italianos, los españoles, y los portugueses hacia Francia o a la Europa central— y entonces es necesario fijar en varios millones esta transferencia de hombres. Las transferencias interétnicas, interculturales, la remodelación y la transformación de mentalidades que se operan después de estos movimientos de población, representan un fenómeno considerable. Ese fenómeno, invisible en apariencia, tendrá repercusiones de larga duración, repercusiones sobre las estructuras humanas y sociales, que no podrán ser pasadas por alto por los historiadores.

El Mediterráneo se ha reinsertado así de una manera completamente espectacular en el juego mundial de la economía, en el juego mundial de la circulación comercial y financiera, en el juego mundial de la circulación de los hombres y de las ideas. Por este hecho, se convierte en asunto de vital importancia para las grandes potencias, una arteria de circulación y un punto estratégico. Del Mediterráneo, zona de conflictos, el almirante Denis os hablará de ello con mayor competencia que yo.

C. Ockrent.—*Doy las gracias a André Nouschi, que ha presentado al almirante Denis, a quien dejo la palabra.*

A. Denis.—*Yo subrayo ante todo la calidad de una animación, que, como en los grandes procesos, deja en último término la palabra a la defensa.*

El Mediterráneo de tensiones

Alain Denis.—Para hablar de las tensiones en el Mediterráneo o de las del Mediterráneo de ahora, es necesario en primer lugar escoger un lenguaje. Aristóteles es el primero en utilizar, para designar la cuenca del Mediterráneo, la expresión de "gran lago de paz". Sospecho que no quiso oír sino sólo los gritos de los delfines tuertos que dan vuelta en redondo a la cuenca, para no perder de vista la costa de su ojo sano. ¿Es necesario utilizar más bien un lenguaje más combativo como el de Temístocles en Salamina, el de Agripa en Accio, el de los protagonistas de la batalla de Lepanto o la de Malta en 1941, para quienes el Mediterráneo es claramente el mar de las guerras? ¿Es necesario utilizar ese lenguaje actual, púdico y frío —frío como para helar el agua en las clepsidras—, y hablar del mar de las crisis, del tiempo de las crisis, crisis que tenemos la obligación de analizar, de comprender y de intentar resolver?

Todo el mundo aquí se une al deseo de Aristóteles; desgraciadamente, cada uno puede comprobar el hecho polémico. Es tan verdadero que uno está cotidianamente sorprendido por el contraste permanente entre la aspiración de la mayoría por la paz y la realidad actual. Esta realidad de la cuenca mediterránea, es la

sobreimposición permanente —o casi permanente— de conflictos, que se dicen limitados o localizados, entre países costeros o vecinos. Son guerras civiles entre facciones rivales, guerras religiosas entre diferentes tendencias confesionales, y desde hace 15 o 20 años la aparición del terrorismo, nacional o internacional. ¡Es así como en los últimos 40 años, entre 1945 y hoy —los cito en desorden— han aparecido los conflictos árabe-israelí, franco-argelino, anglo-franco-egipcio, greco-turco, además de las oposiciones sordas y permanentes con las cuales nos enfrentamos en este momento aún entre Argelia y Marruecos, Túnez y Libia, sin olvidar las recaídas en el carácter terrorista de los asuntos palestinos y de la revolución iraní, o aun de la guerra Irán-Irak. ¡Es mucho verdaderamente! Fuera de cualquier interpretación política, que por naturaleza es oportunista o efímera, podemos distinguir cuatro factores de crisis:

—el añejo antagonismo entre los mundos cristiano y musulmán, que se remonta al siglo VII, pero que parece actualmente en vías de reactivación;

—la situación particular del Estado hebreo y su oposición con los países islámicos que lo rodean;

—el desequilibrio económico entre el mundo industrial rico relativamente del Norte y el mundo en vías de desarrollo, pobre relativamente del Sur;

—el factor demográfico: crecimiento galopante por un lado, estancamiento, es decir, recesión, por el otro.

Sobre el plano geográfico, uno de los parámetros esenciales en materia de estrategia, el mar Mediterráneo presenta dos características fundamentales:

—es la zona de encuentro entre la relación Norte-

Sur y el enfrentamiento Este-Oeste, con antigüedad de cuarenta años;

—es el fraccionamiento de esta cuenca en tres cuencas más pequeñas —de las cuales alguna de las naciones ribereñas puede fácilmente intentar limitar o prohibir el acceso (como hoy día en la cuenca central).

En el ámbito militar, y en particular en el naval, dos tipos de naciones están presentes en esta zona: las naciones costeras, seguramente, pero también naciones no costeras, entre ellas las dos más potentes fuerzas armadas mundiales: los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. En el Mediterráneo, la marina norteamericana cuenta normalmente con 10 grandes barcos de guerra, cuatro submarinos de ataque de propulsión nuclear, seis embarcaciones anfibias con 1 800 *marines* a bordo, 10 barcos de apoyo, portaviones con 100 aparatos de los tipos más modernos (Corsair-2, F-14) más algunos medios complementarios. La marina soviética está representada también por un imponente conjunto de navíos: 8 barcos de guerra, seis submarinos de ataque, 20 barcos de apoyo y alrededor de ocho colectores de información muy activos y discretos.

Por lo que se refiere a las naciones costeras, citemos al Norte a los españoles, los franceses y los italianos. Los italianos tienen toda su marina allí, mientras que los españoles y los franceses deben diversificar su presencia en dos teatros, el frente atlántico y el frente mediterráneo. Pero Francia dispone aquí, en el Mediterráneo, del poderío más concreto e importante después del de los Estados Unidos de América, porque es la única en tener portaaviones y aviones, único instrumento que

permite, si no modificar los acontecimientos, por lo menos tener una posibilidad de pesar en el curso de los acontecimientos. Al Este, dos marinas de alguna importancia: la marina griega y la marina turca. Pero éstas están hoy más ocupadas en oponerse la una a la otra que en trabajar unidas en una alianza a la cual ambas pertenecen. Sobre la costa sur de la cuenca, existen fuerzas armadas —principalmente aeroterrestres— pero también navales que constituyen una amenaza muy seria. Gracias a los ingresos petroleros, algunos países de la costa sur han adquirido, en estos últimos 15 años, un poderío militar absolutamente considerable. Es así como Libia dispone hoy día de un número de aviones casi equivalente al de todo el ejército francés del aire, y más misiles mar-mar que el conjunto de nuestras fuerzas navales en el Mediterráneo. Los riesgos de tensión y de enfrentamiento son variables con el lugar y la evolución de las circunstancias, pero aún más agravados con la difusión del terrorismo y las reacciones que éste entraña. Por ejemplo: el asesinato de israelíes en la base naval de Larnaca, seguido de la destrucción en Túnez de la sede de la OLP por la aviación israelí; la desviación del *Achille-Lauro* seguida de la desviación del Boeing 737 egipcio. Cito estos asuntos porque presentan la particularidad de señalar la aparición del hecho terrorista en el espacio marítimo, lo que es en extremo preocupante.

Este mar Mediterráneo ha vuelto a ser la encrucijada más inestable del planeta. No es posible, a corto plazo hacerse ilusiones sobre perspectivas de mejoramiento. El caso libanés ha provocado muchísimas rivalidades,

odios y exasperaciones. Es triste decir que, para el Líbano, por no disponer de un ejército bastante poderoso, en definitiva corresponderá a un ejército extranjero devolverle la calma, es decir, la paz. Los israelíes no lo han conseguido, el tiempo de los sirios se acerca... En la lógica del episodio revolucionario iraní, y sobre el fondo de la pasión religiosa, la guerra Irán-Irak suscita el equívoco del comportamiento, de por sí ambiguo, de algunas naciones ribereñas vecinas. Libia, finalmente, en el centro de la cuenca, por lo menos dinámica y a veces pasional, pero representa en cualquier caso un factor de desequilibrio en el Mediterráneo como en otras partes. Libia pesa aquí, en este teatro mediterráneo, por sus fuerzas armadas, y al mismo tiempo en la frontera oriental con Egipto, en la frontera occidental con el Túnez del presidente Bourguiba y en los linderos septentrionales del corazón de Africa.

En este difícil contexto mediterráneo, Francia ambiciona conservar su libertad de acción y dar ayuda a quienes las tradiciones, la historia o la política la vinculan por el interés o por la amistad. Trata también de reducir los antagonismos y apaciguar las querellas. Es lo que ha hecho y continúa haciendo desde hace tres años en el Líbano, corriendo riesgos y peligros, teniendo como medio esencial de acción sus fuerzas marítimas en el Mediterráneo. A título de ejemplo: en los años 1983 y 1984 hemos tenido frente a las costas libanesas hasta 14 barcos de guerra —entre los cuales un portaaviones— durante 245 días, es decir, ocho meses de permanencia, o sea también la presencia en las cercanías de las costas amigas de 4 000 marinos, dos

veces más que las tropas de tierra, y si tomamos en cuenta el mecanismo de relevos y reemplazos, son 20 000 jóvenes marinos los que desde hace tres años operan a lo largo de Beirut en aguas libanesas.

Quisiera decir como conclusión que las señales del todo extraordinarias de simpatía y afecto de que hemos sido objeto durante esa prolongada estancia de tres años en el Líbano, y la ayuda que la gente del país ha pedido espontáneamente a nuestros compatriotas y a nuestras fuerzas son, entre las pruebas que hemos sufrido, un estímulo para considerar que allí, como en otras partes, nuestra acción puede ser útil.

C. Ochrent.—*Agradezco las palabras del almirante Denis. Fernand Braudel, después de lo que habéis escuchado, me gustaría a mi vez haceros la misma pregunta que Maurice Aymard: ¿Cómo reescribiríais ahora el Mediterráneo?*

Venecia y Bizancio

F. Braudel.—La pregunta que me hacéis es tan difícil que no responderé a ella exactamente. Esta mañana, uno de mis amigos, uno de mis colegas —no me atrevería a decir, uno de mis discípulos— me lanzó un pequeño desafío. Sin saber cuánto podría inquietarme su pregunta, me dijo: "Si tuvierais que rehacer *El Mediterráneo*, ¿lo escribiríais como lo escribisteis en 1947?" ¡Seguramente, él no se da cuenta del alcance de la pregunta que me hizo! He tardado 25 años en escribir el

primer *Mediterráneo*, por lo menos 15 años en olvidarlo, y hoy lo he olvidado por completo.

Algunas veces tengo pesadillas. No me pongo naturalmente en el infierno, sino en el purgatorio; y en el purgatorio estoy obligado a releer *El Mediterráneo*. ¡No os imagináis en qué estado de tensión, de amargura y de dificultad me coloca eso! Así pues, me han dicho: "¿Y si tuvierais que recomenzar *El Mediterráneo*?" Pero ya he recomenzado *El Mediterráneo*. Desde 1949, cuando el libro fue publicado, he continuado todavía durante cinco o seis años frecuentando los archivos. Tenía la idea, muy equivocada, de que no había cubierto suficientemente el espacio cronológico, que no había que comenzar hacia 1550 para llegar hasta 1600, sino que era preciso comenzar por lo menos en 1450. He pasado así meses, sea en los archivos de Venecia, sea en los de Simancas, en busca de documentos anteriores a 1450. Y, por añadidura, cuando en 1963, se suscitó el problema de traducir mi libro al inglés, me dio vergüenza no tener en cuenta todo lo que había publicado desde 1949. El azar me ha servido mucho, y naturalmente, es necesario compensar los beneficios que hemos recibido. Tengo muchos alumnos —discípulos, como se dice— ¿y sobre qué han trabajado? Sobre el Mediterráneo. En consecuencia, hacia 1960, *El Mediterráneo* tenía necesidad de ser puesto al día. He trabajado durante un año, he rehecho la tercera parte del libro. Lo que Maurice Aymard me pide hoy, no es rehacer la tercera parte del libro, sino todo el libro. ¡Confesad que me pedís demasiado!

Si yo tuviera que rehacerlo —y con ayuda de las per-

sonalidades que están en la tribuna sería fácil— intentaría comenzar, no en 1450, sino hacia el siglo XI o XII. Estaría equivocado, seguramente, Después iría, como el almirante Denis, hasta 1985. Desde luego, me llevaría más o menos 25 años. ¡Como nací en 1902, podéis imaginar cuán difícil me sería acabarlo! Pero veo con claridad cómo procedería.

¡El Mediterráneo es un mundo en sí mismo, así pues, un espacio de experimentación; y tengo la creencia que cada vez que la observación es posible, y no lo es hacia siglos muy lejanos, nos damos cuenta que siempre hay una región del Mediterráneo que se beneficia de las demás y que de ellas se alimenta. En tiempos del Imperio romano, todo el Mediterráneo se unió por primera vez. Se dice: "El Mediterráneo se ha convertido en un lago romano." Es una buena fórmula; no es absolutamente verdadera, pero casi lo es. Ahora bien, en este mundo que es el Imperio romano, en verdad un "mundo en sí", hay una región, la de mi vecina Mme. rectora y canciller de las Universidades de París, que aventaja al pobre mundo occidental; porque no se florece, no se es brillante, sino a condición de explotar a los demás. Y sabéis bien que Bizancio, de la que habéis celebrado el brillo, las luces y los fastos, es sin embargo una explotación del mundo occidental y del mundo mediterráneo ¿estáis convencida o no?

H. Ahrweiler.—Sí, absolutamente, ¡pero yo creo que Bizancio ha hecho bien! Porque por eso el Mediterráneo ha existido.

F. Braudel.—Estaréis de acuerdo en que si no hubie-

ra habido preponderancia del lado del Ponto Euxino o del lado de Bizancio, hubiera habido preponderancia en otra parte. ¡Nosotros, en Occidente, nos hubiéramos podido desenvolver, os hubiéramos podido explotar!

H. AHRWEILER.—¡Vosotros no estabais allí aún!

F. BRAUDEL.—Sí, allí estábamos. Hay una cadena que parte de vos lo mismo que de mí, que se aleja tanto en el pasado que se pierde en él. A pesar de todo, estábamos representados en el siglo II a.c. por muchas más personas que por los miembros de nuestra familia actual: así pues, vos estabais allí y nos habéis explotado.

H. AHRWEILER.—¡A cada quien le llega su turno!

F. BRAUDEL.—Habéis encontrado una buena expresión, la fórmula ideal. Explotamos, nos enriquecemos, dormimos, tenemos necesidad de ser servidos por los demás, y, en un momento dado, somos despedazados por los demás. Vosotros sabéis que cuanto digo es grave, porque en las desavenencias del mundo mediterráneo, no os equivoquéis, no es el Islam el que ha triunfado sobre Bizancio —Mme. Ahrweiler no se ha atrevido a decirlo— sino Bizancio sobre el Islam, no sólo con las galeras, sino también con el fuego griego. Os habéis desenvuelto bien en aquella época.

H. AHRWEILER.—¡Y con el "dromón"!

F. BRAUDEL.—Y con el "dromón". Podríamos volver a hablar de ello, sería bastante útil. ¿Sabéis lo que es un "dromón", a pesar de todo?

H. AHRWEILER.—Ahora veo un poco más claro. Pero quisiera saber cuántos años dura una galera.

F. BRAUDEL.—Hallaréis la respuesta en el siglo II;

antes, no sé. Pueden ser 25 años, a condición de que la galera no viaje durante el invierno. En Venecia, en el siglo XVI, ponían todas las galeras en seco bajo las bóvedas del arsenal y después, cuando debían regresar al mar en el mes de abril, se las preparaba, las ponían a punto, las equipaban y las lanzaban al tráfico continuo del Adriático hasta el mar Egeo. Así pues, las galeras duran 25 años cuando todo va bien y cuando las cosas salen mal dos o tres años. ¿No estáis de acuerdo con Alain Guillerm? ¿Creéis que el "dromon" no flota?

H. ARHWEILER.—No, pero creo que la flota de los "dromones" no podía existir completamente sola, sin que estuviera completada por una serie de otros barcos mucho más pequeños. Esos barquitos redondos han constituido las flotas de comercio encabezadas justamente por los dromones, que han hecho la grandeza de Bizancio, es decir, que han permitido a Bizancio explotar a los demás.

F. BRAUDEL.—Alain Guillerm está obligado a daros la razón, primero por cortesía y porque conocéis mejor la cuestión que él. Así pues, tenéis toda la razón. Pero de cualquier manera sucede una aventura en Bizancio de la cual no habéis hablado, si tengo buena memoria, y que es desagradable: ha saqueado al mundo occidental, pero un día u otro fue saqueada y devorada desde el exterior, porque nosotros los venecianos.

A. NOUSCHI.—No está mal. "Nosotros los venecianos."

F. BRAUDEL.—Venecia es un poco el mundo oriental por "forcing", pero ya es verdaderamente el mundo occidental. Ahora bien, los venecianos han terminado por

introducirse en ese Imperio más brillante que los demás, más brillante incluso que el Islam, y después, sin embargo, lo han destruido. El fin de Bizancio llegó en 1215.

H. AHRWEILER.—Hacéis que me sonroje. Yo soy ortodoxa y de ascendencia griega, y por pudor no me atrevía a decir la verdad que vos anunciais con tanta elegancia y después de tanto tiempo. Bizancio fue destruida...

F. BRAUDEL.—¡Asesinada!

H. AHRWEILER.—Asesinada por sus correligionarios cristianos, a causa de que Bizancio fue tildada de cismática. Es este divorcio lo que todavía pagamos actualmente; porque, Maestro, cuando escuchamos en los anfiteatros "querella bizantina", "es Bizancio y nada más", ello prueba simplemente que toda historiografía de inspiración eclesiástica, que emane de los jesuitas, de los asuncionistas y aun de otros, apenas conoce a Bizancio después del cisma y las cruzadas. Ahora bien, digamos las cosas sencillamente: las cruzadas, querido amigo, posiblemente han llevado muchas más personas al Oriente que las colonias. (ruidosas manifestaciones de protesta en las tribunas).

F. BRAUDEL.—¡Defendeos!

A. NOUSCHI.—¡Cuando sabemos lo que había detrás de las cruzadas! ¡Muchas menos personas en relación con los colonos!

R. MANTRAN.—Había 1 200 caballeros y 4 000 hombres de tropa.

H. AHRWEILER.—Tengo en cuenta a venecianos, italianos, etc., y os doy una información cuando los cruzados llegaron por el Danubio. Bizancio, que no era

sino un Estado centralizador, quiso recaudar el impuesto y el *passagio*; envió sus notarios para contar los barcos que transportaban a los cruzados y así sabemos, pues, cuántos millares eran. ¡Pero en fin, vosotros conocéis las exageraciones griegas!...

F. Braudel.—No existen sino los italianos y nosotros para decir la verdad...

H. Ahrweiler.—¡Eustaquio de Tesalónica dijo que cualquier cifra que se diera de los cruzados que llegaron se quedaría corta! Pero sabemos otra cosa —hablo de la segunda cruzada, no de la primera...

F. Braudel.—Yo hablo de la cuarta, pero en fin...

H. Ahrweiler.—¡Pongo unas junto a otras! Es lo que hace verdaderamente lo que llamo la larga duración de la desconfianza, porque a partir de la primera cruzada comenzamos a desconfiar de todo lo que viene de Occidente, de las "tierras bárbaras", decían ellos. No es ya el número lo que cuenta, sino la calidad.

F. Braudel.—Daos cuenta, André Nouschi, que somos dos los equivocados a ojos de Mme. Ahrweiler.

A. Nouschi.—Pero no puedo aceptar esta manera sutil e indirecta de negar la realidad.

F. Braudel.—Cuando decimos 10 000 hombres en la época de las cruzadas, es necesario considerar esa cifra en relación con el conjunto de la población mediterránea.

H. Ahrweiler.—Yo la considero en relación con la circulación mundial de la época.

F. Braudel.—Nosotros dos nos equivocamos al estar en vuestra contra, eso está claro como el agua, pero

¿qué pensáis vos de los venecianos? Nosotros los venecianos hemos despedazado al Imperio bizantino vivo, absolutamente igual que como dicen los libros de cocina: "¡El conejo queda mejor si se lo desuella vivo!" Hemos despojado a Bizancio en vida y hemos visto, desde 1204, a los venecianos y los genoveses llegar hasta el Ponto Euxino, hasta el mar Negro, coto cerrado de Constantinopla. Ahora bien, Constatinopla vive porque explota las riberas del mar Negro. Así pues, allí ha habido destrucción. Hay textos sobre la desgracia de Bizancio en el siglo XV, ¡vos los conocéis! ¡De esta manera, los latinos los explotaban en todos los sentidos! Y cuando llegó la amenaza turca, ¿qué hicieron los bizantinos? Quedarse con los brazos cruzados. Podían haber escogido entre la salvación con los latinos y una especie de prisión con los musulmanes. Y escogieron.

H. Ahrweiler.—El lema de la flota bizantina fue: "Prefiero ver en la ciudad el caftán turco más bien que la tiara latina."

F. Braudel.—¿Os dais cuenta? Se dice que hay querellas actualmente en todo el Mediterráneo, pero antaño era la regla. Sin embargo, es extraordinario que la cristiandad ortodoxa haya preferido al Islam al posible acuerdo con un papa de Roma, en extremo conciliador, y con los latinos, que no pedían más que ganar. Pero lo que pasó con Bizancio pasará con el mundo occidental y en ello estoy de acuerdo con las críticas bastante acerbas de Maurice Aymard. El mundo del Mediterráneo, es decir, España, además de una parte de Francia, además Italia —sobre todo Italia— es la

región extraordinaria, es la región viva, la región afortunada; cuando estamos en Florencia, en Génova, en Milán o en cualquier ciudad de Italia, encontramos esa grandeza antigua. Desgraciadamente, siempre es la misma historia: los mediterráneos —Vittorino Godinho lo ha dicho con toda claridad— incluso hicieron que les sirvieran los barcos portugueses, que les trajeran a domicilio el pescado salado del océano Atlántico y en un momento dado, cuando lograron la unión —a partir de 1297, la fecha es bien conocida— entre el Mediterráneo y el mar del Norte, se sirvieron entonces de Lisboa como relevo, explotada y puesta por encima de ella misma. Pero lo que vendrá, y que es justo, es que los pobres triunfarán. La historia del Mediterráneo está maravillosamente de acuerdo con las reglas de la moral. Existe la grandeza del Mediterráneo occidental, la grandeza de Italia, y después todo cambia en favor de las gentes del Norte. Entonces, Maurice Aymard, ¿qué opináis de las gentes del Norte?

M. Aymard.—¿Desde qué punto de vista?

F. Braudel.—Desde mi punto de vista. Yo os escucho. ¿Escribiríais *El Mediterráneo* como yo lo he escrito en 1947?

M. Aymard.—Yo os preguntaba si, después de haber trabajado sobre el capitalismo y sobre Francia —pues vuestra Francia es mediterránea, pero también muy nórdica y con vastos horizontes—, esta doble experiencia no os llevaría a repensar el Mediterráneo de una manera diferente y comenzándolo en una época anterior

F. Braudel.—Y dejándolo en una época muy posterior.

M. Aymard.—Acabáis de decirlo hace un instante los pobres terminan siempre por triunfar, es una historia muy moral. En la historia actual ¿los pobres triunfarán de nuevo?

F. Braudel.—Os dais cuenta, hay que desconfiar siempre de los amigos, de los discípulos y de los historiadores en general: él no propone la cuestión como yo la he propuesto, él la propone en relación con el mundo actual. Yo la planteo en relación con los siglos xvi y xvii. En ese momento hay una Europa, la Europa del Norte, que es pobre, miserable; es una Europa que cumple con el duro oficio de transportista por la vía del mar, la que toma ventaja sobre el mundo mediterráneo y lo penetra con fuerza y violencia. No creais que la invasión que ocurrió hacia fines del siglo xvii, de 1690 a 1695, se realizó tranquilamente. La llegada de las gentes del Norte —la llegada de los ingleses, la llegada de los holandeses— se hizo como una guerra perpetua a través de todo el espacio del Mediterráneo, y de nuevo la primacía pasó, de un pueblo que había sido rico por mucho tiempo y que se durmió en su riqueza, a las gentes pobres. ¿Tengo razón, querida rectora?

H. Ahrweiler.—Se trata de saber quién es pobre hoy día.

F. Braudel.—En las ciencias humanas, cada vez que se resuelve un problema surge otro. Para mí, es pobre quien es menos rico que el rico.

H. Ahrweiler.—En este caso, os voy a responder, puesto que vos me habéis dado la idea. Estamos en 1204. El pobre, en ese momento, se halla dentro de la misma Bizancio. Los que ilustraron la grandeza constan

mopolitana, desde que se encuentran en la barriada, caen sobre los campesinos pobres que los miran y les dicen: "Finalmente, estáis desnudos, finalmente fuisteis despojados por los bárbaros cruzados y latinos, finalmente conoceréis la *isopoliteia*, es decir, el mismo régimen que nosotros." Así, encuentro la pobreza en la grandeza, y si los Estados territoriales han dejado de ser los Estados del Mediterráneo para formar este suelo mediterráneo, es porque dentro de esos Estados las economías-mundo han creado periferias absolutamente destructoras.

F. Braudel.—Escucho un lenguaje que es el mío, pero no sé si el auditorio lo entiende exactamente. Me vuelvo para plantearos una nueva cuestión: se habla de la pobreza y de la riqueza; en mi opinión, nunca ha habido, por así decirlo, campesinos ricos.

H. Ahrweiler.—Con excepción de los grandes propietarios de Oriente.

F. Braudel.—Los grandes propietarios nunca han sido campesinos. Preguntad a nuestros colegas, preguntad a Christine Ockrent.

C. Ockrent.—*No soy sino periodista. Quisiera exactamente hacer una pregunta que se vincula en parte con las preocupaciones de André Nouschi sobre la cuestión de la emigración. En este mundo mediterráneo —suponiendo que existe siempre como espacio-mundo, lo que pudiera ser otra pregunta—, ¿las migraciones que observamos hoy volcarán definitivamente al Mediterráneo sur sobre el Mediterráneo norte? Me acerco a la alusión que hacía de manera impertinente — ¡pero*

¡El es historiador!— Maurice Aymard, ¿es que los pobres tendrán su oportunidad y en esa lógica ?

F. Braudel.—¡Todo el mundo me ataca!

C. Ockrent.—*Es una pregunta.*

F. Braudel.—¿Los pobres del Mediterráneo ganarán?

A. Nouschi.—Es una pregunta que me parece mal formulada.

F. Braudel.—Todas las preguntas están mal formuladas cuando no encontramos respuesta.

A. Nouschi.—¿A partir de dónde se es pobre, a partir de dónde se es rico? Hace un momento dijisteis que os gustaría limitaros a los siglos XVI y XVII. Estoy de acuerdo, pero yo me pregunto si no fueron los propios mediterráneos quienes se empobrecieron y dilapidaron esa extraordinaria fortuna que habían amasado; si no dejaron de tomar en consideración cierto número de elementos y en particular, digamos las cosas francamente, el hecho de que el Mediterráneo se les escapaba. Pues, entre 1640 y 1750, los mediterráneos no eran ya dueños de su destino. No tenían ya la sartén por el mango.

F. Braudel.—Sí, pero sucedió con tanta lentitud que no se dieron cuenta.

A. Nouschi.—Es la razón por la cual esta situación evolucionó en un siglo, en un siglo y medio. El empobrecimiento vino esencialmente en el momento en que tenían la sartén por el mango. Cuando Venecia tenía sus factorías en Bizancio, en el mar Negro, sobre las costas anatolias, al igual que Génova, Pisa o Amalfi, se enriquecieron. Desde el momento en que el dominio de la situación se les escapaba, cuando ya

podían controlar la circulación en el Mediterráneo, fue la desgracia. Ni los almirantes ni los comerciantes me desmentirán sobre este punto.

F. Braudel.—Buscáis apoyos exteriores a la asamblea, no sé si los encontraréis, pero lo que decís es totalmente cierto. No me divertiré fastidiándoos. Hablando ya en serio: señaláis que la fortuna de los pueblos del Mediterráneo viene de fuera del Mediterráneo, explotando a los demás.

A. Nouschi.—La fortuna llega siempre explotando a los demás.

Y Estambul

R. Mantran.—¿Quiénes son los mediterráneos en los siglos XVI y XVII? Ni los venecianos ni los genoveses. Sólo quienes controlan los mercados, los dos extremos, desde el Occidente hasta los mercados del Mediterráneo en el Cercano Oriente, tienen el poder: son los otomanos. Esquematizando, podemos decir que son los herederos directos de los griegos, que se pusieron las botas de los bizantinos. Ciertamente, Estambul es la copia —yo no diría completamente conforme— de Constantinopla, pues allí volvemos a encontrar una continuidad en la adaptación de cierta forma de poder, de sistemas de pensamiento, de sistemas mercantiles y económicos... pero con otro ideal. La palabra "otomano" quiere decir algo más que "turco": se refería a la grandeza del Imperio otomano celebrado en las relaciones de viaje de los occidentales. El mundo que viene del Oriente y que se impone, rico por sus conquistas, trae

consigo riquezas y domina el mercado es necesario entenderse con él.

F. Braudel.—No creais a Robert Mantran —no hay que creer nunca a los historiadores, sobre todo especialistas—, él terminó por enamorarse del Imperio otomano. Ahora bien, el Imperio otomano ni siquiera pudo tomar a Marruecos, y por lo mismo no llegó al océano Atlántico. ¡Pobre Imperio otomano! Difícilmente logró llegar al mar Rojo, lo tuvo y lo perdió; alcanzó el golfo Pérsico, pero no el océano Indico. Entonces, un gran Imperio que llega a las puertas del Paraíso, a las puertas de la riqueza y que no llega a cruzarlas... ¿Estáis de acuerdo?

R. Mantran.—Es cierto, ¡pero Bizancio no lo hizo mucho mejor!

H. Ahrweiler.—¡No es posible!

A. Nouschi.—En ese momento preciso, aunque el Imperio otomano, tenía una marina formada por griegos, por bizantinos...

F. Braudel.—Esa marina griega existe todavía.

A. Nouschi.—Sí, pero la marina griega no es hoy la marina de Bizancio.

F. Braudel.—Hace mucho tiempo que Bizancio desapareció.

A. Nouschi.—¿No os parece sorprendente que ni el Imperio bizantino, que duró un milenio, ni el Imperio otomano, que duró cuatro siglos, llegaron a conquistar el conjunto del Mediterráneo? ¿Aunque sólo fuera por la estructura misma —geográfica y territorial— de esos Imperios?

F. Braudel.—Sí, pero con esta diferencia el Imperio

bizantino duró mucho más tiempo, fue mucho más brillante que el Imperio otomano, si no me equivoco.

A. Nouschi.—Es una coyuntura diferente.

F. Braudel.—El Imperio bizantino tuvo larga vida porque estaba sobre el buen Mediterráneo, sobre el Mediterráneo prodigo, el que permitía ir hasta el corazón de Asia, hasta el océano Indico. De cualquier manera, en tiempos de Justiniano surgió el drama de la seda.

H. Ahrweiler.—¿Puedo decir una palabra, Maestro? Porque la cosa se pone seria. Nos hemos saltado las etapas. Convengo en que el tiempo no existe, pero no hay que hacerlo existir dividiéndolo constantemente. Bizancio comienza en el siglo IV y dura hasta el XV...

F. Braudel.—Ah, no.

H. Ahrweiler.—Hasta el XII, si queréis, o al XIII... No me importa.

F. Braudel.—¡Os saltáis los siglos, pero hacia atrás!

H. Ahrweiler.—Estoy obligada. Es importante decirlo: en la duración del Imperio bizantino hay tiempos diferentes, tiempos precipitados y otros que son lentos. Detengámonos en un primer periodo, hasta el siglo VII: a querer o no, Bizancio está por todas partes. Un texto del siglo VI, el de Cosmas, da testimonio. Este monje fue al océano Indico, e Indicopleustes,* a su regreso, no habló sólo de la seda sino que escribió un tratado de cosmografía, es decir, la descripción del mundo según la concepción bizantina. "El Imperio, escribió ese monje, será eterno porque fue el primero en creer en Cristo",

* Apodo que se dio a Cosmas después de su viaje al Indico. [Ed.]

lo que no puede sorprender tratándose de un monje, y sobre todo, y aquí subrayo "porque con su moneda comercian todas las naciones".

F. Braudel.—De acuerdo, el Imperio bizantino tiene la moneda de oro, pero prefiero la seda a la cosmografía.

H. Ahrweiler.—Estamos de acuerdo. Pero es un monje el que ha escrito la cosmografía e incluyó en ésta por primera vez la moneda como elemento de una *cosmographia*. Pues Bizancio, incluso si no se hubiera extendido políticamente hasta el océano Índico, si hubiera estado presente en lo comercial, lo que es de igual importancia.

Mahoma y Carlomagno

F. Braudel.—Tenéis razón. Volvamos atrás y busquemos camorra a Robert Mantran. Habéis pasado por alto al Islam y nos habéis hablado sobre todo de los otomanos. Yo sugeriría regresar a las teorías de Henri Pirenne. He sido su alumno y ello fue para mí una de las ocasiones más maravillosas de aprender algo cuando era joven. Henri Pirenne pensaba que con el empuje musulmán, por todo el Mediterráneo, el "lago romano" se pasó al otro lado y se convirtió en feudo de los musulmanes, y que el cierre del Mediterráneo por las conquistas musulmanas provocó la decadencia del mundo occidental así como el establecimiento del feudalismo. Robert Mantran, ¿cuál es el estado de la cuestión actualmente?

R. Mantran.—Las teorías de Henri Pirenne sobre *Mahoma y Carlomagno* ya están hoy un poco supera-

das. El Islam y lo que existía en el mundo mediterráneo no son la única causa; algunos elementos exteriores, invasiones bárbaras y demás, contribuyeron a fraccionar a Europa y el Imperio romano. El Imperio romano fue destruido por el Norte.

F. Braudel.—El mundo occidental estaba en decadencia mucho antes de las invasiones bárbaras; los bárbaros penetraron en el mundo occidental porque estaba en decadencia. Así pues, ello no cambia nada, no es un argumento.

R. Mantran.—Es una comprobación. Es indudable, me parece, que la creación de este Imperio árabe-musulmán —a partir de la segunda mitad del siglo VII y sobre todo a principios del VIII— contribuyó a recrear un poder político, económico, militar y religioso; en ese momento no hay todavía una escisión grave en el Islam. Esta unidad da peso a este conjunto territorial y humano —no completamente islamizado, para ello faltaba mucho—, valor mercantil ante la disgregación del mundo europeo. El mundo europeo no vivía sino gracias a las necesidades de los musulmanes, de esclavos desde luego, pero también de materias primas, la madera en particular. Venecia y otras ciudades desempeñan aquí un papel muy importante. Un Estado económico poderoso se había creado, que, como sucedió más tarde con el Imperio otomano, constituía un polo de atracción. Pero no olvidemos otro elemento muy importante: la desaparición de Bizancio. Mme. Ahrweiler habla mucho del mundo bizantino mediterráneo pero ¿qué pasó con él a partir del siglo VII? Se limitó a la parte norte del Mediterráneo: nada en Egipto,

ni en Siria, ni en Palestina, ni en Africa del Norte. Bizancio perdió a Sicilia, Creta, Chipre —aunque se hubiera creado en seguida un poder compartido en Chipre. Bizancio se contuvo pero tomó venganza de otra manera.

A pesar de todo se instala una potencia que pesaría en forma considerable sobre Europa, y gracias a ella, Europa revivió y se reconstituyó poco a poco.

Tal vez no he podido responderos completamente. Es un debate que rebasa con mucho la sola traída a colación del caso de *Mahoma y Carlomagno*.

F. Braudel.—Habéis respondido de una manera magnífica, pero, entre universitarios, no siempre nos tenemos consideración. Tengo un arma secreta terrible. Yo no creo demasiado en ello, pero os la voy a presentar. El mejor conocedor del primer Islam y del Islam en los siglos x y xi, se llamaba Asthor, profesor en Jerusalén. Encuentro magnífica su teoría. No sé si es exacta, pero verdaderamente es muy bella. Según él, y creo que tiene razón, hay en el Mediterráneo en un espacio vasto variaciones muy amplias, sea hacia la prosperidad, sea hacia cierta decadencia, un malestar (pero son malestares que duran). Ahora bien, cuando los musulmanes llegaron al Mediterráneo, se vieron favorecidos, por decirlo así, por una especie de regresión casi general que no respetó ni a Bizancio, ni al Cercano Oriente, ni a Egipto, ni Africa del Norte: una regresión tal que el Mediterráneo, al contrario de lo que pensaba Henri Pirenne, no llegó a ser un "lago musulmán" (no era lago ni de los cristianos ni de los musulmanes). Esta especie de regresión general no significa que los navíos

desaparecieran del Mediterráneo sino que la cristiandad y el Islam quedan espalda contra espalda.

R. MANTRAN.—Las teorías de Asthor son interesantes, pero no están muy bien fundamentadas. La larga vida no basta, es preciso también hacer la parte de los diferentes periodos que se suceden. En determinado momento, el mundo musulmán predominó, es verdad; en otro, fue inferior en poder, también es verdad; las variaciones existían, pero eran mucho más cortas de lo que se cree generalmente, mucho más limitadas en el tiempo, de tal manera que no podemos obtener estadísticas ni datos sobre cuatro o cinco siglos, entre el principio del Islam y su caída. Claude Cahen tiene desde ese punto de vista un razonamiento mucho más profundo, mucho más claro que Asthor; por principio de cuentas, puso en primer lugar los recursos interiores del mundo musulmán en todos los planos. Cahen considera que en el plano económico si no podía bastarse a sí mismo, sí tenía la fuerza suficiente para obligar a otras potencias y atraer hacia él cierto número de elementos.

F. BRAUDEL.—Afortunadamente, Asthor no está aquí. ¡Se defendería como león!

R. MANTRAN.—En general, los islámicos no siguen sus teorías.

F. BRAUDEL.—Habéis utilizado un vocablo que os dio satisfacción y que a mí me inquieta. Decís: es una teoría que no está "fundamentada". Precisamente, cuando no hay con qué apoyar situaciones se lanza una teoría.

R. MANTRAN.—Es preciso hallar datos que los demás

puedan verificar. Si no podemos verificarlos, ya no son teorías.

F. Braudel.—La teoría de Pirenne ha suscitado más estudios e investigaciones que una explicación verdadera. Las teorías son indispensables en el ámbito de las ciencias sociales, de la investigación histórica, como en cualquiera otra ciencia.

H. Ahrweiler.—Una palabra sobre el paisaje humano en el momento en que llegaron los árabes. Los bizantinos consideraron la primera batalla entre árabes y bizantinos en Yarmuk como un hecho local sin importancia y al Islam como una herejía cristiana entre tantas otras en esa parte del mundo.

F. Braudel.—¡Cierto, es una herejía!

H. Ahrweiler.—Analicemos el mapa de la expansión musulmana. Abarca precisamente a todas las poblaciones que se separaron de Constantinopla y de la ortodoxia no sólo por razones religiosas sino también a causa de la presión fiscal, impuesta a esas poblaciones esencialmente rurales.

Estamos, pues, ante una separación endobizantina. Por eso yo hablaba hace un momento de pobres y de ricos dentro de este "Estado espeso". Esas rupturas endobizantinas terminaron en la ruptura total en un momento dado, el de la iconoclasia (que es, por otra parte, el único vocablo de origen bizantino que sobrevive en el actual vocabulario occidental).

Es interesante observar que son iconoclastas todos los que han heredado la cultura greco-romana y que conocen la Antigüedad, que ha representado lo sagrado. Pero los iconólatras son amigos de los árabes porque

el comercio se hace por mar y nadie puede darse el lujo de ser privado de ese recurso. Llegamos con los árabes para comerciar, pero también, como sabéis, para robar incluso los restos de San Marcos en Alejandría y llevarlos después a Venecia.

F. Braudel.—¿Estáis, pues, con los iconólatras?

H. Ahrweiler.—En verdad soy iconoclasta por naturaleza, pero absolutamente iconólatra en lo que se refiere al mundo bizantino.

M. D. Grmek.—Permitidme recordar a este respecto la importancia del factor biológico. Para hacer la guerra o comerciar, son necesarios los hombres. Ahora bien, no podríamos sobrestimar los estragos causados por la peste de Justiniano. Las cruzadas fueron influidas de manera totalmente decisiva por el tifo, el escorbuto y otros acontecimientos de carácter médico. Desde el punto de vista endémico, el Imperio otomano fue un país particularmente malsano que sufrió mucho.

Una paradoja reveladora: el nacimiento de la medicina occidental y sus grandes logros corresponde a los momentos en que las cosas iban mal. Así, la medicina de Hipócrates corresponde al principio de la decadencia sanitaria de Grecia. Hasta el siglo XIX la medicina no había hecho mella realmente en las enfermedades. El gran periodo de la medicina árabe corresponde a una época de recrudescencia de las epidemias.

F. Braudel.—La medicina hace progresos considerables actualmente; ¿consideráis que es una señal de decadencia?

M. D. Grmek.—No, pues desde comienzos del siglo XIX las relaciones entre la medicina y la ciencia se

han transformado y el desarrollo de la medicina no es ya una señal de agravación de la situación sanitaria.

C. Ockrent.—*Después de estos fuegos de artificio en la Tribuna, propongo que pasemos a las preguntas de los participantes. La primera, directamente dirigida a Fernand Braudel, la hace el señor Berger, director del Instituto de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Burdeos: "Habéis declarado preferir la historia comparativa a la historia tradicional en la que habéis trabajado antaño. La historia comparada de las civilizaciones, ¿está bien arraigada en Francia, y en otras partes, y entra en la metodología actual?*

La historia comparativa, la larga duración de la historia

F. Braudel.—Sí, prefiero la historia comparativa que es para mí la historia de larga duración. Si eliminás los acontecimientos, los hombres que atraen un poco en exceso la atención de la historia tradicional, si no tenéis en cuenta las fluctuaciones económicas, políticas o de otro tipo, estaréis en presencia de una historia profunda que se deforma con mucha lentitud; de tal manera que la historia de larga duración presenta espectáculos que no son tan extraños unos a otros y que podemos compararlos. Pretendo que no haya una historia científica posible si no se emplea el método comparativo. Ahora bien, si nos atenemos a los métodos de la historia tradicional ¿qué comparamos? Sucesos de la época

de Napoleón III con sucesos de la época de Luis XIV, lo que es una herejía y un anacronismo. Con razón o sin ella, la historia no quiere ver las posibilidades que le propongo. Desearía que el colega de Burdeos se acercara a nosotros, porque se ve claramente que quiere decir algo distinto de lo que yo he respondido.

Sr. BERGER.—Me habéis respondido que hay que practicar la historia de acuerdo con la larga duración. Lo que me ha llamado la atención hace un instante es que, ante la pregunta hecha por Maurice Aymard concerniente a la posibilidad de reescribir vuestra obra sobre el Mediterráneo, habéis respondido que comenzaríais mucho antes y que iríais mucho más allá... En efecto, es el problema que enfrentamos si queremos trabajar con la historia comparativa. ¿Encontráis un matiz entre la historia comparativa y la historia comparada?

F. BRAUDEL.—Es muy sutil, comparada y comparativa. Para "aclarar" vuestra pregunta, se necesitarían horas de discusión. Sin embargo, tomemos un ejemplo comprensible para todo el mundo. La historia de larga duración la encuentro subyacente en la historia que Francia vive, estructurando y ordenando la historia de Francia. Muchos políticos creen que los historiadores de mañana tienen los ojos puestos en ellos. En realidad, lo que importa saber es si las decisiones que se toman a diario en el plano político corresponden al rumbo de Francia en la historia profunda, que es su historia y que es la del mundo. Para mí, la historia profunda, la historia de larga duración, estructura —y digo estructura en el sentido que ordena— las historias

superiores. No estáis obligado a compartir mi punto de vista. (Pero, según yo, una historia que no permitiera aplicar la menor regla de tendencia, me parece que es una distracción y que no pertenece a un dominio científico razonable.) Lo que digo es una defensa personal y, repito, no estáis obligados a creerme. Posiblemente vos me creéis, Mme. Ahrweiler. Es mi vecina, está obligada a acudir en mi ayuda.

H. Ahrweiler.—Tomemos un ejemplo de la actualidad. Cuando ocurrieron los últimos acontecimientos en Polonia, toda Francia mostró su solidaridad. Los mismos sucesos pasaron inadvertidos en mi país de origen, donde el pueblo adora la libertad. Cuando yo me asombraba, me respondían: "Es un asunto 'católico'; el papa es polaco y católico; entre nosotros, es un asunto entre ortodoxos." Cuando Chipre fue invadida, ¿cuáles fueron las reacciones en Francia?... Así pues, los acontecimientos de 1204 (la toma de Bizancio por los venecianos) explican no sólo las actitudes de ahora, sino también las decisiones.

F. Braudel.—¡Es un ejemplo magnífico! Naturalmente pongo siempre ante todo los ejemplos que parecen darme la razón. Tomemos la historia de la Reforma en el siglo XVI, la división del mundo occidental en dos, que curiosamente sucedió a lo largo del Rin, a lo largo del Danubio, es decir, a lo largo de la antigua frontera de Roma. Esta frontera ha tenido una vida dura. Prisionero en la ciudadela de Maguncia, miraba las iglesias jesuitas que se elevaban en el horizonte; y estaba seguro de una cosa: que el mundo latino había reconquistado las orillas del Rin, orillas importantes por razones muy

profundas de telehistoria. La historia ordena a distancias prodigiosas. El Africa del Norte, moldeada por Roma —y Roma tuvo mejor suerte que nosotros— abrió sus puertas, con dificultad, es cierto, al Islam. Pero no olvidemos que el mundo oriental había pasado antes, y que allí sufrió mucho.

En tiempos de San Agustín, los campesinos hablaban púnico todavía. Encontramos los mismos fenómenos en la España meridional; bajo el dominio árabe, Andalucía sufrió por muchas razones, pero también por razones lejanas. Hay, pues, una historia de larga duración que no hay que negar absolutamente, aunque sea difícil de volver a encontrar, pero con la cual corremos el riesgo de hacerla muy cómoda para explicar los sucesos: podemos abusar de la historia de larga duración.

Sin duda, no hemos respondido a la pregunta de nuestro colega de Burdeos, pero es lo que casi siempre sucede.

C. Ockrent.—*El señor Duval, ingeniero logístico, hace una pregunta al doctor Grmek: "Hablando de la desaparición de enfermedades vinculadas al factor humano, ¿con ello queréis decir que la evolución del polimorfismo genético de los pueblos ha significado un aumento de la resistencia a las enfermedades?"*

Biología y larga duración

M. D. Grmek.—En principio, precisemos que el factor humano es cualquier acción del hombre sobre su me-

dio: los animales no actúan sobre el medio, sino que se adaptan a él, de una manera darwinista o lamarckiana. El hombre puede alterar su medio y a sí mismo Precisemos luego que el factor biológico representa lo que el hombre no domina. No hablaremos ahora sino de enfermedades infecciosas, puesto que la cuestión concierne a un fenómeno de inmunidad.

Para responder a la pregunta, lo que nos interesa aquí es la resistencia del hombre a los parásitos. Existen actualmente, digamos para simplificar, dos grandes teorías inmunológicas; una considera que el hombre puede crear su inmunidad, cualquiera que sea la estructura química del atacante; la otra, que debe disponer de alguna cosa preexistente, que corresponde al antígeno. Esta última teoría, neodarwiniana, es la que responde mejor a la pregunta hecha. Si hay polimorfismo genético, entonces es muy probable que la posibilidad de desarrollar una inmunidad específica sea más grande, que hay mayores recursos en el genoma para reaccionar a un ataque del exterior. Incluso si no está definitivamente demostrado, todo hace creer que el polimorfismo genético es favorable al aumento de la inmunidad.

Hasta el siglo XIX, aproximadamente, los medicamentos (a excepción de la quinina y dos o tres más) no ejercían ninguna acción sobre las enfermedades de importancia social. La medicina era, pues, incapaz de actuar directamente sobre la morbilidad general y sobre la mortalidad, pero el hombre podía actuar por medio de su alimentación. Hay una unidad alimentaria del mundo mediterráneo: el aceite y el trigo, después el maíz y la patata. Gracias a la utilización del aceite las

poblaciones mediterráneas no han sufrido de arteriosclerosis ni de otras enfermedades del mismo tipo, esto hasta hace poco. Si las enfermedades cardiacas eran hasta cierto punto poco frecuentes, el escaso abasto de carne provocó, hasta el siglo XVIII, más o menos, enorme insuficiencia inmunológica ante las enfermedades infecciosas.

F. BRAUDEL.—¿Podemos separar lo biológico de lo humano, lo humano de lo biológico? ¿Desaparece una enfermedad por la acción humana o bien por un fenómeno espontáneo y profundo de la biología? ¿La desaparición de la peste os da la razón o no?

M. D. GRMEK.—El problema planteado por la desaparición de la peste no ha quedado resuelto del todo. La peste no es una enfermedad humana; es una enfermedad de los roedores, que, durante periodos históricos relativamente breves, ha sido muy nefasta para el hombre. Un parásito no tiene interés biológico en matar a quien lo alberga.

La peste humana no hubiera podido existir si no fuera al mismo tiempo y esencialmente una enfermedad de los roedores. La "peste" de Atenas no era peste. No ha habido sino tres grandes epidemias de peste en sentido verdadero: la peste de Justiniano, en el siglo V; la peste negra, en el siglo XIV, que provocó durante largo tiempo problemas muy graves, aunque el tifo exantemático no le sea inferior por sus efectos deletéreos; después, la peste de Manchuria, en el siglo XIX, que causó estragos aun en los Estados Unidos; las víctimas humanas hoy son raras, pero la población de roedores salvajes está seriamente afectada. No sabemos

en verdad por qué la peste se recrudece o desaparece; es muy probable que intervengan mutaciones bacterianas, factores alimentarios, costumbres, etcétera.

F. Braudel.—¿Qué opináis del cólera?

M. D. Grmek.—Contrariamente a la peste, el cólera es una enfermedad humana, endémica en ciertos territorios, sobre todo en la India gangética. Esta enfermedad apareció por vez primera en Europa en 1830, está relacionada con hábitos particulares del uso del agua. Su desaparición del mundo occidental se debe a medidas de higiene colectiva.

C. Ockrent.—*Una pregunta hecha por Madame Vincent a Madame Ahrweiler: "Milan Kundera hizo una comparación entre la civilización rusa o soviética y la civilización bizantina, en lo concerniente a la concepción de las libertades, concepción radicalmente diferente de la civilización occidental. ¿Qué pensáis?*

¿Moscú, Nueva Bizancio?

H. Ahrweiler.—No me asombra que Milan Kundera se interese en la larga duración; conozco un poco su espíritu y su manera de preguntar. Pero seamos un poco bizantinistas. El hombre antiguo estuvo siempre al servicio de la medida, siendo el hombre la medida de todas las cosas, y la medida de todas las cosas era el hombre: claro, es una frase de la Grecia antigua. Nos asombra ver que la posteridad de la Antigüedad griega, el hombre bizantino, ha olvidado la medida

para ponerse al servicio del orden. Es el término *taxis*, que quiere decir rango u orden, lo que caracteriza toda la estructura y la pirámide del Estado bizantino, que terminaba en la cumbre, es decir, en el emperador. No se podía enfrentar ese orden, sin ser iconoclasta, sin ser señalado como bárbaro; había dos especies de bárbaros: los que, desde el exterior, se enfrentaban al orden político territorial de Bizancio, pero también los que se oponían a lo que llamaríamos actualmente el "régimen", es decir, los bárbaros internos. Pero, desde luego, lo que estaba en entredicho no era el "régimen" sino todos los valores, todo el patrimonio, todas las tradiciones que hacían la quintaesencia del mundo bizantino. Así pues, si el mundo ruso es un mundo ortodoxo, es decir, que tiene como antecedente a Bizancio, es casi natural que encontremos allí el reflejo del respeto al orden. La concepción de las libertades de las civilizaciones rusa, soviética o bizantina es, pues, radicalmente diferente de la nuestra y recordaré lo siguiente: el término "democracia", inventado por los griegos, significaba la toma de la palabra y de la responsabilidad por el *demos* dentro de la ciudad, mientras que ese mismo término "democracia" significaba en Bizancio, durante la época bizantina, la anarquía y la toma del poder por el pueblo.

C. Ocerent.—*Jacques Buquet, periodista, pregunta al almirante Denis algo parecido a lo que yo preguntaba hace un momento: "¿Existe todavía el Mediterráneo?" Este periodista ha ido al Líbano: "Al seguir la historia cotidiana, se tiene la impresión de que, con la agonía*

de ese país, cierta idea afectiva y cultural del Mediterráneo como lugar de encuentro, de intercambios y de coexistencia, está muriendo. La partición de Chipre, la situación de los palestinos, la desaparición de las comunidades judías en los países árabes costeros vendrían a manifestarlo. ¿Qué pensáis? ¿Existe el Mediterráneo todavía?

La autonomía de los mediterráneos

A. Denis.—Por lo que me concierne, respondería que sí. Quisiera hacer alusión a un partido que tuvo lugar esta tarde en Tolón entre el Paris-Saint Germain y el Sporting-Club de Tolón. Cuando las cosas andan mal en los estadios, sabéis que se prohíbe jugar en canchas locales y que se juega en otra parte, en terreno neutral. El Mediterráneo da un poco esa impresión. Desde épocas lejanas que hemos evocado ha aparecido un hecho nuevo: las manifestaciones de fuerzas nucleares en diferentes países cercanos al Mediterráneo (seis, tal vez siete actualmente), la Unión Soviética, Francia, los de la otra costa, la costa atlántica, los Estados Unidos de América. Este armamento, después de todo, ha cumplido su papel. Desde hace 40 años, no se hace la guerra en gran escala, ya no hay enfrentamiento directo y general con toda la secuela de horrores; pero el éxito de este instrumento de protección contra la guerra ha provocado, por su mismo éxito, esas acciones indirectas que observamos, en particular en el Mediterráneo: los participantes no se enfrentan ya en su terreno o en el

del adversario directo, sino en un terreno neutral, en el Mediterráneo. En otras palabras, el Mediterráneo aún existe, pero los mediterráneos ya no son los únicos propietarios. Buscamos hacer prevalecer nuestros derechos y mantener a distancia a quienes son demasiado entremetidos.

C. Ockrent.—*Esta última pregunta nos regresa a la historia, o más bien a un debate sobre la historia, más teórico, más tradicional. La hace Christine Laurent, archivista: "Actualmente, ciertos historiadores que se dicen de la larga duración quieren aislar a la Revolución francesa e incluso dicen que no la comprenden. Otros quisieran no tratarla en forma diferente a otras épocas. En una perspectiva de larga duración, ¿no podríamos mejor incluirla en los siglos* XVIII *y* XIX, *la ascensión de la burguesía por ejemplo?"*

Y la Revolución francesa

F. Braudel.—Me veo obligado a responder un poco rápidamente a esta pregunta tan interesante y hecha con tanta claridad. Christine Laurent es archivista; es, pues, del oficio y se asombra que, con el pretexto de la larga duración se suprima a la Revolución francesa. Acaba de aparecer un libro, *Comprendre la Révolution*, que sacrifica a ese defecto o a ese proceso. Pero la Revolución francesa debe ser estudiada bajo todas sus formas, en la perspectiva del siglo XVIII desde luego, pero también en la del siglo XIX. La Revolución francesa no

existió en su realidad, en su lenguaje, en algunas de sus verdades, sino un siglo después de 1789. ¡Necesitó un siglo! Si es útil estudiar la Revolución francesa en la larga duración, también se puede estudiarla en la breve o mediana duración. Ocuparse de la Revolución francesa es hoy todavía, como en tiempos de mi juventud, hacia 1920, adoptar, de alguna manera, una posición política. A decir verdad, la Revolución francesa, a pesar del próximo bicentenario, ya no es la principal; no es culpa de ella ni de sus historiadores.

A. Nouschi.—Si uno se interesa en la Revolución francesa en la larga duración, se percata que desemboca en la exaltación del nacionalismo... en los países del Cercano Oriente, en los países de Africa...

F. Braudel.—La Revolución francesa tiene bastantes responsabilidades sin que le atribuyamos también la de la exaltación de los nacionalismos. Incluso sin ella, hubiera sucedido de igual manera. Cuando yo enseñaba en América Latina, hablaba de la Revolución francesa, no según la larga duración, sino siguiendo a Mathiez, mostrando que la gente de la Convención era semejante a la gente común. Cumplía con mi oficio y al final del curso, mis alumnos me sitiaban literalmente y me decían: "¡Nosotros esperamos la Revolución francesa!" De cualquier manera, es una bella expresión. Contra la Revolución francesa y en la superficie del mundo, está la Revolución rusa. Su recuerdo la borra considerablemente del mundo de los historiadores y de la opinión pública francesa.

H. Ahrweiler.—Esperábamos Julio y llegó Octubre o Noviembre.

A. Guillerm.—Para mí, la Revolución francesa es hija del siglo XVIII, hija de Colbert y de Vauban, de la creación del Estado centralizado moderno, que ella ha perfeccionado de alguna manera. En el elogio fúnebre de Vauban por Fontenelle encontramos las fuentes de la Revolución

F. Braudel.—Podemos decir también que la Revolución francesa data de las guerras de religión, que la Liga

A. Guillerm.—La Liga no creó un Estado centralizado.

M. D. Grmek.—La Revolución francesa fue costosa en vidas humanas, pero precisamente entonces se aplicó la vacuna. El procedimiento de Jenner ha salvado más vidas humanas que las que han destruido la Revolución y las guerras napoleónicas. Llegó en el momento preciso. En cuanto a la Revolución china, los grandes éxitos concernientes a la duración y a la calidad de vida se deben a las realizaciones de la medicina moderna. No tienen nada que ver con la Revolución y sin embargo son atribuidas a la ideología.

C. Ocobleno.—*Gracias al doctor Grmek por esta información que nos pone al día. Antes de separarnos para volvernos a encontrar mañana temprano, dejemos las últimas palabras del día a Fernand Braudel.*

Balance

F. Braudel.—¡Me he entregado a una discusión muy viva! Para concluir sobre el Mediterráneo, sería nece-

sario que reflexionáramos mucho en grupo. [Me gustaría que cada uno de vosotros dijera si nuestros debates, que hubieran podido ser mejores pero que han sido apasionados de cualquier manera, os dan al menos alguna satisfacción.] ¿Vamos por buen camino?

V. M. Godinho.—Cierta insatisfacción se desprende de esta discusión. Sería necesario regresar al caso de los imperios. [¿Llegaron o no a las puertas del paraíso? En el momento de la expansión islámica, el Atlántico aún no existía.] Cuando reinaban los otomanos, el Atlántico empezaba a mencionarse, pero se ignoraba aun que el Nuevo Mundo formaba un continente ininterrumpido, y por ello no era atractivo. Se podía regresar al océano Índico. Los Imperios en cuestión estaban apoyados en una red de caravanas y de tropas terrestres, tanto que sus horizontes y su manera de concebir la estrategia era terrestre y no oceánica ni marítima. Les faltaba, entre otras cosas, la cartografía para pensar en términos de Imperio marítimo.

Sería necesario regresar también a las resistencias culturales. Maurice Aymard recordaba hace un momento que la religión era parte del Mediterráneo para llegar hasta el confín del Atlántico. Pero los estudios realizados actualmente muestran que la cristianización está lejos de haber sido completa y que las antiguas creencias persisten de una manera bastante asombrosa. [Es necesario subrayar también que el Mediterráneo ha resistido durante largo tiempo a las transformaciones aportadas por la navegación marítima.] Es así como la distorsión en latitud persiste en toda la cartografía del Mediterráneo hasta el siglo XVII. Sin embargo, hubo

algunas innovaciones: los mediterráneos adoptaron las naves y dejaron las galeras para llegar a Inglaterra o Portugal.

F. Braudel.—Agradezco a Vittorino Godinho haber evocado el océano Índico, porque el Mediterráneo sigue siendo el centro de altas presiones y de protección al océano Índico. Para tener la última palabra sobre el destino del Mediterráneo de ayer e incluso de hoy, es necesario observar lo que pasa en el océano Índico.

R. Mantran.—Es claro que el mundo musulmán, en cualquier época que sea, no es totalmente un mundo mediterráneo. No ocupa sino una parte del Mediterráneo, pero sobre todo un punto estratégico, capital: es el nexo entre el Mediterráneo y el océano Índico. El mundo musulmán es el que pone en contacto al mundo del Mediterráneo, el mundo europeo, el mundo de Rusia central y más lejos aún, el mundo de la ruta de la seda. El Islam representó un papel político, económico y cultural en extremo importante.

Lamento que en las escuelas o en todos los lugares de enseñanza de Francia no se haga más hincapié en la larga duración, sobre todo en el conocimiento de mundos diferentes al francés y al europeo. Sufrimos de un europeo-centrismo cierto, padecemos en una ignorancia casi total de mundos diferentes, ya sea China, la India o el Islam... Llegamos a incomprensiones graves y el espectáculo que vemos ahora es tal que es urgente abrir el espíritu a la tolerancia, al conocimiento de los demás. Para ello, es necesario el esfuerzo de todos.

A. Nouschi.—Para mí, el Mediterráneo de hoy es una angustia. Lo veo estallar, siento que ha estallado

muy profundamente, no por las "armas", sino porque los mediterráneos ya no gobiernan su destino. Otros reinan sobre ellos, regulan su vida, hasta en el precio del kilo de pan, del litro de aceite o del litro de vino que compran. Esta situación es muy grave. Este Mediterráneo que debió ser este mar de paz se ha convertido en lugar de enfrentamiento y de rivalidades, de cooperación, es cierto, algunas veces. Y yo me inquieto por el porvenir, no por el mío, sino por el de nuestros hijos. Yo desearía vivamente que esta inquietud desapareciera. Como Robert Mantran, afirmo que sería necesario hacer un esfuerzo de comprensión, de análisis y de tolerancia hacia los demás. Ahora bien, la tolerancia es lo que menos reina en el Mediterráneo.

F. Braudel.—Es triste lo que decís, André Nouschi. Somos tan tolerantes en el Mediterráneo como en cualquiera otra parte. La historia ha "destrozado" al Mediterráneo y la historia no se borra. Unas civilizaciones se enfrentan a otras, que no son fraternales, pero siempre ha sido así.

A. Nouschi.—Es verdad, pero es necesario estar lucido. Es necesario no "dorarse la píldora".

F. Braudel.—Es más agradable tomar una píldora dorada que una sin dorar.

A. Nouschi.—No estoy de acuerdo. Si decimos a los mediterráneos: "Es grave, estás a punto de perder la vida", es mejor decírselo brutalmente con la esperanza de que reaccionen.

F. Braudel.—Es grave para el mundo entero, no

solamente para el Mediterráneo... Es vuestro turno, Madame rectora.

H. Ahrweiler.—¡No, el turno no es de la rectora, si me lo permitís!

F. Braudel.—¡Veis, nunca sabe uno con quién habla!

H. Ahrweiler.—Conocemos el Mediterráneo por los documentos de los ricos; los que "entran en la historia", son los que han constituido un gran destino para el Mediterráneo. El destino bizantino era, desde luego, cubrir el Mediterráneo en su totalidad. Y hay un derecho en la historia, un derecho de la historia para todos los pueblos y no todos ellos han ejercido todavía ese derecho. Existe, me parece, un matiz particular. Por lo que concierne a nuestros trabajos, retengo varios puntos. Primeramente, las continuidades y las permanencias. Éstos son los factores biológicos, los hombres, las plantas, los animales, pero también la geografía y algunos hechos humanos, por ejemplo el movimiento cuasi general de hombres, de grupos de hombres y de pueblos asentados en los países del Mediterráneo. La nostalgia, la tristeza de la partida, el mal del país caracterizan también al mundo mediterráneo.

Pero en seguida, busco las unidades o la unidad del Mediterráneo y no la encuentro. Os decía esta mañana que el término *mesogeios* —el sueño de alta mar— casi no existe sino en las plumas de los sabios. Entonces, para encontrar la unidad mediterránea, es necesario interesarse en la cartografía, en la galera, es decir, en la unidad a través de los mares. Sería necesario buscar probablemente de igual manera la toponimia para ver las superposiciones de esas unida-

des. No hemos tenido tiempo de hablar de ello. Una observación todavía: la única unidad bizantina es la presencia de un Estado fuerte: la talasocracia. El término no ha sido citado y tal vez sea necesario decir que cualquier ruptura con la talasocracia da lugar a la piratería en el Mediterráneo, y que la reacción ante esa piratería provocará la creación del derecho marítimo internacional. Una serie de convenciones bilaterales, para empezar, luego la definición de las aguas territoriales, comienzan en ese momento. Son puntos que no hemos tocado

Después aparecen las rupturas, es verdad, el tiempo precipitado, corto, breve, inmediatamente vivido y cada zona, cada filtro, vuelven a estar en desacuerdo. Actualmente, por desgracia, no vivimos desavenidos, pero sí una verdadera fragmentación.

M. D. Grmek.—La unidad política y la unidad cultural son difíciles de encontrar en el Mediterráneo. Pero hay una unidad biológica, la unidad de genes, la unidad de alimentación; por lo que se refiere a la última, hoy menos que en el pasado. Estoy contento de haber sido invitado con los historiadores, lo que me ha permitido llamar vuestra atención acerca de un aspecto de la historia que muy a menudo pasamos por alto.

A. Denis.—Yo le agradezco, maestro, el haberme invitado a esta discusión en la cual se ha hablado mucho de historia, que no es mi especialidad.

Quisiera regresar al derecho marítimo que acaba de mencionar Madame Ahrweiler. En tres conferencias (Caracas, Nueva York y Ginebra) hemos intentado

establecer un derecho marítimo internacional válido en el mundo entero. Han sido creadas zonas económicas. El Mediterráneo sigue siendo el único lugar en el cual ese derecho no es aplicable, no aplicado por lo menos. Era necesario señalarlo.

La historia es un elemento fundamental de nuestra acción. La acción militar —no me gusta mucho ese término, pero es la acción de fuerza, la acción violenta— está fundada en el estudio de acontecimientos históricos análogos. Son numerosos aquellos a los que hubiéramos podido referirnos, o deberíamos referirnos cada día. Es así como a 30 años de intervalo (1954, los acuerdos de Ginebra y 1984, los acuerdos de Trípoli) me encontré exactamente en la misma situación. En el primer caso se trataba de la retirada del cuerpo expedicionario francés en Indochina, en el segundo, de la presencia francesa en Chad..

Encuentro un motivo de preocupación y de actualización del riesgo en el Mediterráneo. Es el riesgo del que buscamos librarnos. Así, nos hemos visto obligados a mantener en el curso de los tres últimos años 20 000 marinos nuestros frente a las costas libanesas, para ayudar a las poblaciones que habitan en ese territorio en las pruebas a que hoy son sometidas.

A. GUILLERM.—En primer lugar, me dirijo a Hélène Ahrweiler para señalarle que Mahan traduce el término talasocracia por *sea power*. Así pues, existen el concepto griego y el concepto anglosajón; el concepto francés no existe. Quisiera recordaros también que con motivo de la invasión de Chipre, Rosanna Rosanda —es italiana, es verdad— escribió: *¿En qué mundo*

vivimos? *Los Borbones están en Madrid, los turcos en Chipre*. Es una visión de la larga duración en un periódico de la extrema izquierda italiana.

Pero para regresar a los griegos y a los turcos, el Almirante decía hace un momento: "Se neutralizan", ¡esto es muy triste! Ahora bien, existe un pacto balcánico entre esas dos naciones a las cuales se une la marina de los Estados Unidos. Ese pacto balcánico debería ser reactivado. En caso contrario, los rusos se convertirán en una potencia mediterránea. Concluiré con una nota optimista. El general De Gaulle ha creado profundamente en los espíritus una alianza francoárabe, que incluye al Líbano. Los árabes no se entienden entre sí, el problema, pues, está en escoger. Hemos escogido, por ejemplo, Marruecos, y por lo mismo a Khadafi. Hay 500 técnicos franceses que combaten tras los muros de Marruecos; por ello los argelinos nos detestan. Podemos arrepentirnos un día u otro. Pero Francia, con su poder marítimo, ante dos imperios mundiales y manteniendo esta política de amistad francoárabe, paso por paso, es capaz de conservar un mínimo de autonomía en los países mediterráneos.

J. GUILAINE.—Arqueólogo perdido en medio de historiadores, quisiera concluir como arqueólogo. Quiero evocar aquí los problemas de práctica científica. Los materiales con los que trabaja el arqueólogo no son los del historiador. No tiene textos a su disposición. Trabaja sobre tiempos que me parecen bastante obscuros para el historiador; de tal manera que queda marginado en este debate. He tratado de mostrar que

no existía un espacio mediterráneo, no había un espacio cultural, sino por el contrario, desmembramiento. No es sino a partir del segundo milenio cuando se crea la escritura, cuando se crea la pirámide social —he citado el caso de Micenas—, cuando se crean la capitalización y el comercio, cuando se despierta el Mediterráneo a unos destinos que ponen en juego prácticamente todos los territorios que lo rodean, y desde ese punto de vista las talasocracias púnica, griega o etrusca no son sino epifenómenos. Concluyo deseando que la arqueología, que trabaja con su propia iluminación, que ya no es sino una disciplina auxiliar de la historia, cruza de cualquier manera de tiempo en tiempo su acero con la historia y puede enriquecerla con sus propias enseñanzas.

M. Aymard.—Sé bien que nuestro punto de partida era el Mediterráneo del siglo XVI, y sin embargo me pregunto si hemos cumplido nuestro contrato con el público.

F. Braudel.—No.

M. Aymard.—Tenemos todos detrás de nosotros milenios para hablar de un Mediterráneo que de todas maneras ha cambiado mucho, y que ha cambiado de categoría internacional entre el siglo XVI y el XVIII. Los milenios nos tranquilizan. El único que ha contado con la continuidad es el doctor Grmek. Nosotros hemos intentado encontrar la permanencia en esas rupturas muy antiguas en este terreno. Pero la historia que nos preocupa en la hora actual no tiene en realidad milenios sino sólo dos siglos detrás de ella; es la que ha visto el desmembramiento de los impe-

rios, el austro-húngaro, la colonización y la descolonización, es la que ha visto alrededor del Mediterráneo la creación de 25 Estados —aunque algunos todavía muy frágiles y sin tener verdaderamente la categoría de Estado— que todavía no han adquirido las responsabilidades y los comportamientos necesarios para conservar un equilibrio mediterráneo parecido al de antaño, igual que hubo antaño un equilibrio europeo. [Hemos hablado demasiado de pobreza y de riqueza y sin duda no lo bastante de poder e inferioridad, poder y dependencia.] Yo comparto actualmente las inquietudes de André Nouschi. He sido esta mañana seducido por el Mediterráneo de Jean Guilaine, este Mediterráneo megalítico en el cual una veintena de autores innovaban cada uno en su rincón, donde aún no había difusión, esta difusión que hoy día no puede hacerse sino con base en dos Imperios extramediterráneos. Me agradaría muchísimo un Mediterráneo en el que, como en el segundo o cuarto milenio antes de nuestra era, cada uno de los actores volviera a encontrar un gran poder, y ya que se trata de ello, una gran libertad de innovación con el fin de que se pueda así reinventar algo diferente. ¿Es una utopía? Lo temo.

[C. Ockrent.—*Como periodista me consta que las últimas palabras han venido a parar en las cuestiones de actualidad; la actualidad tropieza siempre, se dice, en los escalones de la historia y las claves que la explicación brillante, dada entre otros por Fernand Braudel sobre la larga duración no nos aclaran bastante sobre los fenómenos que nos inquietan actualmente.*]

1º DE OCTUBRE

EL CAPITALISMO

PAUL FABRA.—*Es un honor para mí, y un placer, estar aquí al lado de Fernand Braudel. Su nombre representa una suma tal de talento y de conocimientos que no es extraño que hayáis venido tantos para escucharlo. Eminentes investigadores de diferentes disciplinas: historiadores, economistas, filósofos y sociólogos de diferentes países: India, Brasil, Estados Unidos, Hungría y Francia, dialogará ante vosotros, y luego con vosotros.*

ECONOMÍA POLÍTICA E HISTORIA ECONÓMICA

P. FABRA.—Esta jornada será consagrada a la noción de "capitalismo".

El propio F. Braudel dice haber dudado en emplear la palabra "capitalismo", pues el vocablo no es indiferente. No se presenta como una definición científica. Recientemente, aún cargado de connotaciones negativas, se ha convertido hoy día, para algunos, en una especie de estandarte. El capitalismo es, en efecto, confundido o identificado con el liberalismo que, contrariamente a lo que hubiera podido esperarse, viene con viento en popa.

["El intercambio es tan antiguo como la historia de los hombres", escribió Fernand Braudel. Pero el capitalismo sería, según él, una superestructura que conviene distinguir cuidadosamente de la "economía de mercado".] En su imponente trilogía *Civilización material, economía y capitalismo*, el autor señala las etapas entre el siglo XV y el XVIII así como el lugar y la naturaleza de esos dos fenómenos, supuestamente distintos. Esta tesis plantea más preguntas de las que contesta, lo que es el caso de todos los modelos comparativos.

Fernand Braudel nos dice que un modelo es "una *especie de navío construido en tierra, y después lanzado al mar. ¿Flota? ¿Navega?*" ¿Este, del cual es autor, mantiene el derrotero?

A estas preguntas, responderemos que sí, sin duda alguna en la medida en que el autor se deja llevar por su oficio de historiador, que ejerce en forma soberbia.

[Entre el pasado, incluso el más lejano, y el presente, nos dice, jamás hay una completa discontinuidad.] Magistralmente da prueba de ello insuflando vida a la gran cantidad de información que nos proporciona. En los antípodas del de Michelet, su talento es igualmente el de un animador prodigioso, capaz de comunicar a su lector, con la impresión del movimiento, una emoción estética. ¿Cómo dar cuenta del orden en el mundo —que no excluye los horrores de la historia de los hombres, ni la de los cataclismos naturales ni tampoco las fallas de la economía de mercado— si no somos capaces de comprender lo que, a falta de otro

vocablo, no podemos sino llamar la belleza de esta creación continua?

Fernand Braudel nos hace comprender el papel totalmente insólito de esos capitalistas que desde la aurora de los tiempos modernos, es decir, en plena Edad Media, son ya a la vez grandes mercaderes, manufactureros, financieros, eminentemente capaces (es una de sus características) de escoger entre las inversiones más rentables, de esos capitalistas que, mucho más allá de los muros del Estado-ciudad (Brujas, Venecia, Amberes, Génova...), de donde proviene su actividad, tejen una red de intercambios en extremo lucrativos que engloban en su malla, sobre una superficie considerable de territorio, lo que él llama "economía-mundo" (el conjunto de las economías-mundos formaría la economía mundial). En la red así tendida se encuentra contenida, y pronto maniobradada como desde lo alto, la economía de mercado propiamente dicha, cuyo prototipo está constituido por las ferias. Los intercambios se refieren a los productos y los servicios proporcionados por la multitud de modestos fabricantes y artesanos.

La duda comienza a introducirse cuando esta incomparable descripción de la vida económica sirve para justificar la famosa distinción entre economía de mercado y capitalismo ¿no podría ser la razón de que a esta grandiosa historia de los intercambios, le falte una concepción clara de lo que es el intercambio?

De esto dan testimonio las dudas de Braudel al escoger entre una visión de la economía animada por la dinámica de la oferta o bien por el efecto de arras-

tre de la demanda. Pues queda en pie una cuestión: si la economía de intercambio, es decir, el capitalismo, se desarrolla, es porque existe en su centro una especie de principio dinámico. Esto nos vuelve al análisis del intercambio y a los grandes economistas clásicos: Ricardo, Smith, Jean Baptiste Say y su célebre ley de los mercados. Esta última no hace sino expresar la idea que, en el intercambio, la oferta precede a la demanda, pues no puede haber demanda sin una oferta anterior.

Fernand Braudel no duda en escribir que Keynes "ha invertido sin esfuerzo" esta ley que ya Ricardo había hecho suya, afirmando con toda sencillez que los *productos se cambian por productos*, lo que es una forma más radical de señalar la primacía de la oferta. La verdad no está en que la época moderna haya refutado esa ley, sino que ha pasado por alto deliberadamente las consecuencias que ella implica en la conducción de los negocios de un país. El desconocimiento en que se le ha tenido ha dado lugar a la ilusión de que se puede estimular en forma duradera la demanda sin pasar por la oferta, o dicho de otra manera, de distribuir los ingresos cuyo monto sea superior —es el efecto ordinario de un déficit presupuestal permanente— al total de los ingresos entregados por el aparato productivo en forma de salarios, de impuestos, de dividendos, etcétera.

Me parece que se podría demostrar sin mayor dificultad que el olvido de la relación orgánica entre la oferta y la demanda que expresó (en forma rudimentaria) la ley de los mercados está en el origen de los

desórdenes que han desembocado en la larga y severa crisis actual.

¿No descubrimos de pronto que el hombre, antes de ser consumidor debe ser productor?

Es una prueba más importante a la que será necesario someter la interpretación de Braudel. Él nos invita a ello, haciendo suyas las tesis de John Galbraith, según el cual, las grandes empresas son capaces de "administrar" los mercados y llega incluso a escribir que *"las leyes económicas no existen para las grandes empresas"*. Sobre esta afirmación se apoya en definitiva su tesis de la *"exterioridad del capitalismo"* (en relación co. la economía de mercado), piedra angular de su construcción teórica.

En efecto, para Fernand Braudel la economía de mercado asegura, por una parte, la vinculación entre el mundo de la producción corriente y por la otra, el consumo. De alguna manera, la economía de mercado sería aquella en que la preocupación del valor de uso aún está presente en el espíritu de los productores. El capitalismo no se interesa sino en el valor de cambio. ¿No hay en esta concepción como un lejano homenaje a la teoría marxista, por otra parte extraña a la visión de Braudel que atribuye —a justo título— al mercado la virtud de la transparencia?

¿Pero el progreso económico no ha consistido en conducir gradualmente el mundo de la producción bajo el imperio del intercambio? ¿No es el resultado de la división del trabajo que desemboca en la especialización de tareas y en la diversificación de las empresas? Las multinacionales, que reparten sus fábricas

Página anterior: Fernand Braudel en Châteauvallon.

Primera jornada: El Mediterráneo

2. Página de la izquierda, arriba, de izq. a der.: Maurice Aymard, Jean Guilaine, Alain Guillerm, almirante Denis, Dr. Grmek, Christine Ockrent, Fernand Braudel, Hélène Ahrweiler, André Nouschi, Robert Mantran, V. M. Godinho.

3. Página de la izquierda, abajo: el gran teatro de Châteauvallon estaba completamente lleno.

4. Arriba: Christine Ockrent y Fernand Braudel.

5. Fernand Braudel a Hélène Ahrweiler: "Nosotros los venecianos. . ."

6. Maurice Aymard: "Si tuvierais que volver a escribir *El Mediterráneo*. . . ¿escribiríais hoy el mismo libro?"

7. Durante una interrupción de la sesión, las dedicatorias.

Segunda jornada: El capitalismo

8. A la izquierda, llegada del público y de los participantes.

9. Arriba: Fernand Braudel y Gérard Paquet, director del Centro Cultural de Châteauvallon.

10. Abajo: Fernand Braudel y Marielle Paquet.

BIBLIOTECA

11. Fernand Braudel a Paul Fabra: "Quiero insistir sobre todo en la división de la vida material en tres etapas."

y sus talleres para sacar el máximo partido de las diferencias de costos, se han vuelto maestras en este juego. Antes de preguntarse si pueden liberarse de la ley del mercado, es forzoso observar que fundan su existencia en la plena utilización de esa ley. El fenómeno no escapa a Fernand Braudel, pero lo analiza de alguna manera por encima. [Para Fernand Braudel, la economía de mercado está sometida a la influencia de competencia, mientras que el capitalismo, que dispone de enormes capitales acumulados, puede permitirse "el juego, el riesgo y la trampa". ¿Cómo no sucumbir ante la fuerza persuasiva de la descripción braudeliana?]

Sin embargo ¿la competencia no es a menudo, por no decir nunca, la más viva sobre el mercado internacional en el cual se desarrolla la actividad de las grandes empresas? Según la teoría de Braudel, la competencia en el mercado nacional sería de las pequeñas tiendas, no de los supermercados. ¿A qué concepto de competencia se refiere un autor que escribe, como lo ha hecho, que está por debajo de los monopolios, "*reservada a las pequeñas y a las mediocres empresas*" (las cursivas son mías). ¿No estamos aquí en presencia de una concepción contradictoria, más sentimental que científica?

¿No sería incluso una forma de romanticismo que llevaría a Braudel a poner la mayor atención a la teoría de Kondratieff sobre los ciclos de larga duración (por lo menos 40 años)? La atracción que pueda tener para un historiador un tal recorte del tiempo económico se comprende con facilidad, pero ¿por ello debe

razonar como si la hipótesis de Kondatrieff, discutida por la mayor parte de los economistas, tuviera todos los atributos de verosimilitud y de autenticidad?

Falta decir que toda una dimensión que escapa a los economistas de profesión está iluminada por la obra de Braudel. Ha sido uno de los primeros, si no el primero, en mostrar el papel organizativo de las grandes ciudades: las de la Edad Media, primero, Venecia, Génova, alrededor de las cuales se organizó poco a poco la economía-mundo. Amberes en el siglo XVI, Amsterdam en el siglo XVII, después Londres, finalmente, hoy en día, Nueva York. Braudel se pregunta entonces cómo esas ciudades, que no tenían un Estado poderoso detrás de ellas —con excepción de Nueva York, apoyada sobre el poderío de los Estados Unidos— podían imponer sin embargo cierto orden en la vida económica. Las respuestas que da están probablemente implícitas, pero, en mi opinión, no bastante explícitas. Tal vez porque el intercambio es beneficioso para todo el mundo, comprendidos en éste sus socios, las ciudades llegan a imponerse, incluso sin Estado fuerte: ellas sirven los intereses de todos aquellos que están vinculados con ellas, comprendida en esto la periferia.

Es un hecho histórico que el fenómeno de la jerarquización se encuentra en la economía que se organiza en zonas distintas llamadas "economía-mundo". Cada una de esas zonas está diversificada. Pero, según la teoría económica ¿el mercado no tiende a igualar costos y beneficios? Sin duda la contradicción se toma en cuenta en parte por la irrupción del capitalismo en el sentido braudeliano del término, que reintroduce a

su manera la idea marxista de que el cambio, a pesar de estar fundado en una relación de igualdad, desemboca en la desigualdad. Pero ¿deberíamos aceptar sin discusión esta visión según la cual la periferia estaría predestinada a ser más pobre que la zona central? Me parece que los hechos contradicen en parte esta visión. En el mundo occidental, actualmente organizado alrededor de los Estados Unidos, el nivel de vida de los europeos ha alcanzado prácticamente, y en ciertos países superado, el de los norteamericanos.

El peligro sería que el "braudelismo" llegara en un momento oportuno, pero un tanto muy fácilmente, a consolar a los huérfanos del marxismo que muchas veces son intelectuales interesados en redefinir un pensamiento de izquierda. De manera seductora, tal vez demasiado seductora, Immanuel Wallerstein plantea la hipótesis de que el triunfo de la economía de mercado podría revelarse como la señal del... socialismo (por la eliminación de la "superestructura" capitalista). La paradoja, me parece, es que llevándola a la utopía, la tesis de Braudel parece ser la más fecunda: el sometimiento del conjunto de la actividad propiamente económica a la ley de la competencia ¿no es la mejor prenda de racionalidad? La perpetuación de las enormes empresas y de los conglomerados ¿no perjudica la investigación de la máxima productividad? Es lo que parece redescubrirse actualmente.

F. Braudel.—Hay 36 maneras de penetrar en una obra, incluso cuando uno es el autor. Podemos entrar por la ventana, podemos entrar por una puerta escondida y vos habéis entrado por la puerta grande. Habéis

planteado muy bien los problemas, no todos, pero creo que los más importantes; y sobre todo, habéis hecho la prueba conmigo de que un historiador de la economía no puede ser economista. De igual manera, un economista que hace historia, es raro; pues no es cómodo... no digo que no he leído a los grandes economistas, pero no los tomo en serio siempre. Prefiero la observación de la vida económica real. Un historiador dice lo que ve, trata de analizar lo que tiene frente a los ojos. No cae en las teorías de los economistas, ni siquiera en las viejas historias sobre la oferta y la demanda. Habéis hablado de Jean Baptiste Say. Tenéis razón al defenderlo. Lo considero en el dominio de la economía política, como el "Malet-Isaac" de la historia tradicional; pero le reprocho falta de vivacidad, de orgullo...

Por amabilidad, posiblemente, no habéis señalado lo bastante que, para mí, el capitalismo es un fenómeno de superestructura, es un fenómeno de minoría, es un fenómeno de altitud. Cada vez que he estudiado a los grandes capitalistas —mercaderes, banqueros...—, he quedado estupefacto de ver cuán pocos son. En 1840, la gran banca francesa la representaban 40 familias, es decir, cuando más 200 personas, no todas activas. En el siglo XVIII, los negociantes marselleses, estudiados por Charles Carrière, no eran sino 80 personas. Cada vez que consideramos de manera objetiva lo que se llama capitalismo activo, nos sorprendemos por el número reducido de las personas que participan en él.

Pero yo quisiera insistir sobre todo en la división

de la vida material en tres planos. Para mí, el mercado es el ecuador, al sur del ecuador está el hemisferio sur, es decir, el trueque, el intercambio; y es arriba del ecuador, en el hemisferio norte, donde se encuentra el capitalismo. El hemisferio sur, es decir, el plano del trueque, es lo que llamamos en italiano *l'economia sommersa*; si esta realidad de la economía "negra" no es exacta, toda la construcción que he presentado se derrumba por sí misma.

Habéis dicho en varias ocasiones —y ello me atormenta porque es exacto— que cuando en un libro se ensaya alguna explicación, tenemos nuestras certidumbres y nuestras inquietudes; ahora bien, las inquietudes son indudablemente mucho más pesadas que las certidumbres en un dominio como el que he abordado.

Debo decir —esto es muy difícil de comprender, aunque sea en extremo claro para mí— que no he escogido espontáneamente escribir este enorme libro: se me impuso. Me fue impuesto amigablemente por el hombre al que más quise, el que ha tenido mayor influencia sobre mí, por Lucien Febvre. Acababa de iniciar una colección de historia general "*Destins du monde*", de la cual me ha sido necesario asumir la continuación difícil después de su desaparición, en 1956. Lucien Febvre se proponía escribir *Pensées et Croyances d'Occident du XVe au XVIIIe siècle*, un libro que debía acompañar y completar el mío, consagrado a la *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*. Mi libro fue privado de esa compañía para siempre; sufre en profundidad estar dedicado a la vida económica exclu-

sivamente. Vos, Paul Fabra, tratáis de explicar la desigualdad del intercambio por las reglas de la economía. Es el defecto de los economistas. Proponéis una especie de explicación endógena, y un historiador como yo prefiere salir de la economía y buscar explicaciones exógenas. Así pues, si trato de superar la desigualdad económica, me doy cuenta de que ésta es transposición de la desigualdad social. Hasta donde sé, no hay sociedad humana que no sea desigual. No conozco una en el mundo actual, no conozco una en la experiencia enorme de la cual disponen los historiadores. ¿Cuál es la razón de ello? En el ámbito de las ciencias del hombre, tal vez hasta en el de las ciencias exactas, no formuláis y no resolvéis un problema sino para formular otro. "*Formular un problema es el comienzo y el fin de toda la historia. Sin problemas no hay historia*", decía Lucien Febvre. Para regresar a esta desigualdad social, la encuentro desde las primeras sociedades, antes que a la propia historia, de tal manera que la desigualdad se plantea como un problema fundamental que yo explico —esto os hará sonreír— por la animalidad social: en la medida en que el hombre es animal social, es de alguna manera víctima de la colectividad en la que vive. No hay colectividad posible sin desigualdad, sin jerarquía. La desigualdad económica es consecuencia de la desigualdad social.

He aquí lo que tenía que decir en este momento. Tendría todavía muchas cosas que decir, pero por lo pronto dejo la palabra a los participantes y luego me defenderé.

P. Fabra.—*Es Gérard Jorland quien va a iniciar esta discusión. Os recuerdo que es filósofo y que su intervención tratará sobre el "capitalismo fuera de juego".*

El capitalismo, ¿un juego con trampa?

Gérard Jorland.—Quisiera regresar a la distinción que hace Fernand Braudel entre capitalismo y economía de mercado. Contrariamente a Paul Fabra, esta distinción es para mí irrefutable. Por otra parte, no lo es únicamente para los historiadores; los mismos economistas hacen a un lado la competencia perfecta: el libre cambio; del otro lado, la competencia imperfecta: la competencia monopolística. Fernand Braudel explica claramente que la economía de mercado está regulada por la competencia y que el cambio en ella es igual, mientras que el capitalismo crea y explota situaciones de monopolio que provocan un cambio desigual. ¿Esta distinción permite darse cuenta de la desigualdad que se ha instaurado entre las diferentes partes del mundo en los tiempos modernos, desigualdad consecutiva al dominio europeo? Este dominio es, cito a Fernand Braudel, "*el nudo gordiano de la historia del mundo... el problema esencial de la historia del mundo moderno...*"

Queremos, pues, saber si la desigualdad del mundo ha sido instaurada por el capitalismo que habría hecho trampa, dicho de otra manera, si el cambio es desigual, una verdadera trampa, un juego con truco. Dudo mucho de esto, pues no veo cómo una estructura de

larga duración como el capitalismo podría establecerse sobre una trampa: "*se puede engañar a alguien todo el tiempo, se puede engañar a todo el mundo una vez, pero no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo*", dice un proverbio norteamericano. La desigualdad del mundo es un problema histórico, un hecho histórico y, como tal, está fechado. Para fecharlo, repetiré las estimaciones de Paul Bairoch. Este último comprueba: en 1800, el producto nacional *per capita* era de unos 200 dólares —tipo de cambio actual— en todas las regiones del mundo, aproximadamente (Europa, China, India), mientras que en 1976 era de 2 325 dólares en Europa occidental y de 350 dólares en China y en el Tercer Mundo. Dicho de otra manera, en más de siglo y medio esa situación de igualdad se transformó en una situación de desigualdad considerable. Estos datos son importantes porque muestran que la desigualdad del mundo tiene una causa; esta causa es la que se ha llamado la Revolución Industrial.

¿Qué es la Revolución Industrial? ¿Cómo comprenderla? Repetiré simplemente la explicación luminosa de Fernand Braudel: la Revolución Industrial es el tránsito de una civilización de la madera y del carbón de madera a una civilización del hierro y de la hulla. Dos cifras —desde luego tomadas de Braudel— dan una idea de esto: en 1789, Europa quemaba 200 millones de toneladas de madera y hacia 1840 ya no quemaba sino 100 millones, mientras que en 1790 Europa producía 600 000 toneladas de hierro; en 1810, 1 100 000 toneladas y en 1840, 2 800 000 toneladas. ¿Cambio técnico? Desde luego, pero que tiene una consecuencia

económica que podemos comprender muy fácilmente utilizando el modelo construido por el economista norteamericano Simon Kusnets. Este explica el mayor trastorno que se haya producido entre las sociedades preindustriales anteriores al siglo XIX y las economías industriales contemporáneas de la siguiente manera (simplifico al extremo): en una sociedad preindustrial, la totalidad del capital acumulado se debe al capital bruto; mientras que, en nuestras economías occidentales contemporáneas, la totalidad del capital acumulado es capital neto. La diferencia entre el capital bruto y el capital neto es la depreciación. Dicho de otra manera, antes de la Revolución Industrial las sociedades debían ahorrar, retirar de su consumo tantas riquezas como nosotros, no para acrecentar las riquezas ulteriores, sino simplemente para mantener en buen estado su aparato productivo. Este análisis económico confirma de manera clara la idea intuitiva que tenemos de una sociedad donde todos los instrumentos de producción son de madera —así pues, frágiles y gastándose rápidamente— y de una sociedad en la cual, por el contrario, los instrumentos de producción son lo bastante duraderos para tener una vida económica más corta que su vida técnica. Cuando instalamos actualmente una máquina en una fábrica, podría durar más de 50 años; sin embargo, la reemplazamos al cabo de ocho años, no porque esté fuera de uso, sino simplemente porque nuevas máquinas que incorporan el progreso técnico están disponibles: en consecuencia, el solo hecho de reemplazar el equipo significa aumentar la capacidad productiva. Es este cambio, esta mutación del capital fijo, lo que ha

permitido al capitalismo pasar, de lo que era en el siglo XVIII esencialmente un capitalismo comercial y financiero, a un capitalismo industrial que consigue la acumulación de capital de manera esencialmente endógena.

El tránsito de una civilización del hierro, que marca el cambio económico con el efecto económico que acabamos de describir, ese cambio, pues, tiene en sí mismo una causa económica. En efecto, si fue en el siglo XVIII cuando se fabricó el hierro con la hulla, es por la siguiente razón: en Inglaterra, los recursos de madera, el combustible, por tanto los costos del modo de producción antiguo resultaban demasiado elevados. Era Suecia la que tenía el monopolio de la producción del hierro de gran calidad, y que comenzaba a convertirse en una potencia báltica temible para Inglaterra. Inglaterra debía, pues, encontrar los medios de librarse del monopolio de Suecia. Encontramos aquí un ejemplo de lo que puede llamarse la competencia monopolística. Dicho de otra manera, hay aquí una forma de competencia en el capitalismo: es la competencia entre monopolios, la carrera de las posiciones hegemónicas tratando de producir a menor precio.

Encontramos exactamente el mismo fenómeno en lo que se ha llamado la "revolución del algodón". ¿Por qué se introdujo el maquinismo en la industria algodonera del siglo XVIII? Porque el primer productor de textiles fue la India. En Inglaterra, los trabajadores luchan contra la baja de salarios, que son relativamente muy elevados. Así pues, la única manera que tenía Inglaterra para luchar contra la competencia de la

India era introduciendo máquinas. Encontramos aquí también un ejemplo de la competencia monopolística, tanto más asombrosa cuanto que la competencia que ejercían los textiles indios en los mercados europeos no la hacían los indios sino los propios europeos. En efecto, eran los comerciantes ingleses y holandeses quienes importaban el textil indio a las plazas europeas. De igual manera, actualmente, la competencia de los países del Tercer Mundo recién industrializados, la suscitan los capitales de los países del centro.

Entonces, ¿el capitalismo es el generador de la desigualdad porque hace trampa? No lo creo. Antes bien, el cambio de la base material de nuestra civilización ha creado esa desigualdad. El capitalismo existía desde antes, como un capitalismo financiero, comercial e industrial, con las mismas reglas de juego antes y después de la Revolución Industrial.

Simplemente, me parece que el juego del capitalismo y el juego de la economía de mercado no son los mismos. Si nos referimos aquí a la teoría matemática de los juegos, podríamos decir esto: en la economía de mercado hay un juego equitativo, porque es un juego de azar puro que nadie domina, mientras que en el capitalismo el juego no es equitativo, pues entra en él la habilidad de los jugadores. Y sabemos que, en estos últimos juegos, no se da una solución estable sino con uno o dos jugadores y que más allá no hay sino soluciones inestables. Pienso, pues, que la distinción entre economía de mercado y capitalismo es aún más clara de lo que sugiere Fernand Braudel.

P. Fabra.—*Agradezco a Gérard Jorland por haberse expresado a la vez con tanta precisión como concisión. Alberto Tenenti va, a su vez, a presentar una cuestión de problemática: "¿El análisis del capitalismo preindustrial esclarece los periodos siguientes?"*

El capitalismo: ¿continuidad o mutación?

Alberto Tenenti.—Estamos todos dando vueltas alrededor del mismo problema, pero yo lo abordaré sobre todo en el plano histórico. [Me expreso en los mismos términos que Braudel y no insistiré sobre la noción "braudeliana" de economía-mundo, puesto que tenemos el placer y la suerte de tener entre nosotros a Immanuel Wallerstein. Sin embargo, insisto sobre el hecho de que, para Fernand Braudel, cada economía-mundo tiene su capitalismo y siempre ha habido —si no siempre, por lo menos desde hace mucho tiempo— "economías-mundo" y que, por vía de consecuencia, siempre ha habido capitalismos.]

No expondré dudas o incertidumbres sobre esta idea. Según yo, es preciso desplazar la cuestión que gira alrededor de un problema que nos toca a todos, pues *la relación entre historia y tiempo presente no es una relación ficticia, sino una relación dramática, profundamente vivida y que nos afecta por completo.*

Si, para Fernand Braudel, siempre ha habido economías-mundo (con un centro y una periferia, etc.) y si siempre ha habido capitalismos, se refiere, pues, a

la concepción según la cual podríamos establecer una cronología del capitalismo y de sus diferentes fases.

Para él, *el juego capitalista* está presente tanto en el siglo XIII en Florencia, en el siglo XVII en Amsterdam, como lo está actualmente en otras partes del mundo. El capitalismo, según Braudel, no tendría fases (sin embargo, Braudel tendría la tendencia a hablar de proto-capitalismo, es decir, de una forma antecedente a la del capitalismo).

Braudel escribe textualmente: *"El capitalismo es una añeja aventura. Tiene tras de sí, cuando comienza la Revolución Industrial, un largo pasado de experiencias que no son exclusivamente mercantiles."* Si demuestra la pluralidad de esos capitalismos, tiende a no encontrar jamás el *verdadero* capitalismo, porque lo ve pasearse a través de las épocas y en todo el curso de la historia; así pues, reacciona contra el hecho de que —sobre una larga duración desde luego— podríamos dejarnos hipnotizar por un capitalismo y no por otros, porque piensa que si los capitalismos no son nunca los mismos, en cambio, el capitalismo, en el fondo siempre es el mismo. En consecuencia, el capitalismo con el cual nos encontramos actualmente a partir de hoy y en su forma actual, tan larga como pueda parecernos, no es sin embargo una forma definitiva, pues es probable que tenga otras formas y haya otros capitalismos. ¿Hay un *verdadero* capitalismo? Braudel respondería que no; y también se opone a una visión de un capitalismo que progresa continuamente de una fase a otra: el verdadero comienza tardíamente con el predominio en la producción.

En otros términos, se opone a la estimación según la cual habría un capitalismo mercantil —o un precapitalismo— que no sería ya un capitalismo completo. [Esta comprobación nos conduce al pasado de nuestra civilización y nos causa problemas, que son nuestros problemas actuales.] Según Fernand Braudel, mucho antes de la Revolución Industrial, hubo un colonialismo y un imperialismo; y los habrá todavía puesto que ambas cosas van juntas, ya que el capitalismo es siempre un problema de jerarquía, jerarquía que no es exclusivamente económica. Pero he aquí que estamos enfrentados a la Revolución Industrial y la pregunta que me gustaría hacer a Fernand Braudel es la siguiente: "*¿Piensa que la fase capitalista actual* (fase capitalista después de otras, que sea verdadera o no) *representa realmente una ruptura que transformaría en el fondo al capitalismo como organización de la vida economómica y social?*"

En el último volumen de su trilogía *El tiempo del mundo*, a veces Fernand Braudel parece dar un papel decisivo a la Revolución Industrial y dividir el tiempo del mundo en dos periodos, antes del siglo XVIII y después. Es así como evoca dos crecimientos, el uno anterior y el otro posterior a la Revolución Industrial, que no es evidentemente un acontecimiento de muy corta duración, sino una vuelta que ha invadido la historia europea y mundial por un periodo relativamente largo y en el fondo la ha transformado. Igualmente, es así como Fernand Braudel nos habla de crecimiento moderno y crecimiento tradicional, y sobre todo del nacimiento industrial y de un nuevo capita-

lismo en el cual todas las fuerzas están consagradas en primera instancia a la producción industrial.

Esto nos enfrenta a otro problema: *¿es verdaderamente la realidad? ¿Podemos admitir que el capitalismo, que ha abierto la vía al mundo actual, es de naturaleza esencialmente idéntica a la del capitalismo de épocas anteriores?* No se trata desde luego de una cuestión de cantidades o de proporciones, sino de una cuestión de naturaleza. Si los elementos y los ingredientes presentes en el capitalismo actual son los mismos que los de los capitalismos precedentes, podríamos concluir entonces con Fernand Braudel que el capitalismo, en el cual estamos desde la Revolución Industrial, no es, a pesar de su novedad aparente, por completo diferente de los capitalismos de otras épocas.

Quisiera, pues, subrayar que Fernand Braudel de cualquier manera ha reconocido (es difícil hacerlo en otra forma) un lugar importante a la Revolución Industrial (lo que significa transformaciones más allá de la producción), pero se niega, no obstante, a considerar que marca el verdadero capitalismo. Que hayamos entrado en otra época, de eso no hay duda: pero no es razón para considerar que la problemática es absolutamente diferente.

Esta proposición "braudeliana" tiene muchas implicaciones: lo que consideramos como propio de nuestra contemporaneidad, de nuestro tiempo presente, se transforma de esta forma en una dimensión intemporal. Por otra parte, es a lo que nos convida, pues nos dice: *Intento presentaros un modelo de la vida económica que va de la vida cotidiana a la vida de intercambio*

y al capitalismo, modelo que se ha verificado y que se verifica en todos los lugares y en todas las épocas, pero sobre todo en algunas, y continuará verificándose.

[No debemos ser hipnotizados por el tiempo presente, pues el capitalismo es una estructura permanente de la vida humana, a la cual nunca ha escapado la especie y de la que jamás escapará.]

P. Fabra.—*Agradezco a Alberto Tenenti, a quien responderá Fernand Braudel, seguramente con mucho interés. Tenemos la suerte de contar entre nosotros a dos historiadores indios que formularán cuestiones que no están centradas en Europa. El señor Chaudhuri, va, en efecto, a hablarnos del capitalismo comercial y de los problemas de la producción industrial asiática antes del siglo* XIX.

Capitalismo comercial y producción industrial en Asia antes de 1800

K. N. Chaudhuri.—La historia de la evolución industrial, de la organización económica y de la estructura social de Asia en su conjunto, antes de la Revolución Industrial europea, no ha sido escrita todavía.

Sin embargo, los problemas de la producción industrial, cualquiera que sea el periodo en el cual nos interesemos, se han adaptado particularmente a un enfoque comparativo, así sea sólo porque están menos supeditados que otros a los azares del tiempo.

Según todos los historiadores de la economía de

Asia, el desarrollo de la agricultura supone necesariamente una división primitiva del trabajo: en la mayor parte de Asia, los miembros de las comunidades campesinas combinaban el trabajo de la tierra con las actividades de tejido y los trabajadores industriales, carpinteros, herreros, ceramistas, realizaban actividades agrícolas de tiempo parcial.

Es raro que la especialización económica sea total en las sociedades rurales. Incluso, cuando no utiliza sino una tecnología primitiva, la producción industrial exige cierta economía de escala. Si el tamaño del mercado es limitado, un trabajador de tiempo completo o un artesano no pueden esperar ganarse la vida con su sola habilidad manual —Adam Smith lo ha demostrado claramente en un pasaje citado a menudo, a propósito de los mercados pueblerinos. Por otra parte, la existencia de tierras excedentes les permite prevenirse naturalmente contra las variaciones, súbitas o previsibles, de la demanda, convirtiéndose en un periodo de depresión coyuntural en las actividades agrícolas. Esto se verifica incluso en la India hindú, donde el sistema de castas impide toda movilización social en línea vertical y organiza horizontalmente a la población. El estatuto ritual de los obreros los sitúa tan bajo en la escala social que poco importa que sean tejedores o agricultores. Ese modelo, donde se equilibran explotación de la tierra, producción alimentaria y actividad industrial, se aplica, según mi hipótesis, a Asia en su conjunto, se trate del Cercano Oriente, de la India, del Asia del Sudeste, de China o de Japón.

Las actitudes sociales con respecto a los trabajadores

manuales pesan tanto como las consideraciones económicas en la determinación de sus condiciones de remuneración. En los países islámicos, el antagonismo entre artesanos y *élites* dirigentes es notorio. Los orígenes no árabes de la mayor parte de los trabajadores urbanos sin duda han hecho muy difícil su plena asimilación en una estructura social fundada en la noción de completa igualdad política, incluso si al aceptar los preceptos del Islam estuvieran, a los ojos de la ley, en igualdad de condiciones con los demás seguidores de la fe.

Al parecer, es en China y en Japón donde las funciones sociales de los artesanos industriales se benefician de cierto favor por parte de la burocracia. Así, las presiones económicas y sociales constantes han mantenido la industria asiática en un estado de movimiento perpetuo y han obligado a los artesanos a convertirse, en tiempo de crisis, en trabajadores agrícolas.

Por otra parte, es importante distinguir las industrias puramente locales y las industrias que abastecen un mercado más grande y a una población más variada. El área de la producción local rara vez rebasa una distancia de 15 millas (24 km), o sea, alrededor de una jornada a pie. A la inversa, los productos del comercio interregional e internacional recorren trayectos bastante más largos. Las finas prendas de algodón tejidas en Dacca, en la India oriental, o las sedas chinas del bajo valle del Yang Tse recorren millares de kilómetros antes que llegar a los ricos centros de Ispahán y de Bagdad, sin hablar de Kyoto y de Eto. La distancia-tiempo establece el vínculo vital y necesario entre el capitalismo comercial y la producción industrial

destinada a la exportación. El aumento de la riqueza no agrícola, el grado de monetarización de la economía e incluso la especialización de la producción agrícola dependen con mucho de la expansión de la actividad industrial más allá del mercado local. De 1000 a 1750, más o menos, las industrias dedicadas a la exportación se han desarrollado en múltiples lugares de Asia. Sólo a partir de 1800 Europa fue capaz de desafiar la supremacía tradicional de Asia en materia de tecnología industrial, de rentabilidad de los costos y de la oferta de productos manufacturados.

La pregunta que se nos presenta es bastante sencilla: ¿por cuál proceso económico las grandes naciones comerciantes, como son la India y China, alcanzaron esa posición en el dominio industrial? ¿Y hasta qué punto el debate actual sobre la naturaleza del capitalismo comercial y la protoindustrialización explican la experiencia asiática? Durante los tres últimos decenios, el proceso histórico del desarrollo capitalista ha sido objeto de abundante literatura. Se han hecho tentativas interesantes para examinar la teoría de Marx sobre los modos de producción históricos y, desde 1972, ese viejo debate ha tomado, con el concepto de protoindustrialización, una nueva forma. Al estudiar el comercio de textiles hindúes de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, en los siglos XVII y XVIII, me interesé en esta cuestión. Mendel y Mark Elvin hicieron una sólida contribución a la investigación de la industrialización premoderna. He estudiado atentamente las dos teorías históricas propuestas por los dos historiadores. Quisiera

hoy hacer algunas críticas a esas dos teorías y vincularlas con mi propia investigación.

La teoría de la protoindustrialización está, de hecho, fundada en dos experiencias históricas distintas sacadas de la historia europea. Se trata, en primer lugar, de la migración en los siglos XIV y XV de las industrias laneras de los centros urbanos controlados por los gremios a las zonas rurales y, en segundo lugar, del supuesto dominio de las industrias rurales por el capital mercantil, bajo la forma del sistema llamado *putting-out* (generalmente traducido por "trabajo a domicilio" y por "trabajo a destajo"). La teoría de la protoindustrialización se centra específicamente en la situación de Europa en un periodo particular de su historia. Si la aplicamos a Asia, nos arriesgamos a minar las hipótesis sobre las cuales descansa.

¿Qué papel tuvo el capitalismo comercial en el desarrollo de una producción industrial orientada a la exportación? Para Marx, en su análisis de la situación histórica antes de la Revolución Industrial, dos condiciones son necesarias para la producción. En primer lugar, opera una distinción fundamental entre la producción destinada al uso propio de los productores y la producción destinada a los intercambios, lo que él llama "la producción de mercancías"; en segundo lugar, según él, los mercaderes, como propietarios de capital, representan un papel esencial en la organización de la producción de mercancías y en su distribución.

La especificidad del desarrollo económico de Asia en relación con el de Europa se explica por las condiciones en las que ha evolucionado el comercio a larga

distancia y no por la teoría propuesta por Marx, del modo de producción. Los productos de las tres grandes industrias asiáticas (textiles, metales, cerámica) eran negociados en todo el océano Índico y llegaban a penetrar la corriente transcontinental que conducía hasta el Mediterráneo. Al vincular los mercados lejanos con las producciones locales, los mercaderes han representado un papel indispensable. Pero es imposible situar las relaciones económicas y sociales, muy particulares, que existían entre mercaderes y artesanos, en las categorías definidas por el triple proceso de transición de Marx del modo feudal del sistema precapitalista de producción. Además, las actividades de tejido del algodón y de la seda, y la fabricación de objetos metálicos o de porcelana se localizaban tanto en los centros urbanos como en las zonas rurales. No ha habido jamás, en la historia industrial asiática, una migración *sistemática*, de las ciudades a los campos, de demanda comercial de productos artesanales. Examinemos ahora las características principales del capitalismo comercial en Asia y la organización regional de la producción.

La lógica de las relaciones económicas internacionales en Asia estaba ampliamente determinada por el carácter discontinuo de los mercados. Un doble filtro separaba a productores y consumidores: el espacio geográfico y el tiempo. Esta característica particular de las transacciones comerciales transformó el comercio en una actividad que exigía el empleo y la acumulación del capital. En un sistema económico cerrado, espacialmente limitado, no es necesario desarrollar un circuito capitalista complejo. Pero el comercio interre-

gional y el comercio a larga distancia no pueden, por definición funcionar sin capital. En el intervalo que separa la inversión inicial efectuada por los mercaderes para adquirir bienes para exportar, su expedición y su venta en mercados lejanos y los beneficios finales, nacen procesos capitalistas por completo. El grado de integración de una economía local en un sistema de intercambios depende al mismo tiempo tanto de su desarrollo interno como de la extensión de su influencia comercial.

Desde la época de la dinastía Song en China hasta mediados del siglo XVIII, el comercio por mar y por caravanas ha desempeñado un papel cultural importante en la sociedad asiática. Algunos productos como la plata y el oro, las espadas y las armaduras, la seda, las muselinas, las especias, el incienso y los caballos de pura raza eran considerados como altamente civilizados e indispensables para los modos de vida refinados y lujosos. Pero los bienes preciosos no son suficientes por sí mismos para alimentar el comercio transcontinental de Eurasia. Para cargar los veleros en el mar, era necesario agregar a los artículos caros, ligeros, unas mercancías pesadas y de poco valor. Muchas regiones del océano Índico completaban su producción alimentaria por medio de importaciones que procedían de zonas con fuertes excedentes agrícolas. El comercio de los cereales y de los productos alimentarios era lo bastante activo para permitir a unas regiones crónicamente deficitarias especializarse en la producción de mercancías industriales, sobre todo de aquellas para las cuales existía una demanda regular. La densidad de población

en esas zonas estaba condicionada no sólo por la geografía y la economía locales, sino también por el volumen del comercio a larga distancia. En el mar rojo y en el golfo Pérsico, la sobrevivencia cotidiana de comunidades enteras dependía de las importaciones de productos alimentarios procedentes de la India y de Egipto. Incluso en las provincias productoras de arroz de la China costera, la densidad de población, en el siglo XVI, era tal que justificaba la importación de arroz cultivado en las tierras agrícolas poco densas del sudeste asiático. Para los historiadores de Asia, se da como hecho que existe una relación estrecha entre el capital, condición indispensable para el comercio lejano, y los mercaderes. En cuanto a mí, no veo claramente por qué los mercaderes, grupo social particular, deberían igualmente volverse propietarios legales, administradores y beneficiarios del capital.

En lo pasado, la comunidad mercantil asiática poseía gran número de funciones capitalistas y, bajo el peso de las tradiciones sociales, legales y políticas, la separación entre los mercaderes capitalistas y los demás grupos de la sociedad, se ha perpetuado. Existía, ciertamente, un capitalismo preindustrial en el Cercano Oriente, en la India, en China y en Japón. Pero, en esas naciones comerciantes, los mercaderes y los banqueros no podían invertir en las actividades de interés público, protegidas por la ley y alentadas por el Estado. Los europeos que colocaban su dinero en títulos emitidos por las repúblicas de Venecia, de Génova y de los Países Bajos, corrían riesgos financieros, pero esos títulos eran reconocidos legalmente y tenían valor hi-

potecano. No era el caso de los comerciantes hindúes o chinos, que prestaban dinero a las *élites* dirigentes o que las ayudaban a transformar sus impuestos. Los mercaderes trabajaban por el lucro, pero contrariamente a los burócratas y a los propietarios de bienes raíces, hereditarios, su posición material era inestable.

Si, en todas las sociedades asiáticas los demás factores de producción, la tierra y el trabajo, eran divisibles —bastaba disponer de un poder adquisitivo suficiente para comprar tierras y emplear mano de obra— en cambio, el capital comercial e industrial quedaba sólo en manos de los grupos mercantiles. Los dirigentes asiáticos no parecen haberse hecho la pregunta de saber si otorgar el derecho de hacer inversiones comerciales, dejando al Estado un ingreso permanente, no era preferible al hecho de gravar directamente a los mercaderes. El capitalismo comercial en Asia, antes de 1800, en realidad era poderoso, pero no definido en el aspecto legal y mal comprendido en cuanto a lo social. El comercio a larga distancia del océano Índico, era claro y evidentemente una actividad capitalista. La remuneración de los tejedores, los hilanderos, los criadores de gusanos de seda, los herreros y los propietarios de plantaciones de especias estaba ligada al mecanismo de los precios, que dominaban las transacciones comerciales. Por otra parte, el Estado se preocupa poco, en Asia, de las relaciones entre negociantes y productores. Si bien es cierto que los mercaderes utilizan con mucha frecuencia la legislación sobre los contratos comerciales y las deudas para controlar y coaccionar a los artesanos, los funcionarios rara vez usan su autori-

dad para apoyar a los primeros, a menos de que ello sirva para sus propios designios. En 1742, en la ciudad-puerto de Surat en la India occidental, un conflicto enfrentó al gobierno con los tejedores de algodón; toda la comunidad de tejedores hindúes se puso en huelga y se negó a respetar sus compromisos con los mercaderes, y éstos no pudieron obligarlos a regresar al trabajo.

Así, el capitalismo comercial asiático no podía desenvolverse en la misma forma que el capitalismo industrial europeo. Marx lo comprendió claramente. Según yo, lo repito, ese concepto de dominación de los artesanos por los negociantes no se adaptó completamente a la situación asiática, y la naturaleza precisa de los casos entre el capital mercantil y la producción industrial hay que buscarla en otra parte y no en la articulación de las fuerzas sociales y de las fuerzas de producción. Si los mercaderes asiáticos intervienen directamente en la producción industrial, es para satisfacer las necesidades comerciales específicas que les impone el mercado: costos relativos, forma y características de los productos industriales, tiempos de entrega, transporte y, por último, aprovisionamiento en capital-trabajo y financiamiento de los riesgos comerciales. Por el contrario, es mucho más difícil explicar las motivaciones de los trabajadores industriales para pasar de un sistema de producción local a un sistema orientado a los mercados interregionales e internacionales. En la historia industrial de Europa, es la destrucción del modo de producción feudal lo que da la respuesta a esta cuestión. El esquema aplicable a Asia es dife-

rente. Por un lado, las grandes civilizaciones asiáticas han desarrollado, muy pronto en la historia, una producción industrial para la exportación y han participado activamente en los intercambios comerciales y económicos internacionales. Por el otro, sus economías locales, cuya base es el campesino-granjero, estaban orientadas esencialmente a los medios de producción de bienes de consumo corrientes. Estos artesanos habían alcanzado cierto equilibrio económico y social, que refleja la dualidad de su categoría de trabajadores industriales y agricultores. Si esta imagen de un modelo estático es correcta históricamente, no se comprende por qué los artesanos hubieran permitido que los mercaderes los dominaran. De hecho, es posible que la imagen estática que tenemos del sistema asiático de producción local sea totalmente falsa en el caso de las actividades industriales. Nos es preciso, pues, considerar cuáles son los factores históricos que han podido influir en el mecanismo de intercambio entre el comercio y la industria.

Entre las causas de la emigración de los artesanos a las ciudades, está la expansión demográfica y la escasez de tierra cultivable. Pero lo que importa hallar, sobre todo, es la etapa histórica durante la cual el artesano, poco calificado y ocupado parte del tiempo, se convirtió en trabajador de tiempo completo, sumamente calificado. La división del trabajo premoderno está determinada no sólo por los problemas de costos y de precios relativos, sino también por las preferencias sociales y las dotes individuales. Por la calidad y la belleza de los objetos que producen, la sociedad recompensa al

tejedor de seda, el escultor de marfil o el fabricante de porcelana.

Todas las sociedades, cualquiera que sea su escala de valores, buscan los productos altamente calificados. Las preferencias de ciertos grupos sociales por los objetos de lujo fabricados lejos de la esfera económica local se encuentran en la base del comercio premoderno lejano. El consumo, por la aristocracia japonesa, de seda china, en el siglo XVI, dio a los portugueses la oportunidad de crear una de las redes comerciales más lucrativas del Lejano Oriente. Pero, las transacciones con productos industriales de lujo no explican por sí mismas la especialización artesanal y la entrada de artesanos en las relaciones mercantiles. Un comercio activo y variado se desarrolló en toda Asia con base en telas burdas, cerámica de arcilla cocida, utensilios de hierro y de cobre. Las gentes ordinarias, al igual que las gentes ricas, compraban esos bienes necesarios para la vida cotidiana. En el gran mercado anual de telas, que tenía lugar en Djeddah y en La Meca durante el periodo de Hadj, los textiles baratos de Egipto y de la India occidental constituían el grueso de sus ventas. Esta enorme demanda industrial ha producido un comercio marítimo regular y de gran amplitud y se explica por un hecho social evidente: la tradición exigía de los peregrinos musulmanes que llevaran vestidos especiales, blancos, antes de acercarse al santuario sagrado. Está probado que el comercio de las telas de Hadj daba empleo a muchísimos tejedores de algodón de las zonas urbanas y rurales de Gujerate y del Decán.

Es interesante observar que esos algodones especia-

les, exportados a través del mar Rojo, eran vendidos igualmente en grandes cantidades en los mercados internos de la India. Así, los trabajadores de la industria textil podían escoger entre dos mercados para distribuir su producción. En apoyo de este hecho, hay otros ejemplos. En China, los productos de algodón han sido utilizados como medio de financiamiento por el gobierno: pago de salarios en especie, suministro de ropas para el ejército, exportación de telas a las zonas de la frontera norte, a cambio de caballos y ganado de los nómadas.

La imagen de una comunidad aldeana, encerrada en sí misma y autosuficiente, en perfecto equilibrio, seducía a los observadores europeos del siglo XIX. Así, en un pasaje famoso, Marx escribió: "*El modo de producción (en la India y en Asia) se basa en la unidad de la pequeña agricultura y de la industria doméstica, se agrega a ello en la India la propiedad común de las tierras sobre la cual se fundan las comunidades aldeanas (sistema existente originalmente en China).*" Hoy se ha demostrado que esta imagen fue creada por los historiadores y los administradores coloniales como antídoto al surgimiento de la sociedad industrial. Según el eminente antropólogo Marshall Shalins, incluso en la Edad de la Piedra los valores de intercambio y de comercio formaban parte integrante de la economía.

Para esclarecer completamente mi punto de vista, intentaré hacer una generalización audaz. Para mí, el artesanado industrial calificado constituía una forma de trabajo enteramente diferenciada y una unidad de producción. El artesano debía su valor social a su capa-

cidad de producir bienes que exigían una alta calificación. Para tenerla, era necesaria una formación larga y minuciosa, además de dotes innatas. La familia o la casta del artesano potencial proporcionaba el cuadro necesario para la transmisión de esas cualidades. Lo que obligó a tales hombres a no producir sino en tiempo parcial bienes industriales y regresar a la agricultura para acrecentar sus medios de existencia fueron fuerzas históricas de naturaleza accidental —guerras, hambres, epidemias— que destruyeron la base sobre la que descansaba el comercio interregional e internacional. Las migraciones de artesanos de una localidad a otra, en busca de mejores oportunidades, son constantes en la historia de Asia. A principios del siglo XIX, cuando el gobierno Ch'ing cierra el puerto de Amoy, los tejedores de seda y los fabricantes de porcelana, atraídos por la clientela de los navíos extranjeros, emigraron rápidamente al Sur, en dirección de Cantón. *Las migraciones son el medio de escapar de los desastres naturales, de la opresión política y de la escasez de oportunidades económicas.*

Desde hace algunos años los historiadores discuten la existencia y el predominio de un sistema de *putting-out* [trabajo a domicilio, a destajo] en las relaciones industriales asiáticas, antes de 1800.

En el periodo que hemos estudiado, encontramos dos esquemas de la organización de los mercados. Según el primero, los productores independientes trabajan por su cuenta y venden sus productos a corredores o a los comerciantes al mayoreo a precios libremente negociados. En el segundo esquema, los trabajadores reciben

de los comerciantes un adelanto en dinero o, menos frecuente, en materias primas, y aceptan dar en trueque una cantidad convenida de bienes en una fecha determinada. Los obreros, ya sea para el mercado local o para exportación, necesitan estar informados de antemano sobre la naturaleza y la cantidad de bienes que deberán producir. Sobre los mercados diarios o hebdomadarios, en los cuales las preferencias del consumidor son bastante conocidas, los tejedores, los trabajadores del metal y los ceramistas pueden normalizar su producción y servirse de la experiencia adquirida para controlar las cantidades y los precios. Pero cuando se trata de productos especializados destinados a la exportación, en los que las entregas locales son limitadas, son los mercaderes y los comerciantes al mayoreo los que asumen los riesgos. El recurso al sistema del contrato por adelantado en dinero en la producción de telas de algodón, de sedas y de porcelana fina es muy frecuente. Implicados en el proceso de fabricación, los artesanos tenían la competencia técnica adquirida para escoger los mejores hilos de algodón y de seda, la mejor tierra, etc., lo que no era el caso de los negociantes o los intermediarios.

El sistema del contrato por adelantado utilizado en Asia se distingue del *Verlagssystem* o del *putting-out system* de la industria lanera europea del siglo XVI. Tiene su origen en la estructura comercial de las economías asiáticas y no en el cambio de modo de producción o de las relaciones de dominio.

En conclusión, insistiré sobre el hecho de que en Asia son los mercaderes y los negociantes quienes, des-

de hace muchísimo tiempo, han dado a la producción industrial premoderna los medios de desarrollarse de manera altamente diferenciada.

P. Fabra.—*Gracias, señor Chaudhuri. Sigamos en Asia con el señor Barun De, profesor de Calcuta, quien nos hace precisiones sobre la protohistoria del capitalismo indio.*

Elementos endógenos del capitalismo indio

Barun De.—Mi francés es muy deficiente y por lo tanto me limitaré a evocar algunas pistas para la investigación que la historiografía india explora actualmente.

El capitalismo indio es un concepto muy vinculado a un presente que no es visto en su continuidad con el pasado, y esto por razones históricas evidentes: el efecto de la colonización. Ahora bien, uno encuentra en el recorte cronológico de la historia india, en una época que va desde el siglo VII al XVII, (más o menos, las características de una especie de protohistoria de un capitalismo indio que no sería solamente exogeno, es decir, introducido por la propia colonización, sino que sería endógeno y que habría sufrido una evolución —o una involución— ulterior al subordinarse al capitalismo colonial.)

La historiografía india desarrolla un conjunto de nuevas investigaciones (algunas publicadas, otras en curso de publicación) que hacen hincapié en toda una serie de elementos extremadamente originales, en gene-

ral desconocidos para la historiografía europea, pero que permiten comparaciones significativas con lo que ha pasado en Europa en la misma época: que se trate de la forma de acumulación de capital en las corporaciones de la industria (o por los banqueros Moultahani); que se trate de redes comerciales operando en escala regional, en Bengala, en el sur de la India, en el Decán, en Rajastán... Industriales, banqueros y comerciantes hacían una serie de préstamos a los artesanos que trabajaban en pequeños talleres, pero cuya producción era vendida en un amplio mercado. Se trata, por ejemplo, de textiles, salitre, opio, diversas drogas... Encontramos, pues, allí, una materia que puede desarrollarse en comparación con la historia europea.

Remito a mis oyentes a los trabajos del historiador soviético Chicherov sobre los sistemas de intercambio costeros y los sistemas de base comercial en la llanura del Ganges. Allí también, se trata de una investigación en curso que observa en el subcontinente indio la articulación entre producción artesanal y distribución mercantil a larga distancia, exactamente como en la Europa de la misma época.

Recordemos también las tensiones entre los mercaderes "urbanos" y la clase de grandes terratenientes, especialmente en el momento de las reformas de los siglos XVII y XVIII y que, por mi parte, propondría examinar en términos de reacción feudal totalmente parecida a la de la historia de Europa.

Señalemos igualmente que, incluso durante la época colonial inglesa, mercaderes y banqueros indios se organizaron para conservar posiciones tales que, siendo

como eran totalmente dependientes con relación al organismo colonial indio, sin embargo han podido guardar y controlar cierto número de actividades importantes, en los trabajos públicos especialmente (construcción de carreteras y otros), donde el sistema de operaciones sobre comisiones les ha permitido invertir en la tierra y beneficiarse a sí mismos con el tránsito. Han aprovechado la ruina del artesanado rural y urbano indio por la competencia europea, para establecer una red industrial en las ciudades como Calcuta, Ahmedabad, Bombay, Delhi...

Esto es lo que ha dado a ese capitalismo indio de origen endógeno un carácter *compradore*, como dirían los especialistas de la historia del capitalismo. Esta exposición muy rápida hace aparecer la realidad de una continuación muy profunda modificada por una subordinación de los mercaderes y capitalistas indios al sistema colonialista mundial.

P. Fabra.—*Dejemos Asia para dedicarnos al "desarrollo tardío en América Latina", mediante el ejemplo de Brasil —país querido para Fernand Braudel— que nos presenta Celso Furtado, embajador de Brasil ante la Comunidad Económica Europea.*

Capitalismo brasileño: ¿crecimiento o desarrollo?

Celso Furtado.—En Brasil se acepta como cosa cierta que el desarrollo del capitalismo industrial ha tenido

como resultado una heterogeneidad social creciente. Es, pues, una tesis contraria a la que ha sido evocada esta mañana. Sabemos ciertamente que el capitalismo no ha eliminado las desigualdades sociales —siempre han existido y aún existen— pero ha traido consigo una elevación real de los salarios, paralela al aumento de la productividad. Pues el capitalismo no es sólo un proceso de crecimiento, sino también un proceso de desarrollo: es la evidencia histórica. Ahora bien, en un país con un desarrollo capitalista tardío como Brasil, casi no observamos esta tendencia a la homogenización social; por ello, el estudio de este caso particular permite tener una visión más completa del desarrollo del capitalismo moderno.

La industrialización, factor del desarrollo del Brasil de la posguerra, ha sido menos el resultado de una política deliberada que la consecuencia indirecta de medidas tomadas *ocasionalmente* con el fin de defender las estructuras tradicionales. Comprando café en grandes cantidades para almacenarlo y destruirlo, el gobierno de Brasil creó condiciones de demanda interior y de protección contra el exterior, e hizo posible el gran auge industrial iniciado en los años treinta; y esta política de defensa de los precios del café en el mercado internacional es lo que condujo, en los años cincuenta, a adoptar medidas de discriminación entre importaciones "esenciales" y "no esenciales", que finalmente han favorecido el proceso de industrialización.

El hecho de que la industrialización haya sido el subproducto de las tensiones del sector exportador tradicional ha tenido diversas consecuencias negativas. Es

así como el esfuerzo de conversión necesario para adaptar la infraestructura de una economía exportadora de productos primarios a las exigencias de la industrialización no ha podido realizarse en tiempo oportuno. Un primer plan de inversiones en infraestructura —el plan Salte (Salud-Alimentación-Transporte)—, elaborado inmediatamente después de la guerra, fracasó por falta de capitales. Debimos esperar hasta 1955 para que se creara una banca de desarrollo y así financiar la reconstrucción de la infraestructura de los transportes y la energía. De igual manera, hasta el fin de los años cincuenta no se atendieron los desequilibrios regionales, que se habían agravado en razón de un proteccionismo indiferenciado, a expensas de las regiones pobres.

La consecuencia más grave de ese retraso ha sido ciertamente la agravación de la concentración del ingreso. La elasticidad de la oferta de mano de obra, los subsidios cambiarios y fiscales a la inversión en capital fijo ayudaban a ello. A falta de una política fiscal adecuada, esta concentración del ingreso se tradujo, entre las clases de ingresos elevados, en una fuerte propensión al consumo, mientras que las condiciones de vida de la población en general se estancaban.

Este proceso de industrialización específica ciertamente ha modificado la estructura social de Brasil, pero también es el origen de dificultades en el plano político. Todavía en 1930, la estructura social de Brasil no era muy diferente a la del siglo anterior, a fines de la época colonial. La economía del país estaba entonces fundada en la exportación de algunos productos tro-

picales (café, principalmente) cosechados en las vastas plantaciones y el Estado seguía obteniendo del comercio exterior la parte esencial de sus recursos. Los 4/5 de la población, que vivían en las grandes *fazendas*, eran así sometidos a la autoridad directa de los grandes terratenientes. Sólo una parte ínfima de esa población, concentrada en las ciudades, participaba en la vida política junto con la oligarquía terrateniente. Las elecciones se hacían mediante escrutinio público y no tenían sino valor simbólico. Las administraciones, aun en el caso de que dependieran del gobierno central, estaban bajo el control estricto de los grandes señores regionales. Los gobiernos de los estados eran los principales portavoces de los intereses de los señores y escogían al presidente de la República. Por lo demás, quienes se encontraban en el poder disponían de todos los medios para conservarlo. Lo que precede concierne incluso al Brasil de los años treinta.

Ahora bien, la urbanización rápida de los últimos cinco decenios —con sus corolarios: la industrialización y el crecimiento relativo del sector público— ha trastornado las bases del sistema político tradicional. En razón de la tasa de alfabetización de las zonas urbanas, la mayoría electoral terminó por vencer a la fracción del electorado sobre el cual la oligarquía tradicional ejercía un control bastante menos eficaz. Perceptible desde 1946 con la restauración de la democracia representativa, ese cambio se acentuó hasta el golpe militar de 1964. De 1946 a 1964, el poder ejecutivo perteneció a elementos que se apoyaban en un electorado relativamente independiente y consciente de

sus intereses. Sin embargo, esta nueva fuente de poder político jamás ha sido completamente reconocida por la clase dominante tradicional, de ahí esas tensiones agudas cuyas manifestaciones exteriores más espectaculares fueron el suicidio de Getulio Vargas (1954), la dimisión de Janio Quadros (1961) y la deposición de João Goulart por la fuerza (1964).

La inestabilidad fundamental de la vida política brasileña de estos últimos decenios se explica por las modificaciones sociales que acabo de señalar. Ante una clase dirigente anacrónica, los grupos industriales no ejercían sino una débil influencia sobre los centros de decisión. En efecto, la industria ha sido mucho tiempo tributaria del sector exportador por la necesidad de divisas, necesarias para el pago de los productos intermedios y los equipos importados, y del Estado, para el financiamiento de sus inversiones. Agreguemos, por último, que el comportamiento mismo de la clase obrera privaba a la burguesía industrial de una identidad propia. A diferencia de la Europa del siglo XIX, el movimiento de urbanización en Brasil no ha estado ligado a una transformación acelerada de la estructura profesional acompañada de un crecimiento rápido del número de los obreros de la industria: se produjo por la formación de una masa heterogénea. La industrialización no trajo consigo la desorganización de un artesanado secular. El obrero brasileño de la primera generación no tenía conciencia de vivir un proceso de degradación social. Surgido de un medio rural muy atrasado, tuvo de inmediato la impresión de

alcanzar el primer escalón de la clase media: de ahí su débil conciencia de clase.

El sector de la población urbana cuyo crecimiento ha sido más rápido —ciudades medianas y grandes, sobre todo— está constituido por personas subempleadas que ocasionalmente encuentran trabajo no calificado, en las obras públicas, en particular. El nivel de vida de esta población es notoriamente inferior al correspondiente al salario mínimo legal establecido para las zonas urbanas. Difícilmente podemos explicar la corriente regular de ese tipo de población a las ciudades si no tomamos en cuenta las características de la estructura agraria del país.

[Con excepción de ciertas regiones, la agricultura brasileña utiliza técnicas rudimentarias y sus precios de coste tienden a aumentar en la medida en que se agota la fertilidad natural de los suelos y proporcionalmente a las distancias que separan las regiones agrícolas de los principales centros de consumo.]

Según el censo de 1975, los minifundios cuya superficie media era de 3.45 hectáreas correspondían a 52% del número de establecimientos agrícolas, aunque su superficie no representaba sino 2.7% de la superficie agrícola total. Las medianas y grandes explotaciones no trabajan sino una parte de las tierras que controlan, mientras que gran parte de la población rural se asienta en explotaciones minúsculas. Entre el censo de 1950 y el de 1975, observamos un descenso de 25% en la superficie media de los minifundios, mientras que su proporción en el total de las explotaciones pasaba de 34 a 52%. Por eso el nivel de vida de gran parte de

la población rural no mejora y ésta busca otras ocupaciones en las zonas urbanas.

Este trastorno de los fundamentos sociales que opone a la clase dirigente tradicional una masa urbana heterogénea, no podía sino conducir la política brasileña a una inestabilidad creciente, que habría de favorecer la intervención militar en marzo de 1964. [Y en razón de que el gobierno militar no ha tocado ni la estructura agraria, ni el cuadro institucional que condiciona el reparto demasiado desigual de los ingresos, los datos generales del problema no han cambiado. El crecimiento económico del periodo del "milagro", al agregar a estos problemas un considerable endeudamiento exterior y una concentración brutal de los ingresos, no ha hecho sino dificultar aún más la evolución hacia formas sociales más estables. *Así, Brasil sigue siendo en el capitalismo moderno el caso ejemplar de un país donde se ha sacrificado el desarrollo al simple crecimiento económico.*]

P. Fabra.—*Agradezco a Celso Furtado esta intervención y dejo la palabra a un historiador húngaro, Laszlo Makkai, quien nos expondrá sus reflexiones sobre la integración de la técnica en la historia del capitalismo.*

Técnica, ciencia y sociedad

Laszlo Makkai.—["*Cada repunte económico o social tiene su apoyo técnico*", afirma Fernand Braudel en el primer volumen de su trilogía. La técnica sería la

reina, cambiaría el mundo. "*La técnica significa todo lo importante de la historia humana. Por eso los historiadores que se han especializado en ello, jamás llegan a tenerla enteramente en sus manos...*", agrega Fernand Braudel, quien continúa: "*¿Hay una técnica en sí?*" Su respuesta sería negativa.

Ciertamente, las técnicas en plural no existen en la práctica, visible y palpablemente sino en las explotaciones agrícolas, en los talleres de artesanos y en los establecimientos industriales, organizaciones más dependientes de ciertas relaciones sociales que del progreso técnico. Fernand Braudel lo ve con claridad, pues escribe: "*La técnica se estanca o progresa imperceptiblemente de una revolución a otra, de una innovación a otra: todo sucede como si se jugara a frenar y son ellas cuya reprensión hubiera yo querido señalar mejor de lo que lo he hecho.*"

Cada una de estas tesis pesa gravosamente y abre perspectivas nuevas en busca del papel y el lugar de la técnica en la historia de las civilizaciones y en particular en la historia del capitalismo. Pues si hay frenos en el progreso técnico, debe existir un progreso técnico potencial continuo pero disminuido en su velocidad por los frenos y liberado por las revoluciones. Lo que significa claramente que hay una técnica en sí, como el espesor de la historia de los hombres, pero no podemos comprenderlo por completo si ya no nos interesamos en las prácticas técnicas, y sobre todo en las prácticas humanas, no tanto en las obligaciones, sino en las aptitudes: a todo aquello que completa y refuerza el organismo biológico del hombre por la exte-

riorización de sus actos de trabajo en instrumento, y su pensamiento en lenguaje articulado. Por esta exteriorización el trabajo muscular y cerebral se separa del individuo y se convierte en un objeto que puede ser transferido, cambiado y acumulado. En el cerebro se encuentra la misma información que la inscrita en la memoria y que se transforma en objeto por la escritura, la tipografía, el magnetófono y en fin el *computer*.

Las informaciones entran, pues, en el dominio de la técnica. En su interacción, la exteriorización del trabajo muscular y del trabajo cerebral son el medio principal de la socialización humana. *Más que cualquier otra larga duración de la historia, la técnica tiene la mayor duración porque es al mismo tiempo sujeto y objeto de la hominización.*

Vemos, pues, mayor razón en discutir la perpetuidad y la continuidad del progreso técnico. *Hay siempre millares de innovaciones latentes y durmientes, en forma a veces de juego y a veces de utopía*, escribe Fernand Braudel. Por eso es necesario buscar los orígenes de los frenos que interrumpen o disminuyen la velocidad del progreso. Los frenos son en primer término de naturaleza social. Para vencer la resistencia de ciertas materias, es necesario buscar una nueva fuente de energía e inventar instrumentos que le correspondan. Sin coacciones demográficas o sociales, el progreso técnico se estanca. Recordemos, por ejemplo, el caso bien conocido de los australianos autóctonos que, hasta la llegada de los colonizadores europeos, no conocían más el instrumento sencillo, cuando el mismo arco, tipo clásico del instrumento compuesto, era inventado y

difundido por todas partes desde el neolítico. Encontramos otro ejemplo del estancamiento parcial del progreso técnico en los siglos que siguen a la peste negra de 1348 a 1351, es decir, justamente en la época tratada por Braudel en su trilogía magistral. Esto es tan verdadero que la Revolución Industrial no se efectuó, aunque los mecanismos y las fuentes de energía necesarios a su acción ya habían sido inventados, porque las condiciones sociales no estaban aún dadas. La innovación técnica ha sido orientada al arte militar y al desarrollo de la comunicación como nos los demuestran las grandes realizaciones de la época: la artillería, la imprenta, la navegación, sin olvidar el carro de eje delantero móvil. El capitalismo de esa época se alimentó por la guerra y por el comercio, se acercó a la periferia de las ciudades y de los puertos, fue al mercado de cambios para acabar dominándolo. Las condiciones económicas, sociales y políticas de este dominio son bien conocidas, pero las condiciones técnicas no lo son tanto.

En *La dinámica del capitalismo* Fernand Braudel escribe que la "*ciencia no es sino una superestructura tardía de la técnica, a pesar del hecho, lo que en forma incluso balbuciente, haya estado siempre presente*".

Ahora bien, en el siglo XVII, la ciencia deja de ser balbuciente y esto con ayuda de la técnica. En efecto, los grandes sabios de la época, Galileo y Torricelli por ejemplo, eran grandes técnicos igualmente. Inventaban y construían sus instrumentos de investigación, sus péndulos, el termómetro, el barómetro, el telescopio, todos instrumentos de medición. ¿Por la medida exacta

de la materia y de la energía, no llegamos a la "estandarización" de los mecanismos de la máquina semiautomática, después automática, condición *sine qua non* de una producción masiva, el verdadero terreno del capitalismo?

"*La técnica es la reina*", dice Fernand Braudel; ésta lo ha sido siempre, pero yo agregaría, retomando su metáfora, que "sin un marido real, la misma ciencia seguiría siendo balbuciente". El siglo XVII no es testigo sino de su noviazgo; su matrimonio se realizará en el siglo XIX. "*La Revolución Industrial no es el resultado del progreso técnico*", afirma Fernand Braudel y es verdad. Pero tampoco es el resultado del progreso de la ciencia; está inscrita en el movimiento de la revolución técnica medieval.

El capitalismo no ha inventado nada nuevo, pero libera a la técnica de los frenos económicos y sociales en razón de su enorme capacidad de inversión y su apetito insaciable de buscar y de encontrar nuevas fuentes de provecho.

La época clásica del capitalismo es el tiempo del matrimonio bienamado del capital, que reunió en sus empresas la investigación y la producción. "*Los oratorios desaparecen y los laboratorios aparecen*", dice Einstein. En ese momento, la técnica es verdaderamente la reina; es ella la que cambia al mundo, pero con su marido, el "rey-ciencia". La revolución científico-técnica de hoy es el hijo nacido de ese matrimonio. La ciencia se convirtió en técnica en los laboratorios y la técnica se convirtió en ciencia en las escuelas politécnicas. Pero se trata de reinos constitucionales, cuyo

parlamento es la sociedad. Para Fernand Braudel, *la sociedad ordena a la técnica y la ciencia según sus necesidades*. Sí, pero sus necesidades son todavía fijadas por quienes están en el nivel superior de la jerarquía social. Y son, desde su llegada, las capitalistas.

P. Fabra.—*Gracias a Laszlo Makkai por compartir con nosotros sus reflexiones sobre ese vasto proyecto. Immanuel Wallerstein, director del Centro Fernand Braudel de Nueva York, venera la obra de Fernand Braudel, y la aportación de sus trabajos para nuestro conocimiento del capitalismo.*

El capitalismo, ¿enemigo del mercado?

I. Wallerstein.—Hace 40 años el papel del mercado en el capitalismo parecía bastante claro. El mercado definía el capitalismo no sólo en sí, como elemento clave de su funcionamiento, sino en relación con las dos antítesis a las que estábamos acostumbrados de comparar el capitalismo: por un lado, hacia arriba, el feudalismo; por el otro, por abajo, el socialismo. Se tendía a presentar al feudalismo como un sistema premercado y al socialismo como posmercado.

No es posible hoy en día utilizar semejante esquema como base de análisis, no porque el esquema sea demasiado simplista, sino porque es evidentemente falso, al menos por tres razones:

La investigación sobre la sociedad feudal se ha desarrollado considerablemente desde 1945; nos ha mos-

trado que incluso no podemos concebirla como una estructura cerrada que vive exclusivamente de la autosubsistencia en el cuadro de una economía llamada natural. En realidad, los mercados han existido por todas partes. Estaban muy imbricados en la lógica del funcionamiento de ese sistema histórico. Evidentemente, ese sistema representaba grandes diferencias con el capitalismo. La mercantilización no tendía a hacerse universal; por lo general, los mercados estaban muy localizados, aun a larga distancia, pero casi nunca eran "regionales". El gran negocio era un comercio que trabajaba fundamentalmente con artículos de lujo. Sin embargo, el contraste con lo que intervendrá luego en el capitalismo se hacía menos agudo a medida que uno se ponía a observar el fenómeno más de cerca.

De igual modo, el socialismo verdaderamente existente ha mostrado estos últimos años una cierta pendiente empírica por el mercado, y esto de dos maneras. En primer lugar, los analistas concuerdan cada vez más en decir que no es verdad que los países llamados socialistas o comunistas hayan salido verdadera y definitivamente del mercado mundial. En segundo lugar, en el nivel nacional, casi cada país del bloque socialista ha tenido un largo debate interior sobre las virtudes de cierta liberalización del mercado interior; un concepto ha nacido de ello: "el socialismo de mercado".

Así pues, la realidad feudal y la realidad socialista contradicen el antiguo esquema teórico. Pero también es cierto que la realidad capitalista le niega la razón: es aquí donde la obra de Braudel ha representado un papel capital. Lo esencial de su reciente trilogía está

en distinguir en la realidad capitalista tres componentes y de querer limitar el uso de la palabra "mercado" a una de las tres. En particular, vuelve a formular la relación entre mercado y monopolio. Estábamos acostumbrados a ver competencia y monopolio como dos polos, que se alternaban, por así decirlo, en el mercado capitalista. Braudel los ve más bien como dos estructuras en lucha continua y, de los dos, únicamente a los monopolios los denomina "capitalistas".

De esta manera, él invierte la discusión intelectual. ¡Más bien que considerar el mercado como elemento clave del sistema capitalista histórico, atribuye ese papel a los monopolios. Son los monopolios dominantes del mercado lo que constituye la singularidad de nuestro sistema y lo que lo distingue muy claramente de la sociedad mundial —y tal vez del sistema capitalista mundial eventual, si es que existe. Es una verdadera revolución de perspectiva, muy poco notada hasta el presente.

Adam Smith y Karl Marx compartían algunas opiniones. Una de esas perspectivas comunes, la más fundamental, fue considerar normal la competencia capitalista —normal ideológica y estadísticamente— y el monopolio como algo excepcional. Era preciso denunciar el monopolio, había que combatirlo. Esta ideología está todavía muy arraigada en la mentalidad actual —no solo entre el público en general, sino entre los especialistas.

Pero estadísticamente, no es del todo cierto que el monopolio sea raro. Todo lo contrario. Las evidencias se acumulan (no hay más que leer a Fernand Brau-

del): no sólo los monopolios han existido siempre en el capitalismo, sino que siempre han representado un papel de primer plano. Por otra parte, quienes controlan esos monopolios siempre han sido los más poderosos y los que acumulan más capital. A tal punto que toda su capacidad de amasar tan enormes capitales se basaba en su capacidad para erigir semejantes monopolios.

Creo que podemos sacar tres grandes lecciones de la obra de Braudel; las tres se oponen a las ideas recibidas o por lo menos a las ideas predominantes. Comencemos por la famosa distinción entre las categorías de burgueses y capitalistas: los mercaderes, los industriales, los financieros. ¿Cuánta tinta ha corrido y todavía corre para observar el supuesto dominio de un sector sobre el otro en tal o cual momento de la historia moderna? ¿Cuántas teorías han sido elaboradas, sobre el modelo de una historia natural, que van del capitalismo mercantil al capital industrial y luego al capital financiero? ¿Cuántas confusiones existen sobre el papel y la existencia misma de los capitalistas del agro?

Y sin embargo, es un problema ficticio. Braudel muestra claramente que los grandes especialistas buscan siempre hacer todo: el negocio, la producción, las finanzas. Sólo teniendo un sitio en todos los ámbitos, se puede esperar encontrar ventajas monopolísticas. Los fracasados son los que se especializan, los que son mercaderes o industriales.

Así pues, la distinción que debe hacerse no es entre los comerciantes, los industriales o los financieros, sino entre los no especializados y los especializados

Existe una fuerte correlación entre esta primera distinción y la distinción grande-pequeña mundial/local/nacional, sector de monopolio-sector de competencia, es decir, entre lo que Braudel denomina el capitalismo y lo que denomina el mercado.

Una vez que se tiene esta perspectiva, otros muchos problemas ficticios caen a su vez: la fecha de la internacionalización del capital (los monopolios han sido siempre "internacionales") y la explicación de las múltiples "traiciones" de las burguesías (la transferencia del capital entre los sectores sigue la lógica de los monopolios ante las oportunidades cambiantes). La explicación de la supuesta Revolución Industrial en Inglaterra, a fines del siglo XVIII, es desde ese momento otra cosa: ¿cómo explicar que en ese preciso momento se pudieran obtener bastantes beneficios monopolistas de la producción textil para atraer sobre ésta el gran capital?

La segunda gran lección es menos específicamente braudeliana; sin embargo, sus escritos nos permiten combatir cierta resistencia ideológica para admitir esta verdad: todo monopolio es político. Jamás podremos penetrar en la economía, ahogar o cercar las fuerzas del mercado sin una garantía política. Se necesita la fuerza, la fuerza de alguna autoridad política, para levantar en principio barreras no económicas a las transacciones económicas, para imponer precios exorbitantes, o para garantizar compras no prioritarias. La idea de que se puede ser capitalista (en el sentido de Braudel) sin el Estado, es decir, contra el Estado, es simplemente extravagante. Digo sin el Estado, pero no

por fuerza el Estado mismo del capitalista, a veces es exactamente lo contrario.

Pero si todo esto es cierto, ello cambia el significado de las luchas políticas derecha-izquierda en el mundo moderno. Nunca es, jamás ha sido una lucha acerca de la legitimidad de una interferencia estatal en la vida económica. El Estado es un elemento constitutivo del funcionamiento del sistema capitalista. El debate se centra simplemente en quienes serían los beneficiarios de la acción inmediata del Estado. Un punto de vista semejante nos ayuda a desmistificar esos debates políticos.

Por último, Braudel nos permite limitar el entusiasmo reservado a los avances tecnológicos, tema caro para la mayoría de los acólitos de Smith y de Marx. Cada gran avance tecnológico reimpulsa al sector monopolista. Cada vez que el mercado vuelve a ganar terreno contra los monopolios, al alargar el número de actores, al reducir los costos, los precios y los beneficios se (¿pero quien es este "se"?) busca dar un gran salto tecnológico, para restaurar la expansión de la economía-mundo capitalista —y por redorar el blasón de las grandes empresas capitalistas, al forjarles de nuevo un sector cerrado y sumamente beneficioso todavía por 30 años.

Hago el elogio de Braudel. Debería señalar ahora un peligro de malversación que existe en la utilización de sus tesis. Se les podría desviar más fácilmente hacia un nuevo romanticismo de pequeño libertario contra el gran villano represivo. Y de ahí que se corra el riesgo de llegar a una visión neopoujadista del mundo.

Para salvarnos, para salvar a Braudel de semejante salida desafortunada, me permito regresar a un gran lema de la Revolución francesa (para vincularnos con este otro gran tema de Braudel, la historia de Francia): libertad, igualdad, fraternidad. Siempre hemos analizado esta trinidad de vocablos como tres conceptos diferentes. Y, desde hace casi 200 años, discutimos para saber hasta qué punto esos tres conceptos son verdaderamente compatibles entre sí. ¿La libertad y la igualdad no conducen a lo contrario de la fraternidad? Y así por el estilo.

Quizá podríamos reconsiderar esta trinidad a la luz del análisis que Braudel hace del capitalismo. Si el mercado, esfera de los pequeños, ámbito de la libertad, está en lucha continua contra los monopolios, terreno de los grandes, espacio de la coacción, y que los monopolios sólo existen gracias a alguna actividad estatista, ¿no se sigue de lo anterior que la lucha contra las desigualdades a la vez políticas, económicas y culturales no es sino una sola y misma lucha? Los monopolios dominan al negar las libertades y las igualdades en el área económica, negándolas en consecuencia en la arena política —e igualmente, aunque no hayamos discutido sobre esto— en el ámbito cultural. Ser parte activa del mundo del "mercado" braudeliano me parece a fin de cuentas luchar por esta igualitarización del mundo, es decir, luchar por las libertades humanas y, de allí, por la fraternidad, puesto que la lógica de semejante lucha no permite la existencia de seres subhumanos. Y he aquí la última alteración: pudiera ser que el triunfo del mercado —en el sentido braudelia-

no—, no estando bajo la influencia del sistema capitalista, se revele como la señal del socialismo mundial ¡qué hermosa alteración!

Evidentemente, entramos ahora en una discusión no ya del pasado histórico sino de un porvenir muy difícil de construir. Y ésta es la última lección que se podría sacar de la lectura de Braudel. No será tan fácil hacer triunfar ese mercado de Braudel. En cierto sentido, la historia de los últimos 500 años es la historia de una derrota continua de ese mercado. La única esperanza que Braudel nos da es que el mercado, o más bien las personas que lo constituyen, jamás han aceptado esa derrota. Cada mañana, reinician la misma lucha ardua para obligar a quienes apremian, hundiéndolos económicamente y minándoles sus bases políticas esenciales.

P. Fabra.—*Gracias, Immanuel Wallerstein; vuestra intervención ha producido extraordinario entusiasmo en la sala. Fernand Braudel responderá ahora a las preguntas que le han hecho esta mañana directa o indirectamente, los oradores.*

Por una historia económica

F. Braudel.—Comenzaré por vos, Paul Fabra. Habéis intentado poner en duda lo que se llama una economía-mundo; muy rápidamente, porque esta expresión no forma parte del hermoso lenguaje de los economistas. A mi lado, tengo un sociólogo, antropólogo, historiador y economista que me defenderá. Immanuel

Wallerstein, y yo, entendemos por "economía-mundo" un mundo que constituye una economía en sí mismo. Es necesario no confundir economía-mundo con "economía mundial". Pero no hay razón para que la economía mundial no sea una economía-mundo. Esta mañana, me habeis dicho: "Pretendéis que en toda economía-mundo la periferia es más pobre que el centro". Actualmente, hay una economía-mundo, es el mundo occidental. Forma una economía-mundo bastante coherente cuyo centro provisionalmente es Nueva York, aunque Europa tenga, no una posición periférica sino "pericentral". Entonces, Paul Fabra ha tenido un argumento que cree que es decisivo y nos ha dicho: "*El nivel de vida de esta Europa semiperiférica ha alcanzado el de los Estados Unidos, lo que está en contradicción con lo que sosteneis.*" No encuentro vuestro argumento muy bueno, pues sólo contáis con una indicación: es que el nivel en Europa (y creo que bien puede ser verdad en Alemania, en Suiza e incluso en Francia, pero desde luego no en Inglaterra) se encuentra en el mismo nivel que los norteamericanos. Pero falta saber si esta situación se prolongará, si es una realidad duradera o es momentánea. Es necesario saber si este desnivel, que sería contrario a la regla de juego, durará o no. La economía-mundo se juzga por la larga duración. Estaría encantado si me respondierais.

P. Fabra.—*Sería muy placentero para mí daros la razón.*

F. Braudel.—Me gusta que me complazcan...

P. Fabra.—*Vuestro argumento es muy hábil, porque no puedo rebatirlo y vos tampoco.*

F. BRAUDEL.—Sí, yo puedo rebatirlo porque los pueblos no se han hecho. Será en 50 años, cuando será necesario ver.

P. FABRA.—*Si es necesario aguardar 50 años para ver...*

F. BRAUDEL.—Tengo mucha paciencia, ¡puedo esperar 50 años! Es preciso no atacar a un colega tan encantador como Paul Fabra, pero, sobre este punto, no tiene razón de ninguna manera.

P. FABRA.—*Admitido.*

F. BRAUDEL.—No, no admitáis tan fácilmente... pues si la economía-mundo no desemboca en realidades estructurales, es decir, de larga duración, es necesario dejar a un lado la economía-mundo.

P. FABRA.—*Tengo un argumento que pudiera ser una conciliación...*

F. BRAUDEL.—No, me gusta que permanezcamos en nuestras posiciones...

P. FABRA.—*Si en la economía-mundo domina un centro cuyo nivel de vida es superior al mundo que lo rodea, y superior aún al que está más lejos, este desnivel puede deberse a la intervención de factores exógenos, es decir, factores que no son propiamente económicos, en tanto que los factores económicos van en el sentido de la igualación. Sobre este plano, el mercado desempeña cierto papel.*

Cuando yo era un joven periodista, se discutía mucho del mercado común. En esa época, el gran argumento contra el mercado común era que no podía vincular regiones muy prósperas, como el Benelux o el Ruhr, con los países que estaban retrasados como

Francia y desde luego Italia; la distancia entre unos y otros podría agrandarse; Pierre Mèndes-France, que no siempre fue profeta, preveía una emigración masiva de los obreros franceses al Ruhr. Ahora bien, yo he comprobado que esa distancia más bien se ha reducido.

F. Braudel.—Tomáis el mercado común como si fuera una economía-mundo. Es un fragmento de la economía-mundo. ¿Quién es el centro? Ciertamente, Alemania occidental representa el papel de socio mayoritario, pero por su posición en comparación con Nueva York.

P. Fabra.—*Hay una cosa que me inquieta en su argumentación. Si, en 50 años, se produce el desnivel, es decir, que el nivel de vida de la Europa occidental es más bajo que el nivel de vida de los norteamericanos, vos tendréis razón; pero si es lo contrario, diréis simplemente: "La economía-mundo ha cambiado de centro." Así pues, podéis tener razón en los dos casos.*

I. Wallerstein.—No, el problema no se plantea de esa manera. Es necesario saber si, de aquí a 50 o a 100 años, se producirá un cambio radical en la estructura de la economía-mundo. Vos, Paul Fabra, habéis considerado una serie de convergencias de nivel de vida de todas las secciones, mientras que la teoría de la economía-mundo capitalista supone la conservación de la jerarquía, de una polarización. Que ciertas regiones cambien de papel no altera absolutamente la estructura. Si Europa adquiere más importancia que los Estados Unidos, en tanto que existan un centro y una periferia la teoría se mantiene. Evidentemente, la teoría explica las razones del cambio de papel.

F. Braudel.—Lo que me sorprende, Paul Fabra, es

la manera en que utilizáis la palabra "exógeno". Parece como si quisierais decir que, cuando los hechos no económicos intervienen en una economía, esos hechos son exógenos. Evidentemente, puede decirse que la posición de Europa en la economía-mundo depende no de lo que no sería económico, sino del conjunto de lo económico. El centro de una economía-mundo es siempre una región superior a las demás. Ello no quiere decir que el nivel de vida medio de los Estados Unidos sea superior al de Europa. *Una región superior es una región donde los problemas no se formulan igual que en una región periférica o semiperiférica.*

Vamos a encontrar el mismo problema con Gérard Jorland. Lo conozco desde hace mucho tiempo y a menudo hemos discutido. Nunca he escuchado una exposición tan hermosa como la que hizo él esta mañana. Pero eso no quiere decir que yo esté completamente de acuerdo con él. Ha empleado una palabra, y una palabra que me sorprendió, la de "trampa". La trampa sería una de las características de una superestructura, que para mí, es el capitalismo. El capitalismo no retrocedería ante ninguna "trampa". No es razonable emplear una palabra —fui yo quien la empleó, así pues, soy el culpable— que parezca implicar un juicio de orden moral. El capitalismo no es ni bueno ni malo, ni moral, ni tramposo, es como es y para nosotros el problema no está en juzgarlo sino en comprenderlo.

G. Jorland.—La he empleado, pero precisamente para criticarla. Habéis empleado varias veces el término "capitalismo es un juego con truco".

F. Braudel.—La palabra "trucado" es también, implícitamente, un juicio.

G. Jorland.—¡Por supuesto!

F. Braudel.—Digamos que el capitalismo es un juego diferente. En los tres niveles de la economía, en uno se juega al dominó, en el otro al loto, en el tercero a las damas. Los juegos, pues, son diferentes. En cuanto a mí, yo no puedo en mi vida cotidiana tener un juego comparable al de los Rothschild. Los Rothschild no hacen trampas en relación conmigo, pero yo no tengo la posibilidad de jugar como ellos.

G. Jorland.—Desde luego, estoy enteramente de acuerdo.

F. Braudel.—¡No estéis de acuerdo!

G. Jorland.—El objeto de mi intervención era demostrar que la idea de pensar la economía en términos de teoría de juegos es muy fecunda, pues la diferencia entre el juego capitalista y el juego de la economía de mercado puede ser reconsiderado por la diferencia que la teoría matemática de las posibilidades establece entre los *juegos de azar*, que a la larga son *juegos equitativos y estables*, y los *juegos de azar* en los que entra —como dicen los matemáticos— la habilidad de los jugadores y que son *juegos inestables*.

F. Braudel.—Vuestra referencia a los juegos de azar es perfecta, pues no implica ningún juicio de orden moral.

Regresemos a Paul Fabra. Nos dice que la competencia sincera y transparente —para hablar como los economistas alemanes— era lo que yo llamo el mercado, pero que la competencia existía también en la

cumbre —es decir, entre las grandes potencias capitalistas— porque éstas deben plegarse a las reglas tendenciales de la economía política.

P. Fabra.—*Sostenéis que la competencia es transparente en el nivel que llamáis el mercado, pero que no lo es en el nivel superior. ¿No podríamos, en el extremo, sostener lo contrario? En efecto, la transparencia no existe demasiado en los mercados rudimentarios: en la mayor parte de los mercados entran pequeñas empresas que no tienen siquiera contabilidad. En las grandes empresas, podríamos sostener que la transparencia es por lo menos igual.*

F. Braudel.—Es la transparencia de la contabilidad no es la transparencia del juego. La contabilidad es una manera de reconstituir el juego, es un documento si lo queréis.

P. Fabra.—*Yo diría que el nivel superior sabe beneficiarse de las leyes del mercado, utilizarlas, comprende, pues, todo lo que puede sacar y, de allí a decir que las aprovecha para sí, el paso se da pronto, rápido. Yo no lo doy. Digo sencillamente que las multinacionales han comprendido perfectamente el funcionamiento del mercado y que tienen la capacidad de distribuir sus inversiones y su producción para aprovecharlas al máximo. Lo que no quiero decir absolutamente es que estén por encima de las leyes del mercado y la crisis por la que atravesamos prueba hasta qué punto son vulnerables.*

F. Braudel.—Sí, porque tomáis la palabra mercado a la vez en el último nivel y en el de en medio.

P. Fabra.—*Es esta dicotomía, en efecto, la que causa el problema, pues para mí el capitalismo es una [illegible]*

nomía de intercambios y, en consecuencia, una economía de mercado.

F. BRAUDEL.—Cambiemos la palabra "mercado". Así pues, hay una economía de intercambios —que considero transparente— representada antiguamente por las ferias y los mercados, y luego una economía de intercambios que no es transparente, representada antaño por los grandes mercaderes de Amsterdam, Venecia, Amberes, Marsella, etc., que utilizaban informes.

P. FABRA.—*Lo que prueba sencillamente que el mercado es aún imperfecto, aún rudimentario y que la información no circula allí.*

F. BRAUDEL.—Circula en un mundo muy limitado.

P. FABRA.—*En el fondo, los grandes economistas habían comprendido de todas maneras la evolución del capitalismo. Tenemos aquel a quien yo considero el más grande de todos, al que por otra parte no quiero mucho, David Ricardo.*

F. BRAUDEL.—¡Ah, sí! Yo lo quiero, al que no quiero es a Jean-Baptiste Say.

P. FABRA.—*Ricardo dice en alguna parte que todos los mercados son monopolísticos, pero a corto plazo. La competencia, según él, viene del hecho de que esta posición de monopolio no puede mantenerse cuando nos dedicamos al cambio. Algunos pueden conservar ese monopolio por mucho tiempo, pero otros sólo algunos días o algunas horas.*

I. WALLERSTEIN.—Pero el provecho sacado a corto plazo no se ha conservado algunos días solamente, sino más bien algunas decenas de años. Tomemos el ejemplo del acero. Hace 100 años, el acero era una pro-

dicción muy monopolística, la palabra "cártel" proviene justamente de esta experiencia. Algunas grandes empresas tenían el monopolio de esta producción y sacaban de él enormes beneficios. Pero la demanda correspondía a un mercado tan vasto que todo el mundo se puso a producir acero: la India primero, después Corea del Sur. En consecuencia, se presentó una situación de verdadera competencia y las grandes compañías norteamericanas, francesas, inglesas, japonesas renunciaron al acero, que se había vuelto menos lucrativo y lo dejaron a otros. Actualmente, las computadoras todavía son un monopolio, mañana será la biotecnología u otra. Para obtener un gran provecho, se pone en peligro el monopolio, pero en el momento en que se pierde, ya se ha acumulado un beneficio.

F. Braudel.—El lenguaje de Wallerstein es el mío, pero no es el vuestro, Paul Fabra. La palabra "mercado" os ayuda a contradecir lo que afirmamos, pero no a comprendernos.

P. Fabra.—*No me ayuda a contradeciros, sino más bien a centrar lo que vosotros decís, y en esta perspectiva a largo plazo que habéis escogido, no contradice las leyes del mercado. El ejemplo del acero, examinado a 50 o incluso 100 años, muestra que a fin de cuentas ese juego implícitamente reconocido por Ricardo —primero el monopolio, después el mercado— se reproduce.*

I. Wallerstein.—¿Eso reproduce el monopolio? Por otra parte, los grandes acumuladores.

P. Fabra.—*¿Los grandes acumuladores? Cierto número de productores de acero han perdido algunas plumas porque no tienen la ciencia infusa.*

F. BRAUDEL.—Tomad el caso de la Revolución Industrial. Es un fenómeno que no se produce en absoluto en la gran economía, sino muy abajo, e incluso, a veces demasiado abajo. La revolución textil se organizó casi por sí misma, se autofinanció y fue en 1830 cuando el capitalismo londinense se apoderó de la industria textil. Cuando se dio cuenta que los textiles no dan lo suficiente, los abandonó para dedicarse a los ferrocarriles. *Lo que caracteriza para mí el juego superior de la economía es la posibilidad de pasar de un monopolio a otro.*

Paul Fabra acaba de recordar que me interesa el largo plazo. No me interesa porque el largo plazo posea un valor excepcional, sino porque en él está la historia profunda de la humanidad y que por esta relación con la historia profunda toda la historia se estructura. El largo plazo, son los ejes de las coordenadas que yo he dibujado y en relación con ellas yo plantearía tal o cual problema. ¿Un monopolio os abandona? Y bien, encontramos otro. Es la muerte del capitalismo del abuelo y del padre, pero no del capitalismo del hijo o del nieto.

La ventaja y la superioridad del capitalismo es la posibilidad de escoger. Nosotros, los no especializados, estamos en nuestros negocios, no saldremos de ellos, nos estamos hundiendo. En cuanto a las multinacionales, no representan actualmente una "obra maestra" de dinamismo, sino más bien una especie de límite de las empresas del último grado de la economía. Las grandes empresas no son jamás el origen de los cambios técnicos más profundos. Esos cambios parten de

la base. Por otra parte, las grandes empresas los conocen, pero no los utilizan mientras la técnica antigua les permita tener cierto beneficio.

¿La revolución industrial de la Edad Media?

Voy a molestar un poco a mi amigo Laszlo Makkai. Laszlo, me habéis hecho tantos cumplimientos que tengo deseos de zarandearos. Esto no es razonable no habéis buscado, como ciertos economistas franceses y no franceses, los orígenes sociales de la innovación. Sois medievalista, y los medievalistas están a punto de arrojarnos a la cara la revolución industrial de la Edad Media. ¿Creéis en la revolución industrial de la Edad Media?

L. Makkai.—Sí, pero en una revolución técnica.

F. Braudel.—Yo ya no creo en eso. La Revolución Industrial, la del siglo XVIII, es una verdadera revolución industrial, porque ha puesto una en órbita, luego otra y después otra. Dicho de otra manera, no hay una revolución industrial sino cuando la innovación es tal, que arrastra una tras otra. Los molinos de viento y los molinos hidráulicos han sido reproducidos y perfeccionados, pero la "revolución" se quedó tal cual. Es como si ahora nos hubiésemos quedado en las innovaciones del trabajo de los textiles en Inglaterra, o bien en la fundición de coque. La Revolución Industrial del siglo XVIII no desembocó en algún equilibrio, el equilibrio se rompió por sí mismo.

L. Makkai.—Según yo, los orígenes sociales de la in

novación están en el origen mismo del progreso, del progreso técnico mismo, y el progreso técnico es una cosa en sí. Lo que es social en la evolución técnica son los frenos.

F. BRAUDEL.—Sí, pero ahora, desgraciadamente, ya no hay freno, o casi no lo hay. Una innovación espera aun tres o cuatro años y después estalla...

L. MARKAI.—Sí, en los tiempos de crisis como en los siglos XI, XVIII y XIX, los frenos son mucho más importantes que la propia evolución de la técnica. La evolución técnica avanza por sí misma. Es un dato biológico. Desde que hay organización, hay innovación. Vos mismo habéis escrito que en la historia siempre hay miles de posibilidades latentes de innovación. Así, Herón en la Antigüedad o Leonardo en el Renacimiento. Son las utopías, juegos que se revelan en una situación social. El papel del capitalismo en el progreso técnico sólo consiste en liberar a la técnica de los frenos sociales.

A. FABRA.—*Si he comprendido claramente, el objeto del debate es saber si la revolución industrial y técnica de la Edad Media es comparable a la del siglo* XVIII.

F. BRAUDEL.—*La collera*, el collar de hombro o el timón de codaste no son iniciativas coherentes que creen un mundo económico nuevo. No hay, según yo, verdadera revolución industrial sino cuando ésta es bastante poderosa no sólo para romper un antiguo equilibrio, sino también para abrir la puerta a una dinámica de transformación.

P. FABRA.—*El término "revolución industrial" es una metáfora; así pues, tiene sus límites. Pero los hechos*

le han dado respuesta. Es verdad que aquello que se inició hace dos siglos continúa hoy y se ha acelerado. ¿Podemos comprobar en la historia de la humanidad, tal y como la conocemos, alguna cosa comparable?

F. BRAUDEL.—Para Lévi-Strauss, no existe ni la revolución neolítica. Esta discusión podría continuar por mucho tiempo, pero quiero decir a mi amigo Makbal que si él se interesa en los frenos, yo, por espíritu de contradicción, me intereso en las aceleraciones. Actualmente, nadie pide ya nuestra opinión, la sociedad no prueba mucho tiempo las innovaciones. La robótica por ejemplo, está a punto de invadir la vida industrial.

CAPITALISMO, ESTRUCTURA CAMALEÓN

No tengo aquí sino amigos, y me comporto con ellos de manera deplorable: en lugar de darles la razón, trato de demostrar que yo la tengo. Alberto Tenenti, habéis hecho una magnífica exposición de la cual no estoy seguro de haber comprendido exactamente el alcance. Me habéis dicho: "Hay una serie de capitalismos." Os recuerdo que Marx dudó mucho sobre la fecha del principio del capitalismo. Lo sitúa en el siglo XVI a causa de la apertura de las grandes rutas atlánticas, pero se preguntó igualmente si, en los siglos XII y XIII, no había en las ciudades italianas el nacimiento de una especie de capitalismo. Si no me equivoco, Alberto Tenenti, me habéis tentado de servirme de un modelo antiguo para hablar de nuevas realidades.

A. TENENTI.—No, yo no he cometido ese pecado.

aunque he cometido otros; yo os pregunté por qué insistís en el hecho de que el capitalismo no tiene sino un modelo.

F. Braudel.—Lo habéis dicho: "no tiene más que un modelo".

A. Tenenti.—Vos lo dijisteis.

F. Braudel.—Negáis haberlo dicho... No, no hace falta ser tan sutil en la defensa. ¿Lo habéis dicho o no lo habéis dicho?

A. Tenenti.—Os he citado. Lo he dicho citándoos.

F. Braudel.—Habéis dicho que no hay más que un modelo.

A. Tenenti.—No, entendámonos bien. He dicho que proponéis un modelo para entender el capitalismo, y que vuestra explicación se presenta como un modelo. Yo no he dicho que haya un solo modelo para el capitalismo. He dicho que afirmáis que el capitalismo no tiene sino un modelo fundamental, que es siempre el mismo.

F. Braudel.—Sí, pero no olvidéis que es necesario señalar con tinta roja las ideas importantes. Lo que yo he afirmado es que hay un modelo *fundamental* del capitalismo.

A. Tenenti.—Sí, ¿pero dónde lo situáis en el tiempo?

F. Braudel.—Dejadme primero definirlo tal y como es para mí. Si el modelo del cual me sirvo para explicar el capitalismo es el mismo en la época de Francisco I, de Fallières, o del presidente René Coty, es necesario, de cualquier manera, que haya coincidencias. O sea, afirmo que hay coincidencias. Para mí no hay capitalismo sino cuando:

—hay una superestructura (y de uno);
—cuando hay un pequeño número de actores (y de dos);
—cuando existe para esos actores la posibilidad de escoger, es decir, que pueden abandonar tal cosa para hacer otra (y de tres).

Lo que caracteriza a un capitalista de hoy como a un gran mercader de antaño es que nunca hace lo mismo.

A. Tenenti.—Dais a la Revolución Industrial una gran importancia y sin embargo pareceríais decir, que ella no ha cambiado la naturaleza esencial y fundamental del capitalismo. Así pues, según vos, no es la Revolución Industrial la que marca el principio del capitalismo.

F. Braudel.—Es una idea marxizante.

A. Tenenti.—No, es la vuestra.

F. Braudel.—No, defendeis la idea marxizante de que la Revolución Industrial hace surgir un capitalismo violento; lo que es cierto, si no fuera porqué ese capitalismo violento obedece a reglas antiguas.

A. Tenenti.—Exactamente sobre ese punto os pido una explicación, pues yo dudo en admitir que la época a la que hemos sido llevados es tal que el capitalismo anterior pudiese colocarse en el mismo plano.

F. Braudel.—He tomado el ejemplo del capitalismo francés antes del decenio de 1850, durante el periodo de la monarquía de julio: la industria francesa estaba a punto de asimilar, además con éxito, las transformaciones técnicas de la industria inglesa. Ello sucedió en la época de la Restauración, después de la época

de Luis Felipe. Los industriales no podían encontrar créditos fuera de su mismo círculo. Estaban obligados a financiarse entre sí su "autofinanciamiento". Este autofinanciamiento se organizó de manera bastante clara: los industriales se pasaban unos a otros los mercados y se pagaban con un cierto retraso, de tal manera que, mediante esos intercambios, hacían posible la vida de las empresas y el financiamiento. Hasta el momento en que los vemos instalar entre nosotros la gran banca, no se interesaron inmediatamente en la industria. La gran banca se interesó en ella entre los años 1850-1860 que, por ese hecho, de alguna manera cambió de naturaleza.

En la medida en que el capitalismo es para mí una superestructura, ésta refleja sus consecuencias hacia abajo, no vive aislada, no vive lejos de los demás. Hay momentos en que el capitalismo es más espeso de alguna manera, más importante, y en los cuales tiene razón contra la economía de mercado. ¿Estamos de acuerdo?

I. WALLERSTEIN.—Estamos de acuerdo.

F. BRAUDEL.—Es muy irritante. Todo el mundo está de acuerdo conmigo, salvo uno de mis mejores amigos, Alberto Tenenti.

A. TENENTI.—Simplemente he querido saber hasta qué punto estáis de acuerdo con vos mismo.

F. BRAUDEL.—No basta estar de acuerdo consigo mismo para tener razón. Se trata de estar de acuerdo con la realidad. Se trata de saber si el modelo del cual me sirvo es un modelo utilizable o no.

A. TENENTI.—Tenía algunas dudas sobre el hecho de

que ese modelo sea igualmente utilizable para todas las especies de economías-mundo o de capitalismo. La diferencia de escala y el efecto socio-político alcanzan en un momento dado tal diferencia que es necesario formularse la pregunta: ¿podemos poner en la misma categoría el capitalismo de antes de la Revolución Industrial y el capitalismo actual? O bien, por el contrario, ¿no hay una desviación que rompe ese alineamiento?

F. Braudel.—El capitalismo, tal como está a punto de constituirse en todo el mundo se parece al de la época de Napoleón III. Ciertamente, también difiere. El capitalismo es un camaleón por su estructura. Los camaleones cambian de color, pero siempre son camaleones.

I. Wallerstein.—Evitáis un poco la respuesta.

F. Braudel.—¡Seguro! Poneos en mi lugar...

I. Wallerstein.—En la historia del planeta ha habido muchas economías-mundo y cada una de ellas contenía una especie de capitalismo naciente. Pero sólo una economía-mundo ha conseguido mantenerse a través del tiempo y profundizar una estructura capitalista. Por último, es diferente de todas las otras economías-mundo porque ha sobrevivido durante un tiempo bastante largo, para expander la estructura verdadera del capitalismo.

Capitalismo y economía-mundo

F. Braudel.—Immanuel Wallerstein y yo hemos discutido durante horas. No estábamos de acuerdo y yo

estaba seguro de haberlo convencido. Con pena, me doy cuenta que, no importa lo que suceda, seguís de acuerdo con vos mismo.

I. WALLERSTEIN.—Espero que también con la realidad...

F. BRAUDEL.—No lo sé. Si pudiéramos recomenzar la historia, volver las cosas a su lugar y ver cómo sucede, la historia sería una ciencia, y no lo es.

La gran diferencia entre Immanuel y yo seguramente os interesará. El sigue las lecciones de Marx y pretende que el principio de la biografía del capital es el siglo XVI, es la dependencia de una región periférica —con los esclavos, las minas, las plantaciones...— en beneficio de una Europa que se enriquece en detrimento de los demás. Pretende que hay una economía-mundo europea a partir del siglo XVI, y que esta economía-mundo no es posible sino gracias al capitalismo. ¿Es claramente vuestra idea?

I. WALLERSTEIN.—No, porque habéis dicho: "esta economía-mundo no es posible sino gracias al capitalismo", mientras que yo digo: "la economía-mundo en sí debe tener una estructura económica que se llama capitalismo". Hace 10 años, yo no admitía la existencia de esas múltiples economías-mundo y vos lograsteis convencerme. Actualmente, acepto la existencia, antes del siglo XVI, de esas economías-mundo, pero creo que cada una, en razón de las contradicciones internas de su propia estructura, se han desintegrado, se han vuelto un imperio-mundo. Por una razón curiosa que es preciso explicar, no fue el destino de esta economía mundo lo que se construyó en el siglo XVI; en consecuencia,

a partir de ese momento preciso el verdadero capitalismo ha florecido.

F. Braudel.—Hay un capitalismo en Europa desde las ferias de Champagne, con letras de cambio, anticipos de capitales, etc. Mi argumento —os hará sonreír— es el siguiente: he leído muchos libros de biología, inútilmente, porque los comprendo en el momento, pero en seguida, cuando quiero aplicarlos en mi trabajo, se deslizan, como el agua entre las manos, sin que llegue a dominarlos. Pero en ellos hay una expresión que amo: la *evolución biológica* —que corre el riesgo de confundirse con la evolución histórica— *es irreversible*. Es decir, que cuando una cosa se produce, el punto *A* pasa al punto *B* y no puede regresar de *B* a *A*.

Por ejemplo: los mamíferos han vivido en los medios marinos, pasaron de seres marinos a seres terrestres, pero nunca hemos visto una evolución en sentido inverso, jamás hemos visto a un mamífero retornar a ser un animal marino. Si esto es verdad, es necesario que, en la evolución biológica del ser marino al ser terrestre, el ser terrestre preexista. Así pues, si la evolución no sucede absolutamente al azar, el capitalismo que aparece de manera violenta en el siglo XVI debía preexistir de una manera virtual, potencial.

¿Podemos molestar a un antiguo ministro, un economista de talento y un embajador de Brasil? Celso, decidnos por favor si lo que conocéis del empuje del capitalismo en Brasil, da algo de razón a unos, a otros y sobre todo a mí.

C. Furtado.—Quisiera participar en esta discusión apasionante en torno al capitalismo de mercado, no sólo

por la experiencia que tengo de mi país, sino también por los años que he pasado aquí cerca de Fernand Braudel.

Me parece que utilizamos los conceptos de manera un poco vaga. Para nosotros el término de "mercado" puede abarcar hechos muy diferentes. Evidentemente, el mercado no es el cambio y Braudel tiene razón al decir que el cambio siempre ha existido. Incluso el salvaje de Brasil cambia y con técnicas muy refinadas o mediante relaciones personales, establecemos los cambios; pero el mercado es un cambio complejo que está ligado a la existencia de la moneda, no sólo la moneda que conocemos, sino también las formas indirectas de moneda. Desde el momento en que la moneda existe, la naturaleza del mercado se transforma; la moneda entra en el proceso. Pero eso no es todo. Pues en la evolución del mercado, hemos visto en Europa, y en Europa solamente, la creación generalizada del mercado de las tierras y del mercado de la mano de obra. En ese preciso momento, toda la concepción del cambio evoluciona porque el mercado clásico se basa en el intercambio de mercancías; es un mercado horizontal. En la época del mercado horizontal, el sistema de producción fue programado por la sociedad. La sociedad colocaba a cada persona en una posición funcional en el sistema de producción. A partir del momento en que se generalizó el sistema de mercado, la mano de obra que se compra y se vende y en consecuencia la posibilidad de introducir la racionalidad o el cálculo avanzó rápidamente; es ahí donde el capitalismo se implantó. En realidad, el capitalismo siempre ha existido, estoy de

acuerdo con Braudel sobre ese punto en la medida en la que, desde que existe un poder cualquiera existe un mercado, el capitalismo existe porque existe un cambio desigual. Si existe un cambio desigual, es en razón del fenómeno, que François Perroux ha explicado bien, de dominio. El dominio viene de la innovación, de la información y de muchas otras cosas. Ahora bien, desde el momento en que se establece la generalización del principio de mercado, el fenómeno de dominio se expande y se generaliza. El capitalismo, siempre más o menos presente en la sociedad, se transformará en una forma dominante de organización de la producción, mientras que en la Edad Media nadie hubiera imaginado que una organización de producción de tipo capitalista era la que predominaría. Es el predominio de este tipo de organización de la producción lo que dará lugar al proceso de acumulación, que, por otras razones complejas ligadas con la historia de Europa, engendrará y creará la Revolución Industrial que marca nuestra época.

Terminaré con una observación concerniente a la tecnología. Estoy totalmente de acuerdo con Maldai: la tecnología existe de una manera casi virtual en todas las sociedades. Pero su aplicación está vinculada, Braudel lo ha dicho claramente, a los avances sociales. Pues lo que es esencial y que determinará nuestra época, es que el impulso al desarrollo de la creatividad tecnológica provocará paralelamente un proceso de aceleración y de intensificación del desarrollo económico. Si nuestra época está marcada por ese fenómeno de aceleración de la tecnología es porque depende también del feno-

meno de acumulación rápida y del mercado generalizado.

F. Braudel.—Celso, os he pedido un apoyo amistoso. Hubierais podido decir: "Braudel tiene toda la razón, el capitalismo brasileño tiende a ahuecar la mano." En São Paulo, la capital llena de vida del Brasil, les llaman los *gran-finos*. Sabéis lo que quiere decir los "grandes finos", la gente distinguida que conocí en 1939, que recibía de manera extraordinaria y que representaba por sí misma riquezas fabulosas. Posiblemente ya no sean las mismas, pero hay ahí una circunstancia completamente favorable para mí. Pero también hay otra: es el reparto de la economía según la preponderancia del espacio, según los desniveles del espacio. Sabéis mejor que nadie que, durante mucho tiempo, ha existido el litoral brasileño que es extremadamente vivo, y en el interior, el *sertão*, que no lo es, es un sistema de economía-mundo.

C. Furtado.—Aplico a Brasil vuestra idea de la larga duración. En el desarrollo de una fase de una civilización determinada, como aquí en Europa, ciertos factores representan un papel esencial. En Brasil, ese factor es la dependencia exterior. No podemos comprender la larga duración de Brasil si no partimos de esta característica del sistema: la dependencia ante aquellos que comienzan el proceso y que llegan del exterior.

Regresemos a la explosión tecnológica de hoy. ¿De dónde viene la demanda de tecnología? Es evidentemente un proceso mundial el que dinamiza la demanda de tecnología. Pero no es la única ni la verdadera res-

puesta. ¿Quién ha financiado la explosión tecnológica en la electrónica y muchos otros sectores en los últimos 30 años?

Estamos, pues, en una fase de la civilización en la cual lo que ordena el proceso de creación tecnológica está impulsado por los presupuestos militares cuyos objetivos no son la construcción de una civilización más justa que la nuestra.

F. BRAUDEL.—Gracias, Celso, agradezco a Vuestra Excelencia e intento plantear otro problema. Immanuel, ayudadme un poco. Explicad por qué el Estado es indispensable al capitalismo, y después yo os responderé lo contrario.

ESTADO Y CAPITALISMO

I. WALLERSTEIN.—Sostengo que en un sistema de economía-mundo capitalista podemos llegar a tener un monopolio o alguna cosa aproximativa sin la ayuda del Estado. Esta ayuda toma diferentes formas. Sea que el Estado establezca formalmente el monopolio, destruye a la competencia en el interior del país o en el exterior; sea que el Estado ayude a la creación de nuevas tecnologías y dé luego a los capitalistas la libertad de beneficiarse. El Estado tiene varias posibilidades para ayudar a los grandes acumuladores de capital a establecer sus monopolios provisionales. Leía el otro día en un informe estadístico que Brasil es el tercer Estado del mundo en cuanto a la producción de computadoras. Los Estados Unidos se inquietan con esta evolución. Así pues, la fuerza del Estado norteamerí-

cano se utiliza en romper cierto proteccionismo brasileño, que llega a crear una especie de competencia real. ¿El Estado norteamericano tendrá éxito al ayudar a las compañías norteamericanas a romper esa situación? No se, pero en cualquier caso, no se puede ser IBM sin el Estado norteamericano. El capitalismo no es independiente del Estado: lo utiliza o lo elude.

F. BRAUDEL.—Ved vos, Immanuel, la sociedad se divide en dos: la sociedad política y la sociedad civil. Actualmente, si nos atenemos al ingreso nacional, Francia está dividida en dos: 50% del Estado y 50% de la sociedad civil. No digo que la sociedad civil sea el capitalismo. Pero, si nos vamos a perder en el fondo de los tiempos, percibimos que no puede haber capitalismo en un país en el que el Estado ha sido al principio muy fuerte. La monarquía francesa tiene todo tipo de méritos e incluso muchos que no se le han atribuido: ello ha impedido el desarrollo capitalista de Francia, especialmente en la época de Luis XIV. En tiempos de Samuel Bernard, hubiéramos debido crear un Banco de Francia. No lo hicimos, porque los capitalistas tienen miedo de una sola cosa: que el gobierno que se apropia de la riqueza francesa por el impuesto, no sea desleal cualquier día frente al capital de la banca. Si ha habido un empuje del capitalismo en Europa e incluso en Francia —porque Francia no se salvó— es porque en un momento de la historia, las circunstancias permitieron la destrucción del Estado por la sociedad civil: es el feudalismo. Este demolió al Estado de una manera maravillosa. Ciertamente, encontramos hoy día un nuevo feudalismo insoportable por com-

pleto, pero el Estado, tal y como existe, será destruido. Un país donde no ha habido un sistema previo de demolición del Estado, se llame feudalismo o no, jamás ha logrado su impulso capitalista; China es un ejemplo perfecto. En cambio, Japón tuvo su feudalismo, demolió su Estado, y entre los escombros, como una flor —venenosa o encantadora— el capitalismo pudo desarrollarse.

P. Fabra.—*Pasamos ahora a las preguntas del auditorio que han sido transmitidas por escrito. Una de ellas prolonga el tema que acabamos de abordar hace un instante y se dirige al señor Furtado: "La situación actual de Brasil ¿es resultado del capitalismo o de la influencia de la autoridad de un Estado que no ha podido realizar las reformas y los arbitrajes necesarios?"*

C. Furtado.—Ignoro si la persona que hace esta pregunta se refiere a la deuda brasileña o a otros problemas. La situación actual de Brasil es muy compleja y el Estado brasileño no es independiente de las instituciones sociales brasileñas. No podríamos imaginar un Estado centrado en el desarrollo industrial y en la transformación, mientras que incluso las viejas estructuras, ancladas sobre las estructuras agrarias, cuentan con el concurso del Estado. La industrialización de Brasil se efectuó en relación con la desorganización de la economía tradicional vinculada a la crisis mundial de 1929. La transformación profunda que ha sufrido Brasil estos últimos años concierne a la organización social, la urbanización, que es, en sí misma, resultado de la industrialización

P. Fabra.—*Otras tres preguntas se dirigen a los historiadores indios. La primera: ¿las ciudades indias han tenido en el subcontinente indio el mismo papel formador y fundador de la economía que en el Mediterráneo y en Europa?*

El ejemplo indio

Barin De.—Las ciudades no han desempeñado en Asia meridional el mismo papel que en Europa, por una razón fundamental: no existían o eran muy pocas las ciudades independientes. La libertad de la ciudad no era una concepción reconocida en la India. Las ciudades eran efectivamente las representantes políticas del Estado ante el campo y se han convertido, por ello, en fortalezas. Un historiador indio llamaba a esta organización "*el feudalismo en lo alto y el feudalismo en lo bajo*", es decir, que las grandes ciudades controlaban a las pequeñas, que a su vez controlaban el campo. Seguramente, en el seno de las ciudades existían los mercados que han representado el papel económico que describí en mi intervención.

P. Fabra.—*Otra pregunta para K. N. Chaudhuri: ¿creéis que si el conjunto de India y de Asia se hubiera preservado del capitalismo occidental, se hubiera desarrollado una verdadera forma de capitalismo? ¿La religión hubiera tenido una influencia importante sobre ese desarrollo? ¿Hay una posible comparación con lo que ha sucedido más tarde en Japón, en Corea o en Taiwan?*

K. N. Chaudhuri.—He subrayado en mi intervención de esta mañana la diferencia entre capitalismo industrial y el capitalismo comercial. Seguramente, había un capitalismo comercial en Asia, pero las bases sociales y jurídicas de ese capitalismo eran diferentes a las de Europa. Por eso se hizo tan difícil, si no imposible, que se transformara en un capitalismo industrial a la europea. En cuanto a Japón y Corea, su ejemplo se sitúa fuera de mi perspectiva, pues ahí se produjo más bien revolución tecnológica adaptada a las condiciones locales y al siglo XX que un capitalismo industrial endógeno como en Europa en el siglo XIX.

P. Fabra.—*Otra pregunta dirigida al señor Barun De: "¿El injerto del capitalismo occidental en el protocapitalismo indio ha resultado definitivo? ¿Es positivo?"*

Barun De.—Dudo en responder directamente. Mi posición es más o menos la siguiente: los elementos protocapitalistas de la India, los elementos endógenos que han surgido del mercado indio, nunca pudieron ser dominantes antes de la llegada del colonialismo porque en el siglo XVIII estaban siempre en contradicción con las fuerzas dominantes indias que estaban dispuestas a aceptar el dominio colonial británico. Por otra parte, el colonialismo británico no se contentó con ayudar a esos elementos "subordinados" protocapitalistas a desarrollarse sino que, al mismo tiempo, destruyó la base artesanal de esos elementos. Había una especie de dialéctica entre destrucción y conservación, en el seno de la cual las alternativas nacionales indias se han desarrollado. Semejante dialéctica era inevitable. Semejante dialéctica no era en sí negativa sino —dudo

al decirlo— necesariamente positiva en comparación con lo que hubiera pasado sin la intervención de los británicos. En todo caso, lo pasado, pasado.

P. FABRA.—*Se hace otra pregunta a Fernand Braudel y a mí: "En 1985, pudimos comprobar el fracaso relativo de los modelos económicos heredados del pasado y en todo caso su obsolescencia. En el año 2000, las exigencias de la humanidad no serán sólo la satisfacción de necesidades materiales, sino que la demanda será cultural o moral. ¿Qué recursos puede dar Fernando Braudel para el futuro, a la luz de su sabiduría y de su conocimiento de la historia lenta?"*

REMEDIO PARA EL FUTURO

F. BRAUDEL.—Esta pregunta es maravillosa, pero es necesario dirigirse a Dios Padre para tener la respuesta. Ciertamente, los modelos económicos disponibles no coinciden ya con la realidad actual. Los economistas hacen esfuerzos desesperados, pero su tarea es terriblemente difícil. Se dan cuenta si el modelo funciona o no funciona una vez que ha sido puesto en práctica. En la hora actual, estamos más o menos seguros de que todos los modelos de recuperación que experimentamos no serán convenientes en tanto la crisis no tenga la gentileza de desaparecer. Es así como los juicios o las acusaciones que podemos aportar contra tal o cual gobierno que no ha tenido éxito en su política económica, no tienen, según yo, mucho sentido porque

todos hubieran fracasado de manera parecida. De igual manera, si mañana hay una recuperación de la situación mundial —como lo espero—, si la crisis ha tenido la amabilidad de esfumarse, todos los gobiernos tendrán éxito, aun cuando no lo hayan ameritado.

La pregunta que se me hace evoca mi sabiduría. Hablando rigurosamente, uno es sabio para sí mismo —y lo dudo—; sabio para los demás, ya es más difícil; pero sabio para el porvenir, es imposible. Comprendo bien que nuestras sociedades tienen necesidad de un alimento maravilloso. La decadencia —temporal o prolongada— de la Iglesia Católica ha creado un vacío terrible; es absolutamente necesario que se llene con buenos o malos elementos. El hombre no puede vivir sin lo maravilloso, no puede dejar de crear fábulas, no puede dejar de justificar su presencia sobre la tierra. Tranquilizaos, en tanto haya hombres, habrá demanda de bienes preciosos, de idealismo ¿quién proporcionará esos bienes preciosos? Es la propia sociedad, la cultura las que pueden crearlos. Sea que confiemos o que no confiemos en la cultura.

Sí, es muy duro. Estoy trabajando sobre la historia religiosa de Francia. Esta historia demuestra que cada vez que hay una "falla" de la religión, hay una especie de reemplazo. Habrá forzosamente un reemplazo. Pero ¿podría vivir el hombre en una religión racionalista? Ello representa un esfuerzo tal, que dudo del éxito. Soy pesimista ¡mi sabiduría! Vosotros veis si no va muy lejos.

P. Fabry.- Responderé a mi vez a la pregunta de la obsolescencia de los modelos económicos y de las

gencias culturales del hombre. En efecto, estaría completamente justificado que los teóricos economistas se preocuparan de saber cuál es, en el modelo económico, lo que se impone: la oferta o la demanda. Desde el siglo XIX, la economía moderna piensa que es la demanda. No se hace así de ningún instrumento intelectual para oponerse a lo que es, probablemente, el peligro mas grande: la economía (llámese de "mercado" o "capitalista"), peligro que reside en el hecho de querer poner, bajo el imperio de las leyes económicas y de las leyes del mercado, no sólo el conjunto de actividades humanas, sino también todos los componentes de la personalidad humana. Es lo que traducimos en el lenguaje corriente por *todo se compra, todo se vende, hasta poner el precio*. El escándalo de la economía de mercado se sitúa posiblemente allí, pues si el capitalismo crea a menudo una reacción de desconfianza, es porque nos decimos: "En definitiva, en ese sistema, donde el dinero domina, todo está a la disposición de quienes tienen el dinero." Si pensamos efectivamente que el modelo económico se basa en la demanda, no hay barrera que se sostenga contra esta pretensión natural de abusar que tiene el capitalismo o la economía de mercado.

Po. el contrario, si pensamos que la economía está basada sobre la oferta, es decir, sobre el trabajo del hombre y sobre su esfuerzo, llegamos a esta conclusión mucho más constructiva sobre plano económico y sobre el plano político-económico: sólo forman parte de la economía de mercado (o del capitalismo, como ustedes quieran, o los dos a la vez) *los productos del*

trabajo del hombre; lo que circunscribe ya el campo de la economía de mercado a las mercancías, a los bienes y a los servicios producidos por nuestro trabajo, y digo bien nuestro trabajo en el sentido económico de la palabra, pero sobre todo deja un campo considerable a la demanda cultural o moral.

Por ello, si no queremos tener una visión demasiado pesimista del porvenir, si queremos pensar que la economía política no nos cierra el camino, debemos pensar que la vida económica —por muy importante que sea— no es sino el "estómago" y que es en la propia teoría económica donde podemos encontrar los medios de restringir su pretensión de gobernarnos.

F. Braudel.—Os agradezco, Paul Fabra. Habéis respondido bastante mejor que yo, pero deseo agregar esto: suponed que aumenta la oferta, la demanda aumentará en seguida. La demanda es capaz de devorarlo todo, tan claramente que no hay nada más peligroso para el porvenir, que el momento en que la oferta de diversiones sea demasiado grande ¡los hombres han sido tan condenados a trabajar! El trabajo es tal a manera de olvidar la suerte y el destino del hombre, que el día en que exista esta protección, el día en que haya demasiadas distracciones, ¿qué pasará? Una política cultural se establecerá en el interior de las distracciones y no sé lo que nos ofrecerá. Tengo miedo de las culturas fabricadas. Es una maravillosa cuestión, sobre la cual podríamos hacer todo un coloquio.

P. Fabra.—*Otra pregunta os ha sido dirigida: "Cuando decís: el capitalismo es una superestructura, empleáis superestructura en el sentido marxista del término?*

F. Braudel.—Para mí, la palabra "estructura", que sea superestructura o infraestructura, corresponde a las realidades sociales, económicas o culturales de larga duración. Pero no estoy de acuerdo con Marx, pues él desdeña las superestructuras. Para él, lo que está abajo es el buen derecho, de alguna manera, es la buena moral, y lo que está en alto es lo que no es muy razonable. Yo no escojo entre lo alto y lo bajo, acepto lo uno y lo otro.

I. Wallerstein.—No utilizáis la superestructura en el sentido marxista. Para Marx, la infraestructura controla la superestructura pero para vos en cierto sentido, la superestructura domina. Hay reciprocidad, se utiliza la misma palabra, pero no en el mismo sentido.

F. Braudel.—Para mí, un fenómeno de estructura es un fenómeno que dura. Lo que no tiene nada que ver con el estructuralismo de Levi-Strauss o de algún sociólogo o filósofo francés.

Tengo delante de mí dos preguntas del público que son muy inteligentes y me divierten:

"*A propósito del capitalismo que es un fenómeno de minorías* (soy yo quien lo dijo) *que tiene libertad de decidir* (fui yo también quien lo aventuró) *a propósito de la desigualdad económica* (también lo he dicho), *que debemos admitir porque hay desigualdades desde siempre a causa de la animalidad social del hombre* (yo dije esa palabra, ¡es horrible!) *¿es necesario resignarse? A la luz de los hechos analizados un historiador debe comprometer más su responsabilidad proponiendo no sólo poner a prueba la reflexión*". Es verdad, yo no me he comprometido sino una o dos

veces en la vida. Las comprobaciones históricas son frágiles, no son siempre válidas para el tiempo actual, no atraviesan el tiempo presente. Para hacerme perdonar, yo les confesaré que he tenido siempre una enorme admiración hacia Jean-Paul Sartre. No le doy la razón en todo y cuando yo me he aproximado un poco más a su pensamiento me he dado cuenta que, por lo que a mí toca, él estaba equivocado a menudo, pero siempre he admirado que él se haya comprometido. No es mi caso. Es un defecto, lo confieso.

Respondo ahora a la segunda pregunta: "*La memoria de nuestra vivencia histórica* (es una expresión de moda) *¿condiciona* (nuestros buenos maestros dirían que "condicionar" no es francés) *nuestro devenir?* Desgraciadamente, sí. Pero ¿qué entendemos por devenir personal, devenir de una sociedad o devenir de un país? Cuando se trata de un grupo humano bastante grande, a pesar de su voluntarismo, a pesar de sus ensayos, a pesar de su deseo de hacer las cosas bien, a pesar de sus ideas de reforma, a pesar de sus explosiones revolucionarias, se parece un poco a una balsa llevada por la corriente de un río. El río no se desplaza tan fácilmente. Si se desplazara de prisa, hace tiempo que habríamos observado la realidad de una historia subyacente. No lo hemos notado, porque la velocidad es casi imperceptible. La posición que es mía es una posición contra la gran libertad de los hombres y —ésta es una de mis aflicciones más hondas— en las concepciones y teorías que propongo y cada vez que reflexiono, la libertad de los hombres se estrecha más y más. Por desgracia, tengo miedo de no equivocarme

20 de octubre

FRANCIA

Fernand Braudel y la historia de Francia

Albert Du Roy.—*Iniciamos la tercera de las "Jornadas Fernand Braudel".*

Una jornada que no será del todo como las otras dos. Fernand Braudel ha escrito y publicado sobre el Mediterráneo y sobre el capitalismo. Ha escrito, pero todavía no ha publicado sobre Francia. La aparición del primer tomo de su libro es uno de los acontecimientos que esperamos. Fernand Braudel me ha hecho el honor de dejarme leer las primeras páginas de su manuscrito. Yo quisiera leeros algunas líneas y desde luego, la primera frase, con la que empieza su libro.

"Lo digo de una vez por todas: amo a Francia con la misma pasión exigente y complicada que Jules Michelet, sin distinguir entre sus virtudes y sus defectos, entre lo que prefiero y lo que acepto con menos facilidad."

Esta primera frase representa, me parece, a mí una especie de confesión: vos no consideráis este tema de la misma manera que los otros; será necesario que os expliquéis al respecto. No es vuestra pasión por Francia la que ha sido tardía —pues, contrariamente a lo que

dijisteis ayer, habéis tenido compromisos, especialmente en los momentos decisivos — como el tiempo que habéis tardado en escribir sobre el objeto de esta pasión. ¿Es la timidez? ¿El pudor? ¿O una falta de interés por un espacio posiblemente muy reducido?

Después de esta primera frase, continuais: "Pero esta pasión no intervendrá casi en las páginas de esta obra... El historiador debe condenarse a una especie de silencio personal..."

Fernand Braudel, al redactar esta historia del objeto de su pasión, ¿habéis llegado a guardar ese silencio personal? ¿Sobre todos los temas, sobre todas las épocas, sobre todos los lugares, sobre todos los personajes que evocáis? Y, eventualmente, ¿cuales son aquellos sobre los cuales habéis tenido dificultades para guardar ese estado de silencio personal? La tercera frase que yo quisiera citar define la naturaleza de ese estado: "Es necesario purgarse de las pasiones, aquellas que dependen de nuestro ser, de nuestras posiciones sociales, de nuestras experiencias, de nuestras explosiones de indignación o de nuestros caprichos, de nuestras emociones personales, del desarrollo mismo de nuestra vida, de las múltiples insinuaciones de nuestra época."

Permitidme deciros que esas frases me han asombrado mucho, porque yo veo en ellas, con toda modestia, una correspondencia entre la definición del trabajo del historiador y el del periodista para acercarse a la objetividad o, cuando menos, a la honradez. Unos trabajan, es verdad, en un tiempo muy breve, entre acontecimientos, y los otros se interesan en la historia profunda. Pero, a fin de cuentas, estamos en la busca de la misma

objetividad. Mi primera pregunta es muy sencilla. Francia ¿qué es para vos?

F. Braudel.—Es la única pregunta a la cual soy incapaz de contestar. Es necesario nunca definir, por lo menos en la perspectiva de mi razonamiento. Toda definición anterior es una especie de sacrificio personal. He discutido mucho tiempo con un gran economista, Francois Perroux. Tiene la costumbre de definir el sentido de las palabras, el sentido de los problemas, absolutamente como un teólogo. Y yo le decía, inútilmente por cierto, que definir de esa manera precisa es parar la discusión. No se puede discutir desde que hemos definido. Me he prohibido a mí mismo definir a Francia antes de haber recorrido su designio. El primer voluntad de mi obra se intitula *La identidad de Francia*. Ahora bien, la identidad de Francia, no lograré definirla sino cuando haya llegado a la última página de mi libro.

A. Du Roy.—*Vos escribís una* Historia de Francia *y no una historia de los franceses.*

F. Braudel.—Algunos escriben la historia de los franceses con malas ideas en la cabeza. Podría dar ejemplos, pero no quiero cuestionar a quienes casi he conocido, que están muertos y no pueden responderme. Hay una *Historia de los franceses* que no me gusta, que es muy reaccionaria y que hace pasar a Francia a la derecha o a la izquierda, como gustéis... Más bien a la derecha...

A. Du Roy.—*¿Cuáles son las razones que os han hecho escoger el escribir una* Historia de Francia?

F. Braudel.—Es complicado, hay buenas, hay malas

La muy buena es la siguiente: he pasado mi vida fuera del Hexágono. He estado en África del Norte, en América del Sur, en Italia, en España y en Alemania también, por mucho tiempo. Y al final de mi existencia tengo el sentimiento de no haber sido leal a mi país. De tal manera que por mala conciencia, para librarme de una especie de deuda, me arrojé a la *Historia de Francia*.

La segunda razón es menos buena, pero más profunda. En los dos últimos años de mi enseñanza en el Colegio de Francia había comenzado a hablar de Francia. Hasta allí, yo había sido un profesor discreto es decir, con públicos simpáticos, pero no tan numerosos como el de hoy. Desde que comencé a hablar de la historia de Francia, mis salas se llenaron de manera superabundante. En 1972, obtuve mi retiro y como no puedo vivir sin trabajar, he continuado escribiendo esta *Historia de Francia* de la cual había comenzado a hablar. Esta otra razón es muy buena: tengo necesidad de trabajar. No es razonable, pero tengo necesidad de comenzar mi día muy temprano y acabarlo muy tarde.

Hay una última razón, la que me justifica. Defiendo la concepción de una determinada historia que llaman la "nueva historia", para distinguirla sin duda de la "nueva, nueva historia", pues mis discípulos no tienen la misma concepción que yo. Ahora bien "esta nueva historia", que es una nueva historia, quisiera expresar los grandes principios y las razones en un ejemplo fácil de entender. Posiblemente sea más fácil hablar de la "nueva historia" a propósito del ca

pitalismo o del Mediterráneo que a propósito de Francia, pero las posibilidades de comprensión directa son menores. Al presentar a Francia en la larga duración, voy a molestar tanto a la gente que todos estarán obligados a reaccionar y por lo mismo, a comprenderme.

A. Du Roy.—*Habéis pasado una buena parte de vuestra vida empujando a las personas y las ideas recibidas. Los que hoy tienen, 30, 40, 50 años, ¿lo hacen suficientemente?*

F. Braudel.—Entre las generaciones siempre hay conflictos. Yo soy de una generación más antigua de lo que indica mi fecha de nacimiento. He sido ciertamente contemporáneo de Lucien Febvre y de Marc Bloch. Ahora bien, entre mi mismo y aquellos a quienes podría llamar mis "discípulos", mis sucesores, hay ciertamente un rompimiento muy grande; tanto que la "nueva, nueva historia" es muy diferente de la mía. Pero yo le deseo un gran éxito.

Mi concepción de la historia, la que yo aplico a Francia, es la concepción de una historia global, es decir, una historia inflada por todas las ciencias del hombre. No se trata solamente de escoger una de entre ellas y casarse con ella, sino de vivir en concubinato con todas las ciencias del hombre. Sin duda, no he escrito una historia global de Francia, pero he intentado hacerlo. Mis sucesores son más razonables que yo; desarrollan ante todo una historia de mentalidades, historia representada de manera muy brillante por los historiadores que tienen veinte, treinta o cuarenta años menos que yo.

A. Du Roy.—*En las primeras páginas de su Historia de Francia, situais el nacimiento de la unidad en el momento del nacimiento del ferrocarril y de la generalización de la primaria. Es una afirmación, decís, que puede desconcertar, tal vez, pero afirmais que no podemos fechar el nacimiento de la unidad francesa ni con Juana de Arco ni con la Revolución francesa.*

F. Braudel.—Soy sincero y creo tener razón. Posiblemente hubiera sido indulgente con Juana de Arco, porque es lorenesa, como yo. Si trato de creer todo lo que se ha escrito a su respecto, siento por ella un afecto inmenso. Sin embargo, no creo que Francia, una Francia unida, una Francia compacta, exista al fin del reino de Carlos VII. Y Dios sabe que tengo un sentimiento muy grande por la Revolución francesa. Comencé, como muchos de nosotros en esa época, mi vida de historiador con un estudio sobre la Revolución francesa. Sin embargo, cualesquiera que sean las demoliciones, las heridas, las novedades que aporta, Francia en ese preciso momento, no es aún muy coherente.

A. Du Roy.—*¡Habéis denunciado, sin embargo, la devoción a la Revolución francesa!*

F. Braudel.—Cuando éramos jóvenes, la Revolución francesa representaba un terreno de lucha, el conflicto esencial. Los "combatientes" eran de un lado o de otro. Por un trabajo sobre la Revolución francesa, uno se comprometía con una cierta concepción de Francia. Era un compromiso de orden político, de orden cultural. Actualmente, me parece, eso ya no existe. La Revolución francesa, a medida que nos alejamos de ella, pierde su influencia, pierde su valor, pierde su resonancia

A. Du Roy.—*¿Por qué los ferrocarriles han conseguido lo que Juana de Arco no pudo hacer?*

F. Braudel.—¡De un lado, Juana de Arco, es decir, toda la poesía tradicional de la historia de Francia y del otro los ferrocarriles! ¡Esta victoria de la prosa me produce pena de cualquier manera! El libro de Eugen Weber, traducido en francés con el título de *La fin des terroirs*, es un libro que me gusta. Da una cierta idea de Francia, la Francia meridional de principios de siglo; nos damos cuenta de que no se había verdaderamente incorporado a Francia. Francia se vuelve coherente, cada vez más coherente, en la medida en que su espacio se estrecha.

A. Du Roy.—*¿En esta coherencia, ha sido positivo o negativo el papel del Estado?*

F. Braudel.—El papel del Estado es terrible. Es una realidad que podemos tocar con el dedo. La monarquía francesa ha conquistado las diferentes provincias, las ha unido las unas con las otras, a veces con una cierta violencia y una cierta ceguera. La Revolución francesa es de cualquier manera la República una e indivisible. Cuando se habla de descentralización, tengo siempre deseos de decir: "Yo estoy por una Francia una e indivisible." Es deformar la verdadera fórmula.

A. Du Roy.—*¿Y creéis que la descentralización va en contra de esta Francia una e indivisible?*

F. Braudel.—¡Es muy complicado! Me gusta la descentralización y le tengo miedo. Encuentro que se hace demasiado pronto y que tendrá muchas dificul

tades para hacerse. El gobierno central es diez veces más fuerte que en la época de Napoleón, mil veces más fuerte que en la época de Luis XIV. ¿Cómo queréis que la descentralización sea posible?

A. Du Roy.—*En su libro, vos escribís: "El fuego puede siempre quemar la casa". ¿Hacéis alusión a la diversidad de franceses, que podría llevarlos eventualmente a una especie de guerra civil permanente?*

F. Braudel.—Sin duda, pero no hay país razonable que no esté al borde del incendio. Todo país vivo es un país dividido contra sí mismo. No existiría la unidad francesa si no hubiera una división subyacente.

A. Du Roy.—*Me extraña que deis un papel tan positivo al Estado, que no es sólo un factor de unidad, sino también un factor de uniformidad.*

F. Braudel.—Unidad... Uniformidad. Veis claramente que esas dos palabras están cerca.

A. Du Roy.—*Una es negativa, ¿deseais una Francia uniforme?*

F. Braudel.—Al Estado actual no lo amo, lo sufro. Es monstruoso que el Estado desborde hasta este punto a la sociedad francesa. Lo peor es la falta de libertad. No sé cual será el porvenir de Francia. Dudo que el Estado pueda retroceder. Que retroceda por sí mismo, eso todavía sería posible; pero muchos franceses trabajarían para extenderlo. Quisiera que el Estado se concentrara sobre las tareas que le corresponden y nos deje vivir un poco tranquilamente, mucho el caos!

A. Du Roy.—*Hablabais hace un momento de la historia de mentalidades. A ese respecto, creéis que la mentalidad de los franceses les permitirá en el por*

venir dar al Estado un papel más limitado? Se dice a menudo que los franceses le han tomado gusto a la asistencia.

F. Braudel.—No es seguro. Es el Estado el que nos ha vuelto serviles, nos obliga a una cierta obediencia.

A. Du Roy.—*Es una servidumbre que libera algunas responsabilidades del riesgo sobre todo.*

F. Braudel.—Temo que esta seguridad que se extiende poco a poco sobre toda la sociedad francesa no presente tantos inconvenientes como ventajas; ventajas, es verdad, para los pobres, ventajas también para quienes no logran éxito en su vida. Pero tengo la convicción de que sin la seguridad social, Francia habría sido socialmente transtornada después de 1945. ¡Nos ha evitado una revolución, buena o mala!

A. Du Roy.—*La querella actual, o más bien el debate de ideas actual alrededor del liberalismo y de la redefinición del papel del Estado ¿no podría terminar en una especie de laxitud de los vínculos entre el Estado y la Sociedad?*

F. Braudel.—Ya conocéis la situación actual bastante mejor que yo. ¡Es puro teatro el liberalismo! Nos prometen el liberalismo. Después, como es probable, cuando cambie el gobierno de Francia, el liberalismo quedará en el discurso pero no lo habrá en la realidad. Temo que el Estado no pueda retroceder. Nadie puede substituirlo... Se ha comprometido a una cosa abominable: la nacionalización de las grandes empresas. No es mi culpa. He hecho todo lo que me era posible para indicar que era una mala solución, no sobre el plano teórico, sino sobre el plano práctico.

Conozco bien Italia, donde las nacionalizaciones han sido hechas por el gobierno fascista. Diré, en tono muy bajo, sin elevar la voz para que no me aplaudan sobre todo, que fue uno de los errores fundamentales de Italia. El Estado no debía nacionalizar, como lo hizo.

A. Du Roy.—*Es necesario no sacar una frase de su contexto, pero, en vuestro próximo libro, se lee lo siguiente*: "La nación no puede existir sino oponiéndose a otro sin tregua." *¿Sóis nacionalista?*

F. Braudel.—¿Cómo explicarlo? Puedo decir sí o puedo decir no. Voy a decir que sí. Tengo la ventaja o la desventaja de ser de cierta región francesa y lo soy profundamente. Si la universidad hubiera sido amable conmigo, yo habría sido nombrado en 1923 profesor del Liceo de Bar-le-Duc, y habría hecho allí toda mi carrera. Soy pues un hombre del Este. El Barrois no es Lorena, pero es casi Lorena. Nosotros, lorenses somos una población francesa tardiamente vinculada a Francia; 1766 no está tan lejos. Pero en lugar de tener a Francia enfrente de nosotros, alrededor de nosotros, la tenemos detrás de nosotros. Estamos adosados a Francia. Mirad cómo es extraño: Lucien Febvre en el Franco-Condado, Marc Bloch en Alsacia y yo en Lorena... Es de cualquier manera una reunión bastante curiosa... Estamos allí para vigilar en dirección de la Europa Central. Estamos allí para vigilar la seguridad, la salvación de Francia. Somos unos franceses muy especiales. Ahora bien, si me he librado de la mentalidad de mi infancia, no tengo la pretensión de haber escapado completamente. No me creo nacio-

nalista. Viviendo en el extranjero, me convertí en italiano de corazón, español de pasión y antes de 1939, yo alimentaba un amor perdido hacia los alemanes; después me convertí en brasileño ciento por ciento. Así que, poco a poco, sin ser totalmente consciente, me fui apartando de un nacionalismo francés. He sido, no sé si nacionalista.

A. DE ROY.—*Lo que nos lleva exactamente a la pregunta que quería formularos. En vuestra obra —por aparecer— sobre la Identidad de Francia, hacéis referencia al "triunfo deslumbrante de lo plural, de lo heterogéneo". Acabáis de hacer la demostración, vos sois un personaje cosmopolita. ¿Un país se enriquece o bien está amenazado cuando se vuelve multicultural?*

F. BRAUDEL.—"Multicultural", ello depende de cómo entendamos la palabra. Si significa que varias culturas charlen juntas e intercambien sus bienes, estoy en favor de lo multicultural. Pero si significa una cultura que estalla en todas las direcciones para dar satisfacción a unos y a otros, entonces estoy en contra.

A. DE ROY.—*Precisemos ese punto pues es uno de los debates actuales, y los historiadores, vueltos al pasado, pueden intervenir igualmente en el presente. Hago alusión al debate sobre la presencia de los inmigrados en Francia. ¿Es un enriquecimiento o una amenaza?*

F. BRAUDEL.—Estoy en favor de la inmigración. Francia está hecha de inmigraciones, corporales y culturales. El brillo de Francia no puede pensarse sino a través de su apertura al mundo y particularmente a

Europa. La grandeza intelectual de Francia es una grandeza europea.

Considero, por ejemplo, que una de las [illegible] nadas por Francia después de 1945 es la de haber abrazado con su corazón y sus brazos a toda la Polonia intelectual. La institución de la cual pertenezco, la Escuela de Altos Estudios —a la cual debo mucho y a mí me debe algo— ha recibido a mucho más de un millar de becarios polacos entre 1956 y 1968. Hemos logrado enseñar francés a toda la élite polaca, a tal punto que las tesis en Polonia son sostenidas en francés. Los polacos han representado, en un momento dado, casi todos los matemáticos del Colegio de Francia. Es de cualquier manera, algo extraordinario. Conozco la Casa de las Ciencias del Hombre con alguien nacido en Viena, que había hecho sus estudios en Estados Unidos, y como colaborador, con un descendiente de florentinos. Se pueden hacer muchas cosas con gente nacida fuera del Hexágono.

A. Du Roy.—*Pero actualmente no se trata de la apertura sobre Europa, sino de la apertura sobre el Mediterráneo, sobre Africa.*

F. Braudel.—Hay también éxitos fantásticos de la inmigración norafricana y especialmente argelina. Argelia, que permanece vinculada a la lengua francesa, es una de las oportunidades fabulosas de Francia y Francia no se da cuenta, no quiere pagar el precio. Piense usted que hay escritores argelinos de lengua francesa que son argelinos o norafricanos, y que tienen un talento extraordinario.

Regresemos a la pregunta que me habían formulado

do. He vivido mucho tiempo en África del Norte y tengo también una ternura espontánea tanto por los choferes de taxi parisienses como por los intelectuales de Argelia, de Marruecos y de Túnez, y que, me parece, aportan mucho a Francia. Pero no quisiera que hubiera "beurs" —es decir argelinos nacidos en Francia— que no quieren hacer su servicio militar exigiendo al mismo tiempo todos los derechos de los ciudadanos franceses, pues es una manera muy particular de integrarse. Eso me irrita soberbiamente. Que haya musulmanes instalados en Francia, de acuerdo, pero no tolero a los integristas. Comprendedme, temo que ciertos inmigrados instalados en Francia necesiten, para asimilarse, cincuenta, sesenta, casi cien años.

A. Du Roy.—*¿La asimilación es para ellos la negación de su cultura?*

F. Braudel.—Sí y no. No es su cultura, es su civilización, su profundidad, es decir su religión y el derecho civil fundado en esa religión y que podría oponerse al derecho civil francés. Lo que temo, es que bruscamente haya guerras de religión entre nosotros, de las cuales no tenemos necesidad.

A. Du Roy.—*Una última pregunta; habéis escrito:* "No creo ni en la palabra ni en el concepto de decadencia."

F. Braudel.—Los historiadores son directores de escena. Está permitido dramatizar un poco el pasado. La decadencia sirve diez veces por una. Existe la decadencia de Venecia, la decadencia de Europa, la decadencia de España, muchas formas de decadencia. La decadencia de Europa, la de Francia, yo no creo en

12. Fernand Braudel: "Hay 36 maneras de entrar en una obra, aun cuando se es el autor."

13. Páginas siguientes, de izq. a der.: Celso Furtado, Gérard Jorland, Alberto Tenenti, Paul Fabra, Fernand Braudel, Immanuel Wallerstein, I. Maktai Barun De, K. N. Chaudhuri

NORTHERN

Página de enfrente:

14. Arriba, izq.: A Tenenti y V. M. Godinho.

15. Abajo, izq.: I. Wallerstein.

16. Abajo, der.: E. Le Roy Ladurie.

17. Arriba: Fernand Braudel con Gérard Jorland y Jeanne Bénichou.

BIBLIOTECA UIS

Tercera jornada: Francia.

18. Fernand Braudel flanqueado, a la izquierda por Albert du Roy y a la derecha Théodore Zeldin.

19. 20. La lección de historia a los discípulos de una clase de tercero en el C. E. S. de La Valette, sobre el sitio de Tolón de 1707.

eso. Me considero un historiador ajeno a las pasiones, como todo el mundo. No debía, y lo digo con toda sinceridad, pero tengo nostalgia de la grandeza de Francia. ¡No es razonable! He vivido en Africa del Norte con una satisfacción extraordinaria. Cuando estaba en América Latina —tenía apenas treinta años— cuando daba una Conferencia en Sao Paulo, llenaba el teatro. Todo lo que rodea al general De Gaulle es esta nostalgia de la grandeza de Francia, que ha desaparecido en el horizonte. El general De Gaulle nos ha permitido, de alguna manera, algunos años de ilusión. No nos hemos apercibido de que Francia no estaba ya en el centro del mundo. Pero no quiere decir que estemos en decadencia.

A. Du Roy.—*Vamos a proseguir dando la palabra a los participantes. Jean Guilaine nos va a llevar a cinco milenios antes de Cristo y hablarnos de los primeros campesinos que araron el suelo francés.*

Los primeros campesinos de Francia

Jean Guilaine.—Y para empezar, una doble neolitización. Es, *grosso modo*, al correr del 5º milenario antes de Cristo cuando, sobre el territorio de lo que será más tarde Francia, comenzará a aparecer la economía de producción: cultivo de cereales, domesticación de los ovi-cápridos, de los bóvidos, de los porcinos. Animales y planta son alógenos, pero lo que nos interesa son las condiciones en las cuales las técnicas

de la domesticación y de la agricultura fueron adaptadas al futuro territorio francés. Y allí nos encontramos delante de dos casos, de forma completamente diferente.

En el Sur del país, en Provenza, en el Languedoc y en las áreas periféricas, fueron los contactos marítimos con los grupos ya neolitizados del área tirrena los que favorecieron la introducción de la agricultura de cereales y de la domesticación.

Es un fenómeno de aculturación. No hay ruptura brutal en los hábitats con los sitios de la época anterior. La agricultura armoniza, durante cierto tiempo, con la caza, la domesticación de los ovi-cápridos toma muy pronto un lugar importante.

Al contrario, en el este de Francia en la cuenca parisiense, la imagen es totalmente diferente. La economía agrícola efectúa, de entrada, un adelanto bajo el efecto de un fenómeno de colonización unido de la Europa Central, según un modelo muy estandarizado: cultivo del almidonero y de la cebada, domesticación basada sobre todo en los bóvidos, construcción de grandes casas de madera de tipo idéntico, desde Checoslovaquia hasta la cuenca parisiense.

A partir de esas dos zonas geográficas, el centro y el oeste de Francia son progresivamente contaminadas, de manera que hacia 4000 años antes de Cristo, la agricultura y la cacería de animales se han implantado sobre el conjunto del futuro territorio francés.

Asistimos entonces, a partir de ese momento, a partir de 4000-3500 antes de Cristo a las primeras tenden-

cias uniformizantes, que van, de alguna manera, a homogeneizar todo el futuro territorio del Hexágono.

¿Qué sucedió?

Vemos aparecer grandes localidades que señalan una sedentarización acrecentada. Y esas grandes localidades tienen dimensiones a menudo considerables para la época. Existen localidades del orden de 20 hectáreas en la cuenca parisiense, hasta de 30 hectáreas por ejemplo en el valle del Garona.

Además, esas aglomeraciones se atrincheran frecuentemente detrás de fosos, empalizadas, murallas.

Esas grandes localidades, por otro lado, desaparecerán en seguida en el cuarto o tercer milenio, e incluso en el segundo, para resurgir más tardiamente, en la Edad de Hierro, es decir, en el curso del primer milenio.

Otra tendencia uniformizante es la conquista de nuevos suelos en relación a la primera ola campesina, la que se ha materializado por una mayor diversificación de la implantación del hábitat, con la ocupación de planicies y promontorios.

Es cierto, en efecto, que la agricultura pre-histórica fue, en sus principios, muy selectiva en cuanto a los suelos puestos en cultivo. Escogió ciertas terrazas aluviales con el uso loésico y tierras esencialmente ligeras, fáciles de trabajar.

Estos desmontes se operaban por corte y roza, mientras que el suelo era preparado con azadón. Creemos que este proceso ha tenido como consecuencia empobrecer rápidamente los suelos. De ahí la necesidad de cambiar frecuentemente de campo y de practicar una

agricultura cíclica. De manera general, consideramos que se pasó en el tiempo del neolítico, es decir, en 3000 años de historia, de una agricultura rotativa en un medio boscoso a una agricultura más estabilizada, con barbecho corto, no siendo la presión demográfica extraña a esta evolución.

En cuanto a la forma de los primeros campos, la palinología muestra a veces, desde el mismo principio del neolítico, la presencia de asociaciones vegetales características de setos y de matorrales, lo que sugiere el cuidado de vallas limitando los campos y los paisajes, en suma un paisaje muy humanizado, por lo menos en las áreas ya desmontadas. Agreguemos, por otra parte, que el arado no hará su aparición sino hasta el tercer milenio, después de más de 2 000 años de trabajo con azadón.

Debo decir también, respecto a la crianza de ovicápridos, bóvidos, porcinos, que eran criados por su carne, pero que muy temprano los bueyes, por ejemplo, fueron utilizados como animales de tiro para limpiar los campos o arrastrar los árboles necesarios para la construcción.

El caballo domesticado en el cuarto milenio en las estepas de la Europa Oriental, aparece en Occidente en el tercer milenio como bestia de tiro, al mismo tiempo, por otra parte, que la rueda y los primeros carros.

Lo que es interesante también, es que a partir del cuarto milenio, asistimos al rompimiento de los horizontes y la creación de los primeros circuitos comerciales. Es probable que los neolíticos viviesen en au-

tarquía en el plano de la producción alimentaria. Por el contrario, comprobamos que los materiales necesarios a la confección de algunos útiles eran a menudo traídos de muy lejos y que ya existe, de alguna manera, cierta interdependencia entre las comunidades.

Vemos, en efecto, la creación de verdaderos circuitos de distribución de las rocas necesarias para la fabricación de instrumentos cotidianos y a veces sobre distancias del orden del millar de kilómetros. Esos movimientos, evidentemente, se intensificaron considerablemente en la Edad del Bronce, con la circulación de materiales en bruto: el cobre, el estaño, el ámbar, o productos terminados como las armas y los útiles.

Esas sociedades del neolítico o de la protohistoria ¿eran igualitarias o jerarquizadas?

Para tratar de responder a esta dirección, casi no disponemos sino del análisis de las sepulturas, siendo éstas posiblemente un cierto reflejo del estatuto social. ¿Qué comprobamos?

Desde luego que la jerarquía aún está mal definida en las tumbas en fosa o en cofre de principios del neolítico. Pero es necesario observar que, muy pronto, nuestras regiones se vuelven originales por la construcción en la Vendée, en Bretaña y en Normandía, de grandes tumbas megalíticas muy espectaculares. En las tumbas más antiguas, las del cuarto milenio, los inhumados son pocos y cada uno tiene derecho a un sitio determinado. Sin duda, una selección debía operarse ya, pues la cueva megalítica estaba reservada a algunos miembros del grupo social. Posteriormente,

las tumbas dolménicas tendieron a convertirse en un verdadero osario.

La construcción de los megalitos requirió, por otra parte, la movilización de numerosos participantes que debían obedecer a los jefes políticos y/o religiosos, incluso si éstos sólo estaban dotados de un poder temporal.

El fenómeno piramidal se reforzará en seguida en la corriente del tercero al segundo milenio, es decir, en el curso de las edades del cobre y del bronce, época en el curso de la cual vemos a los jefes o a reyezuelos locales hacerse inhumar, por ejemplo en Bretaña, en vastos túmulos, rodeados de ricos mobiliarios, objetos de metal o adornos.

Esas tumbas del segundo milenio prefiguran las sepulturas bajo túmulos de los notables de la Edad del Hierro, como por ejemplo la sepultura de Vix u otras tumbas de Borgoña y Champaña.

Conclusión: ¿Y Francia, en todo ello? ¿Ha existido una unidad cultural del Hexágono, desde el neolítico hasta el fin de la Edad del Hierro?

Como arqueólogo, yo estaría tentado de responder por la negativa: en esa época sólo existieron áreas culturales cuyos límites, siempre fluctuantes, transgredían evidentemente las fronteras naturales de nuestro país. Por ejemplo, un área del Mediterráneo Occidental que, desde Italia hasta la Península Ibérica, engloba el Sur de Francia, un área Atlántica, desde Portugal hasta las Islas Británicas, un área continental que reúne el Este francés al mundo centro-europeo. Esta área continental sería, por otra parte, la más di-

námica hacia el fin de la protohistoria, puesto que ella secretará sucesivamente el rito, rápidamente generalizado, de las sepulturas a la incineración y después los elementos motores de la sociedad, que serán las élites hallstattiannas y después celtas.

Terminaré con una ocurrencia, y sobre un terreno, con la Historia, está fuera de mi competencia. ¿Existió entonces, antes de la conquista romana, una nación francesa precursora, es decir el sentimiento de pertenecer a una misma y grande comunidad? Probablemente no. Cuando menos al principio de las hostilidades. Las rivalidades permanentes entre los pueblos galos, que César supo aprovechar muy bien, lo demuestran claramente.

Por el contrario, si tomamos en consideración las rivalidades y las divisiones de las poblaciones galas así como, probablemente, el gusto por el buen vino, el temperamento francés, de seguro ya existía.

Albert Du Roy.—*Agradezco a Jean Guilaine. Proseguiremos nuestra exploración de Francia con un discípulo de Marc Bloch y de Lucien Febvre, el geógrafo Etienne Juillard, que propone un esclarecimiento de la nación francesa.*

De los "países" a la nación francesa

Etienne Juillard.—Habéis tenido la amabilidad, querido maestro, de hacerme llegar en manuscrito el capítulo III de vuestro próximo libro sobre Francia

porque es más geográfico que los otros, porque pensáis, sin duda, que en tanto que geógrafo yo iba a reaccionar a su texto. El título de este captítulo es voluntariamente provocador. "¿Inventó a Francia la geografía"? Dicho de otra manera, ¿debe Francia su identidad a cierto determinismo geográfico? En mi candidez, yo creía cerrado el capítulo sobre el determinismo después de la sentencia decisiva dada desde 1922 por nuestro maestro Lucien Febvre, sentencia que no ha cesado de inspirar mis trabajos.

Al parecer, vais a reabrir ese debate, permitidme considerarlo cerrado, no volveré a él.

F. Braudel.—¿Tenéis razón para no regresar?

E. Juillard.—Posiblemente estoy equivocado pero desde hace 50 años vivo en el antideterminismo geográfico. Y creo haber mostrado en mis publicaciones que no se podían concebir las cosas de otra manera.

F. Braudel.—Queréis arreglar la cuestión muy rápidamente. Si no hay determinismo geográfico, ¿en dónde se encontrará la ciencia geográfica?

E. Juillard.—Es lo que quisiera tratar de mostrar, precisamente. Creo yo que hay otro enfoque geográfico de la realidad que permite escapar de esta acusación de determinismo.

Si el aporte de la geografía al problema de la identidad francesa debiera limitarse a precisar algunas características fisonómicas del territorio, cuyo valor explicativo negaremos, por otra parte, aquél sería muy magro. Pero el geógrafo no estudia sólo el espacio visible. Hay otra manera de considerar un territorio, de buscar su lógica interna. Es descomponerlo en uni-

dades funcionales, es decir en unidades cuya identidad no aparece sino cuando ellas funcionan. Se trata aquí esencialmente de la jerarquización de zonas de influencia, de pequeñas, de grandes ciudades, ciudades consideradas en tanto que organizadoras de un determinado territorio, sobre el cual tienen un principio de irradiación.

El geógrafo puede entonces formularse las siguientes preguntas:

—¿En qué cuadro dimensional efectúa la población sus actos esenciales?

—¿Cuál es la frecuencia de sus relaciones con un cuadro más vasto?

—Esta frecuencia ¿es suficiente para engendrar un determinado sentimiento de pertenencia a ese cuadro? Para ello, el geógrafo se consagra especialmente al estudio de todas las migraciones de poblaciones, emigraciones de trabajo, emigraciones de mercadeo, emigraciones de estudios, emigraciones matrimoniales —no se trata del viaje de bodas, sino de la busca del consorte—, emigraciones ocasionales, temporales, definitivas. Deduce de esto lo que podemos llamar los horizontes migratorios de las diferencias componentes de la población, dicho de otra manera, su horizonte de existencia, su visión del mundo exterior. Y a partir de esta otra concepción de la investigación geográfica, me esforzaré por mostrar que puede contribuir, a su manera, a esclarecer este problema de la génesis de la nación francesa. Dicho en otra forma, desde que el conjunto de los franceses y hasta donde, eso que llamamos la

Francia profunda, se han sentido miembros de una misma comunidad.

Me doy cuenta, después de haber oído a Albert Du Roy, así como sus respuestas, mi querido maestro, de que voy a unirme a vos en ciertos puntos de vista. Lo haré de manera más apresurada, más torpe y menos profunda. Pero quisiera por lo menos tratar de mostrar cuál es en este dominio el aporte propiamente geográfico.

Formularé, para comenzar, una pregunta muy sencilla. Sobre una serie de mapas de la Europa Occidental en que hubiéramos borrado las fronteras políticas, ¿sería posible identificar a Francia? Seguramente no, ya sea que consideremos los relieves, los climas, las densidades de población, la vida económica. Hay, sin embargo, una característica fisonómica bastante específica de Francia, y es la red de vías férreas y de las grandes carreteras. Francia es la única en presentar la famosa telaraña descrita tan a menudo, estrella por otra parte, más que telaraña puesto que no está compuesta sino por radiales salidas de una capital única. Y podemos decir que es la marca grabada en el territorio de un Estado más centralizado que sus vecinos, y precozmente centralizado, puesto que la red de los caminos reales comenzó a tomar figura desde el siglo XVI.

Pero miremos de más cerca esa red, partiendo de los primeros mapas en gran escala, los más antiguos, los de Cassini de fines del siglo XVIII, el de Capitaine de principios del XIX, y también los primeros tirajes del estado mayor a 1/80 000 de alrededor de 1830-1840.

Notamos entonces que las grandes radiales que salen de París se sobreponían a un mosaico de pequeñas redes locales, estrelladas también, pero cuyas ramas no pasan casi de una veintena de kilómetros de largo. Están centradas sobre algunos centenares de ciudades, 400 más o menos, pequeñas y medianas, que tenía la Francia de principios de siglo XIX. Se trata aquí de un indicio de una muy vieja realidad humana, la de los "países", derivados frecuentemente del *pagus* galo, a menudo llevando un nombre antiguo, país de Caux, Thierarche, Gatinais, Sologne... Con su ciudad capital, asiento del mercado, más tarde del colegio, constituyen las células de la vida regional.

En la antigua Francia, esos "países" habían servido de molde a menudo a las "bailías" y a las "senescalías". Cuando en 1790, se crearon las nuevas circunscripciones administrativas, los distritos las sucedieron y algunos años más tarde los "arrondisement" reemplazaron a los distritos tras ciertos agrupamientos. En forma muy basta, podemos decir pues que los "arrondisements" del siglo XIX (había más que hoy) eran los herederos de esos viejos "países". Ahora bien —es aquí donde quería llegar— esos "arrondisements", en la primera mitad del siglo XIX, vivían aún muy replegados en sí mismos. ¿Cómo hubiera, además, podido ser de otra manera? Los veinte kilómetros aproximadamente de irradiación del centro, representaban ya dos, tres, cuatro horas de trayecto, según el estado de las rutas y de los caminos, el relieve, la estación, el medio de locomoción.

Intentemos hacer funcionar esas células de vida co-

lectiva, lo que ha conseguido recientemente uno de mis alumnos, Ronald Schwab, a propósito de Alsacia, en una tesis de Estado que reconstruye lo que, en su prefacio, me he atrevido a llamar la ontogénesis de una región. Ha demostrado que alrededor de 1850, con excepción de algunos notables, de algunos administradores, de algunos transportadores de mercancías o de novedades, casi toda la población hacía la mayor parte de sus acciones en el interior de las células, ya se tratara de dirigirse al mercado, al hospital, al colegio, de la busca de cónyuge, de la difusión de un periódico, que era con gran frecuencia el periódico del "arrondisement", es decir, del cantón y que no era leído sino por una pequeña fracción de la población.

Podemos decir que a mediados del siglo XIX, una buena parte del territorio francés estaba todavía constituido por la yuxtaposición de esos medios estrechos, formando lo que hemos llamado un espacio "en malla" apenas jerarquizado. En otras regiones más próximas a París o más industrializadas, el cuadro departamental se había organizado poco a poco. Sin embargo, con sus 6 000 kilómetros cuadrados de superficie media, el departamento, creado para debilitar a las antiguas provincias dividiéndolas, estaba demasiado extendido para que un prefecto pudiera alcanzar las partes más atrasadas en menos de seis u ocho horas de viaje. En cuanto a París, llegar allí representaba días de viaje, si se estaba fuera de su zona de influencia inmediata. Entre el departamento y la capital del gran Estado centralizado que ya era Francia, la corriente pasaba mal. Para probarlo, limitémonos a evocar el testimo-

nio de un contemporáneo particularmente clarividente, el de Stendhal.

He aquí a Lucien Leuwen en guarnición en Nancy en 1832. Comprueba que "*todo el mundo se burla del prefecto y del general. Están fuera de todo, no cuentan para nada. Es la nobleza local la que hace la ley.* Pero a la inversa, esa nobleza todopoderosa es desconocida en París. Dirigiéndose al jefe del partido orleanista, doctor Du Poirier, Lucien Leuwen le dice "*Pero, mi querido doctor, vuestra nobleza de provincia es desconocida a treinta leguas del país en el cual vivís.*" "*¿Cómo señor,* replicó el doctor con una especie de indignación, *la señora de Commercy, prima del Emperador de Austria que desciende de los antiguos soberanos de Lorena?* "*Absolutamente, mi querido doctor, París no conoce la nobleza de la provincia sino por los ridículos discursos de 300 diputados de M de Villèle.*" Agreguemos que, por su parte, el doctor Du Poirier "*no había visto nunca París... Lo veía habitado por ateos furibundos como Diderot, irónicos como Voltaire, y de padres jesuitas muy poderosos haciendo construir seminarios más grandes que cuarteles*".

Ciertamente, la gran política se decidía en París; ciertamente la provincia pagaba impuestos, enviaba diputados. Pero en todo ello, ¿dónde está la nación? ¿Podemos decir que el conjunto de la población francesa se sentía miembro de una misma comunidad, estaba animado por *ese deseo de vivir juntos* del cual habla Renan? Evidentemente no. Además de la población rural (alrededor del 80% del total) incluso los citadinos notables salían raramente de su "arrodi-

sement", en todo caso de su departamento, y ello se explica si tomamos en cuenta los tiempos para los desplazamientos, su costo, obstáculos idomáticos, religiosos, el analfabetismo, aún muy extendido, el poder de los intereses locales, de todo lo que ofrecía una resistencia victoriosa al prefecto y hacía de los "países" y de las antiguas provincias otras tantas pequeñas patrias locales que vivían más o menos a su antojo. ¿No llama la atención, por otra parte, que los movimientos regionalistas se hayan desarrollado en el curso del siglo XIX como si la ampliación de los horizontes de existencia hubiera hecho tomar conciencia de la comunidad regional antes de que la comunidad nacional?

Pero todas esas regiones eran muy diferentes y lo que precede es demasiado esquemático. El análisis por el geógrafo de la estructura interna de las regiones esclarece la rapidez muy desigual de las tomas de conciencia regional o nacional: el Oeste, aislado a la vez en conjunto y en detalle, en conjunto, porque estaba lejos de las corrientes económicas, en detalle, por su hábitat disperso que durante mucho tiempo ha retrasado la unidad lingüística y la apertura a la vida en general; el Norte, el alto Rin, Lyon, cuyos horizontes industriales superaban a su región, con sus burguesías más tocadas por el parisianismo y sus campos más urbanizados; tantos otros matices más...

Es sobre este substrato heterogéneo sobre el que va a representarse, al fin del siglo XIX, la serie de innovaciones tecnológicas, sociales, políticas y culturales que harán salir, más o menos rápidamente, a los departamentos de su aislamiento: los ferrocarriles, el servicio

militar, el sufragio universal, la difusión de la prensa parisiense, las emigraciones de trabajo a los grandes centros de trabajo parisienses, hacia las industrias del Norte y del Este. La más decisiva de esas innovaciones es evidentemente la de los medios de transporte, no sólo la construcción de grandes líneas, sino también el establecimiento, bajo la Tercera República, de una red de pequeñas líneas de interés local. Desde entonces, de la prefectura a los confines del departamento, una o dos horas de trayecto son suficientes. de Marsella a París se hacían tres días en 1840, 15 horas en 1850. La red de radiales de quinientos kilómetros; la red de rutas regionales de veinte kilómetros alrededor de las pequeñas ciudades se reproduce a escala nacional, y aún más, alrededor de París. El horizonte migratorio de los franceses era desde entonces toda Francia. Ya no eran sólo los jóvenes ambiciosos de Balzac y de Stendhal quienes dejaban su provincia para ir a buscar fortuna a París. La capital atraía y retenía entonces a centenas de millares de hombres y de mujeres en busca de trabajo. Al principio, esta especie de *ghettos* nacían ahí, el de los bretones, el de los auberneses y otros.

Pero desde la generalización siguiente, entraba en juego el gigantesco crisol parisienree en el seno del cual se fundirían los particularismos provincianos para hacer que los bretones, los auberneses, los saboyanos y los corsos adquirieran el acento parisino y jurgaran con desprecio la "provincia", imaginándola enteramente tan subdesarrollada como los miserables pueblecitos donde vivían todavía sus abuelos. Pero incluso aquellos que permanecen en su región, van a colar en el gran molde

fabricado en París. Podemos decir que en vísperas de la primera Guerra Mundial, si no se habían borrado todas las originalidades provincianas, por lo menos los habitantes de nuestro país en su casi totalidad se sentían miembros de una misma comunidad de vida y de civilización. De este proceso de soldadura y de uniformación surgió el "francés", el que en 1914-1918 defendió el suelo del Hexágono con el mismo encarnizamiento que su abuelo hubiera puesto en defender algunas hectáreas de tierra.

Por este esbozo demasiado rápido, he querido mostrar cuál podría ser el aporte específico del geógrafo al problema de la génesis de una nación. Es una aproximación muy horizontal, como etimológicamente debe ser. Se funda no en un espacio abstracto y tampoco sobre un espacio dado de una vez por todas, sino sobre el análisis de las estructuras funcionales de este espacio y de las interrelaciones que se desarrollan entre sus partes a medida que evolucionan los contextos tecnológicos, económicos, políticos y sociales. En el concierto de factores explicativos en juego, existe aquí un elemento, que hubiera sido un error descuidar.

A. Du Roy.—*Gracias, Étienne Juillard. Karl Ferdinand Werner, historiador alemán, va a tratar de un momento privilegiado de la historia de Francia.*

La Francia

Karl Ferdinand Werner.—Tengo una desventaja y una ventaja: amo mucho la lengua francesa, pero no la

domino del todo —es como un buen matrimonio— pero hablo después de otros y por lo mismo puedo regresar a temas anteriormente tratados.

Me ha gustado mucho la respuesta de Fernand Braudel a la primera pregunta de Albert Du Roy que podemos traducir como: "Mi historia de Francia será mi definición de Francia". Lo que quiere decir: Francia no preexistía, es el resultado de su historia, y quienes quieren ir muy aprisa hacia ella, no encontrarán seguramente el buen camino. No existe Francia ya hecha, pero hay muchas pre-Francias.

Mi segundo punto concierne a la geografía y, sin atreverme a entrar en el debate sobre el determinismo, de cualquier manera hay un hecho: la masa continental se impone, este hecho es visible para el bloque ibérico, para las islas británicas, igualmente para el Hexágono.

Si por ejemplo, en el siglo XII, una reunificación política de Barcelona, de Septimania y de Provenza es aún probable, todo ello desaparece frente al bloque continental.

Albert Du Roy citaba una frase de Fernand Braudel: *La nación francesa no puede existir sino oponiéndose a otra sin desmayo.* Es un hecho. Vengo de un coloquio sobre Neustria. Todos los participantes estaban de acuerdo sobre el hecho de que Neustria, uno de los núcleos esenciales de Francia, nace por oposición a la vez contra los romanos y contra los germanos. Los nuevos francos, nacidos de la simbiosis de las poblaciones galo-romanas y francas en el reino fundado por Clodoveo, no quieren ser, desde el siglo VII, ni romanos

ni germanos. De manera general, en las Galias como en Francia los que ya están en el lugar se unen contra fuerzas que consideran extranjeras.

Consideremos ahora la evolución histórica entre el neolítico de la antigüedad tardía, momento privilegiado en la formación de Francia.

Está primero la Galia con sus estructuras geográficas regionales, sus células de la vida regional, de la cual ha hablado Etienne Juillard, después la Galia con sus estructuras sociales fijas, jerarquizadas, donde el papel de la aristocracia es extraordinario. Esta Galia forma parte del Imperio Romano y después del Imperio cristiano. Las estructuras religiosas, cristianas, se agregan a las estructuras sociales rigurosamente jerarquizadas. La importancia de este Imperio por todo el mundo da por desaparecido, equivocadamente, en 476, es demasiado a menudo subestimada: ¿No se hacen los dogmas cristianos en la corte del emperador? La jerarquía romana ¿no permanece de pie? El rey merovingio, el rey de los francos, forma parte de esta jerarquía. Pero su reino es el primer reino bárbaro sobre tierra romana que es católico, y ello quedará como la gloria de los francos y de Francia. Este reino franco irradia sobre una región bastante menos importante que el Imperio, pero alcanza de cualquier manera el dominio de grandes espacios. Se trata de la versión "franca" del mundo latino en la zona bilingüe. Es éste un hecho esencial de la historia de la futura Francia. La Galia se reparte en dos Francias: el Nordeste es completamente diferente del primer reino de Clodoveo, y encuentra su origen en una *Francia Rhi-*

nensis con Colonia por capital. Hacia el fin del reino de Clodoveo, los grandes del reino de Colonia se entregan a Clodoveo, lo eligen rey, pero no se someten jamás. Esta parte oriental de la Galia no estará nunca del todo integrada al Estado de Clodoveo: quedará siempre como la Austrasia, un poco aparte y semiautónoma. Pero ese mundo franco, merovingio, que se convertirá en el mundo carolingio, no es bipartita, como lo creían los alemanes, es tripartita. Está al Oeste la Neustria, al Este la Austrasia y después Germania.

En el siglo VII, esta Germania es ganada en parte por Dagoberto, por una alianza contra Austrasia que le crea dificultades. Es la primera alianza del Este y del Oeste contra el Centro. En el siglo VIII, los carolingios, austrasianos, someten a Neustria al Oeste y a Germania del Este, después ganan Roma y el Imperio.

Pero, en el siglo IX, después del repartimiento de Verdun (843), las dos potencias periféricas, la Francia de Carlos *el Calvo* y la Germania de Luis el Germánico forman alianza. Es de nuevo el Este y el Oeste contra el Centro. Con la derrota de este último, una cosa es clara: de ahora en adelante, los reinos del Este y del Oeste no son ya dependientes del Imperio. Se deja al Centro, al Imperio, el título imperial, pero el reino de Francia de esa época es independiente del emperador porque el rey de los francos tiene los mismos derechos que el emperador. Este aspecto del tratado de Verdún no ha sido bastante subrayado. Más tarde, ocurrirá la reunificación del Este, de Germania con Lotaringia y con Italia: será entonces el Sacro Imperio.

Pero el reino occidental, único heredero directo de Clodoveo, el primer rey cristiano y heredero de todo lo que vincula ese reino —a través de San Dionisio, San Remigio y Reims— al mundo cristiano es una realeza excepcional; esa herencia prosigue a través de San Luis, Juana de Arco... Tienen un lugar una herencia y un mito, fundados sobre una verdad histórica. Nos encontramos allí un elemento muy antiguo que no basta, ciertamente, para formar a Francia y a los franceses, pero que aporta dos puntos esenciales: un contenido ideológico y unas fronteras.

A. Du Roy.—*Agradezco a Karl Ferdinand Werner. Claude Raffestin, geógrafo suizo, va a abordar ahora un problema de geo-historia: "Las nuevas localizaciones industriales en las zonas perialpinas."*

Para una teoría ecológica de las localizaciones industriales

Claude Raffestin.—Es preocupante ser un geógrafo extranjero en un estrado donde se habla de Francia. Para evitar tomar posiciones que podrían chocar a alguno, hablaré de una región, Los Alpes, a los cuales Fernand Braudel ha consagrado algunas páginas de gran densidad en *El Mediterráneo*.

Los Alpes constituyen una paradoja y conocen la voluptuosidad de ser reinvindicados por todos y de no pertenecer a nadie. Por ello evocaré también a Francia, al igual que a otros países.

Se trata de un problema de geografía económica que romperá evidentemente con la serie histórica, pues, en lo que voy a presentar, habrá una parte de prospectiva. Trataré de poner en evidencia estructuras en el sentido que les da Fernand Braudel, es decir, de depósitos del tiempo que se acumulan en los Alpes desde el punto de vista económico. No se trata de un modelo sino de algunos índices o bien, incluso —perdón por este italianismo— de un modelo indicial sobre las nuevas localizaciones industriales en los Alpes.

Algunas palabras de introducción sobre la evolución de los sistemas técnicos o más bien, como diría el gran geógrafo Pierre Gorou, estructuras de encuadre. Una fecha, 1782, fecha oficial de la aparición de la máquina de vapor de James Watt, no pertenece ciertamente a la historia de los Alpes, pero tendrá una gran importancia para ella. Hasta 1782, la industria tradicional de los Alpes está fundada sobre el agua y la madera, sobre la utilización de recursos locales. Este hecho no excluye evidentemente las relaciones interregionales e incluso transregionales. Pero es la máquina de vapor la que va a marcar verdaderamente el principio de ese primer sistema técnico, surgido de la revolución industrial, fundado sobre la hulla, el hierro y el vapor. Es el desenclave por el ferrocarril, es un principio de reestructuración especial, es otro tipo de siderurgia y de metalurgia, es, en los Alpes, el desarrollo de la innovación. Después las cosas se precipitan. Hacia 1880 aparece otra capa industrial, surgida de la electricidad y de los nuevos materiales —el aluminio, por ejemplo—: es la electroquímica, es la eleo-

trometalurgia. Este tercer sistema técnico arranca muy lentamente hacia 1880 y nos conduce hasta la segunda Guerra Mundial; llega al extremo de sus posibilidades en los años sesenta/setenta. Esta capa industrial es substituida, por lo demás, por el turismo que ha sido durante mucho tiempo la actividad triunfante en los Alpes. Sin embargo, comenzamos a dudar de que el turismo pueda garantizar el porvenir económico de las regiones alpinas en los años por venir. Las generaciones de estaciones se suceden, las fórmulas se multiplican, se crean estaciones "blancas", "verdes"

Las estaciones son cada día mejor explotadas. Pero ¿basta esto para asegurar la existencia de esas poblaciones? Lo dudo y creo que incluso el turismo, por toda clase de razones, no debe estorbar el horizonte de la reflexión económica: es necesario diversificar las posibilidades de manera que se asegure una cierta estabilidad socioeconómica y sociodemográfica. Después de un siglo, se abre entonces en los Alpes un cuarto sistema técnico surgido de transformaciones tecnológicas y económicas que afectan, por otra parte, a diferentes países de antigua industrialización. Las grandes industrias clásicas —siderurgia, metalurgia, automóvil, industria mecánica— están en crisis. Todo el mundo lo sabe. Se automatizan y se robotizan a un ritmo desenfrenado. Provocan licenciamiento y desempleo. Y este nuevo sistema técnico que se instala, fundado en la robótica, la informática, la biotecnología, está basado sobre una información científica y técnica, a la vez fundamental y aplicada, que desempeña un papel bastante más importante al nivel de la invención y de la

innovación que al nivel de la producción de la reproducción. Este sistema está alimentado por una mano de obra muy atenta a su cuadro de vida, muy exigente en cuanto a las condiciones del hábitat, de la recreación y de la apertura sobre el mundo. Los detentadores de esta información científica y técnica buscan valorizar tanto la localización de su trabajo como la localización que ofrece simultáneamente las mayores ventajas posibles, accesibles en un mínimo de tiempo y que propone el máximo de satisfacción. En los sistemas económicos precedentes, las localizaciones dependían de factores de producción clásicos —materia prima, energía, presencia de una mano de obra calificada o especializada— pero raramente, si no nunca, de condiciones de vida favorables a la implantación de un personal de alto nivel.

Actualmente, las exigencias se desplazan y el problema podría formularse de la siguiente manera: *¿Cuáles son las localizaciones óptimas capaces de atraer la mano de obra creadora, con inventiva?*

Las empresas del porvenir, las empresas de "punta" serán efectivamente la cantera de lo que llamamos todavía —el término es hoy insuficiente— el secundario y el terciario. Esas empresas elaborarán sistemas y programas industriales cuya realización podrá hacerse en las empresas de subprocesamiento localizadas en las regiones de tradición industrial. Al escoger los sitios, el hábitat y el medio (y en consecuencia el factor climático y el paisaje) tendrán una importancia considerable. Al principiar la sesión, Fernand Braudel se inquietaba de lo que podríamos hacer nosotros los

geógrafos si se suprimiera el determinismo. Voy a tratar de tranquilizarlo. El objeto de la geografía no es solamente el espacio, sino sobre todo la práctica y el conocimiento de esa realidad que llamamos espacio. Intentaba sin duda provocarnos, puesto que él mismo, en las primeras páginas de *El Mediterráneo* escribía: hago una "*cierta geografía y una cierta historia.*" Ahora bien esta "*cierta geografía*" y esta "*cierta historia*", la geo-historia, está de acuerdo totalmente con el sentido de la definición que acabo de recordar.

Para regresar a la implantación espacial del nuevo sistema técnico, el geo-historiador puede formular la siguiente pregunta: ¿Cuáles son los sitios privilegiados? Son las zonas de contacto entre la planicie y la montaña y el mar. El lugar debería ofrecer los servicios de una metrópoli sin ser necesariamente una gran aglomeración. Debería estar cerca de las grandes ciudades pero también de las distracciones del mar o de la montaña.

Así pues, es preciso observar los lugares geográficos que ofrecen condiciones óptimas desde el punto de vista físico, social y cultural, pero sin el costo de las grandes aglomeraciones. Los sitios con bajo nivel de perjuicio, pero próximos a los diversos servicios serán especialmente buscados. Tales lugares existen: algunos de ellos ya están desarrollándose. Tengo enfrente de mí un mapa en el cual están representadas las zonas potenciales del desarrollo de esas nuevas actividades. Están situadas sobre todo en la franja perialpina —del lado norte— esa periferia en contacto con las planicies, "*allí donde corre la circulación de gran velocidad*",

diría Fernand Braudel. Es claramente en esa zona donde se desarrollan actualmente las actividades industriales de pequeñas empresas para las cuales la información es bastante más importante que la energía, el programa de la computadora bastante más importante que el establecimiento. Ciertamente, el taller del mecánico es necesario a estas empresas, pero se puede encontrar en el interior de los Alpes, en los grandes valles, en los cuales podrá hacerse el procesamiento de datos. En mi opinión, los lugares más favorables actualmente son la zona de Grenoble, la zona de Baviera, Baden-Wurtenberg e incluso la zona de Salzburgo, sin duda menos accesible que los grandes lagos suizos e talianos. Esta zona de los lagos, desde el lago Mayor, el lago de Lugano, el lago Como y el lago de Garda, es actualmente el lugar de desagüe de esas empresas, en las cuales la innovación se desarrolla de una manera absolutamente extraordinaria, donde el sub-procesamiento comienza (esto se demuestra estadísticamente) a remontar los valles. Esas zonas creadoras pueden pues beneficiarse de la mano de obra industrializada unida al sistema técnico precedente y sería capaz de efectuar todo un conjunto de operaciones de producción. Esas zonas podrían difundir modelos industriales y en consecuencia generar en los Alpes nuevas inversiones. Pequeñas empresas de ejecución podrían así acoplarse con las empresas creadoras de novedades industriales. Los Alpes volverían a ser progresivamente el punto central del intercambio entre la Europa del Norte y la Europa del Sur y volverían a encontrar así ese papel de con-

mutador que siempre habían representado: papel de conmutador, de megaconmutador, pues.

Entonces, ¿este modelo es indicial? ¿Sueño, utopía, fantasmagoría? No del todo, pues las zonas indicadas sobre este mapa están ya en plena actividad, a tal punto que —por lo que concierne a la vertiente norte— el Ruhr comienza a inquietarse de ver descender actividades extremadamente interesantes hacia Baviera.

En fin, estas actividades son bastante más contemplativas que las antiguas, regresan a lo que se podría llamar una "teoría ecológica de las localizaciones", que toma en cuenta, justamente los factores favorables a la contemplación, en el sentido laico, indudablemente.

A. Du Roy.—*Emmanuel Le Roy Ladurie nos va a presentar un organigrama de la monarquía francesa en 1579. Sergio Bonin, del laboratorio de cartografía de los Altos Estudios en Ciencias Sociales es coautor de la parte gráfica que se expone.*

El árbol de los estados y oficios de Francia

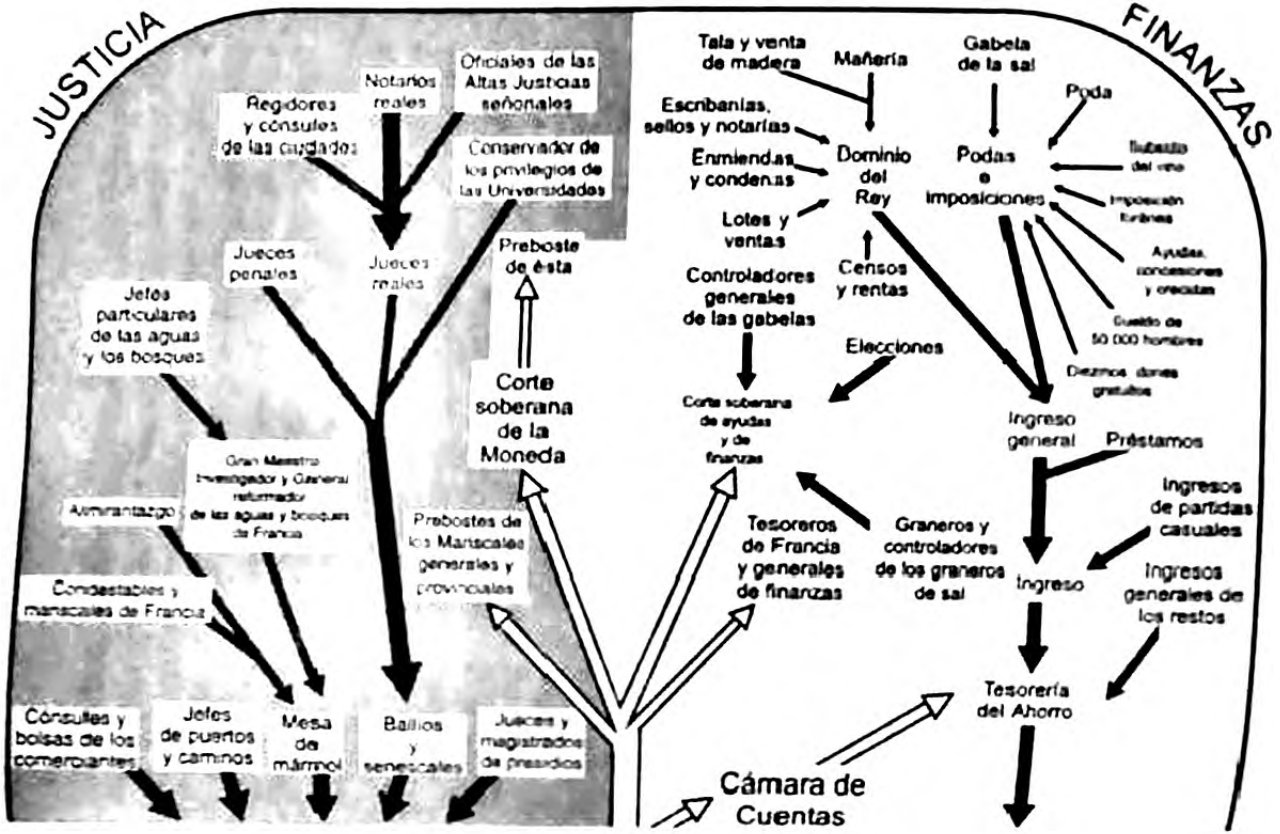
Emmanuel Le Roy Ladurie.—El encuentro de hoy está centrado sobre Fernand Braudel y sobre Francia. Está centrado sobre la nación como "conjunto de hombres ligados en una comunidad de carácter, por una comunidad de destino", o como historia solidificada. En Francia, el Estado monárquico ha representado un papel central en la consolidación nacional. Es lo que justifica esta presentación del organigrama de la monar-

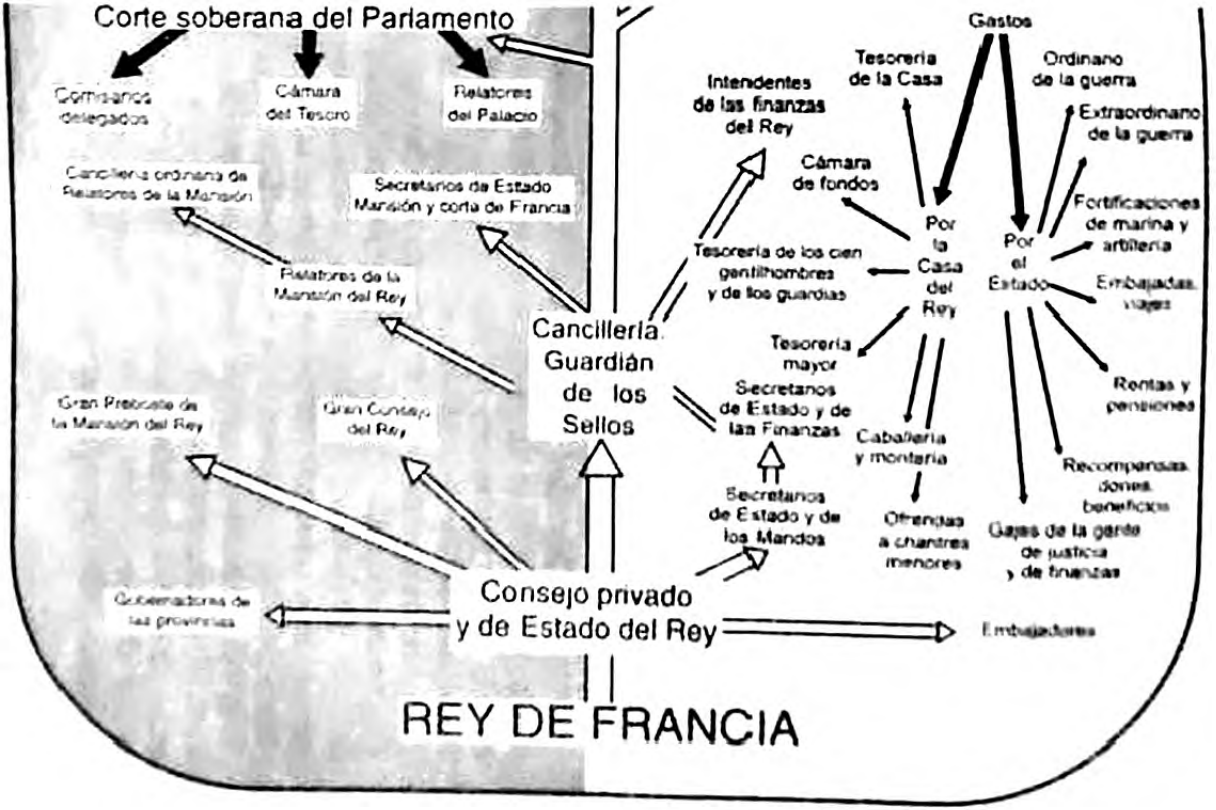
quía francesa en 1579. Es una tentativa de conjunto de visualizar el aparato del Estado nacional que es, de alguna manera, el código genético de lo que se llamará la patria.

El autor de este organigrama, ya notorio por los trabajos de Mallestone, es un cierto Charles de Figon. Este último no emplea el término de organigrama, sino el de árbol: *árbol de los Estados y de los Oficios de Francia*. Es una vieja metáfora pues la Biblia, en el Génesis y en el Apocalipsis, empieza y acaba con la evocación de un árbol. En la Edad Media, según Colette Beaune, Francia es comparada a un árbol que a veces se seca y a veces florece. El Renacimiento trata las ciencias como si se diversificaran y se agruparan alrededor de un árbol. La originalidad de Figon es haber aplicado esta imagen a una representación del Estado. Conozco pocos ejemplos hasta el advenimiento de nuestros modernos organigramas.

Figon es pues el autor de una obra intitulada *Discurso de los Estados y Oficios del Gobierno*. No era un *best-seller*, de ninguna manera. Colaborador del cardenal Bertrand en los tiempos de Enrique II, después "Guardián del Sello", volvemos a encontrar a Charles de Figon como secretario de la reina de Navarra, después ayudante de un secretario de Estado de Enrique III. Su mujer estuvo mezclada a ciertas intrigas sentimentales con grandes personajes de la época.

Figon parece una especie de Rastignac meridional, "subido a París" con sus patrones. Su obra es contemporánea de una gran evolución del pensamiento político, poco después del momento en que Catalina de


JUSTICIA
FINANZAS
Regidores y cónsules de las ciudades
Notarios reales
Oficiales de las Altas Justicias señoriales
Conservador de los privilegios de las Universidades
Jueces penales
Jueces reales
Preboste de ésta
Jefes particulares de las aguas y los bosques
Corte soberana de la Moneda
Gran Maestre Investigador y General reformador de las aguas y bosques de Francia
Almirantazgo
Prebostes de los Mariscales generales y provinciales
Condestables y mariscales de Francia
Cónsules y bolsas de los comerciantes
Jefes de puertos y caminos
Mesa de mármol
Bailíos y senescales
Jueces y magistrados de presidios
Tala y venta de madera
Mañería
Gabela de la sal
Poda
Escribanías, sellos y notarías
Enmiendas y condenas
Dominio del Rey
Podas e imposiciones
Lotes y ventas
Censos y rentas
Controladores generales de las gabelas
Elecciones
Corte soberana de ayudas y de finanzas
Ingreso general
Préstamos
Tesoreros de Francia y generales de finanzas
Graneros y controladores de los graneros de sal
Ingresos de partidas casuales
Ingreso
Ingresos generales de los restos
Tesorería del Ahorro
Cámara de Cuentas


Corte soberana del Parlamento
Comisarios delegados
Cámara del Tesoro
Relatores del Palacio
Cancillería ordinaria de Relatores de la Mansión
Secretarios de Estado Mansión y corte de Francia
Relatores de la Mansión del Rey
Cancillería Guardián de los Sellos
Gran Prebostal de la Mansión del Rey
Gran Consejo del Rey
Consejo privado y de Estado del Rey
Gobernadores de las provincias
Embajadores
REY DE FRANCIA
Intendentes de las finanzas del Rey
Tesorería de la Casa
Gastos
Ordinario de la guerra
Extraordinario de la guerra
Cámara de fondos
Por la Casa del Rey
Por el Estado
Fortificaciones de marina y artillería
Tesorería de los cien gentilhombres y de los guardias
Embajadas, viajes
Tesorería mayor
Rentas y pensiones
Secretarios de Estado y de las Finanzas
Caballería y montería
Recompensas, dones, beneficios
Secretarios de Estado y de los Mandos
Ofrendas a chantres menores
Gajes de la gente de justicia y de finanzas

Médecis y Miguel de l'Hospital presentan al Estado como relativamente independiente de la Iglesia. Algunos teóricos protestantes incitan a la reflexión política. Figon, probablemente católico pero no de la Liga, es católico, pero está abierto al protestantismo. Ha reflexionado, pues, sobre el Estado, y su trabajo testimonia, por otra parte, del vigor del Estado en el tiempo de las guerras de religión que están lejos de haber desarraigado el árbol en cuestión.

La organización del Estado, según Figon, está centrada alrededor del tronco axial de la justicia, encarnado por el Canciller, accesoriamente Guardián del Sello. Sólo en 1661, el Canciller perderá su posición central en provecho del Contralor General de finanzas. El primero, Colbert, reunirá, en un solo cargo lo que sería actualmente el Ministerio de Finanzas y el Ministerio del Interior.

Del tronco del árbol parten, en 1579, dos ramas principales: a la izquierda, la gruesa rama judicial encarnada por el Parlamento, y primeramente, por el Parlamento de París; a la derecha, la gruesa rama financiera representada por la Cámara de Cuentas. Esta segunda rama va después a la Tesorería del ahorro, sitio del gasto del Estado, y hasta la recaudación general, lugar geométrico de las recaudaciones e ingresos fiscales. La savia bruta del árbol sube del humus de la cepa infraestructural del Consejo del rey, llega hasta el Parlamento y vuelve a bajar a la izquierda hacia diversos organismos, sub-comisiones del Parlamento (Solicitudes del Palacio, Cámara del Tesoro, Comisarios, Delegados). Esta savia bruta, por otra

parte sigue subiendo hacia los organismos medios y subalternos del aparato judicial encarnados por quince mil o veinte mil oficiales, que hoy en día llamaríamos funcionarios. Se gobernaba pues, a dieciséis millones de franceses con veinte mil funcionarios, pero la guerra civil se presentaba a menudo...

La savia desciende de las hojas, son las demandas de justicia formuladas por los contribuyentes, la cadena de solicitudes que van a los tribunales, desde los menores hasta los más prestigiosos —el Parlamento— pasando por una serie de Tribunales intermedios. Lo que permite definir una especie de arborescencia jerárquica. Para los pequeños funcionarios judiciales —a cargo de las municipalidades— tenemos los regidores y cónsules de las ciudades, los notarios —caros a Zeldin— esos notarios reales, juristas muy importantes en su época y los miles de jueces señoriales.

A partir de esos numerosos personajes, descendemos por las ramificaciones de lo que se llamaría hoy en día la red hidrográfica de las demandas; puesto que las demandas van del Tribunal menos importante al más importante, hacia los conflictos más esenciales —los jueces reales— después hacia el río más importante aun de los bailíos y senecalatos. Los titulares —bailios y senescales equivalentes geográficos pero no funcionales de nuestros prefectos— son así considerados como jueces, con mayor precisión con Presidentes de Tribunales, lo que no les impide tener funciones administrativas. Finalmente, el grueso afluente de bailíos y senescales desemboca a su vez en el gran río de los Parlamentos que recibe todas las demandas proceden-

tes de las jurisdicciones mencionadas. Otros ríos análogos, siempre en el mismo espacio del árbol corresponden a los "jefes" de puertos y pasajes, a la mesa de mármol (hacia la cual descienden las demandas llegadas a los Tribunales del almirantazgo y de las aguas y de los bosques), a los Cónsules y Bolsas de Comercio, sobre todo a los "Presidiales", fundados por Enrique II durante los años de 1550. El conjunto de esta red corre hacia el Parlamento. Figon subraya bien, a la "Saussure" que no está interesado en la diacronía —es decir, las fechas de fundación de esos diferentes organismos— sino en la sincronía es decir, la manera en la cual todos trabajan conjuntamente. A la derecha de los Presidiales, observamos los Prebostes de los gendarmes, es decir la Gendarmería —abuela de nuestra actual policía. Abandonemos al oeste de nuestro cuadrante, es decir el Estado de justicia y examinemos ahora el este del cuadrante, es decir el Estado de finanzas. Dejemos los *out puts* estáticos, las producciones judiciales las cuales acabamos de ver, que son más o menos el resultado o la contrapartida de las demandas de justicia formuladas por la población, para interesarnos en los *in puts*, es decir, en los ingresos fiscales realizados en respuesta a las demandas de dinero exigidas por el Estado.

Insistamos, de entrada, de acuerdo con Michel Antoine, sobre el hecho de que el Canciller en esos años de 1570, conserva una gran influencia sobre la administración financiera. La cancillería no perderá esa fuerza hasta la época de Colbert en la cual se produ-

cirá un desdoblamiento del árbol de la justicia y del árbol de las finanzas; pero en 1579 no es todavía el caso.

Pasemos ahora a algunos ramales de menor importancia, entre los cuales la Corte Soberana de Moneda con su Preboste, los Tesoreros de Francia y Generales de Finanzas, debilitándose desde el Renacimiento, y la Corte de Ayudas. Señalemos sin embargo que encontramos allí los viejos métodos franceses: cuando una administración se vuelve caduca en nuestro país, no se le suprime, sino que se le yuxtapone una administración más eficaz.

Lleguemos a lo que es importante en esto: la Cámara de las Cuentas que desemboca en el enorme nudo de la Tesorería del Ahorro y de la Recaudación General. Se trata de dos lugares absolutamente esenciales. Del tesoro del ahorro, fundado por Francisco I en 1523, parten los gastos que van a dar a la Corte o a la Casa del Rey.

Las recaudaciones de dieciséis generalidades fundadas en 1542 —especies de semiprovincias actuales— desembocan en la Recaudación General. En estas Recaudaciones Generales entran los impuestos directos —tallas e imposiciones— las aduanas, el impuesto sobre el vino y sobre la sal, los impuestos de la aduana de las ferias. Al Nordeste de nuestra gráfica se encuentra el Dominio Real, con sus derechos señoriales, sus talas, sus multas y condenaciones. Pues el rey es también un gran propietario y poderoso señor. De hecho, el Dominio Real no representaba gran cosa, por lo menos en porcentaje en el presupuesto, pero la tradición le daba una cierta importancia. Fernand Braudel se

oponía esta mañana a las nacionalizaciones. Su actitud me recuerda la de Enrique IV; cuando veía una casa en ruinas en la ciudad decía: "Esa debe ser mía". ¡Hay precedentes!

Regresemos a los impuestos reales. Representan más del 90% del ingreso: corresponden a los impuestos directos e indirectos, pero también a los préstamos —representados en el Nordeste del cuadrante— y a las recaudaciones de partes casuales, es decir, de las ventas de oficios.

El cuarto del Sudeste del árbol representa el sector de los gastos. Parte de la Recaudación General, y desemboca en un enorme sector, el de los *out puts* —o producciones del Estado— o efectos inducidos por el Estado. Estos *out puts* son previamente alimentados por los *in puts*, es decir, por las recaudaciones fiscales y financieras. A lo largo de las dos grandes ramas descendientes, encontramos dos sectores de importancia desigual, en forma de sauce llorón: la Corte —la Casa del Rey— que puede representar hasta 10 000 personas al servicio de Catalina de Médicis y de Carlos IX (sus gastos: platería, montería, establos: el Gran Escudero era un personaje considerable). Es así como aparece un eje secundario, de arriba abajo, que parte del dominio del rey y desciende de la corte; Max Weber lo llamaría "*Monarquía patrimonial*". Es así como aparece igualmente a la extrema derecha de la gráfica un eje "moderno": arriba a la derecha, los impuestos, hacia abajo los gastos para el Estado. Este anuncia, desde luego, nuestro sector de gastos "modernos": los gastos ordinarios de la guerra, los gastos extraordina-

rios de la guerra: las fortificaciones, la marina, la artillería.

Vayamos más abajo aún. ¿Qué encontramos? Los Gobernadores de provincia, a la izquierda, los Embajadores a la derecha —Gran Preboste del Hotel del rey, Gran Consejo del rey— pero sobre todo unas instituciones de gran porvenir: los Secretarios de Estado, antepasados de nuestros Ministros, pues la función propiamente ministerial nace entonces con los Secretarios de Estado. No olvidemos a los intendentes de Finanzas (Subsecretarios de Estado en las finanzas, diríamos nosotros). No olvidemos, sobretodo, a los "jefes" de demandas del Hotel del rey, los que Pierre Goubert llamará "*la clase política del régimen*" y Pierre Chaunu "*la tecnoestructura*", es decir, los abuelos, ampliamente putativos, ciertamente, de nuestra anarquía contemporánea. Este árbol representa, incluso deformada, la mejor fotografía que pudiéramos tener del Estado francés del Renacimiento, como matriz del Antiguo Régimen y de una sociedad tradicional.

A. Du Roy.—*Doy las gracias a Emmanuel Le Roy Ladurie. Cedo ahora la palabra a Théodore Zeldin, historiador británico apasionado por el estudio de Francia y de los franceses...*

Comprender a Fernand Braudel

Théodore Zeldin.—No he preparado texto. Soy lo bastante ingenuo para imaginar que estamos aquí no

sólo para rendir un homenaje a Fernand Braudel, para expresarle nuestra simpatía, nuestro placer de leerlo y de encontrar un hombre que sabe unir la sabiduría con los juegos de la infancia, sino también porque queremos entenderlo un poco mejor.

Para mí, es el más célebre de los historiadores, pero como individuo, es desconocido. Ayer en la noche le pregunté: "¿Quién lo ha comprendido?" Me respondió: "Y bien... Hay alguien en Argentina..." ¡No está mal que haya encontrado a alguien!

Desde hace cuarenta años escribe y tiene problemas para hacerse comprender, problemas para imponer una nueva historia que los demás acepten. Lo considero como un artista, como un poeta; no me interesa la situación de los artistas que no son comprendidos. Pues esta situación no es especial de los artistas: se extiende cada vez más. En la sociedad en la cual vivimos, no nos comprendemos. En nuestros días, desde la guerra en particular, los individuos se vuelven cada día más diferentes los unos de los otros, porque no tienen la posibilidad de escoger. La enseñanza tiene el efecto contrario, que pudiéramos esperar. Cada quien interpreta la enseñanza a su manera. El profesor no consigue imponer lo que trata de imponer. Hay, pues, una especie de cacofonía que se desarrolla en nuestro mundo y que debemos ver como una contradicción de esta unificación que usted atribuye a los ferrocarriles. Por ello, antes que decir lo que pienso, me gustaría empujar a Fernand Braudel a responder preguntas, a mostrar su rostro por debajo del muro que lo oculta a mi vista.

Fernand Braudel, con vuestra *Histoire de la France*, ¿seréis comprendido?

F. Braudel.—Seré comprendido oblicuamente, pero ya es una satisfacción, pues en la medida en que la gente no nos comprende, nos define. Mi libro será acogido seguramente con gentileza y con atención... Pero ¿seré comprendido? Me he pasado la vida sin ser comprendido, incluso por mí mismo. Es muy difícil.

T. Zeldin.—Decís que no queréis ser definido. Muchas personas se niegan a serlo porque encuentran siempre que se les ve de una manera muy simplista.

F. Braudel.—Yo les responderé, Théodore Zeldin en un instante... pero quisiera que llegarais a vuestras conclusiones.

T. Zeldin.—Quisiera llegar a ellas charlando con vos, y no haciendo un discurso.

F. Braudel.—Pero sois capaz de hacer un discurso, lo habéis comenzado.

A. Du Roy.—*¡Tengo la impresión de que Fernand Braudel tiene más bien deseos de proponeros unas preguntas!*

T. Zeldin.—Bueno. Yo voy a formular otras preguntas. La primera es sobre esta imposibilidad de comunicarse. Viniendo acá, había anunciado como tema de intervención: "*La nación, en tanto objeto de la investigación histórica.*" Era pues, un problema de metodología. Pero precisamente, ¿hemos llegado al fin a la era de las metodologías?

¡Lo que me gusta en Braudel es que no sigue las mismas reglas que impone a los otros! Es importante, porque seguir las reglas es muy aburrido. Entonces

me pregunto: si tenemos la temeridad de dar consejos, ¿qué nos queda? Yo diría que la "nueva, nueva historia" es: ¡Hay que sorprender! En el pasado, un historiador escribía de manera agradable e interesante lo que todo el mundo sabía, pero ahora, no basta.

F. Braudel.—¡Decimos de manera desagradable lo que todo el mundo ignora!

T. Zeldin.—No es todo. Hay una razón por la cual no se puede escribir sobre Francia. Lo he intentado; tomé un pequeño trozo de Francia y me di cuenta de que era necesario leer tantos libros, que la tarea de Michelet no era ya posible. ¿Cómo tenéis esa temeridad?

F. Braudel.—¿Creéis que el destino me castiga?

T. Zeldin.—Exactamente.

F. Braudel.—*La Histoire de France* será mi pasión, pero en el sentido muy particular de "ocasión de sufrimiento".

T. Zeldin.—¡Muy bien! Porque finalmente nos diréis lo que es Francia.

F. Braudel.—Sí, pero yo personalmente ya conozco el final. Espero a los demás...

T. Zeldin.—Espero que no, porque cuando se escribe un libro, es mejor siempre no conocer el significado.

F. Braudel.—Os dais cuenta, ¡las lecciones de método que me da por añadidura!

T. Zeldin.—Más tarde, tendréis la ocasión...

F. Braudel.—Más tarde... No creo.

T. Zeldin.—Os formulo otra pregunta, puesto que deseais contestar todas juntas. Formulo la pregunta de la inmovilidad, que es una de vuestras obsesiones.

F. Braudel.—Es necesario formular la pregunta a

Emmanuel Le Roy Ladurie, porque él dice "*la inmovilidad*" y yo digo "*la repetición*". Entonces, ¿qué escogéis? A Le Roy Ladurie, es decir el porvenir, o a mí, es decir la repetición, las fórmulas superadas, retro...

T. ZELDIN.—Yo estudio el retro. Si ensayamos observarlo, comprenderlo —lo que es imposible— la fecha interesante es 1929, fecha de fundación de los *Annales* y de acontecimientos muy importantes en el mundo, pero también de la publicación de un libro que no se conoce y al cual yo quisiera referirme. Lo llaman a veces —perdón, yo sé que no os gusta oírlo— "el Papa de la historia"...

F. BRAUDEL.—¡No he entrado en religión todavía!

T. ZELDIN.—Entonces, yo me pregunto. ¿Por qué el Papa es francés?

F. BRAUDEL.—¡Porque no todos los Papas pueden ser polacos!

T. ZELDIN.—¿Puedo sugerir que haya un candidato a Papa inglés?

F. BRAUDEL.—¿Sois vos?

T. ZELDIN.—No.

F. BRAUDEL.—¿Un rival? ¿Un antipapa?

T. ZELDIN.—Está muerto y es desconocido de los franceses. Es Louis Namier. Escribió un libro maravilloso en 1929, su obra maestra, sobre la estructura política en el tiempo de Jorge III. Ahora bien, la *Revue Historique* no se dignó acordarle más que ciertas líneas: "*Este libro tiene un carácter bastante inesperado y podemos recomendar la lectura de la introducción.*" Y bien, consideramos en Inglaterra que Namier es el más

grande historiador que hayamos producido en este siglo.

F. Braudel.—Yo os doy la razón.

T. Zeldin.—Estoy encantado de que lo reconozcais. Pero sus compatriotas lo conocen apenas.

F. Braudel.—Estoy seguro que Le Roy Ladurie lo conocía.

T. Zeldin.—No hablo de espíritus satélites, sino de profesores de liceo. Ellos no leen ese libro.

F. Braudel.—No tenéis el derecho de generalizar...

T. Zeldin.—Ello me lleva a formular la siguiente cuestión. ¿Cómo viajan los libros entre los países? Vais a escribir una *Histoire de France*; si hubiérais comenzado así, ¿cuál sería vuestra carrera?

F. Braudel.—Me hubiera quedado como profesor de liceo hasta el fin de mis días.

K. F. Werner.—Quisiera decir una palabra al respecto. Fernand Braudel es uno de los historiadores franceses que ha hablado más a los franceses de otros países.

Por primera vez, la historia universal, o más bien la historia de los hombres, ha sido hecha de una manera completamente inteligente y nueva, y él lo ha logrado hablando poco, relativamente, de los franceses. Es algo inaudito en Francia, y muy arriesgado. Por ello estoy completamente del lado de Zeldin al preguntarle, Maestro: ¿existe una investigación internacional, o en otros términos, tenemos ya la realidad de una cooperación internacional sobre los diferentes temas, entre ellos Francia? Porque Francia es un gran tema, y no sólo para los franceses. Estoy seguro de que su libro sobre

Francia está enriquecido con todo lo que sabéis de otras naciones.

F. Braudel.—Mis verdaderos maestros fueron Lucien Febvre y Marc Bloch. Ahora bien, Marc Bloch ha dicho: "No hay historia de Francia, hay historia de Europa." Y como si eso no fuera suficiente, dijo, en confianza, a un historiador: "No hay historia de Europa, sino historia del mundo." Al hacer una historia de Francia, me siento culpable, porque no alcanzaré a integrarla con la historia de Europa y la historia del mundo. Pero perdón por haberos interrumpido, Theódore Zeldin.

T. Zeldin.—Para acabar con esta cuestión, me pregunto si no es importante el hecho de que no seais un francés como los demás.

F. Braudel.—Pero si ¡soy un francés como los demás!

T. Zeldin.—Vos mismo habéis dicho que habíais vivido en el extranjero. Y bien, eso no es normal.

F. Braudel.—He vivido en París también, en Saboya, en Provenza.

T. Zeldin.—Pero durante los años decisivos, aquellos en los cuales formulasteis vuestras ideas, estabais en el extranjero.

F. Braudel.—Me volví inteligente en Brasil. El espectáculo que tenía a la vista era un tal espectáculo de historia, un tal espectáculo de gentileza social, que he comprendido la vida de otra manera. Los años más bellos de mi vida los he pasado en Brasil. Lo que ha tenido consecuencias para mí y me he expatriado, en cierta manera. Me dejo manipular de buena gana por

la gente que me rodea. Si habláramos cinco horas más, me sentiría muy inglés.

T. Zeldin.—Me gustaría abordar con vos el problema del estilo. ¿Cómo veis el desenvolvimiento de la historia en el porvenir? ¡Acumular información cada día se vuelve más difícil! La historia ¿no debe más bien tratar de recuperar su retraso en relación a las artes plásticas que han abandonado el deseo de reproducir el mundo, pero que tratan de rehacer los hechos, de crear algo?

F. Braudel.—¿Queréis una historia abstracta, en suma? Una historia que ya no sería historia, pero que seguiría siendo una carrera...

T. Zeldin.—Me pregunto si no se ha hecho ya.

F. Braudel.—Sí, es posible. Pero habéis hablado de estilo. Ahora bien, hay un estilo que hace que la "nueva, nueva, nueva historia" se parezca a la "nueva, nueva" e incluso a la simplemente "nueva". Los historiadores franceses son maestros del lenguaje. Esto es verdad en relación a Emmanuel Le Roy Ladurie y Georges Duby que escriben divinamente, que son historiadores franceses de gran clase. Ellos saben manejar la lengua francesa. Ahora bien, no habrá historiadores que se apoderen de la opinión pública, si no dominan la lengua francesa.

T. Zeldin.—¡Es una conclusión maravillosa! Va completamente de acuerdo conmigo. Estamos igualmente de acuerdo sobre el hecho de que Francia no basta para escribir una historia de Francia. Es necesario hacer un estudio global para comprender cuál es el significado de Francia, al igual que es preciso conocer personas

como Namier para entender quién es Braudel. Y bien, es en la escritura y en el arte...

F. Braudel.—Ciertos geógrafos también escriben divinamente en francés. Etienne Juillard, por ejemplo

T. Zeldin.—¡Entonces, aplaudo!

A. Du Roy.—*El diálogo, que ya ha comenzado, va a proseguirse. Quisiera, de entrada, preguntarle a Fernad Braudel: ¿Cuáles son las reflexiones que han inspirado vuestras intervenciones?*

Historia, geografía y población

F. Braudel.—Me he dejado seducir por Zeldin y he hablado demasiado con él, tanto, que voy a apresurarme a charlar con los otros; porque quiero regresar a Zeldin. No es del todo razonable.

Escuché con placer a Guilaine, quien es seguramente hoy en día uno de los príncipes de la investigación histórica francesa. Domina un espacio de la investigación prehistórica que nadie domina como él. Conocer la prehistoria, ser un maestro de la lengua, es una cosa. ¡Pero dominar el lenguaje y volverse, como él lo ha hecho, a la historia verdadera de Francia, es otra cosa! Pues si los campesinos comienzan a existir en la época de la pre-historia, ello significa que la verdadera, profunda, biológica historia de Francia cae bastante antes del principio de eso que llamamos historia, bastante antes de la escritura. Lo escuché con bastante atención y quiero formularle una pregunta.

O él responde que "sí" y estoy a salvo, o responde "no" y estoy en un problema sin límites. He leído en efecto una obra del prehistoriador Norgier: "*La Géographie préhistorique.*" Yo me enteré de un dato que me llevó a saber que había probablemente, hacia el segundo milenio antes de Cristo, cuatro o cinco millones de habitantes en el Hexágono. Lo que quería decir que ellos constituyen lo esencial de la historia de Francia y que quienes vinieron a instalarse entre nosotros —romanos y todos aquellos a quienes llamamos bárbaros— no son tan numerosos en relación a los galos. La verdadera historia, la historia biológica, la historia profunda, es la historia bastante anterior a Cristo, mucho antes del primer o del segundo milenio. Entonces, Jean Guilaine, quiero que respondáis "sí" a mi pregunta. No tenéis ninguna obligación, pero sería elegante de vuestra parte.

J. Guilaine.—A riesgo de parecer poco elegante, haré una respuesta de normando. Las estimaciones de Nougier se referían esencialmente al tercer milenio, es decir, a la época en la cual se da la más fuerte densidad de hábitats prehistóricos. Nougier había observado entre el Sena y el Loira un número particularmente elevado de "estaciones" neolíticas. Concluyó con una densidad humana más bien elevada. Pero lo que no sabemos es si todos esos sitios son estrechamente contemporáneos. Comprobaréis la existencia de hábitats atribuidos al tercer milenio. Pero ¿cuál es su contemporaneidad real? ¿No hay allí sucesión en el tiempo? Entonces, en este caso, no tenemos medios de precisión de un siglo más o menos.

Otro método ha sido propuesto por el doctor Riquet, que consistía en evaluar este período —en el cual tenemos igualmente muchas sepulturas que son sepulturas colectivas: grutas funerarias naturales o artificiales, monumentos megalíticos: la documentación antropológica disponible.

Se intenta después evaluar la duración de utilización de la tumba para estimar cuántas generaciones representan los vestigios astrológicos estudiados. En seguida se trataba de estimar de manera un poco subjetiva el porcentaje de tumbas destruidas por cinco o seis mil años de erosión y de destrucción antrópica. Y Riquet llegaba a cifras, si es buena mi memoria, que eran netamente más bajas que las de Nougier, del orden cuando más de un medio millón de habitantes para el fin del neolítico.

Evidentemente, a propósito de la investigación de Riquet podemos igualmente hacernos la pregunta: las gentes cuyos restos se encuentran en las sepulturas colectivas ¿son el reflejo demográfico real de la colectividad, de la comunidad? ¿Tenían acceso todos los difuntos a la sepultura colectiva? ¿No existían personas que se enterraban en sepulturas más ordinarias (fosas)? En la afirmativa sería necesario modificar hacia arriba los resultados de Riquet. Ya véis hasta qué extremo es complicado.

Y después, hay algo que interviene, y es que para ese período, el del tercer milenio, se dispone de una gran cantidad de sitios. En seguida, en el segundo milenio asistimos a un verdadero hundimiento. ¿Por qué?

Ya veis, querido Maestro, la prehistórica no es fácil.

E. Le Roy Ladurie.—¿Una cifra, aunque sea?

J. Guilaine.—Retengamos las cifras de Riquet, de 200 000 a 500 000 personas en el neolítico, como punto de partida.

F. Braudel.—Está equivocado, eso no le costaría nada, pero creo que tiene razón. ¡Eso es lo malo! El especialista siempre tiene razón contra el historiador que tiene excesivas pretensiones.

Pero, mirad, hay algo de cualquier manera que ocurre al fin de su prehistoria: todo se agita de tal manera, hay tantos pueblos nuevos, culturas nuevas, que es necesario que sean numerosas. ¿Conocéis al geógrafo Pierre Bonnaud? Según yo, entre los jóvenes, es el más grande. Ha luchado contra los nombres de lugares, con el onomástico y excavando el suelo, reencuentra la prehistoria, una prehistoria dramática, especialmente para los celtas, pero en favor de un empuje asombroso de los celtas. De hecho, yo quisiera que Guilaine, a través de mi persona, dé la razón a Bonnaud, pero pasemos...

Etienne Juillard, habéis hecho una magnífica exposición. Por otra parte, sois incapaz de hacer exposiciones que no sean magníficas. Pero me ha sucedido algo que me divierte y me contrasta. Etienne Juillard no ha querido hablar de mi libro sin haberlo leído. Entonces, en lugar de enviarle un libro que representa más o menos 800 páginas, he escogido una "hoja de alcachofa", el capítulo III que se intitula "¿Ha inventado la geografía a Francia?" Naturalmente, yo respondo "No", pero es un placer para mí retomar vie-

las afirmaciones de Vidal de la Blanche. ¿El valle del Ródano, el istmo francés, ha ordenado el dibujo de Francia?... Yo era un apasionado de la geografía, pero me vinculo a una geografía bastante más vieja que la Juillard. Le he enviado pues el capítulo III, y su intervención retoma exactamente el contenido de mi capítulo II que se llama "Las reglas de la población: las ciudades, las villas, las aldeas". Esto me reconforta. Su exposición utiliza expresiones mejores que las mías, tanto así que he tomado notas y en mi libro cambiaré algunas expresiones para reemplazarlas por sus fórmulas y palabras luminosas. Pero si yo le hubiera dado a leer el capítulo II ¿sabéis lo que él hubiera hecho? Una exposición sobre mi capítulo III. Esto es el fastidio, esta es la dificultad.

Sin embargo, voy a tener con Etienne Juillard tal querella que le pido no responderme. Muchos geógrafos, entre ellos Pierre Gorou, al que queremos el uno y el otro, consideramos como vos, mi querido Etienne, que el espacio contiene una experiencia humana muy variable. Entonces, retiran la experiencia humana y se olvidan del espacio. Los acuso de desespacializar la historia. Poniendo las cosas en su lugar, tengo el sentimiento de devolver a la geografía sus antiguos derechos, se llame o no determinismo. Lucien Febvre en *La Tierra y la evolución humana*, no ha llegado hasta la negación pura y simple del espacio. El "posibilismo" de Lucien Febvre es un determinismo endulzado, pero todavía es un determinismo. Etienne yo os pido que no me respondáis porque voy a regresar a mis colegas.

A. Du Roy.—*Yo voy, sin embargo a preguntarle si desea responder.*

E. Juillard.—Voy a responder, sin embargo. No creo haber desespacializado en absoluto. Lo que he querido decir y creo que eso basta para condenar el determinismo, es que el significado de los datos espaciales varía, cambia en función de todo un arsenal de otros factores tecnológicos, económicos, sociales y en consecuencia no puede decirse que haya un determinismo del espacio. Hay un componente espacial de un complejo de factores, y este componente espacial no está fijo, no está dado de una vez por todas.

F. Braudel.—Sí, pero es el más importante y el más antiguo y es el que cuenta en la historia profunda. Habéis hablado de migraciones, habéis incluso hablado de Stendhal, pero os dais cuenta de que ello no aborda el problema en profundidad. Stendhal no es, por sí solo, capaz de negar el determinismo geográfico. Podeis regresar a ello, es muy importante y yo tengo la apariencia de zarandearos gratuitamente.

E. Juillard.—En el capítulo III he estado muy interesado por lo que decís del valle del Ródano, de la navegación sobre el Ródano, pero yo hubiera agregado algo más. Decís que el Ródano no ha representado un gran papel en la formación del espacio francés, en particular Lyon, la vocación de Lyon.

F. Braudel.—Sin embargo, han reequipado al Ródano.

E. Juillard.—Hay, de cualquier manera, 30 millones de toneladas de petróleo que pasan actualmente bajo el suelo a lo largo del Ródano.

F. Braudel.—El Ródano es inocente.

E. Juillard.—El Ródano es inocente, pero no el corredor. Existe el ferrocarril francés y la autopista hacia París y hacia Alemania.

F. Braudel.—Regresa al determinismo geográfico, me dice: "Existe el corredor."

E. Juillard.—Ello me permite regresar a lo que decía hace un instante. El significado de ese corredor ha cambiado completamente, varias veces en la historia, según el contexto técnico, el contexto económico, el contexto demográfico. El Ródano ha perdido su papel. Ha vuelto a encontrarlo. Lo perderá de nuevo, posiblemente. No es determinismo.

F. Braudel.—Sí, es determinismo. El determinismo es que un cierto número de causas arrastra un cierto número de consecuencias. Lo que es dramático para el valle del Ródano, es el uso que le hemos dado: no tomará su valor si no se va hacia el Rin, es decir, si descuida la cuenca parisiense.

K. F. Werner.—Es más fácil para un alemán responder, porque el Ródano permite a lo que será la Galia llegar al Mediterráneo sin pasar por los Alpes. El altiplano occidental de Europa tiene la gran ventaja de reunir el Norte y el Sur sin la barrera de los Alpes. Es uno de los datos insertos en el porvenir de la Galia y de Francia, que será así la placa giratoria que permitirá a las adquisiciones del Mediterráneo pasar a la Europa central y septentrional. Este dato está inscrito en la geografía.

F. Braudel.—Pero el Ródano nos ha traicionado a nosotros, pobres franceses, porque la unidad de Fran-

cia no se ha formado, como lo pensaba Vidal de la Blanche, a lo largo del surco del Ródano.

Pero dejemos estas cuestiones y puesto que Karl Ferdinand Werner ha tomado la palabra, me vuelvo hacia él. Admiro no sólo su comunicación, sino que recomiendo la lectura del primer volumen de la *Histoire de France*, bajo la dirección de Jean Favier, publicado en Arthème-Fayard. Ese primer volumen, que habéis redactado, es un esplendor. Confesemos que es bastante reconfortante pensar que haya sido escrito por un gran profesor alemán. Y cuando Karl Ferdinand dice que no domina la lengua francesa, comete la única mentira de esta mañana.

Lo que me gusta de vuestra obra es que producís la impresión de que esos acontecimientos tan lejanos de este escenario medieval tienen consecuencias hasta para nosotros. Estáis en favor de una historia de muy larga duración. Habéis explicado la división del espacio en tres partes. ¿Queréis proseguir con el tema?

K. F. WERNER.—Que el mundo franco no sea bipartita sino tripartita, es muy importante, efectivamente. El siglo XIX no ha observado suficientemente la génesis de Alemania y de Francia, sino que ha insistido, por el contrario, en las lejanas luchas franco-alemanas. Sin embargo, los textos nos lo demuestran: las poblaciones no tenían ninguna idea de semejante pertenencia. La Galia no existe antes de la llegada de César, pero existe claramente después de la llegada de los francos. Es una Galia esencialmente dividida en dos partes, división del origen de toda la historia de Occidente, comprendida aquí Inglaterra, conquistada por los nor-

mandos afrancesados. ¿No es así como se forma, desde el punto de vista lingüístico, ese mundo anglo-francés que dominará la historia moderna? Por lo demás, Germania como Italia constituyen conquistas de esta Galia franca y cristiana, pero no quisiera entrar en detalle.

Regresaré sin embargo sobre una idea que habéis formulado discutiendo con Etienne Juillard. Ha revelado un poco vuestro sueño: la masa de hombres que constituirá lo que será Francia estaría ya en este lugar y por lo tanto, el número de recién llegados está aquí ya y por lo tanto su número sería finalmente mínimo. ¿No es una concepción "friolenta" de Francia? Francia no necesita ese temor, debe tomar en cuenta todas las riquezas traídas por los emigrantes, ya sean celtas, romanos o "bárbaros". Afirmar esto no minimiza en nada la importancia fundamental de aquellos que, llegados también en varias oleadas, estaban ya presentes en el territorio.

Insisto, sin embargo, en poner en guardia contra esta especie de temor. Nos encontramos a veces otra tendencia: los hombres quisieran forjar su unidad en un pasado muy lejano vinculándose a un mito. Así, en el siglo VII en el norte del Loira, las poblaciones se decían francas en la medida en que estaban sujetas al Rex Francorum. Las poblaciones de esta región sabían perfectamente que había habido antes galo-romanos. Entonces ¿que ha pasado? El texto del siglo VII considera a los galo-romanos como expulsados o masacrados: esta *tabula rasa* es un medio seguro para crear la unidad.

El hecho puede observarse igualmente en Inglate-

na. ¿No se pretende todavía hoy que los recién llegados sajones hayan expulsado o masacrado a las poblaciones anteriores? Esta tendencia existe también en Alemania.

Acordemos un justo papel a quienes llegaron, pero no borremos por ello la acción de aquellos que preexistían en esas regiones. Pues es precisamente en la simbiosis de esos dos elementos donde está el origen de nuestras actuales naciones.

F. Braudel.—Profesor Werner, sois terriblemente optimista, habéis dicho que nosotros no masacramos en tal forma a los galo-romanos; es hermoso de cualquier manera, es un descubrimiento. Así pues, los galo-romanos vivieron. Y si vivieron, representaron un papel desde la época de Clodoveo, no, es un poco temprano todavía. Podemos encontrar elementos que destacarán en seguida y que es necesario tomar en cuenta si aceptamos que la historia es de cualquier manera una inclusión biológica. Lo que vos decís es muy consolador, es necesario esperar a la época contemporánea para que la matanza tenga éxito: antes se masacraba bastante menos.

Me vuelvo hacia el profesor Raffestin, quien nos ha hecho una exposición maravillosa. Eso no es geografía, es verdadera orfebrería. Nos habéis mostrado gente que no trabaja, pero que trabaja; personas que no son inteligentes, sino muy inteligentes y que se ponen a sus anchas. Al principio, se instalaron en las entradas de los valles alpinos, después, al contrario, cerca del agua que va hacia las regiones bajas, y tuvieron la buena idea de remontar. Yo amo más el interior, me

gusta escalar. Entonces, ¿sois deterministas o no? ¡Eso existe, las desembocaduras de los valles alpinos!

C. RAFFESTIN.—En este caso, soy un determinista incierto. Recordaba hace un momento las estructuras de encuadre de las cuales habla Goron... Muchas cosas dependen de las técnicas de explotación...

F. BRAUDEL.—Pero esas técnicas no son como globos, y están tomadas en un espacio. Estáis obligado a regresar al propio espacio; ciertamente, no es siempre el mismo, se transforma, pero es siempre el mismo.

C. RAFFESTIN.—Absolutamente, pero tenemos medios para escapar de las más fuertes coacciones del espacio.

F. BRAUDEL.—Sí, pero no los suprimimos. La historia de Francia se ha desarrollado en un cierto espacio. No me gusta la palabra Hexágono, pero el Hexágono está allí.

PAPEL DE LAS FINANZAS EN EL ANTIGUO RÉGIMEN

Voy a molestar ahora a Emmanuel Le Roy Ladurie, somos viejos amigos.

Decidme Emmanuel, ¿os dáis cuenta de la obra maestra que habéis encontrado? Pues es una obra maestra. Y al mismo tiempo, eso me hiela la sangre, con la idea de que cuando pasábamos los exámenes, en el tiempo de antaño, se nos interrogaba sobre el esquema sin ofrecérnoslo. Había conocedores de las instituciones francesas, tales que podíamos responderles lo que quisiéramos, y siempre nos equivocábamos. Y yo pienso que este esquema es la demostración de que

nadie puede dominar la abundancia de las instituciones francesas.

Habéis transformado el esquema en reloj, es una transformación feliz, pero incluso así transformada, sigue siendo muy difícil pues no sólo hay muchas cosas, sino también cosas que faltan. Decimos: mirad qué inteligente era la monarquía francesa, gobernaba el país con veinte mil personas (para estas cifras, no estamos mejor informados que para los cinco millones de habitantes que yo he atribuido al segundo milenio antes de Cristo). Pero no es posible gobernar un país de estas inmensas dimensiones con sus retrasos, sus franquicias, sólo con ayuda de veinte mil personas. Son necesarias las complicidades. Es necesaria la Iglesia, además la nobleza, los mercaderes. El Estado no está solo. Hay toda una sociedad que lo rodea.

En vuestro esquema simplificado vemos "Justicia" de un lado, "Finanzas" del otro. No vemos la administración. Ahora bien, se definía al funcionario del Antiguo Régimen como el hombre que juzga y administra. ¡Ya véis la diferencia entre la justicia y la administración!... Pero la palabra "Finanzas", Emmanuel ¿no creéis que sea peligrosa?

E. Le Roy Ladurie.—Sí, pero era la palabra que empleaban.

F. Braudel.—Es una palabra peligrosa, porque los financieros son hombres de negocios que manejan, no su propio dinero, sino el dinero del rey; y además, se quedan con una parte en el tránsito, y bastante más considerable de lo que corresponde a sus emolumentos. Pero al lado de los financieros están los banqueros que

representan, sobre todo en la época de Francisco I, un papel considerable.

El problema difícil para la monarquía francesa es que percibe masas considerables de impuestos, pero no bastan. Entonces, aprieta el tornillo en un momento dado, pero no puede ir más allá. Ello lo obliga a dirigirse a personas que le prestan dinero y que le exigen reembolsos considerables. En el siglo XVI, existió ese periodo asombroso durante el cual la realeza francesa se volvió hacia Lyon. Era un lugar con mucho dinero. ¡Prestaban, era magnífico! Encontrábamos allí una bomba de finanzas que andaba perfectamente bien. No eran sólo los ricos quienes prestaban el dinero, sino también la gente del pueblo. Todo eso se terminó con tal desastre en 1557, que el capitalismo naciente abandonó a la realeza. Ésta se vio entonces obligada a vivir completamente sola. Los funcionarios adelantaban dinero, pues estaban al servicio del rey. ¿Estamos completamente de acuerdo?

E. Le Roy Ladurie.—Sí.

F. Braudel.—Os dais cuenta: se da a un pobre candidato a la cátedra el primer esquema y se le dice "explicaos". ¿Qué creeis que pasará? ¡Es terrible!

E. Le Roy Ladurie.—Este esquema, en efecto, deja de lado al ejército, que aparece un poco, pero no suficientemente, la Iglesia, que aparece apenas (por los diezmos), deja a un lado a los financieros y a los banqueros, pero se interesa en los jueces señoriales, en los notarios y en las municipalidades. Es pues, con gran precisión, un árbol de oficios y un árbol de justicia y finanzas. No hay que pedirle más de lo que puede dar.

Si tuviéramos la audacia de completar el pensamiento de ese señor Figon, podríamos agregar allí unos círculos, donde apareciera la Iglesia, el ejército, etc. Pero yo me atrevo a ir más lejos que ese documento; he permanecido fiel a un cierto empirismo histórico.

F. Braudel.—Sería necesario tener no sé cuántos esquemas para comprender las instituciones del Antiguo Régimen.

E. Le Roy Ladurie.—En suma, este árbol es válido desde el reino de Francisco I hasta poco antes de Colbert. A partir de Colbert, se terminó.

F. Braudel.—Colbert era cartesiano, en resumen. Peor para nosotros.

Fernand Braudel en persona

Me vuelvo ahora hacia Théodore Zeldin que me ha emplazado enfrente de ustedes esta mañana. Me acusa de ser un francés raro; lo que me irrita un poco, porque es verdad y porque no es verdad. Tengo bastante miedo de la celebridad, que bruscamente se anuda alrededor de mí, o sea, desde el punto de vista histórico, una circunstancia desgraciada.

He tenido una enorme cantidad de alumnos, los quiero, he disputado con ellos, y disputaría, llegado el caso. Me dicen a menudo: "Vos habéis tenido una vida particularmente privilegiada." Entonces protesto. Os he dicho ayer, al hablar de Jean-Paul Sartre, que él se había comprometido en la vida francesa y en la vida internacional de manera bastante más brillante

que yo. Ahora bien, sin quererlo, o queriendolo inconscientemente, yo he sido injusto conmigo mismo. Les divertirá posiblemente escucharme un instante.

He tenido una vida difícil. No, no difícil, sino muy difícil. Pero jamás he perdido el gusto de vivir. Tanto, que nunca he pensado en quejarme. Pero podría quejarme. No lo hago porque tengo horror a la vanagloria. E imagino que mi vida contribuirá más que ningún elogio, a ponerme por encima de lo que valgo realmente.

Me he pasado la vida derrotado por la vida universitaria francesa y además por la vida francesa. Soy de los que quieren reformar, quieren mejorar. Y con toda sinceridad, creí que era fácil. Ahora bien, nunca he tenido éxito.

Cuando regresé de la cautividad en 1945... No, esto va a parecerles pretensioso... se me encargó un curso en la Sorbona sobre la historia de la América Latina. La América Latina ha sido el encanto de mi vida. Di algunas lecciones; y no tuve un éxito prodigioso, sino superprodigioso. Así, la Sorbona se cerró para mí a doble llave, porque se sintió el peligro que yo podía representar para la historia tradicional. Es así como siempre he sido empujado por personas benévolas hacia un lado. Me nombraron en el Colegio de Francia; era un alivio para la Universidad francesa, porque el Colegio de Francia no tiene el derecho de otorgar títulos. La Universidad no se daba cuenta de que el Colegio de Francia —y hoy en día aún con mi sucesor Emmanuel Le Roy Ladurie— significa una posición

de superioridad, de una cierta manera. Pero yo no tenía el derecho de distribuir diplomas.

Traté en seguida, valerosamente, de hacer una Facultad que sea Facultad de Ciencias Humanas, pero total. Yo estoy contra las Facultades de Letras, Facultades de Derecho, etc. Fue entonces cuando —el azar es siempre muy divertido en una vida, es la ironía de la historia— yo he sido por todos conceptos (me entienden quienes conocen la historia de la Universidad) durante seis años un perfecto Presidente del jurado de oposiciones de historia y después despedido por un ministro, no de derecha, sino de izquierda.

Es posible que el hecho de haber sido despedido en esas condiciones haya atraído la atención sobre mi modesta persona; en todo caso, un mes o dos después de haber sido puesto en la calle, aparecía en eso que se llamaba en ese momento el plan quinquenal. Comencé a hacer estragos. Propuse, en un artículo en los *Annales* y con el nombre de Chambon, una Facultad de Ciencias Sociales. Representé tal peligro que se hizo una reunión prodigiosa, de la cual salió un resultado que todavía dura en la nomenclatura. Las facultades de Derecho se convirtieron en Facultades de Derecho y Ciencias Económicas, las Facultades de Letras se llamaron de allí en adelante Facultades de Letras y de Ciencias Humanas.

Posiblemente era yo un mal partero... sin embargo, tuve la gran ventaja de ser lanzado hacia la investigación. Es un privilegio fantástico. El Colegio de Francia es la investigación. Lucien Febvre, algunos otros y yo, hicimos la sexta sección de la Escuela de

Altos Estudios en medio de la ironía general, pues no confiere títulos universitarios. Existe un diploma de la Escuela de Altos Estudios, pero no entra en la jerarquía de los títulos. Y así pues, en esta desviación nos dejaron hacer la sexta sección de Altos Estudios de Ciencias Económicas y Sociales. ¿No éramos utilizados en Francia? ¡Lo fuimos en el extranjero! La sexta sección de la Escuela de Altos Estudios fue la más grande institución entre 1929 y 1968; ¡Dios sabe que he irritado a la mayoría! Desde Christian Fouchet, que tenía una gran amistad para conmigo, la recíproca es verdadera, me ha nombrado en una comisión de reforma. En mi lugar, ¿os hubiérais aprovechado? Yo me aproveché en realidad, y logré que la oposición fuera verdaderamente modificada. Lo digo en voz baja, escondiendo el rostro: no me gustan los concursos porque estropean a quienes aprueban y destruyen a quienes reprueban. Ahora bien, yo encuentro que no es razonable: ¡estar obligaso en seis horas, sin tener los suficientes conocimientos, a hacer una copia de veinte a veinticinco páginas! En veinticinco páginas, nos recibimos, en veinte páginas tenemos una mala nota, en cuatro páginas somos rechazados. ¡Es increíble! Porque para responder esas preguntas, que son todavía la regla del juego, hemos acumulado conocimientos mediocres, en lugar de aprovechar la juventud para aprender alemán, latín, griego, economía política. Así pues, conseguí una modificación a las oposiciones y Christian Fouchet delirabi de felicidad con la idea de hacer algo, y decía: "Se podrían suprimir ..." ¡Entonces, hubo sesiones en la comisión de Christian

Fouchet, absolutamente maudita! El director de la Escuela Normal Superior me dijo: "Pero si los estudiantes no preparan las oposiciones, ¿qué harán? Todo el mundo le respondió: "Otra cosa". Pero él no estaba satisfecho. Y no crean que eso terminó a mi favor. Christian Fouchet fue a visitar a Pompidou —Pompidou la tuteaba (los políticos se tutean desde la Tercera República)— y éste le dijo: "Si continúas ocupándote de las oposiciones, te echo". Entonces Christian Fouchet reflexionó mucho, y no hubo reforma.

Diez veces por una he sido derrotado. En tanto que reformador, soy un hombre de izquierda en profundidad. Pero he sido zarandeado por la izquierda y por la derecha, en la medida en que mi buena voluntad ha hecho de mí un hombre que no es ni de derecha ni de izquierda. Cuando la izquierda llegó al poder últimamente, tuvo razón en romper con muchas cosas, pero no en nacionalizar como lo hizo. Lo que vi en Italia ordenó mi juicio. No reflexiono sobre un plano teórico, sino sobre datos inmediatos. Podría continuar un buen rato, contándoles mi vida...

A. Du Roy.—*Cuando Théodore Zeldin señalaba hace un momento que erais un francés "anormal", quería decir sin duda que la historia de nuestra vida lo ha conducido hacia el extranjero. Ahora bien, en el extranjero se considera a los franceses como casi exclusivamente vueltos hacia sí mismos, egocentristas y que consideran que la sola cultura del mundo es la cultura francesa. En relación a esta imagen de los franceses,*

sois anormal. ¿Está fundado, en nuestra opinión, este juicio sobre los franceses?

F. Braudel.—Es necesario preguntar eso a Théodore Zeldin. Él ha estudiado a los franceses como se estudia a los cobayos. ¿Es lo que dijisteis, Zeldin? Entonces, ¿qué pensáis de los cobayos franceses?

T. Zeldin.—Estoy encantado de haber conseguido mover a uno de esos cobayos tan distinguidos, y que habla tan bien, al hablar de su vida. Me intereso en su vida porque la historia está hecha con la vida de los individuos.

A. Du Roy.—*Su juicio sobre la descentralización ha creado agitación. Varias preguntas de la sala dan testimonio.*

F. Braudel.—Responderé, pero no solo, pues temo que no compartáis mi punto de vista. Comprendedme. Lo que más admiro de Francia es la honradez de sus funcionarios, y no la he encontrado siempre en otros países. Temo que esta burocracia improvisada que formará la descentralización de las provincias no sea de la misma calidad. Ya véis claramente que soy mal intencionado...

A. Du Roy.—*Os leo dos preguntas que os dirigen sobre este tema. La desconfianza de Fernand Braudel en relación a la descentralización ¿es irreductible? No pienso en efecto —es Yves Delahaye del ministerio de Relaciones Exteriores quien habla— que la descentralización presente riesgos para la unidad nacional en la medida en que no es un movimiento centrífugo, sino una transferencia de competencia y de medios de la cima a la base. Permite pues asociar con mayor cer-*

camia al ciudadano al ejercicio del poder, lo que me parece, al contrario, favorable para la unidad del país.

F. Braudel.—Deseo que tengáis razón. No deseo que mis previsiones, un poco pesimistas, se realicen. Pero cuando decimos que el hecho de regresar de la cima a la base no es una fuerza centrífuga, entonces ¿qué es exactamente? Es como si tomáramos el centro del círculo y que lleváramos ciertos elementos a la circunferencia.

A. Du Roy.—*Un reproche más preciso se os hace sobre el tema: "Hay en Fernand Braudel, me parece, una ambigüedad. Su juicio negativo sobre la descentralización, ¿está dictado por su nacionalismo? ¿Teme que la nación no sea una e indivisible? Su denuncia del papel demasiado pesado del Estado debería, sin embargo, incitarlo a aprobar la descentralización. No ha tomado posición sobre el capitalismo, señalémoslo. En tanto que historiador, no es necesario tomar posición sobre la descentralización. Es en calidad de ciudadano, si he comprendido claramente, como ha tomado posición."*

F. Braudel.—¿Por qué distinguís al historiador del ciudadano? Es la misma y única persona. Puedo hacer callar al ciudadano y dejar hablar al historiador, seguramente, pero pueden hablar los dos al mismo tiempo.

A. Du Roy.—*Se os reprocha tener un juicio a priori sobre la descentralización, siendo así que aún no opera.*

F. Braudel.—Vivo también en la provincia, en los Alpes. Si fuera lo bastante valiente, habría emprendido operaciones judiciales contra algunos municipios. No acepto que gracias al desarrollo de las estaciones de

esqui, algunos hagan fortuna en detrimento del tranvía, de la iluminación del pueblo, etc. Lo repito, temo que tengamos problemas a menudo con organizaciones que no tendrán la honradez que encuentro casi siempre en la burocracia francesa, de la cual se habla tan mal. Evidentemente, no respondo a las preguntas. Pero ese es mi sentir: si se hace la descentralización, aplaudiría, pero...

E. Le Roy Ladurie.—¿Es insultante decir que el financiamiento de los partidos políticos, de derecha como de izquierda, se hace a menudo por operaciones inmobiliarias en el cuadro de las comunidades descentralizadas, municipales o regionales?

A. Du Roy.—*No sé si es insultante, es real en todo caso.*

E. Le Roy Ladurie.—Allí hay un problema y no podríamos recentralizar para evitarlo.

A. Du Roy.—*Hubert Caron, profesor, os interroga sobre vuestra concepción global de la historia: "Habéis definido al principio de la sesión la historia global como una historia inflada por las ciencias humanas." ¿En qué sentido esta indicación, que señala una voluntad de totalización y de unificación de los conocimientos, se aproxima o se aleja de una filosofía de la historia?*

F. Braudel.—Lo que los compatriotas de Karl Ferdinand Werner me reprochan, es el no llegar a una filosofía de la historia.

En primer término, soy incapaz, en seguida, no quiero hacerlo. Es preciso comprender lo que es la lección de los *Annales*, de la escuela de los *Annales* e

incluso de la "nueva, nueva historia"; es que todas las ciencias están incorporadas a la historia y se convierten en ciencias auxiliares. Pero son ciencias auxiliares peligrosas porque el dominio de la historia no tiene fronteras —se entra en la historia como en un molino— tanto así que las ciencias sociales, esas ciencias del hombre, deterioran la historia y le formulan preguntas terribles. Nos preguntamos entonces si el fin de la historia es contar el pasado, o bien, colaborar a la unificación de las ciencias humanas, a lo que llamo la interciencia. El conflicto que existe entre los "Nouvelles Annales", entre Emmanuel Le Roy Ladurie y yo —¡lo que diré va a darle gusto a Zeldin!— es que estoy decidido a sacrificar la historia para tratar de salvar las ciencias humanas: acuso a la economía política de ser imperfecta. Le reprocho a la geografía el no entrar en profundidad. En cuanto a la sociología, me pone colérico. ¡Y Dios sabe que la sociología me apasiona! Pero los sociólogos que creen encontrar la verdad sobre las sociedades mirando con la lupa o tendiendo la oreja cada vez que se trata del mundo actual, no tienen el menor cuidado por la perspectiva; es igual que si yo hiciera pintura abstracta; no por ello diría que la pintura abstracta es la mejor. Pero amo la historia, por la cual siento deseos de trabajar.

A. Du Roy.—*Habéis dado, hace algunos años, un curso para niños de 13-14 años en Tolón sobre "el sitio de Tolón de 1707". Los niños, me han dicho los compañeros que los entrevistaron, estuvieron muy interesados.*

F. Braudel.—Por lo menos, los divertí.

A. Du Roy.—*Era un relato. Era teatro. Les gustó.*

F. Braudel.—¡No soy un buen actor, eso es lo malo!

A. Du Roy.—*¿Cuáles son los dos o tres consejos que daríais a un joven profesor de historia?*

F. Braudel.—Le diría, para empezar: "Amigo mío, tú sigues mis consejos o no los sigues. Te los doy, pero serás tú el que pagará el precio."

Actualmente, el profesor es prisionero de los programas. Ahora bien, no soy yo a pesar de todo lo que hayan podido decir, quien hizo los programas de historia. Fui nombrado por Edgar Faure, presidente de la Comisión de reforma de la enseñanza de la historia en secundaria. La comisión se reunió durante ocho días. No llegó a la menor conclusión. Así pues, no soy responsable. Pero si yo fuera responsable, hasta las clases de secundaria y el segundo año del bachillerato, enseñaría la historia tradicional, la historia-relato: se cuenta, se detiene, se explica una cosa un poco más importante y de tiempo en tiempo se deslizan observaciones de sociología, de economía social, etc.; y concentraría "la historia nueva, nueva" y "la historia nueva, nueva, nueva" en el último año de bachillerato. Porque encuentro horrible, abominable, que se pregunte en el bachillerato sobre el periodo 1945-1985, como se hace hoy en día. ¡Estoy seguro que si examinara, reprobaría a cualquier historiador en el examen de bachillerato! ¡Y si me interrogara a mí mismo, me reprobaría personalmente! Tenéis razón en aplaudirme.

No admito que los concursos y los exámenes se hayan inventado para rechazar a las personas. Eso no puede durar, es increíble. Tomad el ejemplo de la medicina.

¡al principiar la carrera de medicina, se estudian un montón de cosas que no tienen nada que ver después con el ejercicio de la medicina, con el fin, muy sencillo, de disminuir el número de futuros médicos! Ya sabéis que es una verdad clara. Es lo mismo en cualquier dominio. Se debería permitir un acceso más fácil a la enseñanza superior, a una enseñanza superior que conviene al temperamento propio de cada estudiante. En Inglaterra, he visto cosas maravillosas.

Hay en Oxford estudiantes de letras que no estudian sino griego. En Francia, les impondrían también el latín, el francés e incluso la historia. Es necesario dejar florecer los espíritus... Soy yo quien reinstalé en las oposiciones la explicación del texto. Ustedes saben, los candidatos a las oposiciones son niños. Cuando aciertan en su explicación del texto, se dan cuenta; y cuando les decimos que han terminado, los vemos desolados, quisieran tener un cuarto de hora más, para acumular algunas ventajas. Sería necesario siempre poner al candidato en su mejor forma, en la mejor de sus posibilidades.

A. Du Roy.—*¿Cuál es vuestra impresión al cabo de estos tres días?*

F. Braudel.—Me he divertido mucho. Personas a las que quiero bien, me han dicho: "No seáis tan poco razonable como de costumbre." ¿Creéis que he seguido su consejo?

LOS TALLERES[1]

¿EXISTE UNA VISIÓN FÍLMICA DE LA HISTORIA?

Por MARC FERRO

Le corresponde a Fernand Braudel haber sido uno de los primeros en comprender cuál podría ser el lugar de las películas en el análisis histórico. Por lo demás, es sin duda uno de los pocos historiadores que hayan sabido utilizar las imágenes y los objetos como fuente de información, de reflexión, al mismo tiempo que las otras, y no sólo como una ilustración de las tesis elaboradas a partir de otros documentos, o de otra manera.

En la Escuela Práctica de Altos Estudios (sexta sección), creó también una Dirección de Estudios, *Cine e Historia*, que no tenía equivalente; pues, además, o la Historia ignoraba los documentos cinematográficos, o bien el estudio del cine estaba disociado de las Ciencias Sociales, a excepción de la lingüística; y, en los Estados Unidos por ejemplo, ese es el caso, pues el cine y la historia no tienen ninguna connivencia.

[1] Encontraremos adelante las comunicaciones de cada uno de los responsables de los talleres animados cada tarde, y ampliamente abiertos al público

Estos últimos 20 años, con los grandes medios de comunicación, su difusión y penetración en los hogares, y en vista de su cuasi monopolio en la difusión del saber particularmente en el Tercer Mundo, está claro, para el historiador, que hay en ello una especie de desafío. Él no podría considerar la película solamente como un documento, sino también como la forma privilegiada que adopta el discurso sobre la historia. De tal manera, que una pregunta toma cada día más importancia: ¿la película comporta un suplemento de inteligibilidad a los fenómenos históricos? ¿El cineasta los trata con mirada innovadora? ¿Qué papel representa la creatividad del artista en la relación y el análisis del pasado, en el estudio de sus vínculos con el presente?

Así, aquí, tratamos más de la película histórica que de la película en general. Pero ¿no es cualquier película, igualmente histórica?

Hay varias maneras de considerar una película histórica. La más común, heredada de la tradición erudita, consiste en verificar si la reconstitución es precisa, si los soldados franceses de 1914 no están equivocadamente cubiertos con un casco, ya que no lo llevaron hasta 1916; en observar si las decoraciones o los exteriores son fieles, los diálogos auténticos. La mayor parte de los cineastas observan con atención esta precisión erudita; para garantizarla, llaman en su ayuda a historiadores, que por otra parte aparecen, perdidos, en algún rincón del reparto. Naturalmente, existen cineastas que tienen exigencias más altas: por ejemplo, juegan a los historiadores, van ellos mismos a los

archivos, restituyéndole al diálogo su antiguo sabor, utilizando, si es necesario, el dialecto de Silesia o de Normandía. Limitan al mínimo la parte de la reconstitución, para evitar todo efecto artificioso, de mal gusto, por ejemplo seleccionando con cuidado exteriores con decoración natural, que han cambiado poco desde la época en que se supone que la acción de la película transcurrió. Son tantas las exigencias, que sin excluir otras naturalmente, han hecho la reputación de R. Allio, de Tavernier; también reconocemos el talentoso *savoir-faire* de Bertolucci; en la *Estrategia de la Araña*, una simple pañoleta roja, una indefinible diferencia de luminosidad, de encendido representan el tránsito a un pasado lejano, a un pasado imaginario.

La mirada positivista no excluye otros criterios de juicio. La realización de *Nevski* y de *Rublev*, por ejemplo, se debe a dos artistas igualmente atentos a sus respectivas exigencias: bien informados, de una viva imaginación los dos, igualmente dotados para imaginar y recrear una época dramática, no por ello dejan de resucitar los mismos momentos de la historia (o casi) al realizar dos películas que difieren en su significado en un punto esencial, puesto que en *Nevski*, el enemigo mortal es Alemania, y en *Rublev*, los tártaros, los chinos. Aquí, lo que salva a Rusia, es la santidad de su cristianismo; mientras que en *Nevski*, el héroe es voluntariamente laicizado. De tal manera que la ideología de la película puede constituir un criterio de juicio que disociamos del *savoir-faire* del cineasta —una evidencia.

De hecho, esta otra forma de ver interfiere con la

primera; a menudo incluso la suplanta; la película histórica es tan bien apreciada en su sentido como en su esencia. Nadie duda de que durante este medio siglo, en una sociedad dominada por ideologías, esa mirada ha podido predominar. Es evidente que Abel Gance y Jean Renoir proponen dos versiones contrarias de la Revolución francesa: la primera, bonapartista e inconscientemente prefascista, glorifica al hombre providencial; la segunda, a la vez marxizante y popular, ignora hasta la existencia de los "grandes hombres". En este caso como en el otro, el cineasta selecciona en la historia los hechos y los rasgos que alimentan su demostración; abandona los otros, se da un placer y lo proporciona a quienes comparten su punto de vista: por ejemplo, *Paths of Glory*, de Kubrick está construida según ese principio, y el éxito de esa película da testimonio de que la obra ha respondido admirablemente a la esperanza de quienes comparten la fe antimilitarista.

Así aprehendida, la película histórica difiere poco de las otras formas de discurso sobre la historia: novela histórica, trabajos académicos, etc. Incluso en relación al teatro, la especificidad del cine es mínima; ciertamente, interviene (ángulos de las tomas, planos generales, grandes planos fundidos, utilización más elaborada de la relación entre el sonido y su imagen, etc.). Ciertamente, estas películas ayudan a la inteligibilidad de los fenómenos históricos y a la difusión del saber histórico, y tienen una virtud pedagógica. Pero intervienen poco en tanto que contribución *cien-*

tífica del cine a la inteligibilidad de los fenómenos históricos.

Constituyen sólo la transcripción fílmica de una visión de la historia que ha sido concebida por otros.

Sin duda, al escoger una intriga particular innovadora, hubo cineastas que fueron agentes de esta inteligibilidad, que las formas tradicionales del discurso histórico no habían sabido hacer sensible. Visconti, por ejemplo, en *Los Malditos* abre una avenida real a quienes desean comprender la penetración del nazismo en la alta burguesía alemana. En ese caso, sin embargo, la forma y la temática escogidas tienen por efecto o por función hacer opaca la ideología latente de la película, que también ella, viene de otra parte. En Visconti se trata de una visión global de la historia en tanto que decadencia, y cada una de sus obras constituye una elegía de todo aquello que, con la irrupción de lo nuevo, desaparece.

Son diferentes todas esas películas que, a partir de una nota periodística, ejercen la misma doble función, que no es específica del cine puesto que, antes de él y paralelamente con él, Zola, Camus o Sartre, como Renoir, Rossellini, Godard o Chabrol habían procedido de manera similar, sirviéndose de la gacetilla como reveladora del funcionamiento social y político. Simplemente el cine ha explotado esta veta bastante mejor que la novela, o que los historiadores, voluntariamente a la zaga; después de haber experimentado en el presente, el cine se aplica al pasado. Sucede lo mismo con toda una serie de películas que, esta vez, paralelamente a los historiadores, analizan la vida cotidiana

de las sociedades pasadas desde el *Arbre a sabots a Farrebique* que inaugura de alguna manera la época de la historia anónima, esa que sufre los efectos de la "gran" historia, la de los efectos de los sucesos, de sus trágicas consecuencias.

De manera que la función de análisis, o de contra-análisis del cine no se ejerce propiamente sino con varias condiciones. A menos que los cineastas, como algunos escritores, novelistas o historiadores, se hayan vuelto autónomos de los centros institucionales a la mano —lo que no es el caso de los realizadores de películas llamadas de propaganda o de corrientes ideológicas dominantes— sino su acción no hace más que completar, en una nueva forma, la de los centros que las emiten.

Así, independientemente de la película espectáculo de pura evasión, cuya función sigue siendo pedagógica —desde Cecil B. de Mille hasta Sacha Guitry— la principal distinción no opone las películas cuya historia es el cuadro, por ejemplo, *La Gran Ilusión* y las películas cuya historia es el objeto, por ejemplo, *Alejandro Nevski*, pues la verdad de los enfoques en historia es infinita. Se opondría más bien a las películas que se inscriben en las corrientes de pensamiento —dominantes o minoritarias— y aquellas que proponen, a la inversa, una visión independiente e innovadora de la sociedad. La misma distinción se encuentra en las películas documentales y en los montajes; las primeras contribuyen además al conocimiento histórico con un don inapreciable, con archivos inéditos.

La segunda condición es evidentemente que la es-

critura proceda del cine y no del teatro filmado, y que la obra utilice los medios específicos (*traveling*, montaje paralelo, campo, contra-campo).

Se pueden distinguir así varias categorías de películas de historia: las que reproducen los estereotipos de las corrientes de pensamiento, dominantes o dominadas, y que están sin relación necesaria con las relaciones sociales reales. Por ejemplo, las películas cuya acción se sitúa en las colonias, como lo han mostrado J. Richards para el Imperio británico y S. Chevaldonne para las antiguas posesiones francesas; las películas de propaganda de cualquier especie, películas que ejercen una presión sobre la historia, más que proceder de un análisis original; las que reconstruyen completamente un análisis a partir de un procedimiento puramente cinematográfico: así procede Einsenstein, que en *La Huelga* realizó una transcripción fílmica del análisis marxista de un modo de producción capitalista en un caso particular, una fábrica rusa de antes de 1905; las que proceden a la vez de un análisis original del funcionamiento social e histórico, independientes de toda pertenencia y que simultáneamente utilizan medios propiamente fílmicos para expresarlo; tal, Fritz Lang en *M. el Maldito*: a través de la historia de un maniático sexual, muestra el funcionamiento de la República de Weimar.

Como vemos, la naturaleza del análisis es independiente a la vez del género cinematográfico (documental, reconstrucción, reconstitución) y de la época en la cual se sitúa. Una película sobre el presente puede

analizar mejor el pasado que una obra llamada histórica. La prueba.

Película y contrahistoria, la película, agente de la historia

Ya nos habíamos dado cuenta de que una película sobre el presente constituía una obra de historia; o con mayor precisión de contrahistoria, en tanto que, ficción o no, una imagen es siempre superada por su contenido: así no es la simple reproducción de lo "real", de lo que el operador considera ser la realidad. ¡Los ejemplos abundan! Analizando las películas agrícolas de los años 1930, Ronald Hubscher observaba que el enfoque de las manos, en las diversas etapas de la creación de la viña, respondía a la voluntad de subrayar el dominio del gesto; ahora bien, saber y técnica desigualmente repartidos, subyacen en algunas formas de organización del trabajo que la película revela en forma totalmente involuntaria. Este contraanálisis puede efectuarse en diversos niveles: en primer lugar el del museo de los gestos, de los objetos, de los comportamientos sociales, etc.; el de las estructuras y organizaciones sociales, esencialmente en las películas no documentales, que no tienen por función informar. Finalmente, existen películas donde la voluntad explícita de descubrir los comportamientos secretos de una sociedad —los aspectos visibles constituyen los elementos de la historia tradicional— desemboca en la realización de una obra de contrahistoria que levanta contra

ella todos los sistemas institucionales: organizaciones políticas y sindicales, ligas de la moral, prensa de opinión, etc. Desde ese punto de vista, cineastas como Kulechov, F. Lang, René Clair, J. L. Godard —para limitarse al viejo continente— pueden ser considerados como los verdaderos herederos de los novelistas del siglo XIX, los grandes historiadores de su época. Más que los precedentes, algunos han tenido conciencia de que disponían de un instrumento excepcional para acusar la división de la historia, proponer su verdad: dos gigantes del cine, Abel Gance y Charlie Chaplin han cumplido una obra muy coherente para que podamos dudar (al realizar *La Gran Ilusión*, Jean Renoir creyó que actuaba sobre la historia, en el sentido de la paz...). Todo esto es tan verdadero que actualmente *la película constituye una forma privilegiada de contrahistoria*; una forma más que un centro. No tanto la película que figura entre los grandes del *Box-Office*, salvo con retraso y fuera de sus países, las grandes películas soviéticas de los años 1920; pero la película tiene medios escasos, que, por lo menos en ciertos casos, permite a un grupo tomar la palabra. Antaño, a su manera, encarando al imperialismo y al capitalismo triunfantes, cuando las películas soviéticas estaban prohibidas, la obra de Joris Ivens pudo presentar dichas características, obra de que da testimonio en *Borinage*, por ejemplo (1931). Posteriormente esta obra ha cambiado de condición, puesto que todo el aparato del partido, del Estado en el cual triunfaba la revolución, la ha transfigurado y esta obra se convirtió en la expresión del discurso oficial.

Hoy, frente a la concentración de la prensa, son las miniorganizaciones, los grupos mal estructurados los que utilizan la película, tanto obras militantes de cineastas, tanto películas realizadas por la propia sociedad. Tal es el caso del cine feminista, del cine de los inmigrados; del cine, igualmente, de regiones, de las campiñas francesas. Desde ese punto de vista, la obra de Trollon y de Deforge se sitúa en los confines del cine de la contrahistoria y de un cine verdaderamente autónomo: los primeros dieron la palabra, en los tiempos del Sha, a los ayatolas y a los habitantes de las ciudades perdidas de Teherán; los primeros dejaron expresarse a *La Cólera Corsa* (1974). Raras han sido las pantallas que han autorizado la exhibición de sus imágenes (Alemania Federal, por ejemplo), los mensajes radiales o los escritos que las han secundado. Las películas militantes de los movimientos feministas han podido beneficiarse de una acogida más amplia, precisamente porque una miniorganizaciones las sostenía.

Pero las grandes obras fílmicas de la contrahistoria provienen naturalmente de las sociedades en las cuales el régimen político no concede a la historia su libertad y en donde, para expresarse, toma una forma cinematográfica. Así, a su manera, el cine polaco utiliza la historia para expresar mejor la disidencia de la sociedad: como lo prueba bien M. Rawicki, la segunda Guerra Mundial constituye un observatorio privilegiado para hacer la crítica global del régimen; ahora bien, el número de películas que la utilizan como cuadro o como objeto alcanza la tercera o cuarta parte de la

producción mundial de películas, un *récord europeo*. La URSS, donde el lugar de la *agit-prop* ha sido ocupado por la televisión, la película se emancipa con audacia y el problema está en saber comprender cómo ha sido posible producir tantas obras, a menudo prohibidas al principio, autorizadas posteriormente, cuyo prototipo fue *Rublev*. El cine georgiano y el de Iosclanni en particular crean un problema a este respecto, pues su obra se sitúa a la mitad del enfrentamiento y de la disidencia...

Otro de los lugares en los cuales la película constituye una forma privilegiada de la contra-historia es el África negra. Las manos de los historiadores tiemblan de miedo antes de atreverse a evocar los atropellos perpetrados, no por la colonización, que es lo usual, sino por el Islam y los esclavistas árabes en particular; ahora bien, la mano del cineasta Sembene Usmán no ha temblado cuando su cámara asimila al Islam triunfante del siglo XVIII a una especie particular de totalitarismo contra el cual luchan y mueren los *Ceddo*.

En un contexto diferente, la mano de los cineastas indios no ha temblado tampoco para decir, en *La Sangre del Cóndor* "el combate de dos fuerzas que caracterizan la realidad nacional boliviana: el pueblo en busca de la vida y el imperialismo que da la muerte". En los Estados Unidos *Native Americans on film and Video* estableció el inventario de películas de la resistencia india. Existen alrededor de una treintena, producidas en su mayoría desde 1968, independientemente de las películas realizadas sobre los indios,

pero por antropólogos. Es una contribución a la contrahistoria escrita, cuya difusión es menor, teniendo en cuenta la posición y la situación de las tribus y naciones independientes indias de los Estados Unidos y Canadá. Una de las más importantes películas es sin duda *The Black Hills are not for sale*, de Sandra Osawa, realizada en video, que muestra cómo el general Custer violó el tratado de Laramie concluido con los siux en 1868 y cómo, en 1978 los siux obtuvieron una reparación parcial.

No es un *western* . .

El ejemplo del conjunto del cine norteamericano permite verificar la relación que puede existir entre la visión de la historia que difunde el saber tradicional y la que enuncia la representación de las películas: no necesariamente concuerdan.

Francia: demografía y política

Por Hervé le Bras

A pesar de por lo menos tres siglos de colonización, Francia está lejos de ser uniforme: educación, familia, profesión, mortalidad, votos políticos, cambian de una región a otra sin orden aparente. Fundadas sobre el estado de la economía o sobre la división de clases sociales, las explicaciones habituales de las ciencias sociales fracasan. La búsqueda de valores culturales es también vana pues formula como dato lo que es necesario comprender como resultado. Se exorcisa enton-

ces la dificultad desde hace un siglo, prediciendo la próxima desaparición de la diversidad regional, aplastada por la "modernidad".

Ahora bien, es posible esclarecer la heterogeneidad nacional, con dos condiciones: tomarla en serio y darle una larga duración. Las diferencias regionales expresan en efecto una antigua y fundamental resistencia a la unificación política del territorio. Ofrecen otras tantas facetas a la autonomía regional y a la autoorganización local. Al considerarlas de esta manera, aparece una poderosa racionalidad.

Resistencia a la unificación, autonomía, organización: estos términos recubren la noción de reproducción social, es decir, de reconducción de la sociedad, de una generación a la siguiente. Francia está dividida en trozos donde se desarrollan modos originales, coherentes e incompatibles de equilibrio social al hilo de las generaciones. Estructuración política y ciclos de la vida familiar están aquí estrechamente asociados: los comportamientos demográficos, migraciones, edad y frecuencia de los matrimonios, fecundidad, mortalidad, composición del hogar, relaciones entre generaciones, moldean el control social y la movilidad.

El dominio de la movilidad social, particularmente la limitación de la movilidad descendente, forma el gran asunto de las sociedades: ninguna sociedad puede, en efecto, soportar mucho tiempo una fuerte dosis de aspiraciones contrariadas. Es pues allí donde la política y la demografía se mezclan íntimamente.

En Francia, es posible descubrir tres modos diferentes de ese metabolismo demo-político: están respecti-

vamente asociados al catolicismo, a la familia y al centralismo parisiense.

El catolicismo de ciertas regiones no es en efecto la expresión de una fe misteriosa, sino de una fuerza política como la encontramos en Polonia o en Irlanda, o en otra religión, en Irán. El catolicismo arraigó en Francia en las regiones que gozaban de una cierta independencia bajo el antiguo régimen y que rechazaron la revolución. Se apoya sobre una curiosa demografía, hecha del matrimonio tardío, del celibato de los pobres y de hijos de familias numerosas, lo que permite un ascenso social moderado.

La familia compleja, en las regiones laicas, menos independientes que las zonas clericales, asegura también un papel estructurante. Sociedad muy estrecha, no ha sido sin embargo capaz de resistir a los cambios de los últimos cien años y subsiste todavía como zona de rechazo.

El centralismo de París se impone al fin en la cuenca parisiense, se difunde hacia el sur, hacia Burdeos por una parte y por la Borgoña, hacia el Ródano por la otra. Asociado a la familia nuclear, al matrimonio precoz, a las migraciones salariales, se esfuerza por reducir las dos primeras fuerzas más antiguas que se oponen a su progreso.

La larga resistencia de Francia a la industrialización, la fuerza del campesinado, la debilidad de las emigraciones, el asentamiento de extranjeros, la situación actual de la fecundidad, de la mortalidad, de la educación, la distribución del desempleo, la del trabajo femenino, del divorcio, de los nacimientos fuera del

matrimonio, toman un sentido cuando se les vuelve a colocar en esta lógica de las "tres Francias" políticas y demográficas.

Las dos exposiciones introductorias del taller han explorado los temas antes de derivar hacia cuestiones más precisas, después de intervenciones muy vitales de los participantes. Dos temas han sido particularmente explorados:

— el carácter único de la evolución demográfica de Francia en el siglo XIX, especialmente la extrema debilidad de su crecimiento en comparación con la de sus vecinos más próximos; las causas y consecuencias de esta originalidad, en particular, las recaídas ideológicas a partir del siglo XX sobre la forma de la eugenesia y del natalismo.

— la interpretación de los escrutinios políticos en términos de ruptura del equilibrio familiar y del rechazo a la homogeneización deseada por París; del voto de la Montaña en 1849, a los votos del PC y FN de 1984, pasando por los puntajes de Mitterrand o Tixier en 1965, podemos reinterpretar la geografía electoral sin tener en cuenta las ideologías sino en término de equilibrio entre las tres Francias de las cuales hablamos arriba.

Antropología de Francia

Por Emmanuel Todd

La noción braudeliana de larga duración subraya la existencia, a través de la historia, de factores estables

o que evolucionan con gran lentitud. Uno de los posibles puntos de desemboque de esta idea de larga duración es la antropología histórica, disciplina inglesa más que francesa, nacida hacia el principio de los años 70 en los trabajos de historiadores como Peter Laslett o de antropólogos historiadores como Alan Macfarlane. Los trabajos de la escuela de Cambridge han puesto en evidencia un alto grado de estabilidad de las estructuras familiares a través de las épocas, por lo menos en el periodo 1600-1900.

Aplicado a Francia, el análisis antropológico revela la permanencia, hasta 1975 por lo menos, de formas familiares diferentes en las diversas provincias y regiones del país. El censo de 1975, cuyos resultados son igualmente netos para los medios agrícolas, rurales y urbanos permite distinguir dos grandes tipos, uno que domina en el Sur y en la periferia del Hexágono y el otro la cuenca parisiense tomada en sentido muy amplio.

En Occitania (excepto en la fachada Mediterránea) en la Baja Bretaña, en Alsacia y en ciertas regiones del extremo norte, domina la *familia-cepa*, sistema de linaje, insistiendo sobre la continuidad del grupo doméstico y sobre la transmisión de patrimonios culturales o materiales. En el medio rural, ese tipo de familia entrañaba tradicionalmente la formación de hogares de tres generaciones, designándose un heredero por la costumbre o por sus padres, para sucederlos en la cabeza de la explotación. Ese sistema, que mantiene un muchacho adulto y casado bajo la tutela paterna, debe ser considerado como autoritario sobre el plano de relaciones padres/hijos. Porque él designa un su-

cesor y deshereda prácticamente a los otros hijos, obligados a la emigración o al celibato, y debe ser considerado como inequitativo en el plano de las relaciones entre hermanos.

En el corazón de la cuenca parisiense, la parte central y políticamente dominante del Hexágono, encontramos verdaderamente desde el fin de la Edad Media un tipo familiar opuesto punto por punto al del sur o al de la periferia. El sistema familiar nuclear de la cuenca parisiense insiste en la necesaria dependencia de las generaciones y en la necesaria igualdad de los hermanos. La llegada a la edad adulta de los hijos implica la formación, por el matrimonio, de nuevas unidades domésticas, separadas de la de los padres. La división del patrimonio entre los hijos es igualitaria.

Una vez reconocida y cartografiada, esta dualidad familiar y antropológica de Francia (que no excluye la existencia de grupos menores o residuales) debe ser considerada como un factor explicativo esencial de la historia nacional. La inercia de las estructuras familiares permite explicar la reaparición periódica, a través de la historia cultural, ideológica, demográfica del país, formas geográficas invariables. Para interpretar correctamente la crisis protestante del siglo XVI, la revolución política del XVIII, el socialismo del XX, la subida al poder cultural del Mediodía después de 1950, o la fecundidad relativamente alta del norte, debemos tener en cuenta la existencia y la actividad de valores familiares estables, invisibles, inconscientes, para que constituyan sin embargo uno de los elementos fundamentales de la vida social.

Participaron en este coloquio:

BRAUDEL, Fernand (Francia)

De la Academia Francesa. Fundador en 1962 de la Casa de las Ciencias del Hombre. Cofundador con Lucien Febvre y Charles Morazé de la VI Sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios, que presidió de 1956 a 1972. Profesor en el Colegio de Francia de 1949 a 1972. Director de la revista *Annales* (*Economies, Sociétés, Civilisations*).

Nació en 1902 en Luméville-en-Ornois (Meuse). Agregado de Historia en 1923, fue nombrado profesor del liceo en Argelia (Constantina) hasta 1932. Fue allí donde descubrió el Mediterráneo. En seguida fue asignado a París (liceos Pasteur, Condorcet, Henri IV) antes de partir, en 1935, a Brasil, a la Universidad de São Paulo. Tres años después deja Brasil por París y la Escuela Práctica de Altos Estudios. Movilizado en 1938 a la frontera de los Alpes, es hecho prisionero en la línea Maginot en julio de 1940 y permanece en cautividad hasta mayo de 1945, en Maguncia y después en Lubeck. Fue allí donde tuvo la intuición fundamental concerniente a la manera de organizar, según tres temporalidades, su tesis, redactada de memoria. Sostiene su tesis en 1947 *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* que será publicada en 1949 (por cuenta del autor). Es elegido entonces al Colegio de Francia. En junio de 1984 Fernand Braudel es elegido en la Academia Francesa

(lugar de André Chamson). Fernand Braudel murió el 28 de noviembre de 1985.

Principales obras de Fernand Braudel:

— *La Méditerranée et le monde méditarranéen à l'epoque de Philippe II*, A. Colin, París, 1949 (aumentado y revisado, 4ª ed. en 1979). [Ed. en español, FCE.]
— *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne (1547-1611)* en colaboración con R. Romano, S.E.V.P.E.N., París, 1951.
— *Ecrits sur l'Histoire*, Flammarion, París, 1969 (reeditado en Champs-Flammarion).
— *Civilisation matérielle, économie et capitalisme (XV-XVIIIe s.)*, A. Colin, 3 tomos, París, 1980.
— *L'Europe*, Arts et Métiers Graphiques, 1980.
— *Venise* (fotografías de F. Quilici), Arthaud, París, 1984.
— *La Dynamique du capitalisme*, Arthaud, París, 1985.
— "De l'or du Soudan à l'argent d'Amerique", *Annales E.S.C.*, 1946.—"Misère et banditisme", *A.E.S.C.*, 1947.
— "La Méditerranée du XVIIe siècle", *Storia e economia*, 1955.
— "Histoire et Sciences Sociales: la longue durée", *A.E.S.C.*, 1958.—"La démographie et les dimensions des sciences de l'homme", *A.E.S.C.*, 1960.
— "La mort de Martin de Acuna, 4 février 1585", *Melanges Marcel Bataillon*, 1963.

Bajo la dirección de F. Braudel:

— *La Méditerranée*, Arts et Métiers Graphiques, 2 vo-

lúmenes, 1977 (texto del volumen I reeditado en Champs-Flammarion, París, 1985).
— *Le Monde de Jacques Cartier*, Berger-Levrault, París, 1984.

Filmografía:

— *La Méditerranée* (1977), doce emisiones de telefilmes coproducidos por Europa, 1, FR3 y la RAI.
— *L'Homme européen* (1981), coproducida por FR3 y la RAI.
— En la serie *Mémoire*, la INA dedicó dos emisiones a F. Braudel (15 y 22 de agosto de 1984), entrevistas hechas por J. C. Bringuier y D. Froissant.

AHRWEILER, Hélène (Francia)

Nació en 1926 en Atenas (Grecia). Rectora de la Academia, canciller de las Universidades de París. Vicepresidenta del Consejo Superior de Educación Nacional. Profesora de la Sorbona. Directora del Centro de Investigaciones de Historia y Civilización Bizantinas y del Cercano Oriente Cristiano.

Principales obras:

— *Recherches sur l'administration de l'Empire byzantin*, E. de Boccard, París, 1960.
— *L'Histoire et la géographie de la région de Smyrne entre les deux occupations turques* (1081-1317), E. de Boccard, París, 1965.
— *Byzance et la mer. La marine de guerre, la politique*

et les institutions maritimes de Byzance aux viie-xve s. (tesis de Estado), P.U.F., París, 1966.
— *Études sur les structures administratives et sociales de Byzance*, Variorum Reprints, Londres, 1971.
— *L'Idéologie politique de l'Empire byzantin*, P.U.F., París, 1975.
— *Byzance: pays et territoires*, Variorum Reprints, Londres, 1976.

AYMARD, Maurice (Francia)

Nació en 1936 en Toulouse. Ex alumno de la Escuela Normal Superior. Agregado de Historia. Director de Estudios del E.H.E.S.S. Administrador adjunto de la Casa de las Ciencias del Hombre.

Obras en colaboración:

— Bajo la dirección de F. Braudel, *La Méditerranée, l'Espace et l'Histoire*, Arts et Métiers Graphiques, París, 1977 (reed. col. en Champs-Flammarion, 1985).
— Bajo la dirección de F. Braudel, *L'Europe*, Arts et Métiers Graphiques, París, 1980.
— Bajo la dirección de G. Duby y Ph. Ariès, *Histoire de la Vie privée*, tomo III, Seuil, París, 1986.

CHAUDHURI, K. N. (Inglaterra)

Nació en 1934 (India). Profesor de la Universidad de Londres. Especialista en historia económica de Asia.

película y la sociedad". Codirector de los *Annales* desde 1969.

Principales obras:

— *La Révolution de 1917*, 2 vols., Aubier-Montaigne, París, 1967-1976.
— *La Grande Guerre*, Gallimard, Idées, París, 1969.
— *Cinéma et Histoire*, Denöel, París, 1977.
— *L'Occident devant la Révolution soviétique*, Complexe, Bruselas, 1980.
— *Des Soviets au communisme bureaucratique*, Gallimard, Archives, París, 1980.
— *Comment on raconte l'Histoire aux enfants à travers le monde entier*, Payot, París, 1981.
— *L'Histoire sous surveillance*, Calmann-Levy, París, 1985.

FURTADO, Celso (Brasil)

Nació en 1920 en Pombal (Brasil). Ministro de la Cultura (febrero, 1986) de Brasil. Miembro de la Dirección Nacional del P.M.D.B. (Partido por el Movimiento Democrático de Brasil). Director de la División de Desarrollo Económico de la C.E.P.A.L. (Comisión Económica para América Latina) de 1949 a 1957. Director general de la S.U.D.E.N.E. (Superintendencia para el Desarrollo del Nordeste) de 1959 a 1964. Ministro del Plan (1962-1963).

Principales obras publicadas en Francia:

— *Développement et sous-développement*, P.U.F., París, 1966.
— *L'Economie latino-américaine*, Sirey, París, 1970.
— *Formation économique du Brésil*, Mouton, París, 1972.
— *L'Hégémonie des États-Unis et l'Amérique Latine*, Calmann-Levy, París, 1975.
— *Le Mythe du développement économique*, Anthropos, París, 1976.
— *Créativité et dépendance*, P.U.F., París, 1981.
— *Non à la récession et au chômage*, Anthropos, París, 1984.

GODINHO, V. M. (Portugal)

Nació en 1918 en Lisboa (Portugal). Profesor de la Universidad de Lisboa. Doctor en letras (Sorbona). Ex Ministro de la Educación y de la Cultura de Portugal.

Principales obras:

— *L'Economie de l'Empire portugais* (XV-XVI° s.), París, 1969.
— *Introducção a Historia Economica*, Lisboa, 1970.
— *A Estrutura da Antiga Sociedade Portuguesa*, Lisboa, 1971.

GRMEK, Mirko Drazen (Francia)

Nació en Krapina (Yugoslavia) en 1924. Doctor en me-

dicina. Doctor en letras y en ciencias. Laureado de la Academia Francesa, de la Academia de Ciencias, de la Academia Nacional de Medicina, director de Estudios en el E.H.E.S.S.

Principales obras:

— *Les Maladies à l'aube de la civilisation occidentale*, Payot, París, 1983.
— *Préliminaire d'une étude historique des maladies*, A.E.E.C., 24, 1969.

GUILAINE, Jean (Francia)

Director de investigación en el C.N.R.S. Director de Estudios en el E.H.E.S.S. Responsable de Canteras de búsquedas en Italia, en Francia y en la península ibérica. Sus investigaciones sobre las primeras comunidades rurales del dominio mediterráneo y europeo, da un lugar importante a las cuestiones de evolución cultural, a la restitución del medio paleolítico, a la primera socialización del espacio.

Principales obras:

— *L'Age du Bronze en Languedoc occidental, Roussillon, Ariège*, Klincksieckle, París, 1972.
— *Premiers bergers et paysans de l'Occident méditerranéen*, Mouton, París-La Haya, 1976.
— *L'Abri Jean-Cros. Essai d'approche d'un groupe humain du Néolithique ancien dans son environnement*, Toulouse, 1979.

— *La France d'avant la France*, Hachette-Littérature, Paris, 1980 (reed. Livre de Poche, col. Pluriel, 1985).

Obras dirigidas por el autor:

— *La Préhistoire française. Les civilisations néolithiques et proto-historiques de la France*, C.N.R.S., Paris, 1976.
— *L'Âge du Cuivre européen. Civilisations à vases campaniformes*, C.N.R.S., Paris, 1984.

GUILLERM, Alain (Francia)

Nació en 1944. Maestría de filosofía. Doctor en sociología y doctor en letras. Director del Seminario de Estrategia Naval (C.N.R.S.). Codirector del Laboratorio de Sociología del Conocimiento.

Obras en colaboración:

— Con Y. Bourdet, *Clefs pour l'autogestion*, Seghers, Paris, 1976.
— Con Auffray, Baudouin y Collin, *La Grève et la Ville*, cap. "Bourgois", Paris, 1979.
— Con Auffray, Baudouin y Collin, *Feux et lieux*, cap. "Bourgois", Paris, 1980.
— Bajo la dirección de J. Guillerm, *Stratégie navale et Dissuasions*, C.N.R.S./Doc. Française, Paris, 1985.

JORLAND, Gérard (Francia)

Nació en 1946. Agregado de filosofía. Doctor en letras. Investigador en el Centro de Investigaciones Históricas. (C.N.R.S. E.H.E.S.S.).

Principales obras:

— *La Science de la Philosophie*, Gallimard, París, 1980.
— *Oeuvres complètes du Cournot*, vols. 8, 9 y 10, C.N.R.S., VRIN, París, 1980-1982.
— "Le problème Adam-Smith", *Annales E.S.C.* julio-agosto, 1984, A. Colin, París, 1984.

JUILLARD, Étienne (Francia)

Nació en 1914 en París. Ex discípulo de Marc Bloch y de Lucien Febvre. Profesor de geografía humana en la Universidad de Estrasburgo (1945-1974).

Principales obras:

— *La Vie rurale en Basse-Alsace*, Belles-Lettres, París, 1953.
— *L'Économie du Canada*, P.U.F., París, 1964.
— *L'Europe rhénane*, A. Colin, París, 1968.
— *La "Region", contributions à une géographie générale des espaces régionaux*, Ophrys, Grenoble, 1974.
— *Géographie de la Lorraine et de l'Alsace*, Flammarion, París, 1976.
— "Structures agraires et paysages ruraux" (colaboración), *Annales de l'Est*, Nancy, 1957.

LE BRAS, Hervé (Francia)

Nació en 1943. Ex alumno de la Escuela Politécnica. Director de Estudios en el E.H.E.S.S. Director de inves-

tigación en I.N.E.D. Redactor en jefe de la revista *Population*.

Principales obras:

— *Child and Family in developped countries*, O.C.D.E., 1978.
— Con E. Todd, *L'Invention de la France*, Hachette, París, 1981.

LE ROY LADURIE, Emmanuel (Francia)

Nació en 1929. Profesor del Colegio de Francia.

Principales obras:

— *L'Histoire du Languedoc*, P.U.F., París, 1962.
— *Les Paysans de Languedoc*, S.E.V.P.E.N., París, 1966. (Reed. Science-Flammarion, París, 1969.)
— *Histoire du climat depuis l'An Mil*, Flammarion, París, 1967. [Hay edición del Fondo de Cultura Económica, 2 vols.]
— *Le Territoire de l'Historien*, 2 vols., Gallimard, París, 1973 a 1978.
— *Montaillou, village occitan*, Gallimard, París, 1979 (reed. col. Folio/Gallimard, 1985).
— *Le Carnaval de Romans*, Gallimard, París, 1979.
— *Paris-Montpellier, PC/PSU, 1945-1963*, Gallimard, París, 1982.
— *L'Argent, l'amour et la mort en Pays d'Oc*, Seuil, París, 1980.
— *Pierre Prion, scribe* (en col. con Orest Ranum), Archives Gallimard, París, 1986.

MAKKAI, Laszlo (Hungría)

Nació en 1914 en Budapest (Hungría). Miembro de la Academia Húngara de Ciencias. Presidente de la Sociedad Histórica Húngara. Director de Investigaciones en el Instituto Histórico de la Academia Húngara. Profesor de la Universidad de Budapest.

Principales obras en francés:

— *Histoire de Transylvanie*, Paris, 1946.
— *Les Sources d'énergie dans l'économie du Moyen Age*, Prato, 1972.
— *Les Caractères originaux du féodalisme en Europe orientale*, 1972.
— *L'Apport de l'Europe orientale aux moyens de transport*, 1979.
— "Ars Historica. On Braudel", *Review*, 1981.
— "L'ingénieur de la Renaissance en Hongrie", en *Mélanges Braudel*, 1977.

MANTRAN, Robert (Francia)

Profesor emérito de la Universidad de Provenza. Correspondiente del Instituto (Academia de las Inscripciones y Bellas Letras). Presidente del Comité Internacional de Estudios Preotomanos y Otomanos.

Principales obras:

— *Istanbul dans la seconde moitié du XVIIe s.*, Paris, 1962.

— *La Vie quotidienne à Constantinople au temps de Soliman le Magnifique et de ses successeurs*, Hachette, París, 1965.
— *L'Expansion musulmane* (VII-XI° siècles), P.U.F Nouvelle Clio, París, 2ª ed., 1979.
— *Histoire de la Turquie*, P.U.F., París, 5ª ed., 1983.

Obras en colaboración:

— Con Jean Sauvaget, *Règlements fiscaux ottomans: les provinces syriennes*, París-Damasco, 1951.
— Con Maurice Flory, *Les Régimes politiques des pays arabes*, P.U.F., París, 1968.
— Con Georges Duby, *L'Eurasie: XI-XII° siècles*, P.U.F., París, 1982.
— Bajo la dirección de Robert Fossier, *Le Moyen Age*, tomos II y III, A. Colin, París, 1982.

Nouschi, André (Francia)

Nació en 1922 en Constantine (Argelia). Agregado de Historia. Doctor en letras. Profesor de la Universidad de Niza. Director del Centro del Mediterráneo Moderno y Contemporáneo (Niza). Responsable de la cooperación interuniversitaria con los países mediterráneos por la Universidad de Niza.

Principales obras:

— *La Naissance du nationalisme algérien* (1919-1954), París, 2ª ed., 1979.
— *Initiation aux Sciences Historiques*, Nathan, París, 2ª ed., 1977.

— *Le Commentaire de textes et de documents historiques*, Nathan, París, 1969.
— *Luttes pétrolières au Proche-Orient*, Flammarion, París, 1971.
— *La France et le Pétrole*, París, 1981.

Obras en colaboración:

— Con Lacoste y Prenant, *L'Algérie, passé et présent*, París, 1960.
— Con A. Olivesri, *La France de 1848 à 1914*, Nathan, París, 3ª ed., 1976.
— Con M. Agulhon, *La France de 1914 à 1940*, Nathan, París, 2ª ed., 1976.

OCKRENT, Christine (Francia)

Nació en 1944 en Bruselas (Bélgica). Diplomada del Instituto de Estudios Políticos de París y de la Universidad de Cambridge (Gran Bretaña). Redactora en jefa, delegada del director de información de Antena 2, responsable de los noticiarios de las 20 horas y de las 23 horas de 1982 a 1985. Crónica sobre R.T.L. en 1986.

RAFFESTIN, Claude (Suiza)

Nació en 1936. Profesor de geografía en la Universidad de Ginebra.

Principales obras:

— *Pour une géographie du pouvoir*, Litec, París, 1980.

— *Géographie des frontières* (en colaboración), P.U.F., París, 1974.
— *Travail, Espace, Pouvoir* (en colaboración), L'Age d'Homme, 1979.

TENENTI, Alberto (Italia)

Director de Estudios en la E.H.E.S.S. Miembro de la British Academy.

Principales obras:

— *Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Venise* (1592-1609), 1959.
— *La Marine, vénitienne avant Lépante*, París, 1962.
— *Florence à l'époque des Médicis: de la cité à l'État*, Flammarion, París, 1968.
— *Sens de la mort et amour de la vie. Renaissance en Italie et en France*, Serge Fleury (prefacio de M. Vovelle), París, 2ª ed., 1983.
— *Il prezzo del rischio. L'assicurazione mediterranea vista da Ragusa* (1563-1591), 1985.
— *La formación del mundo moderno*, 1985.

TODD, Emmanuel (Francia)

Nació en 1951. Diplomado del Instituto de Estudios Políticos de París. Doctorado de historia en Cambridge (Inglaterra). Jefe del Servicio de Documentación en el I.N.E.D.

Principales obras:

— *La Chute finale*, Laffont, París, 1976.
— *Le Fou et le prolétaire*, Laffont, París, 1979.
— *La Troisième planète, structures familiales et développement*, Seuil, París, 1984.
— Con H. Le Bras, *L'Invention de la France*, Hachette, París, 1981.

WALLERSTEIN, Immanuel (Estados Unidos)

Nació en 1930. Profesor de sociología de la Universidad del Estado de Nueva York. Director del Centro Fernand Braudel de la Universidad del Estado de Nueva York. Doctor Honoris Causa, Universidad de París-VII.

Principales obras:

— *The Capitalist World-Economy*, Cambridge University Press, 1979.
— *Capitalisme et Economie-monde (1450-1640)*, Flammarion, Paris, 1980.
— *The Politics of the World-Economy*, Cambridge University Press, 1984.
— *L'Afrique et l'Indépendance*, Présence Africaine, Paris, 1966.
— *Capitalisme historique*, Maspero-Découverte, París, 1985.

WERNER, Karl Ferdinand (R.F.A.)

Nació en 1924 en Alemania. Profesor de historia de la Edad Media en las Universidades de Heidelberg y

de Mannheim. Director del Institut historique allemand de París. Director de la revista *Francia*.

Principales obras:

— *Structures politiques du monde franc, VIe XIIe s.*, 1979.
— *Les Origines (avant l'An Mil)*, tomo 1 de la *Histoire de France*, dirigida por Jean Favier, Fayard, París, 1984.

ZELDIN, Théodore (Gran Bretaña)

Nació en 1933 en Inglaterra. Doctor de la Universidad de Oxford.

Principales obras:

— *The Political System of Napoleon III*, Macmillan, Londres, 1958.
— *Émile Ollivier and the liberal Empire of Napoleon III*, Oxford University Press, 1963.
— *Histoire des passions françaises*, 5 volúmenes, Seuil, Points-Histoire, París, 1980.
— *Les Français*, Points-Actuels, París, 1983.

INDICE

18 de octubre. EL MEDITERRANEO

La formación de las culturas mediterráneas . 13

El hombre biológico en el Mediterráneo 19

La época bizantina en el mundo mediterráneo . 25

El Mediterráneo musulmán 31

El Mediterráneo, el Atlántico y Europa . . . 37

El Mediterráneo en el horizonte de los europeos del Atlántico 42

La galera, reina del Mediterráneo de Salamina a Lepanto 48

Problemas del Mediterráneo en los siglos XIX y XX 55

El Mediterráneo de tensiones 61

Venecia y Bizancio 66

...Y Estambul 78

Mahoma y Carlomagno 81

La historia comparativa, la larga duración de la historia 87

Biología y larga duración 90

Moscú, ¿nueva Bizancio? . 93

La autonomía de los mediterráneos 95
Y la Revolución francesa 96
Balance 98

19 de octubre. EL CAPITALISMO

Economía política e historia económica . . . 108
El capitalismo, ¿un juego con trampa? . . . 119
El capitalismo, ¿continuidad o mutación? . . 124
Capitalismo comercial y producción industrial en Asia antes de 1800 128
Elementos endógenos del capitalismo indio . . 143
Capitalismo brasileño, ¿crecimiento o desarrollo? 145
Técnica, ciencia y sociedad 151
El capitalismo, ¿enemigo del mercado? . . . 156
Por una historia económica 163
¿La revolución industrial de la Edad Media? . 173
Capitalismo, estructura camaleón 175
Capitalismo y economía-mundo 179
Estado y capitalismo 185
El ejemplo indio 188
Remedio para el futuro 190

20 de octubre. FRANCIA

Fernand Braudel y la historia de Francia . . 196

Los primeros campesinos de Francia 209

De los "países" a la nación francesa 215

La Francia 224

Para una teoría ecológica de las localizaciones industriales 228

El árbol de los estados y oficios de Francia . . 234

Comprender a Fernand Braudel 243

Historia, geografía y población 251

Papel de las finanzas en el Antiguo Régimen . 261

Fernand Braudel en persona 264

LOS TALLERES

¿Existe una visión fílmica de la historia? *por* Marc Ferro 275

Película y contrahistoria, la película, agente de la historia, 282

Francia: democracia y política *por* Hervé le Bras 286

Antropología de Francia *por* Emmanuel Todd . 289

PARTICIPARON EN ESTE COLOQUIO

Braudel, Fernand (Francia) 292

Principales obras de Fernand Braudel, 293; Bajo la dirección de Fernand Braudel, 293; Filmografía, 294

Ahrweiler, Hélène (Francia) 294

Principales obras, 294

Aymard, Maurice (Francia) 295

Obras en colaboración, 295

Chaudhuri, K. N. (Inglaterra) 295

Principales obras, 295

De, Barun (India) 296

Obras en colaboración, 296

Denis, Alain.—Vicealmirante (Francia) . . . 296

Du Roy, Albert (Francia) 296

Algunas obras, 297

Fabra, Paul (Francia) 297

Principales obras, 297

Ferro, Marc (Francia) 297

Principales obras, 297

Furtado, Celso (Brasil) 298

Principales obras publicadas en Francia, 298

Godinho, V. M. (Portugal) 299

Principales obras, 299

Grmek, Mirko Drazen (Francia) 299

Principales obras, 299

Guilaine, Jean (Francia) 300
Principales obras, 300; Obras dirigidas por el autor, 300
Guillerm, Alain (Francia) 301
Obras en colaboración, 301
Jorland, Gérard (Francia) 301
Principales obras, 301
Juillard, Étienne (Francia) 302
Principales obras, 302
Le Bras, Hervé (Francia) 302
Principales obras, 303
Le Roy Ladurie, Emmanuel (Francia) . . . 303
Principales obras, 303
Makkai, Lazslo (Hungría) 303
Principales obras en francés, 304
Mantran, Robert (Francia) 304
Principales obras, 304; Obras en colaboración, 305
Nouschi, André (Francia) 305
Principales obras, 305; Obras en colaboración, 306
Ockrent, Christine (Francia) 306
Raffestin, Claude (Suiza) 306
Principales obras, 306
Tenenti, Alberto (Italia) 307
Principales obras, 307

Todd, Emmanuel (Francia) 307
Principales obras, 307
Wallerstein, Immanuel (Estados Unidos) . . 308
Principales obras, 308
Werner, Karl Ferdinand (R. F. A.) 308
Principales obras, 309
Zeldin, Théodore (Gran Bretaña) 309
Principales obras, 309

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de julio de 1994 en los talleres de Encuadernación Progreso, S. A. de C. V. (EPSA), Calz. de San Lorenzo, 244, 09830 México, D. F.
Se tiraron 3 000 ejemplares.

Fernand Braudel

UNA LECCIÓN DE HISTORIA DE FERNAND BRAUDEL

Fernand Braudel (1902-1985), ante la historia, asumió "el punto de vista de Dios Padre": un año no cuenta, un siglo es un parpadeo. Las impaciencias humanas, las querellas políticas, los vaivenes sociales, tienen por fundamento una historia casi inmóvil, de larga duración, y "cualesquiera que sean nuestra voluntad, nuestros deseos, nuestros fantasmas, somos arrastrados en ese movimiento de orden general". Lo importante, entonces, es que el historiador sepa si las decisiones que se toman diariamente en el plano político corresponden a esa historia profunda, que estructura a las historias superiores. Pues "la historia ordena a distancias prodigiosas". *Una lección de historia de Fernand Braudel* es testimonio de esto último.

En 1985, el Centro de Encuentros de Chateauvallon realizó un coloquio en torno a sus tres preocupaciones fundamentales: el Mediterráneo, Francia, el capitalismo. Entre otros, asistieron Alain Denis, Paul Fabra, Celso Furtado, Emmanuel Le Roy Ladurie, Theodore Zeldin. Braudel coincidió, discrepó, polemizó con sus colegas. En beneficio del diálogo, no respetó "esa especie de silencio personal" al que debe condenarse todo historiador. Más aún, Braudel reiteró su convicción de que todas las ciencias están incorporadas a la historia y se convierten en sus auxiliares. "No se trata solamente de que escojamos una de entre ellas, sino de que vivamos en concubinato con todas las ciencias del hombre".

De Fernand Braudel, el FCE ha publicado *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (Historia. Dos volúmenes) y *La dinámica del capitalismo* (Breviarios).

Diseño: Nicolás Moreno

En la portada: *La toma de Narbona por los ejércitos de Pipino el Breve*, miniatura de una Crónica de Carlos Martel (Biblioteca Real, Bruselas)

60 ANIVERSARIO

COLECCIÓN POPULAR
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO